

JAIMÉ SANÍN ECHEVERRÍ

SUPO ESPERAR

OSPINA

# OSPINA SUPO ESPERAR

JAIMÉ SANÍN ECHEVERRÍ

JAIME SANIN ECHEVERRI

Cortesía de  
FERNANDO OSPINA HERNANDEZ

OSPINA  
SUPO  
ESPERAR

1978

Portada: Oleo de Gonzalo Gómez  
(0.65 x 0.53 m.). Propiedad de Ospinas y Cía. Ltda. Foto de Oscar Monsalve.

## INDICE

	Págs.
Presentación .....	7
"Una semiautobiografía" .....	11
La cicatriz del café .....	17
<b>I</b>	
El hogar de don Tulio y doña Ana Rosa .....	21
<b>II</b>	
Un almuerzo con el presidente .....	33
<b>III</b>	
¿Es pecado la ambición? .....	41
<b>IV</b>	
Carlos E. Restrepo en escena .....	61
<b>V</b>	
Ingeniero menor de edad .....	69
<b>VI</b>	
Superintendente del Ferrocarril de Antioquia .....	87
<b>VII</b>	
El político de los campesinos .....	101
<b>VIII</b>	
La unificación de la deuda .....	111
<b>IX</b>	
El Banco Agrícola Hipotecario .....	123

	Págs.
X	
Una noche de insomnio .....	133
XI	
Así fue el noviazgo .....	139
XII	
Un ministro frustrado .....	151
XIII	
La muerte del general .....	171
XIV	
No fue gobernador .....	181
XV	
La primera candidatura .....	189
XVI	
Gerente de la Federación Nacional de Cafeteros .....	201
XVII	
Fundador de la Caja Agraria .....	219
XVIII	
La segunda candidatura .....	229
XIX	
Una ciudad universitaria a crédito .....	237
XX	
Con el presidente Santos y su ministro Lleras Restrepo .....	241
XXI	
El presidente .....	247

## PRESENTACION

*Con motivo del fallecimiento del expresidente Mariano Ospina Pérez, acaecido el miércoles santo de 1976, el Comité Nacional de Cafeteros deliberó sobre la mejor forma de rendir un homenaje a quien durante su larga vida fue considerado como uno de los mayores líderes de la actividad agrícola, sobresaliente entre los fundadores de la Federación Nacional de Cafeteros y su gerente durante cerca de cuatro años en un lapso de máximas dificultades y de invaluable aciertos. En sus últimos días el doctor Ospina se había asociado al escritor Jaime Sanín Echeverri con el ánimo de producir lo que aquel llamó su "Semiautobiografía". Por desgracia este esfuerzo, de veras promisorio para el estudio de la historia colombiana, fue súbitamente tronchado por el deceso del doctor Ospina, dejando muy contadas páginas en firme, entre ellas una entrañable para todo cafetero, que habla de la simbiosis entre su propia vida y la de nuestra rubiácea. Se adelantaron conversaciones con el doctor Sanín Echeverri hasta convenir con él en que la Federación subvencionaría los estudios que él considerara precisos para completar una obra biográfica que al menos comprendiera el período en que el doctor Ospina sobresalió, más como dirigente agrario que como figura de primera línea en su partido político.*

*Es claro que en una obra de esta índole no podría aislarse completamente, y menos dentro de una vida tan*

*íntegra, lo que el historiado actuó como miembro de un gremio y lo que ejecutó como parte de una familia, de un vecindario, de un partido político, de una Iglesia o de la sociedad civil. Todo ello está entretelado y lo uno no podría entenderse sin lo otro. El autor no quiso ceñirse completamente a lo escueto de una fría documentación, sino que de vez en cuando incorpora en el relato cierta carnadura creativa, sin duda útil para la trasmisión de la imagen conocida a fondo y venerada por el biógrafo. Refiriéndose a otra obra del mismo autor, la biografía de Emilio Robledo, comentó el conocido crítico P. José J. Ortega Torres: "...me encontré con un agradable término medio entre esa biografía moderna y la antigua o clásica, pero sin la pesadez de esta ni las fantasías de la otra". Quizás a "Ospina supo esperar" pueda aplicarse un juicio análogo.*

*El Banco Cafetero ha querido agregar la edición de este título a los ya abundantes con que viene enriqueciendo la bibliografía nacional. Para la Federación Nacional de Cafeteros es un gusto haber contribuido a la exaltación de Ospina Pérez, a quien puede, sin jactancia, calificar como uno de sus mejores hombres. Sigue así la tradición empresarial, cada vez más extendida en Colombia y en el exterior, de dar una mano fraternal a los escritores y artistas en forma que les haga llevadera la investigación necesaria para su tarea sin interferir en lo más mínimo su libertad. Sirva también este fragmento de biografía para estimular a otros escritores —y por qué no también a otras empresas— a que hagan posible la culminación lógica de lo apenas iniciado en este libro: que se divulgue en estilo acequible y ameno lo que fue la obra administrativa de Ospina durante el cuatrenio en que presidió a los colombianos, y su no menos notable labor de dirigente político, como expresidente de Colombia, en treinta años de patriotismo y laboriosidad ejemplares, incluyendo, claro está, cuanto ha de tener de discutible la trayectoria*

*de un hombre público de su indudable dimensión histórica.*

*Aunque la salvedad parezca redundante, es claro que la vida del doctor Ospina está poblada de episodios políticos, y también que el autor es dueño de sus ideas, de sus informes y de sus juicios, sin que en nada comprometan a la entidad gremial, eminentemente apolítica, que patrocinó la obra sin intervenir ni levemente en su ejecución.*

ARTURO GÓMEZ JARAMILLO  
Gerente de la Federación Nacional de  
Cafeteros de Colombia



## “UNA SEMIAUTOBIOGRAFIA”

En 1951 tuve el honor de recibir por sorpresa en Génova, Italia, la visita del expresidente Ospina Pérez acompañado del embajador ante el Quirinal, doctor Eduardo Zuleta Angel. Yo desempeñaba el puesto de cónsul general de Colombia en aquel puerto de Liguria, cuna de Colón. Los visitantes llegaban de Roma y habían pensado seguir de largo, con doña Bertha Hernández de Ospina y su pequeña hija María Clara, pero la niña sufrió una indisposición en el trayecto. Fue internada en el hospital Gaslini, uno de los más célebres en la pediatría de Europa. Le diagnosticaron acidosis.

Ospina y su señora se hospedaron en el Albergo Colombia que era por entonces el único hotel de primera categoría de la ciudad, un poco rancio ya. Mientras la niña se repenía de su trastorno, que en una más pobre quizás hubiera pasado por un simple mareo, los ilustres huéspedes hubieron de pernoctar allí tres veces sin un programa definido. Ospina había leído algunos artículos míos en “El Colombiano” de Medellín, y me estimulaba grandemente a escribir. Como las labores del consulado no eran apremiantes, dediqué aquellos días, con sus noches, al exquisito placer de escuchar al doctor Ospina. Era buen conversador. Daba la impresión de estar haciendo confidencias. Para todo tenía la salsa de las anécdotas. Nunca dejaba

notar la inmensa distancia entre un expresidente —entonces el más probable candidato a la sucesión— y un modesto cónsul joven. Hasta el doctor Zuleta Angel, que era tan locuaz y ameno, aquellos días casi enmudeció para escuchar las crónicas que sobre su vida nos relataba el doctor Ospina. Y a este se le notaba el placer de tener una oportunidad de hablar a sus anchas, sin compromisos, lejos de la patria y de la política y con un par de escuchas verdaderamente entusiastas.

Desde entonces no desperdiicé oportunidad de escuchar al doctor Ospina. Una vez me llamó de Medellín a Bogotá con el pretexto de que estudiara algunos aspectos del diario "La República" y le diera mi concepto. Otra, en el gobierno de Rojas, viendo que el café se acercaba al dólar la libra en Nueva York, estuvimos estudiando las posibilidades del seguro social campesino.

Como síndico de las Granjas Infantiles de Jesús Obrero, de Medellín, le vendí para Ospinas & Cía. un lote en el Chicó, que había legado doña Mercedes Sierra de Pérez a la Institución. Cuando en 1972 me hice cargo de la dirección de la revista "Arco" decidí iniciarme en ella con un esbozo biográfico de Ospina que llamé "Ospina supo esperar". No economizó tiempo para ayudarme. Le consulté mi manuscrito y lo revisó minuciosamente. Varias correcciones fueron hechas por su iniciativa, insinuada con indescriptible cortesía. Todas aquellas entrevistas fueron útiles para el trabajo ligero que ahora tiene en sus manos el lector.

Ya en vísperas de su muerte decidió, por fin, emprender la obra de sus memorias y requirió generosamente mi colaboración como amanuense. Alcanzó a dictar, corregir y aprobar la introducción que va en seguida y el capítulo "La cicatriz del café", que se publica luego. Me quedaron unos apuntes que han sido útiles para tejer este relato.

**"MAS DE MEDIO SIGLO DE POLITICA COLOMBIANA,  
MEMORIAS Y DOCUMENTOS DE MARIANO OSPINA  
PEREZ.**

"Durante toda la vida he tenido cierto escepticismo sobre cuanto parezca memorias o autobiografía. Me parecía un sistema de autobombo. El elogio de sí mismo y de la propia obra, produce incredulidad instintiva en los lectores. Se sienten manipulados. Nadie hay tan parcial como el autobiografiado, y nadie debe ser tan imparcial como el biógrafo. Una visión por naturaleza unilateral como la de quien escribe o habla de sí, me parecían un atentado contra la historia. Con todo el respeto para quienes han cultivado ese género —y son incontables— yo, al menos, no me sentía con aptitudes para él. Siempre hablé de que los documentos existen, y sobre ellos deben estudiarse los hombres y las épocas.

"No quería en estas últimas horas de la vida cambiar de parecer. Pero muchos amigos me urgían a una conducta opuesta. Según ellos, nadie como el mismo hombre que ha actuado puede dar testimonio fiel sobre los móviles y sobre la objetividad misma de los hechos. Los historiadores persiguen, con razón, esta clase de documentos, porque les aportan luces directas, comparables con el diálogo. Llegaron a impresionar mi conciencia diciendo que era un deber mío dejar esta clase de constancias. Me dijeron que el conservatismo tiene más que otras ideologías, respeto por la historia como maestra de los pueblos, y que, como un contrasentido, eran los liberales quienes estaban escribiendo sus memorias. Así el historiador no tendría manera de cotejar los hechos.

"Lo último que me decidió fue cierta especie de presión cordial ejercida por el presidente del Directorio Nacional Conservador, doctor Ignacio Vélez Escobar. Como siempre he sido disciplinado, pero con sentido crítico, llegué con él a un acuerdo. Escogimos al doctor Jaime Sanín

Echeverri, que tiene práctica en reportajes y biografías, para que me preguntara con toda libertad sobre mi vida y milagros, si los tuviera. Ofrecí responderle con veracidad, que creo que ha sido una de mis pocas virtudes características. Y él podrá hacer de su cosecha los comentarios que a bien tenga, en favor o en contra. En el fondo se ha hecho un compromiso: no escribo mis memorias, pero las digo. No hago autobiografía, pero acepto la responsabilidad de algo así como una semiautobiografía. La vida que Dios me ha dado ha sido tan larga que asusta so'o pensar en el número de volúmenes que llenarían mis recuerdos. Nadie los leería. Se me ha ocurrido entonces reimprimir algo de lo que anteriormente he escrito, como informes oficiales de la época en que dirigí la Federación Nacional de Cafeteros y alguno de los ocho tomos que fueron publicados durante el gobierno de Unión Nacional. En tal forma descongestiono la tarea de la redacción nueva y dejo espacio a lo más anecdótico, y sin duda mi vida resultará así y todo aburrida para el lector. Como ha sido. Me ha quedado poco tiempo para divertirme en fiestas, ni aun en el cine que me llamó en un tiempo la atención. Pero el trabajo me ha deparado placeres mayores que el esparcimiento ligero. Sin distingo de partidos dedico estos ratos de reminiscencia a quienes en Colombia aman el trabajo como yo siempre lo he amado”.

En la corrección de esta introducción fue meticulado el doctor Ospina. Dictaba con rapidez y facilidad, pero luego, al corregir, empleaba tiempo tranquilamente en discutir detalles que me parecían irrelevantes. Mucho más despacio, esperando que tomara el dictado palabra por palabra, dijo estas frases, las últimas que oí destinadas a ese trabajo apenas iniciado, en que ambos teníamos mucha ilusión:

“He tenido circunstancias que me han permitido relacionarme con gente de distintas condiciones sociales y

culturales de Colombia y del exterior. He sido agricultor, minero, constructor de carreteras, gerente de ferrocarril, director industrial, profesor de varias materias, turista permanente por el país, y observador de los hombres, de la naturaleza y de las circunstancias, esto último aprendido principalmente de mi padre, que fue mi primer instructor y el más grande maestro de mi vida. Me he gobernado y he gobernado con mi padre a la vista, y un poco bajo la influencia un tanto lejana de mi abuelo paterno”.



## LA CICATRIZ DEL CAFE

Por MARIANO OSPINA PÉREZ.

*“Pocas cosas quiero contar de mi niñez. Todos los ricos hablan de la suma pobreza de sus primeros años, pero nadie les cree. Mi padre, el ingeniero don Tulio Ospina, tenía dos o tres haciendas cafeteras de tipo mediano, pero en 1903 quedó condicionada su administración al pago de sus muchas acreencias. Junto a sus escritos de urbanidad y de minería había tenido la afición de copiar las mejores recetas de cocina. Lo había hecho en sus viajes, conversando con los cocineros de los restaurantes de Europa, especialmente durante su residencia en París. Así comenzó el libro de cocina mi hermana Sofía Ospina de Navarro, la única obra escrita por un Ospina que ha dejado ganancias editoriales”.*

*“En una de las haciendas cafeteras, cuando tendría unos cuatro años, jugando en un depósito, me tragué una semilla de café pergamino. Inmediatamente me dio un tremendo ataque de asfixia. Nadie que no haya tragado café pergamino puede suponer cómo entra aquello, cortando y obstruyendo. Creían que era crup. Dicen que las gallinas con un mal que llaman pipa, contagian la difteria a los cristianos. Me trasladaron de inmediato a Medellín. Me examinó mi tío el doctor Rafael Pérez, y sin fórmula de juicio procedió a degollarme autorizado por mi padre. Traqueotomía llaman aquello los cirujanos y fue*

*la primera practicada en Medellín. Se parece un poco a lo que en la violencia política dieron en llamar el corte de franela. Aquí queda la cicatriz de aquella intervención que no me permite levantar demasiado la voz en público ni en privado, lo que considero que me ha favorecido en la política. Sacó el cirujano el cotiledón y ya estaba puyado por la humedad y el calor de la garganta. Con razón dicen que el café es una maleza. Nace y crece en cualquier parte. Yo había sido el abono para que germinara. Mi madre guardó la plantita mucho tiempo para recuerdo y escarmiento de los demás niños y para mostrármela en mi edad adulta. Creo que desde entonces existe una simbiosis entre la vida del café y la mía. En lugar de cobrarle odio, el café ha sido uno de mis grandes amores. Claro que heredado de mi abuelo don Mariano Ospina Rodríguez, a quien no alcancé a conocer, que trajo desde su destierro de Centroamérica las semillas que en Antioquia hicieron la industria cafetera. Ya en los Santanderes lo habían cultivado dicen que por las penitencias que imponía un párroco en la confesión. Ese de allá perdonó muchos pecados, pero el que hizo industria fue el del occidente colombiano. Si empiezo a hablar de café no acabo, y por eso he publicado un libro aparte, sobre los años claves en que dirigí la Federación Nacional de Cafeteros. En todo caso debo al café buena parte de mi prestigio. La adhesión de los cafeteros fue un factor decisivo para escogerme como candidato a la presidencia en 1946”.*

*“Se habla mucho de que en los primeros años hay una mente absorbente que crea los patrones de vida que han de regirnos hasta la ancianidad. Mis primeros recuerdos están atados a estos cafetales de mi padre. Hablaban en casa de las andanzas de mi tío el general Pedro Nel Ospina, de sus luchas y victorias. Mi padre no era político y no debía interesarse apasionadamente por la guerra. Para mí eran más importantes esos hombres sabios que despulpaban a mano el café, lo secaban al sol en grandes*

*tarimas, sabían ponerlo bajo techo tan oportunamente que era irremediable que llovía después de que ellos lo encostaban. La sombra querida de aquellos campesinos me ha acompañado siempre. Ya no vive ninguno, como muy pocos de mis compañeros de infancia, algún Miguel Moreno Jaramillo, y pocos más. Aunque yo era descalzo como ellos, la descalcez de los cafeteros me impresionó siempre. Por aquellos años se hablaba mucho de la uncinariasis, que les entraba por los pies, y yo los veía tristes y pálidos. Cuando estuve en el poder decreté el suministro de zapatos para los trabajadores por cuenta de los patronos. Esta prestación social no copiada de libros y de legislaciones extranjeras, como tantas otras, no era una reforma insignificante, expresé, que el calzado era un símbolo de la igualdad ciudadana. No ha faltado por fortuna quien diga que mi gobierno hizo el tránsito de un pueblo descalzo a un pueblo calzado.*

*Parecen pequeñas cosas, pero entrañan algo de la dignidad humana. Colombia ha cambiado más de lo que advierte un observador ligero. En las modernas granjas cafeteras me ha tocado ver a dos campesinos conversando y no he sabido cuál es el propietario y cuál el asalariado. Los overoles que también impuse en mi gobierno a cargo de los empresarios o los bluyines de ahora y los zapatos o las botas para el pantano, los han acercado. Los patriarcas antioqueños de la época eran también de pata al suelo como dicen en Bogotá, pero había más distancia entre sus camisas blancas impecablemente aplanchadas, sus carrioles de nutria relucientes, sus pantalones de paño inglés, y los harapos con que los peones se cubrían, que no se vestían. ¡Cuándo lograremos por fin que desaparezca de nuestra vida social hasta la palabra peón, y que los trabajadores rurales sean considerados como lo que son, los más meritorios entre los conciudadanos! El camino adecuado es la investigación y la extensión agrícolas, y ahí vamos entendiendo cómo desde la infancia se crean esos*

*patrones de vida que han de representar en la mía una continua línea de pensamiento. Tal vez la misma guerra de los mil días que rodeaba mis años infantiles me hizo abominar la violencia y los odios de partido. Y pensar que en mi gobierno surgieron brotes de ella por motivos políticos. Pero ya habrá tiempo de que hablemos de éstos temas con despacio, y veamos cómo la convivencia de los partidos, su entendimiento leal, ha sido la gran constante de mi vida, aunque haya muchos compatriotas que crean lo contrario. Lo difícil es que será necesario mencionar a varios muertos, venerables y admirables en el conjunto de sus vidas, sin que ellos puedan salir de sus tumbas a contradecirme. Ya he dicho que deseo darle una mano a los historiadores, y todo ha de venir a su tiempo”.*

# I

## EL HOGAR DE DON TULIO Y DOÑA ANA ROSA

El ingeniero don Tulio Ospina y doña Ana Rosa Pérez tuvieron doce hijos. Familia que en la Antioquia de entonces no llamaba la atención por numerosa.

La primogénita es Merceditas. Siempre se le ha conocido con este diminutivo. Mantuvo en su casa paterna y mantiene aún en la extensa familia Ospina la primogenitura. Casada en 1912 con don Miguel Navarro Misas, Mariano Ospina Pérez no pudo asistir a este matrimonio por estar entonces perfeccionando sus estudios en el exterior, pero la casa de Michel —como lo llamaba familiarmente— lo hospedó muchas veces en las frecuentes visitas a la ciudad natal.

Nació luego Esther y murió en la infancia. Una lápida italiana con altorrelieve en que se lee: “Esther Ospina y Pérez”, se ve aún en el cementerio de San Pedro. No prevaleció el uso de la conjuntiva en la familia.

El tercer hijo fue Mariano Ospina Pérez, que en más de medio siglo de vida pública iría creciendo siempre en el aprecio de sus conciudadanos.

La cuarta fue doña Sofía. Escritora muy conocida, galar-donada desde su juventud por un jurado de que formaba parte don Tomás Carrasquilla, se la reconoce como la da-ma que incorporó la actividad femenina a la literatura antioqueña, aunque existía el claro antecedente de Agri-pina Montes del Valle. Fundó un hogar ejemplar con el hermano de su cuñado. Don Salvador Navarro formó con doña Sofía la pareja admirada de Antioquia, con anécdo-tas innumerables que se repiten de boca en boca y que han llegado a formar parte del folclor antioqueño. Ya ochen-tones ambos, doña Sofía le reiteraba a don Salvador tener más cuidado en sus andanzas porque en determinada es-quina el día menos pensado lo iba a atropellar un vehículo. Así ocurrió, y cuando ella acudió al lugar del siniestro le dijo: "Harto te lo había dicho, Salvador". A lo cual él repuso: "¿Viste que no fue en la esquina que tú decías?". Algunos días más tarde, a consecuencia de este accidente, murió el inolvidable don Salva. Doña Sofía lo sobrevivió pocos años. Ambos fallecieron antes que el doc-tor Ospina Pérez.

La quinta de los hijos es doña Gabriela. Unida en otro bello hogar con don Guillermo Greiffenstein, fue su com-pañera en un ejercicio de solidaridad humana que lo hizo notorio en el país. Cuando todos temían el acercamiento a los leprosos, don Guillermo los visitaba cada año en el leprocomio de Agua de Dios para llevarles el aguinaldo suyo y el recaudado entre el pueblo antioqueño. Unido con el periodista Antonio Henao Gaviria, aquello llegó a ser una de las instituciones más sentidas y compartidas. Muer-to don Guillermo se teme que decaiga o desaparezca tan laudable obra.

La sexta es Margarita Ospina Pérez, quien prefirió per-manecer en el hogar paterno hasta cerrar los ojos de sus progenitores, y es la depositaria de las mejores tradiciones de virtud honda y discreta de la familia.

El séptimo hijo llevó el nombre de su padre, pero murió en breve. Lo reemplazó el octavo, Tulio, nacido en 1900. Trabaja aún activamente en su profesión de ingeniero constructor. Ocasionalmente ha desempeñado cargos en la administración pública, pero en general ha sido fiel a la consigna de su padre de permanecer marginado de la actividad política. Fue el gran consejero en negocios de su hermano Mariano. En 1974 murió su esposa doña Clementina Peláez Soto y desde entonces sus amigos se quejan de verlo menos alegre y difusivo, cualidades que en él fueron siempre sobresalientes.

Rafael, el noveno de los Ospina Pérez, cuyo nombre está unido a la fundación de la Federación Nacional de Cafeteros como miembro que fue del segundo Congreso Cafetero reunido en Medellín en 1927, murió soltero en 1933, en un accidente automovilístico ocurrido en la carretera de Medellín a Santa Rosa de Osos. Los viejos recuerdan su noviazgo con doña Maruja Hernández, quien más tarde fue la señora de don Ignacio Jaramillo. Doña Maruja es hermana de doña Bertha Hernández de Ospina, mayor que ella. Su noviazgo con Rafael fue anterior al de Mariano y Bertha, y algo tuvo que ver con este. En un paseo a la finca de Florencia, cercana a Medellín, Bertha conoció a Mariano, y fue entonces cuando dicen que dijo: "con este negro me caso yo". Doña Bertha niega la anécdota.

Francisco Ospina Pérez, el décimo, es agrónomo y dirigente gremial agrario, principalmente en el campo de la lechería, al que estuvo tradicionalmente vinculada la actividad de los Ospinas, tanto como a la del café. Su hacienda Zuláibar conmemora aún ese apellido ilustre que se extinguió en Antioquia por falta de descendencia masculina. A él estaban unidas las dos primeras señoras de don Mariano Ospina Rodríguez, las Barrientos, cuya familia lo protegió cuando huía como delincuente político después

de haber conspirado contra el Libertador. Zuláibar, su compañero de conjura, el 25 de septiembre de 1828, era realista, según lo asevera el historiador Posada Gutiérrez.

El menor de los varones de esta familia de don Tulio y doña Ana Rosa en la que, según comentan todos, en Antioquia no hubo "pollo pelón" ni calavera, fue Jorge, llamado familiarmente El Mono, por ser el único rubio de la casa. Los demás tienen un tinte ligeramente moreno y facciones muy finas, semejantes a las que predominan en el mediodía de España. A consecuencia de una enfermedad tropical falleció Jorge Ospina Pérez en uno de los años treinta.

Y la última de la docena es Esther, que consagró a Dios su vida en el Monasterio de las Asuncionistas de Medellín, y vive aún en 1978.

"No se puede dejar docena empezada", era un aforismo que a fines del siglo XIX se tomaba a lo serio en Antioquia, y que tal vez hoy apenas tiene el sabor de una reminiscencia. "Más barato por docenas", empezó siendo un lema comercial, pero pronto llegó a aplicarse también al tamaño de la familia. La de don Tulio y doña Rosa fue más cercana, pues, al promedio que al exceso.

Por la situación de su casa, la familia Ospina Pérez pertenecía a la parroquia de La Candelaria, que pasó a ser catedral desde la fundación de la diócesis de Medellín. En este templo bautizaron a la primogénita doña Mercedes y a la segunda hija, Esther, muerta en la infancia. La primera nació el 30 de abril de 1888 y fue bautizada el 13 de mayo. La segundogénita nació el 13 de marzo de 1890 y fue bautizada el 20. Mariano nació el 25 de noviembre de 1891 y lo bautizaron en breve tiempo, como a sus hermanas, el 6 de diciembre. Posiblemente por amistad especial de don Tulio con el cura de La Veracruz, padre Gregorio

Nacienceno González, fue bautizado en esta pequeña y hermosa iglesia colonial y no en La Candelaria. Su nombre de pila fue Luis Mariano para honrar a un miembro de la familia Pérez, don Luis, y al más esclarecido de los Ospina. Padrinos fueron dos tíos, por una y otra familia: el médico Rafael Pérez y doña María Concepción Ospina.

Había en toda nuestra América, pero en Antioquia más quizá que en parte alguna, una filosofía de la natalidad distinta de la que hoy predomina. El problema no era de moral católica, sino intensamente sentido, y compartida su solución por todos los integrantes de la sociedad. Al nivel hispanoamericano era tenida como un axioma la tesis de Alberdi en su doble versión de que "civilizar es poblar" y "gobernar es poblar". En Colombia y en Antioquia el más eximio sostenedor teórico de la tesis no era siquiera sospechoso de catolicismo. Alejandro López I. C., comenzó, ya por los años 20, su famoso libro "Problemas colombianos" con su exposición magistral sobre la materia, sostenida sin descanso en la cátedra muchos años antes y después. Colombia necesita ante todo grandes propósitos. El primer obstáculo es la escasez de quienes pueden realizarlos. Cinco millones, los colombianos de entonces, eran demasiado pocos. (Lo son también —agregamos nosotros ahora— los veinticinco millones de hoy). "Nuestro primer problema el demográfico" era el tema del doctor Alejandro López. No el que ahora llaman la "explosión demográfica". Don Tulio Ospina, el doctor Juan de la Cruz Posada, don Nicanor Restrepo, toda la Antioquia pensante y no pensante de entonces, estaba identificada en que nuestra máxima necesidad era la población. Ni siquiera se desanimaban sabiéndose apenas medio millón los antioqueños de aquellos días, que incluían las tierras y habitantes del sur en plena odisea colonizadora. Alejandro López consolaba a sus compatriotas con la reminiscencia de que los ingleses, bajo la reina

virgen, emprendieron la conquista de los mares, cuando a duras penas llegaban a los mismos cinco millones. Importaba la cantidad pero ante todo la calidad de los emprendedores.

Ojalá alguien realice un estudio sobre el desarrollo de Antioquia en relación con la que ahora llaman familia numerosa, esa de una docena de hijos que entonces era normal. No tienen por qué aparecer los treintaitrés Uribes de Envigado, hijos de una sola madre ni los treintaidós hermanos del presidente Carlos E. Restrepo. Ni siquiera los veintiún hijos del profesor Juan de la Cruz Posada o los dieciséis de don Paulino Londoño. Simplemente las docenas o las discretas decenas de los Echavarrías de don Alejandro, o de los Bedout de don Félix, de los Restrepos de don Isaac, de los López de don Jesús, o de los Robledos del doctor Emilio. En los Pérez de don Gregorio eran catorce Pérez Puerta, de la primera señora, siete Pérez Bustamante, de la segunda. Doña Ana Rosa Pérez Puerta era hija del primer matrimonio. Cuando de ella nacieron los primeros hijos aún no acababan de nacer sus hermanos medios. Así, más de una tía de Mariano Ospina Pérez eran menores que él.

La ansiedad del poblamiento obedecía a la comparación de los recursos inexplotados y cuantiosos con la precariedad de los hombres encargados de actuar. En la casa de don Tulio Ospina podrían estudiarse como quizás en ninguna otra, las dos actividades principales del pueblo antioqueño: la minería y la caficultura.

Pedro Nel y Tulio Ospina habían estudiado ingeniería de minas en California. Conviene señalarlos como pioneros en este campo. Es cierto que desde los días de la prehistoria se explotaron en Antioquia minas de oro. En estos fines del siglo, pese al avance de la producción californiana, la producción antioqueña de oro tenía aún



"El oro extraído en las minas de Antioquia, fue aproximadamente como sigue:

En el siglo XVI . . . . .	\$ 10.000.000
En el siglo XVII . . . . .	50.000.000
En el siglo XVIII . . . . .	77.000.000
En el siglo XIX . . . . .	182.000.000
TOTAL . . . . .	\$ 319.000.000

"La producción de oro en el departamento de Antioquia ha sido alrededor de cuatro millones de pesos en cada uno de los últimos dos años.

"Debe tenerse muy presente que los indígenas y los españoles solo pudieron trabajar los cogollos de las venas o filones, los lechos de las pequeñas corrientes de agua y las partes altas de los aventaderos, porque ellos carecían en absoluto de maquinarias para la explotación en grande de las partes bajas de los aluviones que son las más ricas y las más extensas.

"Las guerras civiles del siglo pasado y principios del presente y el papel moneda que nos aisló económicamente del resto del mundo, han sido las causas para que la industria minera no haya alcanzado todavía en el país sino una pequeña parte del inmenso desarrollo a que está llamada".

Muy destacados en la minería, los Ospinas entregaron al café su mayor empuje de pioneros. Era una herencia de familia. Su padre don Mariano Ospina Rodríguez los había familiarizado desde la infancia con los cafetales de Centroamérica. Pedro Nel y Tulio vieron nacer las semillas traídas de Costa Rica en la finca La Alhambra, en la vereda de El Tablazo, del municipio de Rionegro, propiedad del socio de don Mariano, don Eusebio Jaramillo, tronco de

la ilustre familia de los Jaramillo Martínez. Aunque había algunas plantas en Santander, el cafeto era bastante desconocido en el resto del país. De esta época es una página famosa de Vergara y Vergara "Las Tres Tazas", en que el chocolate es la bebida tradicional, el té es la usual en sociedad y el café resulta la exótica. Grande fue por eso la emoción de toda la familia Ospina hacia 1885, cuando vieron aparecer la mariposa del café con sus cotiledones aún al aire, trasplantaron la planta, antes de dos años le observaron su primera floración blanca, y poco a poco la contemplaron granar y tornarse los frutos en color de cereza. Por el camino de Envigado viajaban a caballo semanalmente don Mariano Ospina Rodríguez y don Eusebio Jaramillo a examinar y cuidar los progresos de su plantación. De ella salieron las semillas que fueron a Sonsón, de Sonsón a Manizales y de ahí a los que llegaron a ser los más grandes cafetales de Colombia, aquellos que resarcieron al país de sus decadencias exportadoras en el oro, en el añil, en la quina, y en el dividivi.

Los Ospinas no siguieron la ruta cafetera del sur, sino que se incorporaron al torrente, también colonizador, del suroeste antioqueño. Habría materia para un libro si se relataran los esfuerzos de la familia Ospina tumbando monte desde Amagá hasta Venecia para establecer haciendas cafeteras como El Amparo, Santa Rita, El Castillo, Providencia, Nechí, Colás, San Pedro y El Colegio.

En aquellas andanzas todos adquirían la malaria. El paludismo llegó a ser consubstancial a la actividad de los antioqueños hasta el extremo de no considerarlo enfermedad. Se sabía que las fiebres había que padecerlas, tratárselas lo mejor posible con un cambio de clima y con algo de quinina, y seguir trabajando incansablemente sin quejarse.

Medellín mismo era palúdico. Hasta muchos años después se señalaba el templo de La Veracruz como el límite

del mal clima. De ahí hacia el río era insalubre. La estación Villa, las playas del río y Otrabanda eran tan malsanas como Zaragoza, se decía.

El caso es que Mariano era en su infancia paliducho por el paludismo conseguido en las andanzas con don Tulio, y que Merceditas también sufría de fiebres. El médico de la familia ordenó frecuentes cambios de clima, a pesar de que la quinta de don Tulio, en la Quebrada Arriba, estaba en la zona del buen clima de Medellín. Don Tulio habló con don Alejandro Echavarría que tenía una finca, con casa muy buena construída por él, no lejos de El Poblado. Le pidió que se la arrendara, pero don Alejandro, gran promotor de la fracción de El Poblado, lo convenció de que era mejor comprarla. Desde entonces la finca "Sorrento" pasó a ser la más amada de las propiedades de la familia Ospina Pérez. Don Tulio decía que lo único que sabía recetar su médico era casa de campo y que había olvidado la dosis. Hoy "Sorrento" es propiedad de un compañero de estudios del doctor Ospina, el ingeniero José Ramírez Johns.

En "Sorrento" plantó don Tulio un pequeño cafetal, al que llamaba "testigo". Siendo un clima análogo al de sus plantaciones mayores, servía para calcular el tiempo de la floración, el de la maduración, el de la cosecha, y poder hacer así sus viajes oportunamente a cada una de sus haciendas alejadas.

Entre tanto doña Ana Rosa sufría porque don Tulio adquiría demasiadas tierras, que le recargaban excesivamente el trabajo, con el temor de que los compromisos económicos llegaren a ahogarlo. Don Tulio era optimista. A partir de la Regeneración confiaba fuertemente en el progreso de Colombia. Aunque en cantidades que hoy nos parecen irrisorias, el café antioqueño iba abriendo penosamente los mercados del exterior.

—El café —decía don Tulio en sus discusiones de buen humor con doña Ana Rosa— es el que va a enriquecer a Colombia. ¿Qué le hace si de paso resuelve también enriquecernos a nosotros?

Con mucha frecuencia salía a ver fincas en lo que se iba perfilando como zona cafetera. Para comprar había que ver muchas. “Hay que comprar tierra —decía— porque la tierra es lo único que no se acaba. No tiene enemigos. El único que come tierra es el sapo y come muy poquito”.

Una vez, al amanecer, hizo ensillar la mula negra y salió a ver una de tantas fincas. Doña Ana Rosa estuvo más enérgica que nunca en sus admoniciones. Le dijo que no dejaría de rezarle a San Cayetano para que no se le fuera a ocurrir comprar esa tierra. Ya muy avanzada la noche, don Tulio regresó fatigado. —Compré la finca, Ana Rosa, y ya tiene nombre.

—¿Como así? ¿Cómo la pusiste?

—San Cayetano. Sirvieron tus oraciones para que me pudiera hacer a ella.

Ya no solamente su señora, sino varios parientes y amigos le desaconsejaban la compra de otra hacienda enmontada. “Intentar sembrar café allí será la ruina”, le repetían. Contra el parecer de todos, don Tulio la compró, la llamó “La Ruina” y la montó adecuadamente. Fue una de las que más contribuyeron a sacarlo de la ruina cuando más tarde se quebró el Banco Popular y puso a don Tulio al borde de la bancarrota.

De sus andanzas regresaba con unas extrañas parásitas, de las que nadie sabía el nombre, y él mismo las colocaba en el frondoso carbonero del antejardín de su casa. Esto era en la época en que las orquídeas no tenían cultivadores en los jardines de Medellín. “Mi papá se adelantaba a todos” —comenta doña Merceditas Ospina de Navarro— mientras mira en su casa del Rincón de Córdoba, cómo revientan las catleyas.



## II

### UN ALMUERZO CON EL PRESIDENTE

Nunca en la primera infancia pensó Mariano Ospina Pérez en ser presidente de Colombia. Su padre, don Tulio Ospina, no despreciaba oportunidad para hablarle mal de la política. Lo verdaderamente importante era ser decente, caballero. En la política reinaba lo contrario: la falsedad, la deslealtad, la ingratitud. En los relatos maternos y paternos aparecen siempre los episodios trágicos de la familia. Ese hombre bondadoso, de barba cana al pecho, cuyo retrato pendía en la antesala junto al retablo de la Virgen de los Desamparados, era el abuelo, don Mariano Ospina Rodríguez. Había sido condenado a muerte en nombre de su nación que reconocía unánimemente su honestidad e inocencia. Todos sus adictos que lo habían llevado al poder, se habían escondido de miedo. Los que hasta la víspera lo rodeaban, y lo adulaban, ese día nada hicieron y nada dijeron para salvarlo. Fueron los diplomáticos extranjeros quienes consiguieron su indulto. Viajó encadenado, escarnecido y maltratado por los carceleros y los bogas del Magdalena. Estuvo preso en las bóvedas frente a la playa cartagenera. Tal vez Nariño sufrió tanto como él. Allí fue la imagen viva del hastío y de la soledad. Todos sus amigos le volvieron la espalda. Leía el libro de Job hasta aprenderlo de memoria. Solamente su cónyuge tuvo más valor que todos los políticos. Un día lo libertó ella de la mazmorra fétida desafiando

las furias de sus enemigos. El termómetro marcaba 40° a la sombra en esa humedad. Siguiéron los más amargos años de destierro y de pobreza en Centroamérica. Cuando regresó ya era un anciano. Aunque había sido trabajador incansable y consejero desinteresado de gobiernos extranjeros, no consiguió más triunfo que el sosiego. Nunca más quiso mezclarse en política. Presenció aún la guerra y alcanzó por fin a ver, en el gobierno al partido conservador que había fundado con don José Eusebio Caro, ese otro gran proscrito, 37 años antes, en 1849. Tuvo tiempo para sembrar las semillas de café traídas de Costa Rica y las vio florecer y fructificar. Fundó con don Eusebio Jaramillo la Sociedad para el Progreso de la Industria. Decir industria era decir café. Vio regresar por labor suya, a sus compañeros de destierro, los jesuitas, y a su lado se dedicó a la oración. Trajo para la familia la imagen de la Virgen de los Desamparados que lo acompañó en el poder, en los viajes azarosos, en las cárceles, y en el ostracismo. “No. Aquello no era vida, concluía el relato en que alternaban don Tulio y doña Ana Rosa. La familia Ospina ha sufrido ya demasiado por la política. El gran legado del abuelo es paz y agricultura”.

Don Tulio mismo lo ha aceptado así y nunca se había mezclado en los azares de la política. Mientras su hermano el general Pedro Nel Ospina hacía la guerra de los mil días y padecía en el ostracismo, él predicaba la paz, y todas las tardes encabezados por mamá Ana Rosa, rezaban todos en coro por la paz de Colombia en el hogar de los Ospina Pérez, en el corredor de atrás de la casaquinta de la Quebrada Arriba, esquina con la carrera Unión, la del antejardín con carbonero, la de las cinco ventanas de reja de hierro que miraban al oriente, al frente de la que fue la quinta de don Coriolano Amador, que ahora estaba siendo adaptada como palacio del joven arzobispo Manuel José Cayzedo.

En memoria de que la Virgen de los Desamparados había salvado a don Tulio en la guerra, doña Ana Rosa ordenó pintarla con un soldado a sus plantas. Más tarde los Ospina Vásquez le erigieron una ermita campestre.

Una tribulación nueva fue el destierro silencioso del tío Pedro Nel. Las cosas de la política. El general Ospina tenía el mando de las tropas cuando los conservadores, el 31 de julio de 1903, amarraron al presidente. A ese octogenario Sanclemente lo habían hecho venir desde Buga, donde estaba tranquilo en su hacienda Pichichí, a hacerse cargo de la primera magistratura. Lo golpeó Bogotá. No podía sufrir la altura ni el frío de la capital. Los dolores reumáticos eran insufribles. En Villeta, en cambio, se sentía mejor. Allí recibía a sus ministros y firmaba decretos, y en Villeta lo dejaron para dar posesión al vicepresidente Marroquín, pretextando que el poder había que ejercerlo desde la capital. No había otro cargo contra Sanclemente. Nunca perdonó este golpe de estado don Miguel Antonio Caro, el hijo del otro fundador del partido conservador y jefe de la fracción histórica.

Un sábado, en un sarao santafereño, entre amigos íntimos, uno cualquiera preguntó al victorioso general Pedro Nel Ospina:

—¿Qué pasaría, general, si Sanclemente volviera a Bogotá a ejercer desde la capital el poder ejecutivo?

—En tal caso supongo que sería Sanclemente el que nos gobernara —dijo el general.

Se habló de otra cosa. Continuaron las libaciones. Nadie aparentemente dio importancia a ese breve diálogo.

El lunes, al llegar a las siete y media en punto a su despacho, el general Ospina encontró en él a don José Vicente Concha “ministro de la política”.

—“General Ospina, su excelencia, el presidente Marroquín, me ha comisionado para decirle que tiene necesidad

de que usted se traslade en el término de la distancia a Londres a cumplir una misión oficial”.

En esta forma Pedro Nel Ospina, sin decir un adiós, fue destituido del mando de tropas y desterrado silenciosamente. Así pagaron por entonces el país, el gobierno y el partido, sus hazañas y victorias de la guerra de los mil días.

Por todo ello la familia Ospina estaba muy lejos de sentirse afortunada, pero todos, principalmente don Tulio, relacionaban todas sus desdichas con la política. En las haciendas, cuando triunfaban los conservadores, arriaban el ganado vacuno y campeaban sobre el caballar y el mular como en cosa propia para defender la legitimidad. Si la suerte de las armas favorecía un día a los liberales, ocupaban las casas, cogían las cosechas y se llevaban el ganado a título de indemnización. Entre los compartos y el abigeato como retaliación militar, don Tulio estaba por aquellos trágicos días del papel moneda, tan endeudado como jamás pensó llegar a estarlo. La quiebra del Banco Popular, lo llevó por fin al extremo. La administración de sus propiedades pasó jurídicamente y por propia voluntad a manos de sus acreedores. Tenían tal confianza en su probidad y eficiencia que en la práctica lo dejaban y le pedían que él hiciera y aconteciera sin tenerlos en cuenta. Algo pudo vender y pagó todas sus deudas. Por entonces doña Ana Rosa hizo confituras y quesos para la venta y ayudó a sostener el hogar.

Todas estas desgracias se debían a la política, a la sola y odiada política.

¿Cómo podía un niño, levantado en ese ambiente, amar la política? ¿Qué se le iba a cruzar en su fantasía, el proyecto de ser víctima inocente desde la juventud hasta la vejez, como el abuelo de la barba zahareña, cuyo retrato estaba allí, frente al retablo de la Virgen de los Desamparados, testigo, ella, de dolores innumerables?

A sus catorce años cuando apenas le asomaba la primera lanilla de un bigote temprano, a Mariano Ospina Pérez se le apareció repentinamente, como el primer amor, la ambición política. Percibió con claridad que deseaba ser presidente de Colombia. Como si una voz de ultratumba se lo ordenara. Era el grito callado de su sangre.

Nunca había visitado a Medellín un presidente en ejercicio. Le correspondió este honor, repetido después como un ritual por todos sus sucesores, al andariego general Rafael Reyes. Lo precedieron dos oficiales de protocolo con instrucciones precisas de consultar discretamente cada pormenor de la visita con el ingeniero don Tulio Ospina, "el único antioqueño que entiende de estas cosas", según les dijo el presidente, aunque agregó que lo dicho no era para sostener.

Se presentaron con una carta personal y manuscrita del primer magistrado. Aunque habían llegado a Bogotá las primeras máquinas de escribir, estaba definido como de mal tono usarlas en la correspondencia personal. Reyes le hablaba en su epístola de su fraternidad militar con el general Pedro Nel Ospina, de la gloriosa memoria de su padre, don Mariano Ospina Rodríguez y de cómo uno de los grandes alicientes para su viaje a Medellín, era visitarlo y conocer a su familia. Para ello en la conversación con los oficiales de protocolo ofreció don Tulio dar un almuerzo informal en su casa con el fin, dijo, de que el señor presidente pudiera descansar un poco del largo viaje y del no interrumpido ajetreo. Quería que el general se sintiera a sus anchas, y ojalá tuviera a bien dormir una larga siesta, como era fama que lo hacía algunas veces en plena campaña.

En un principio pareció preocupada doña Ana Rosa. Es cierto que en mantelería, en cristalería y en vajilla nada tenía que pedir prestado para atender al presidente, "aunque viniera con toda su comitiva y bebitiva". Pero si algo

caracterizaba a la familia Ospina era no haber sido jamás ostentosa. De generación en generación los Ospinas transmiten una consigna contra la ostentación:

“Si es que algo les sobra —decía el abuelo don Mariano— denle de comer al que tiene hambre, sin que nadie lo sepa, y no a los que están hartos, y no tendrán por qué agradecerlo”.

Además de geólogo y mineralogista capaz de orientar a todos los mineros del oro de Antioquia, don Tulio Ospina en aquellos años sobresalía como escritor y miembro de la aún recién fundada Academia Antioqueña de Historia. En ella descubrió prácticamente la figura del oidor Mon y Velarde, que andando el tiempo ha venido a ser reconocido como uno de los adalides del pueblo antioqueño, cuyos epígonos son los Berríos y los Ospinas. Pero tanto como de minas y de historia, don Tulio sabía de urbanidad y de culinaria. En lo primero es el tratadista consagrado de Colombia, par del venezolano Carreño.

En ciencia gastronómica se hizo a lo largo de su vida a las mejores recetas, copiadas en los barcos de sus travesías trasatlánticas y en las oportunidades de consumo en buenos restaurantes europeos.

En esta forma su señora descargó en don Tulio las mayores responsabilidades del almuerzo al general Reyes: la colocación de los comensales en la mesa y la adopción del menú.

Don Tulio supo dar a aquel almuerzo el toque de sencillez en que otros fracasan. Hizo pescar temprano las mejores sabaletas del río Medellín. Cuando Reyes, experto en peces, gustó aquel manjar, preguntó de qué país lo habían importado. Desde ese momento la conversación fue espontánea y descomplicada. Casi al extremo de la mesa, opuesto a la cabecera principal, habían permitido al adolescente Mariano Ospina Pérez que se sentara a manteles por primera vez en una fiesta con invitados extraños.

Con la sabaleta le pasaron un vino de Borgoña, y pudo así a distancia responder al interrogatorio del presidente Reyes. Que le iba bien en sus estudios con los jesuitas en el colegio de San Ignacio. Que, a pesar de haber tantos españoles, daban importancia a la historia y a la geografía de Colombia. Que acompañaba a su padre en sus excursiones con el fiambre en las alforjas, pero tenían que almorzar antes de las nueve de la mañana para dejar sitio a las piedras que traían para ser analizadas en el laboratorio de la Escuela de Minas. Que, efectivamente, su anhelo era llegar a ser ingeniero como su padre.

Pero el mozalbete, en ese momento, ya no estaba muy seguro de lo que decía. Fue ahí cuando por primera vez en la vida se le apareció la ambición política con la fuerza del primer amor. Sí, quería, y lo decía, ser ingeniero como don Tulio Ospina, pero desde ese instante ya deseaba ardientemente, por sobre todo, desde el fondo de su alma tímida y circunspecta, ser presidente como el general Reyes, así vinieran persecuciones, cárceles, pobreza, destierros. Al pasar frente al retrato del abuelo lamentó no estar hablando con él, contándole esta emoción nueva, obsesiva y extraña.

El general Reyes no quiso dormir siesta. Salió al claustro enladrillado, tomó asiento en una mecedora, le pidió a don Tulio que ocupara la otra, y la familia los dejó platicar a solas. Nunca dijo don Tulio qué habían hablado. La vieja cocinera que les trajo el té dijo que el presidente, con su bonita letra, tomaba nota de todo lo que don Tulio le decía.

Tuvo así la fortuna el general de ser en alguna manera discípulo del sabio don Tulio Ospina. Uno y otro se interesaban en la geografía. Y el jovencito Mariano Ospina Pérez resultó discípulo del presidente Reyes, a cuya memoria rindió culto todo el resto de su vida.



### III

#### ¿ES PECADO LA AMBICION?

El colegio de San Ignacio, con sus avezados educadores, los jesuitas, cooperó con la familia Ospina en la creación de buenos hábitos de Mariano Ospina Pérez. En contraste con los pésimos archivos de las instituciones públicas, muchas veces destruidos por incineración, y otras imposibles de consultar por desorden, en la secretaría de este colegio se pueden apreciar las calificaciones semana por semana en el mejor estado de conservación y en perfecta caligrafía. Es cierto que con el avance de la máquina de escribir se aprecia cómo va decayendo este arte caligráfico, antaño considerado a la altura de las bellas artes y hoy mismo en países orientales como cosa sagrada. Aunque no se ha hecho una comparación exhaustiva, corre la fama de que, a lo largo de noventa años de historia, las mejores calificaciones del plantel son las de este que llegó a ser presidente de Colombia y las de un alumno muy posterior, Javier Osuna, que es un notable sacerdote de la Compañía de Jesús, misionero en ultramar y gobernante de la provincia colombiana de su orden. Así nos lo manifiesta el padre Hernán Mejía, S. J., encargado de la Asociación de Antiguos Alumnos "Asia", del colegio.

En el último año del siglo XIX, que es el de 1900 —aunque muchas veces se diga que es el primero del siglo XX— aparece matriculado en preparatoria inferior, a los ocho

años de su edad. Quien mira sus notas tiene la esperanza de hallar indicios sobre su inclinación vocacional, pero pronto se desengaña, pues el muchacho sobresale tanto en materias humanísticas como en matemáticas y ciencias naturales. Ello indica desde luego su universalidad, calcada de la tradición de su familia, principalmente de su padre. Llama la atención el orden y el tesón. Ni un desmayo a lo largo de seis años de estudio. Buena salud, reflexión, perseverancia, corrección en el comportamiento, serenidad y método. Un carácter ya formado como lo tendrá hasta el fin.

Sus profesores jesuitas fueron recordados por Ospina toda su vida, y con frecuencia aludía a anécdotas y sentencias de ellos. El padre Francisco Javier Muñoz, el padre Luis Gamero y el padre Juan Pereira le relataban recuerdos de su abuelo durante los años de destierro en Centroamérica. Muñoz que vino desterrado a Colombia, llegó a ser arzobispo de Guatemala. Fue el rector que lo recibió y estimuló grandemente en su infancia. Gamero disfrutó extensa fama de santidad. Fue su rector en los años de bachillerato. Pereira contrajo una artritis deformante de la mayor crueldad que pueda darse. Crucificado en su silla de ruedas, celebró muchos años la misa de las nueve de la mañana con observancia estricta del ayuno desde la noche anterior, y durante todos los días y a todas horas se mantuvo dedicado a confesar y a la dirección espiritual. En sus homilias se dejaba llevar frecuentemente del arrebatado oratorio contra los liberales, pero advertía que todos estos denuestos eran contra sus compatriotas.

Algunos españoles lo impresionaron muy positivamente. El padre Manuel Quirós y Palma era un excelente profesor de francés y escribió más tarde un texto empleado muchos años en los colegios de la Compañía y en otros. En presencia de Mariano asistió a don Tulio Ospina en su muerte en Panamá, en 1921. Los padres Gumersindo Lizarraga y

Zollo Arjona lo formaron en la lógica y en la metafísica, al pie de la doctrina del padre Ginebra, pero con ejercicio profundo del pensamiento original. El prefecto de disciplina fue otro español más sencillo que aquellos en sus disciplinas, el padre Carlos Izu, que pasó en Medellín desde su juventud hasta su vejez, sobresaliente por su dulzura y piedad.

Entre los padres jesuitas colombianos de aquella época, vale la pena mencionar a Cayetano Sarmiento, bogotano, y a Carlos Salcedo, nariñense. Se compenetraron profundamente con la sociedad de Medellín.

El poeta León de Greiff recordó, en un reportaje, algo pintoresco, que da idea de cómo ya entonces, los desórdenes estudiantiles tenían su aliño de violencia:

—“¿Era usted amigo de los puños?”.

—“De vez en cuando (responde León de Greiff). Los muchachos de la Universidad de Antioquia peleábamos con los discípulos de los jesuitas que quedaban al pie. Algún día no me contenté con pegarles a los ignacianos, sino que la emprendí contra el padre Cayetano Sarmiento. Le dije que no era sacerdote sino carlista y otras lindezas”.

—“¿Y no sabe, maestro, que poner mano violenta en una persona sagrada, trae consigo la excomunión?”.

—“Estuve excomulgado por el arzobispo Cayzedo, pero yo lo excomulgé también...”<sup>1</sup>.

En cuanto al padre Salcedo se hizo famoso en Medellín principalmente por su apostolado en el culto al Sagrado Corazón de Jesús, ahora venido a menos. Fruto de él, fue la organización de la “gran procesión” que constituyó por

---

<sup>1</sup> Unas vodkas con León de Greiff, Revista “Arco”, número 152, pág. 56.

muchos años no solamente la mayor manifestación externa de la fe del pueblo antioqueño, sino además el acto público más vistoso del calendario medellinense, a ver el cual acudían innumerables visitantes.

Como “maestrillo” —nombre con que distinguían a los minoristas que ejercían el magisterio— actuaba el jesuita Manuel Salvador Restrepo, y como alumno del colegio su hermano, que llegó a ser el célebre escritor padre Félix Restrepo, S. J.

Sus compañeros de bachillerato, en la decimoséptima proclamación hecha por el colegio de San Ignacio, fueron Francisco Aramburo, Daniel Mejía, Miguel Moreno Jaramillo, Gabriel Olózaga Restrepo, Arturo Tirado, Parmenio Tobón y Víctor Urrea. Solamente ocho bachilleres. Pocos si se tiene en cuenta que en 1902, cuando Ospina empezaba su bachillerato, el colegio tenía ya 360 alumnos, de los cuales 228 eran internos, generalmente procedentes de las poblaciones de Antioquia. Ello indica el rigor, quizás exagerado de aquellos profesores. El bachillerato se concebía como una carrera de obstáculos. Se deseaba que a la universidad llegaran muy contados, pero muy escogidos.

En cuanto a la presentación externa, doña Mercedes Ospina viuda de Navarro, dice que Mariano no se distinguía de los demás niños, “uno de tantos, todos vestidos de dril, bien planchada la ropita y bien remendada”. Uno de sus condiscípulos, aunque no del mismo curso, don Julio Mejía, ya fallecido, decía que “casi todos íbamos descalzos al colegio en semana, menos Mariano y muy pocos más”.

Don Tulio Ospina cobraba un solo sueldo del Estado, la rectoría de la Universidad de Antioquia, pero desempeñaba ad-honorem simultáneamente la de la Escuela de Minas de Antioquia. Como entre la mayor parte de los antioqueños de entonces, entre sus más fundamentales preceptos

morales estaba el de ser madrugador. Antes de las seis y media de la mañana se le veía llegar a la plazuela José Félix de Restrepo, con su levita y su sombrero de coco, apearse con cierta majestad de su coche de dos caballos, blanco el uno y bayo el otro, y abrir personalmente el portón norte de la universidad, que daba a la rectoría y del que solo él tenía llave, una pesada llave adornada con el monograma de la universidad, obra maestra de un herrero vecino que se la había regalado como homenaje al señor rector. Mientras tanto, el cochero entraba su carruaje por la puerta de atrás, donde había piensó adecuado para las bestias. Algunos alumnos se quejaban de que trascendía hasta las aulas un olor mezclado de melaza y cagajón. Don Tulio se tornaba cada día más exigente en cuanto al aseo de la pesebrera.

En el local siguiente al de la universidad estaba el colegio de San Ignacio, donde don Tulio había matriculado a su hijo:

—“Con nadie nos sentimos tan obligados” —le comentó el rector, padre Muñoz.

“Nunca olvidamos a nuestros bienhechores. Su señor padre, don Mariano Ospina Rodríguez, permitió nuestro regreso a territorio colombiano, del que estábamos desterrados a partir de la pragmática sanción del rey Carlos III de España. La Compañía había sufrido la más dura prueba de la historia con la extinción que de ella hizo la Santa Sede. Apenas estaba reconstituyéndose, cuando pudo volver aquí, por pocos años, porque las autoridades que sucedieron en el gobierno a don Mariano desterraron de nuevo a los nuestros. Lo increíble fue que invocaron la obediencia al rey de España muchos lustros después de la Independencia, cuando la legislación granadina disponía que las leyes españolas no regían para ningún efecto en la joven nación. Cuantas veces los enemigos de la

Iglesia quieren hacer de las suyas, hallan algún pretexto, así sea el más absurdo. Y en la nueva venida de los jesuitas a Colombia, principalmente a Medellín, otra vez a nadie le debemos tanto como a don Mariano. De suerte que tener aquí a su nieto, y el heredero de su nombre, nos resulta muy honroso y muy grato”.

Dos años después cuando don Tulio quería retirar a su hijo para irse a vivir al exterior o al campo, el padre Luis Gamero, que cultivaba desde los años de Centroamérica una cordial amistad con don Tulio, escribió, sin que nadie lo advirtiera, la palabra “becado”. Conocía que don Tulio estaba en estrecheces económicas.

Los primeros días el muchacho venía con su padre en el coche, pues coincidía el horario del colegio con el del rector. Una mañana don Tulio hizo detener el vehículo, y se bajó para invitar a su amigo el doctor Carlos E. Restrepo, que iba por el andén de la Avenida de la Playa.

Este lo retuvo en una larga y animada plática, que Mariano no escuchó por haber permanecido en el asiento trasero, a la izquierda del puesto de su padre.

Finalmente desviaron el carruaje para llevar al doctor Restrepo hasta la droguería de don Nicanor, su hermano.

El resultado fue que Mariano llegó tarde y tuvo como castigo una hora de arresto haciendo prácticas de ortografía. Como, además, un compañero bromeaba con él por llegar en coche, pidió a su padre que lo dejara hacer a pie el viaje, como lo hacían todos. Don Tulio, sin el menor reproche, tomó el hecho tan en serio que ni en las mañanas más lluviosas volvió a invitar a su hijo a acompañarlo en su carroza. Algunos sábados en la tarde iban hasta Envigado a visitar al doctor Manuel Uribe Angel y le permitía acompañar al auriga y tomar de vez en cuando las bridas. Don Tulio intercambiaba sus conceptos de constructor sobre el templo parroquial de Envigado por cual-

quier receta del doctor Uribe para alguno de los trabajadores palúdicos de sus fincas.

Los domingos el programa era más duro, como Mariano se lo había contado al propio presidente Reyes en el inolvidable almuerzo de su casa. Frecuentemente don Tulio le recordaba con sorna que había acusado a su padre ante el primer magistrado por el mal trato que daba a su hijo. Doña Ana Rosa y la servidumbre se empeñaban la noche del sábado en preparar un buen fiambre para las famosas excursiones a pie de don Tulio y Mariano. Sacaban de la tinaja el agua llovida y hervida, la depositaban cuidadosamente en la cantimplora, ponían empeño en que las viandas fueran variadas: unas veces el tamal con el bizcocho de teja; otras las arepas de mote con quesito; en tiempo de cosecha un buen aguacate en sazón, la fresca piña peñolera en rebanadas; la carne de posta, y el arroz blanco, envuelta cada vianda en una cuidadosa servilleta de lino bien aplanchada. Era el más erudito en culinaria y el más criollo en consumo.

La historia se repetía siempre. El sabio investigador empezaba a hallar piedras que para nadie significaban rareza alguna, pero para el geólogo representaban una novedad. Sacaba de las alforjas el pequeño martillo de ingeniero. Deleitosamente, como quien parte una torta, don Tulio y su ayudante se empeñaban en el duro trabajo de picapiedras. Lo peor era que la pieza pequeña nunca le parecía representativa, y había que echar —en la alforja derecha primero, en la izquierda después— aquella onerosa mercancía.

Mucho antes de las once —la tradicional hora de almuerzo— había que consumirlo para dar campo en las alforjas a las consabidas piedras. Cuando no cabía una más, extenuados por el peso, pues se turnaban la carga, fatigados de ascender por faldas y descender por cañadas, de saltar chambas y rodear tremedales, padre e hijo, ya

hambreados de nuevo, resolvían regresar al hogar. Feliz el rector por estar enriqueciendo la colección mineralógica de su facultad, y el hijo callando sus pensamientos de rebeldía. Los demás no tenían la fortuna de un padre sabio y pasaban deliciosamente sus domingos. Reconocía con todo que era un privilegio escuchar largas horas de lecciones, no solamente de ciencias naturales, sino de anécdotas históricas vividas, y no pocas veces de profundas reflexiones filosóficas, todo ello dentro de la más llana conversación.

Pese al empeño permanente de don Tulio de no tratar temas relativos a la política, al menos delante de su familia, en el ambiente del colegio y con la lectura de algunos periódicos entendió Mariano el desprestigio creciente del gobierno de Reyes, su antiguo ídolo. Después de su visita a Medellín, cuando toda la sociedad lo recibió con aplausos y aclamaciones, inclusive los liberales, pues participaban en su gobierno, poco a poco su fama se fue desgastando.

Los prohombres de la montaña criticaban acervos la división territorial que había partido a Antioquia en cinco departamentos. Verdad era que otro tanto había ocurrido con las demás secciones del país, en forma que no podía probarse que tal designio fuera una abierta persecución a los antioqueños. Los mismos departamentos de Nariño y Atlántico, tan recién creados, habían sido ya desmembrados. Y lo difícil —comentaban los mayores— sería conseguir que Manizales, Sonsón, Jericó y hasta la misma vieja ciudad de Antioquia, se resignaran de nuevo a no ser capitales de departamento y a depender otra vez de Medellín. Cada una tenía su plan de obras públicas, Manizales y Sonsón querían construir sus ferrocarriles para salir al río Magdalena, como lo había hecho Medellín en una labor de indecibles padecimientos y largos años. Todo aquello tenía mucho de desperdicio y utopía, pero

creaba nuevos regionalismos que esterilizarían una acción conjunta. Jericó estaba compitiendo ya con la naciente industrial textil de los Restrepo Paila, en Bello, para la cual había comprado el tío Pedro Nel los telares en Manchester, desde su dorado destierro. En esa forma los antioqueños no podrían superar a los tradicionales tejedores del Socorro.

Mariano experimentó por primera vez el conflicto de la lealtad. En el fondo de su alma el general Reyes se había convertido en uno de sus grandes afectos. Era el centro de su pasión dominante, la política, reprimida cruelmente por el solo deseo de complacer a su padre. Bien sabía ya que nada de pecaminoso había en su ambición secreta al poder. El ambiente hostil hacia Reyes crecía como un río caudal en los rumores de cuantos lo rodeaban. El adolescente era adicto afectivo a Reyes, sentía por él la gratitud y la amistad por quien lo había honrado y por quien le había abierto los horizontes de la vida pública como anhelo. Pero tampoco hallaba argumentos para defender su obra de gobierno. No podía él, intonso aprendiz silencioso de política, contrarrestar la opinión pública. Si defendiera a Reyes pasaría por traidor a Antioquia. Si lo atacara sentiría en la conciencia el torcedor de la traición.

Mariano optó por el silencio. Escuchaba con avidez los comentarios políticos y no adelantaba la conversación. Alguna vez sí comentó su cruel dilema al más entrañable de sus compañeros, Miguel Moreno Jaramillo. Aunque en el ambiente estudiantil pretendieran más de una vez sembrar la cizaña señalando a Miguel como más inteligente que Mariano, nunca en éste nació la pasión de la envidia frente a su confidente. Por el contrario, en muchas ocasiones lo consultaba como orientador, por su ecuanimidad y mesura. Moreno Jaramillo no ocultaba su aversión contra Reyes, pero la expresaba con palabras tan prudentes y tinosas que

no pudieran turbar la sensibilidad de Ospina. Le exponía la necesidad de que la República regresara al imperio de la ley. Le manifestaba que la prolongación indefinida de un hombre en el mando, por ilustre que él fuera, siempre había acarreado males a la patria. Algo de dictadura iba siendo patente en el gobierno del señor general, y la índole de nuestro país rechazaba toda dictadura. El mismo Libertador no había podido mantenerse en ella, y la división de los colombianos y del territorio no había sido ajena a ese gobierno personal de atribuciones indefinidas. Sin embargo, insistía Miguel en admirar la discreción de Mariano. Cuando se interponía el sentimiento de la lealtad con un amigo, decía, no se trataba de aprobar en él una conducta reprochable, sino de saber que uno no está en condiciones de constituirse juez de su amigo, antes, por el contrario, está impedido para serlo.

Rodeado, quisíerolo o no, por su posición social, del ambiente político entre los personajes más calificados de Medellín, el joven Mariano Ospina Pérez tuvo conocimiento bastante exacto de que se fraguaba una verdadera conspiración contra el general Reyes. Las reuniones secretas se hacían en la Universidad de Antioquia. Muchos amigos de su casa estaban mezclados en la aventura. El doctor Carlos E. Restrepo, ese hombre impecable, gracioso, sereno, pasaba por ser el jefe de los conjurados. Tal vez sin tener nada que ver con estos, en Bogotá, en Barrocolorado, mientras el general presidente iba en su coche, habían atentado contra su vida. Los autores materiales habían sido condenados a muerte y ejecutados. Los autores intelectuales habían huído los unos, y quizá los otros no habían sido descubiertos.

Mariano Ospina Pérez llegaba al colegio ojeroso. Aunque en los recreos obedecía la norma de jugar a la pelota vasca contra un muro destartado, poco atinaba. El padre Luis Gamero lo llamó a su cuarto. Había oído comentarios

de que se le estaba agriando el carácter, que hasta entonces había sobresalido por su seriedad, pero dentro de la alegría. El sacerdote quería ayudarle. Esa tendencia a la melancolía era frecuente en la adolescencia, pero había que vencerla a todo trance. Quizás estaba enamorado. Nada más natural y más noble. Nunca vuelve a amarse con tanta pasión, con tanto desinterés, con tanta castidad como a los quince años. Pero hay que hacerlo también con júbilo. No dejarse llevar de ciertos autores, como Bécquer tan celebrados, pero que dejan un sedimento de pesimismo en la juventud. Había que tener especial cuidado, en fin, con no adquirir hábitos solitarios:

—Mi problema no es ese, padre.

—¿Quieres contarme cuál es tu angustia, a ver si puedo ayudarte en algo?

—Yo mismo me siento a veces ridículo cuando veo qué es lo que no me deja dormir. Y sé que su reverencia en nada puede ayudarme. Le daría risa también si se lo contara.

—¿Tienes alguna dificultad en tu casa? En todas, aun en las más distinguidas, no falta algún problema.

—No padre, ninguna.

—No puedo forzarte a que me hagas confidencias, pero sí deseo poderte servir en algo.

—Esto puede ser ridículo, padre, le repito. A mí mismo me da risa. Veo la tranquilidad de todos mis compañeros y me parece absurda. Yo no puedo dormir pensando toda la noche en la situación de Colombia.

—Bueno. Es apenas natural. Tú tienes vocación política y los demás no la tienen. Como tu familia ha tenido que responder muchas veces por la suerte de Colombia, los problemas de la patria te llegan como si fueran los de

tu familia. Tal vez lo son en grado mucho más alto que en las demás casas.

—En mi familia nunca nos metemos en política.

—En tu casa no. Pero tu tío es el general Ospina. Tu abuelo fue uno de los presidentes más famosos del siglo pasado. Creo que el mejor gobernante que ha tenido este país.

—¿Lo cree así, padre?

—Claro que lo creo y claro que lo sé. El señor Núñez o el señor Caro pueden disputarle ese honor, de ser el mejor gobernante que ha tenido Colombia. Son grandes, pero Ospina Rodríguez fue el creador de una concepción del Estado colombiano que ellos siguieron. Sin ella ni Núñez ni Caro hubieran sido posibles.

—Su reverencia piensa solamente en los conservadores.

—Núñez, que yo sepa, nunca fue conservador del todo.

—Ellos tuvieron también grandes hombres: López, Murillo Toro, Santiago. . .

—El grande de ellos fue Mosquera. Un horror de personaje, pero grande. En el siglo pasado —porque este apenas está empezando, y no muy bien— se reparten el campo de la grandeza histórica colombiana entre don Mariano Ospina y el general Tomás Cipriano de Mosquera. Ambos sufrieron mucho. Es el precio de la grandeza. Ospina es el civil. Mosquera el militar. Ospina es el derecho. Mosquera el abuso. Ospina es el pensamiento. Mosquera la acción. Ospina es el cristianismo. Mosquera el pecado.

—Para su reverencia, el liberalismo es el pecado.

—De eso no te quede duda, Mariano. Pero tenemos que convivir con el pecado. Estamos en el mundo y no en el cielo.

—Yo leo todo lo que puedo sobre la historia de mi abuelo. Don Estanislao Gómez Barrientos fue su secretario, y emparentado por sus matrimonios con antioqueñas, y tiene muchos documentos. Ha publicado bastantes, pero es mejor lo que tiene inédito. Oírlo hablar es entretenido; cuenta y no acaba. Así y todo, siendo mi abuelo, aún no me convence del todo.

—Eso será lo que no te deja dormir, muchacho. Cuando todo el país se entusiasma hablando de don Mariano Ospina Rodríguez, su nieto, el heredero de su nombre y de su gloria, no acaba de convencerse... ¡Esas tenemos!

—Entiéndame, padre. Yo quiero mucho a mi abuelo. Tal vez demasiado. No lo conocí, pero siempre ha estado tan presente, tan vivo, en mi casa, que no lo conocería mejor si lo hubiera visto y tratado. Fue un gran viejo, no cabe duda, ¡pero tuvo sus cosas!

—Ya sé lo que estás pensando. ¡En la nefanda noche septembrina y en el 4 de marzo!

—¡Son horribles septiembre y marzo! —exclamó Mariano.

—Llévate este consejo. Al buen hijo, como en el caso de Noé, le corresponde cubrir con un manto de benevolencia las desnudeces de su padre. Eso lo premia Dios. Deja a los historiadores que juzguen a tu abuelo. El balance resultará de todas maneras positivo. Todos los hombres que han hecho historia han tenido contradicciones y fallas. Si no tienes argumentos para defender a tu abuelo, no lo defiendas, pero tampoco lo condenes. Eso no te corresponde.

Esa noche Mariano no estudió en su cuarto, como solía, sino que se vino a la antesala, allá donde estaba el retrato del abuelo junto al retablo de la Virgen de los Desampa-

rados. Abrió el libro de lógica de Ginebra y clavó los ojos en las barbas blancas del cuadro. Aunque mucho le decían que en filosofía lo que menos vale es la memoria, quería convencerse de que se sabía todas las definiciones. "Definamos para que no discutamos" era la frase que más le había servido para poner término a las discusiones que, por oficio, adelantaba con su inseparable émulo Miguel Moreno Jaramillo.

Se sentía descansado.

Por fin había hecho las paces con su abuelo.

Mariano miró receloso que nadie anduviera por ahí.

Se acercó al óleo, puso un taburete de cuero para alcanzar, y estampó un beso en la frente del retrato.

—No es que te haya perdonado, papá Mariano, sino que no te culpo.

Le pareció ver claramente que el viejo dibujaba detrás de su bigote una sonrisa diáfana.

Volvió a la mesa donde tenía abierto el libro de filosofía y se entretuvo en una ensoñación. También en mí hay algo de poeta —se dijo— aunque mi abuelo prohibía a sus hijos que hicieran versos.

—Abuelo —le dijo Mariano Ospina Pérez—. Aquí, muy cerca, hay conspiradores.

—También yo conspiré, hijo.

—Son capaces de atentar contra la vida del general y presidente.

—También nosotros atentamos contra la vida del general y presidente. Se llamaba Bolívar.

—Están exponiendo su libertad. En cualquier momento los van a detener.

—También a nosotros nos persiguieron. Yo vine a dar a Antioquia; fugitivo por estas montañas. Aquí encontré el amor.

—Puede que los condenen a la pena capital y que los ejecuten, como ya lo han hecho con algunos.

—A varios de nosotros los ejecutaron.

—A otros los hicieron presos.

—Yo también estuve preso.

—A otros los desterraron.

—Yo también estuve desterrado.

—O podrán humillarlos.

—Yo voté por López para que no asesinaran al Congreso.

—¿Entonces no hay nada raro, abuelo, papá señor, como dicen en tu Cundinamarca?

—¿Te gusta la política?

Las últimas voces del abuelo no sabía el propio Mariano si eran una visión, una imaginación, respuestas que él mismo se daba o simplemente ensueño. Lo cierto es que llevaba varios insomnios atrás, y que la mano materna le sacudió dulcemente el cabello que había quedado sobre el libro:

—Hay que estudiar, m'hijo, pero tampoco matarse. Vete a tu cuarto, no vayas a quedarte vestido, y no olvides tus oraciones de la noche. Estás tan rendido que por hoy te perdonaremos el rosario.

Fue esta la primera vez que Mariano habló con don Mariano.

En adelante lo haría muchas, cuantas los dejaran a ellos solos.

La ambición política de Mariano Ospina Pérez, nacida a los catorce años, en 1905, durante aquel almuerzo que su padre don Tulio ofreció al presidente Rafael Reyes, fue desde entonces el móvil inspirador de su conducta. Por no ofender a su padre, que tantas veces le había insistido en que no debía intervenir en la vida pública, esa pasión hizo las veces del "pecado callado", ese que no se cuenta ni en la confesión, y que tiene un valor folclórico en Antioquia, patente aun en la obra de don Tomás Carrasquilla.

¿Pecado callado? ¿Pero había algo de pecado en aspirar a ser presidente de la República, como había sido su abuelo? ¿No era, por el contrario, estar pronto desde la primera juventud a ofrendarlo todo por la patria? Las imágenes que le flotaban espontáneas más allá del poder eran cárcel, pobreza, destierro, ingratitud. Cuantas veces oía hablar del "Programa de Caro y Ospina" entre los amigos de su casa —gente linajuda y conservadora— ese programa se le presentaba como grillos, penuria y ostracismo. Pero no lo arredraban. Servir a Colombia, sacrificarse por sus ciudadanos, figurar un día en los textos de la historia patria, tal era el fantasma de su juventud en sueño y en vigilia, y tal vez morir por la patria como Girardot, envuelto en la bandera.

Para ello veía claramente una ecuación entre el estudio y el poder. Ser el mejor alumno de los jesuitas era su realidad y su augurio.

Ospina fue desde la adolescencia un enamorado de la gloria. Si no podía decirlo a su padre, no se lo diría a nadie. Era menester conquistar el poder, pero sin mostrar anhelo patente por él. A fuerza de perseverancia llegarían un día, de gancho, el poder y la gloria. El padre Cayetano Sarmiento, el primer día de clase de aritmética, al correr lista, encontró el nombre de Ospina Mariano en ese muchacho descalzo como todos, y vestido de dril. —¿Si irá a poder usted con ese nombre? —le dijo. Igno-

raba que su pequeño discípulo era el nieto de don Mariano. Se lo dijo más tarde el padre rector, compañero que había sido en Guatemala de Pedro Nel y de Tulio Ospina.

El ansia de poder y de gloria golpeaba sin duda las almas de muchos otros niños antioqueños. Pero no todos veían en la alcoba, cada rato, al lado de la Virgen de los Desamparados, el retrato del viejo abuelo que había sido presidente de la Confederación Granadina. No todos habían tenido ocasión de comer en la misma mesa con el presidente general Reyes.

Mariano tenía una novia. Desde tercero de bachillerato leía frecuentemente el Quijote con su amigo Miguel Moreno Jaramillo.

“Eres otro novio de Dulcinea del Toboso” —le comentaba este compañero, ya desde entonces devorador de clásicos españoles. La vida le reservaba a este “natural de Santodomingo y vecino de Medellín”, ser gran jurista y escritor. Aquello era para Miguel su Dulcinea. Para Mariano ni ser jurista ni ser escritor. No podía decirlo ni a Miguel, su mejor amigo. Para él Dulcinea era la presidencia de Colombia. En la mayor de sus confidencias volvía a decir que anhelaba ser ingeniero como su padre, y conocer el mundo. Otro Miguel, el de Unamuno, describía por entonces la identidad entre Dulcinea y la gloria. Ante todos figuraba Mariano desde estos años de colegial como novio de María Olózaga Restrepo. Esta primera novia y hermosa dama, fue más tarde señora de Gabriel Posada Villa, ministro de las finanzas en la administración de Pedro Nel Ospina.

Ospina dijo siempre que su mejor maestro había sido su padre. Lo amó de veras. Aprendió de él muchas cosas, principalmente los buenos modales, ese algo encantador que muchos años más tarde plasmaría su hermana doña Sofía Ospina de Navarro en un libro con el nombre de “Don

de Gentes". Pero en el fondo hubo una lucha callada entre don Tulio y su hijo. Los biólogos insistirían en que se hereda más del abuelo que del padre. La política que repugnaba a don Tulio subyugaba a Mariano. El temor reverencial lo hizo callar. La gran lección que quiso transmitirle don Tulio fue la apoliticidad. Mariano, todo, menos esto, quería aprenderle. "No sé qué aspiraba hacer mi padre de mí. A la vez que se empeñaba en darme la más excelente educación, se empeñaba en mantenerme alejado de la vida pública". Y así, pensando en Jesús, llegó casi hasta los treinta años en una fecunda vida oculta, consagrado al estudio.

En unos ejercicios espirituales de aquellos de cada año con sus educadores, los padres jesuitas del colegio de San Ignacio, al trazarse Mariano su plan de vida, reflexionaba primordialmente sobre si la ambición era o no pecado. Sin develar su secreto, la aspiración a la primera magistratura, un día de retiro con pleno silencio, después de oírle una plática sobre el pecado de soberbia de Luzbel, se acercó a tratar su problema espiritual con el padre Muñoz, más tarde arzobispo de Guatemala:

—Veo, padre, que mi pasión dominante es la ambición. Me parece sentirme dominado por la soberbia.

—Ambicionar lo bueno, lo bello, lo grande, es cosa muy conveniente, siempre que esto sea para servir a Dios, para salvar la propia alma y para bien de los semejantes. Si falta cualquiera de estas condiciones, la ambición se vuelve cosa mala. En esa forma tú debes cultivar tus ambiciones, aunque parezcan desaforadas, pero enderezando continuamente tu intención. Que sea verdaderamente para la gloria de Dios, que por seguir tus ideales nunca hagas nada contrario a la salvación de tu alma, que todo cuanto desees sea con el ánimo de ser útil a tus prójimos. Quédate con esas ideas clavadas en tu alma, Mariano, y puedes estar seguro de que aprovechaste estos ejercicios de nuestro

santo padre Ignacio. El fue también ambicioso, muy ambicioso antes de su conversión y más ambicioso todavía después de ella.

—Pero, padre —dijo Mariano— su reverencia me habla de mi ambición como si mi vida fuera la de un sacerdote que tiene que entregarse a glorificar a Dios y a la cura de las almas. Yo nunca he tenido vocación de sacerdote.

—Ojalá la tuvieras, Mariano, —repuso el padre Muñoz— que bastante bien harías como sacerdote. Pero no se trata de eso. Servir a Dios y al prójimo, como salvar el alma, no es la misión de los sacerdotes sino la de cada uno de los hombres y más aún, de los cristianos.

—Mis ambiciones son terrenales —corta Mariano en forma tajante.

—¿Y qué pasa con eso? —inquire el sacerdote—. ¿No eran terrenales las de todos los príncipes cristianos? Piensa en tantos reyes santos. San Luis rey de Francia, se va a guerrear contra la morisma, y quiere dar gloria a Dios, santificarse en los penares de la guerra, servir a la cristiandad y al mundo con su cruzada. Pero no te quepa duda de que también aspira a ser más poderoso, más rico, más amado y admirado por sus súbditos. Piensa en la gloria de su casa y de su corona, en el honor de Francia. La gloria humana no se opone a la gloria de Dios, si no se rebela contra El.

—¿Entonces me anima su reverencia a que siga siendo ambicioso?

—Como maestro creo que debo enseñar a los jóvenes a que sean ambiciosos. Me gusta que anheles vehementemente algo: la fama, la gloria, la sabiduría, la riqueza, el poder, la belleza, el amor. Solamente alcanzarás lo que hayas deseado con toda intensidad a lo largo de toda la vida. Si te obsesionas en ser un geólogo, un astrónomo, un his-

torizador, un gobernante, un poeta, puedes llegar a serlo. Pero si no te empeñas toda la vida, con ambición verdadera, no pasarás de ser un mediocre. ¡Ay de mí, Mariano, si a un pichón de águila como tú, le recortara las alas!

El diálogo fue más largo. En un burdo reclinatorio sin cojín, las rodillas sobre el palo duro, el joven estudiante de los jesuitas hizo su confesión aquella tarde, a sus quince años, y por primera vez borró de la lista de sus culpas esa de ser ambicioso. Los escrúpulos de conciencia se estaban interponiendo en su carrera.

Mariano Ospina Pérez siguió siendo católico practicante, pero nunca volvió a padecer de esa pasión estirilizante de los escrúpulos de conciencia.

El jesuita limpió sus gafas con un extraño pañuelo negro y acompañó al estudiante hasta la puerta de su cuarto.

## IV

### CARLOS E. RESTREPO EN ESCENA

Mariano Ospina Pérez, a sus dieciséis años, aprendió a considerar con absoluta serenidad los azares de la política. Quienes asumían el riesgo de conspirar, como los amigos de su padre, eran gente mayor, muy consciente de lo que hacía. Nunca volvió a perturbar su sueño la inquietud de que fueran o no condenados a muerte. Dos veces lo había sido su abuelo y había muerto anciano y en su cama. También estos señorones de Medellín tenían que asumir responsablemente las consecuencias de sus actos. La política es inexorable.

En medio de su silencio en materia política, Mariano se entretenía conversando consigo mismo, como si un interlocutor fuera Mariano de catorce años y el otro fuera Mariano de dieciséis.

El niño Mariano era un fervoroso del general Reyes. El joven Mariano era un adicto de Carlos E. Restrepo. El niño Mariano hablaba en 1905 y presentaba un Rafael Reyes, con su bigote triunfal, como la imagen acabada de la entereza y del vigor. El joven Mariano le respondía en 1907 y presentaba un Rafael Reyes con su mismo bigote ya entrecano, una mirada displicente y extraña, el rostro surcado por arrugas, el gesto tenso, el continente descaecido, casi derrotado. ¿Cómo era posible que en dos años

escasos hubiera así cambiado un mismo rostro, que era el de la victoria, el de la alegría, el de la seguridad?

El general Reyes, después del atentado de Barrocolorado, imprimió en Londres un precioso tomo sobre aquellos hechos deplorables y lo envió con dedicatoria cordial a unos cuantos amigos. A don Tulio Ospina, naturalmente, le llegó el primero de Medellín. Además de un relato objetivo, llamaban la atención los grabados, sobre todo aquel en que el presidente, con sus corceles a todo galope, bajo el látigo del auriga, escapaba de los tiros a quemarropa de sus atacantes. Con el libro y la dedicatoria llegó una fotografía, decorada, relamida, pulida por el acucioso fotógrafo, pero en la que los ojos perspicaces de Mariano entreveían el rastro de esos duros años. No era Reyes ya el mismo que había visto de cerca en el comedor de su casa, ni mucho menos el brioso jinete sobre el potro moro de los Santamarías en que hizo su desfile por las calles de Boyacá y de Junín, desde la catedral de la Candelaria hasta la catedral nueva en construcción. Hasta las charreteras parecían caerle ya desmirriadas sobre sus omoplatos que antes parecían anticiparse al bronce. Tal vez —decía Mariano, el joven— volveremos a ver en su estatua la dureza que le conocimos en carne y hueso.

Mientras Mariano el niño se cobijaba a la sombra de su héroe infantil, de casaca militar, Mariano el joven, no podía evadir la luz de su nuevo prócer de levita, Carlos E. Restrepo.

Un día habló el doctor Restrepo en la Escuela de Derecho. Casi todos los asistentes eran abogados. Miguel Moreno Jaramillo y Mariano Ospina Pérez, alumnos de último año del colegio de los jesuitas, se hicieron presentes. Cada palabra era atildada y tinoso. No mencionó para bien ni para mal al gobierno, pero su exposición sobre el abuso del derecho, completamente abstracta y teóri-

ca, señalaba con un índice de fuego la situación vivida en Colombia. Nada que pudiera parecer una arenga. Al terminar su conferencia prorrumpieron los asistentes en aplausos y aclamaciones. En voz baja, pausada, les ordenó guardar el mismo silencio que observaban sus alumnos cuando todos los días dictaba su clase, en nada distinta de la lección que había dado. Todos obedecieron. Carlosé, como lo llamaban, tenía don de mando. Con su calma impuso silencio. Con un ademán quedo de su mano derecha hizo retroceder a quienes habían abandonado sus asientos para abrazarlo. Salió él primero del salón, y sus ardorosos seguidores simplemente lo siguieron quedos. De otra manera muchos hubieran conocido la cárcel aquella mañana. Entre los oyentes había varios agentes de la policía secreta. El general Reyes sabía que en Antioquia estaba el epicentro de la oposición a su permanencia en el poder, y que ese fino y aparentemente inofensivo abogado Carlos E. Restrepo era el jefe indudable.

Varias veces se cruzaron en la calle Carlosé y Mariano. Saludaba con cortesía al joven y más de una vez lo detuvo para interrogarlo sobre la salud de sus padres y el curso de sus estudios. Pese a que los amigos le manifestaron sus temores, nunca quiso Restrepo andar con guardaespaldas, ni siquiera dejaba dicho en su casa ni en su oficina qué camino iba a tomar ni a dónde se dirigía. Aparecía en el momento menos pensado, siempre inerme, en la librería de Antonio J. Cano y participaba como de costumbre en la tertulia vespertina del Negro. De vez en cuando se iba por las tiendas tomándose aquí y allá uno y otro aguardiente, con sus amigotes de toda la vida. Los agentes secretos lo encontraron una noche acompañando a un amigo a dar una serenata a su prometida, e informaron que su actitud era tan natural y desprevenida, que estaban seguros de que no era posible que un hombre así estuviera conspirando.

El acto solemne de premiación y proclamación de bachilleres en el colegio de San Ignacio, era, año por año, una de las fiestas clásicas de Medellín. Lo presidía el gobernador. La banda departamental dejaba oír súbitamente sus acordes, tan pronto como un alumno completaba cinco medallas, ni más ni menos que como lo hacían con los más atrevidos toreros en la suerte de la capa.

Mariano Ospina Pérez año tras año hasta el día de su bachillerato escuchó palmas, y fue habituándose a ser excelencia, título dado al alumno primero de cada clase. Como no se sabía qué exámenes eran mejores, frecuentemente se otorgaba el primer premio a Miguel y a Mariano "mérito pares". ¿Quién será ese Melitón Páez? decía la vieja sirvienta invitada por doña Ana Rosa a presenciar el triunfo académico de Mariano. El día del bachillerato don Tulio cedió a doña Ana Rosa el placer de colocar en la solapa la primera medalla y el de hacer entrega del diploma. Las otras le fueron impuestas por Clodomiro Ramírez y por Carlosé. Pocos alumnos habían tenido los jesuitas así de brillantes y bien calificados. Los envidiosos decían que más que al talento, esos triunfos se debían al tesón. Ambas calidades contribuyeron, y también, sobre todo, aquella consigna secreta y entrañable suya, de que tenía que prepararse bien, prepararse para nada menos que la presidencia de Colombia. Cuantas veces lo tentó el desánimo, cuantas veces asomó la pereza, cuantas lo atrajo el vicio, ese designio con nadie compartido, esa Dulcinea oculta, lo obligó a superarse. Nada de confiar en su talento y dedicarse a la facilidad. Si no llegara a ser presidente, que no ocurriera por desidia suya.

Como lo había llevado en la infancia, ocho años antes, al colegio de San Ignacio, don Tulio Ospina lo acompañó a la Escuela de Minas de Antioquia y estampó, con júbilo contenido, su firma en la matrícula como rector.

Comentaban él y doña Ana Rosa cómo se veía ya a un sucesor que seguiría la tradición de sus familias. Porque los Pérez, más aún que los Ospinas, se preciaban sin ufanía vana de nobleza de estirpe, no ajenos a la manía nobiliaria característica de las familias rancias antioqueñas, observada desde la colonia por el oidor Mon y Velarde. Doña Ana Rosa con sus veinte hermanos, trece del primero y siete del segundo matrimonio de Gregorio, se sabía de memoria su genealogía mucho antes de que fuera publicada por don Gabriel Arango Mejía. Algún amigo les bromeaba diciendo que nuestro padre Adán era Pérez, como ellos, descendientes suyos por no interrumpida línea de varón, pues Dios en el paraíso terrenal le había dado el apellido diciendo: "perecerás" (Pérez serás). Pero si algo les infundó profundamente don Tulio a sus hijos, era no alardear de sus ascendientes ni de la nobleza de su cuna, y menos aún, jamás, de riqueza. No hay familia que no tenga méritos y vergüenzas, les repetía. Y pregonar nobleza, riqueza o saber es una manera de oprimir a los inocentes<sup>1</sup>.

Es lo cierto que desde mucho antes de estas calendas ha reinado en Antioquia un igualitarismo que se dice heredado de los vascos, predominantes como son estos entre los antepasados de los habitantes de aquella región. Antes del año mil resolvieron en Euskadi el problema de nobleza declarando que todos pertenecen a ella, cada uno en su aldea y solar. Así ni en el colegio de los jesuitas ni en la Escuela de Minas se trataba de modo distinto al hijo de don Tulio Ospina y al de Juan Lanas, el tendero de la esquina o al del emperador de la China. Posición cómoda para quienes pertenecen a las familias linajudas y también para aquellos que se consideran menos. La conversa-

---

<sup>1</sup> Pese a ello entregó don Tulio Ospina a don Gabriel Arango Mejía unos datos genealógicos sobre los Ospinas, que tuvieron que ser retirados por inexactos a partir de la segunda edición.

ción sobre genealogías se dejó para el chocolate de las señoras y para el duro trance de los matrimonios.

No podía el novel estudiante de ingeniería definirse a sí mismo qué le alegraba más, si ser discípulo de don Alejandro López en la clase de las seis de la mañana en punto, o de Carlos E. Restrepo a las cuatro de la tarde, esta sí con el margen del cuarto de hora. El primero era el más liberal de Antioquia, con fama de ateo y librepensador. Sin embargo, lo disculpaban diciendo que cada noche, debajo de las cobijas, rezaba en silencio esta oración: "Gracias, mi Dios, porque soy ateo". Carlos E. era todo lo contrario. Es cierto que por estos días ya no figuraba como jefe conservador, ni siquiera como conservador. En torno suyo casi todos los conservadores y muchos liberales iban configurando el movimiento que llegaría a ser el partido republicano. Detrás de su magra estampa se adivinaba al pensador cristiano, nada beato.

Carlos E. Restrepo daba clases de derecho a los estudiantes de ingeniería. Al lado de los complejos y tediosos ejercicios matemáticos a que los sometían Alejandro López y Juan de la Cruz Posada, la clase de Carlos E. era reputada por todos tan fácil como si fuera costura. Don Alejandro se indignó el primer día a las seis y un minuto, porque un alumno lo saludó con el título de doctor: "Si usted quiere ser doctor —dijo con su voz gangosa pero solemne como la de un fantasma— váyase hoy mismo para la Escuela de Medicina. Está equivocado de puerta. Los ingenieros no somos doctores. Somos gente de trabajo material duro. Nos acercamos más a los peones que a los doctores. Cuando usted conozca mi firma, o la de cualquier ingeniero que se respete, verá que dice Alejandro López, I. C. La gente no lee ahí ingeniero civil sino indio civilizado. Ni eso somos. Aquí todos somos semisalvajes todavía".

Carlos E. Restrepo, cuarentón, era todo lo contrario. La suavidad. ¡Pero qué doctrina! Hacía descansar la mente, enfrascada en los números, mediante disquisiciones filosóficas y otras de una ciencia nueva, que apenas se mencionaba por entonces, la sociología. Fatigados a aquella hora de la tarde, después de una jornada intensa de estudios, no pocos discípulos dormitaban. Mariano Ospina Pérez, por el contrario, no cesaba de tomar notas, ni perdía palabra de cuantas pronunciaba aquel expositor magistral.

Venciendo la pasiva timidez que lo habría de acompañar toda la vida —esa que quizá las gentes llaman cortesía— de vez en cuando interrogaba al profesor, principalmente en materias constitucionales. En la primera interpelación le sorprendió que al responderle el doctor Restrepo lo llamara por su nombre. Pronto se dio cuenta de que lo mismo hacía con todos y cada uno de sus discípulos. Carlosé fue perfilándose en su interior como el maestro inolvidable, quizá llegó a ocupar ese sitio de honor que por años estuvo reservado al padre Gamero. Pero es más. Colmó un amplio espacio que hasta entonces había ocupado, desde los catorce años, el general Rafael Reyes. Ese solio de Bolívar que desde los catorce años tuvo siempre plantado Mariano entre las entretelas de su corazón, en lo más escondido de su entraña. ¿Ingratitud? ¿Deslealtad? ¿Volubilidad? Muchas veces se lo preguntó sin angustia. —Política. Simplemente política —respondía el joven Mariano de dieciocho años al ingenuo niño Mariano del año 5.

De sus años de estudiante en la Escuela de Minas queda una anécdota relatada muchos años después por el poeta León de Greiff y según la cual Mariano Ospina Pérez, aunque apolítico entonces, no tenía el pensamiento alejado de los ajetreos electorales:

“A Mariano Ospina Pérez —dice en el reportaje ‘Unas vodkas con León de Greiff’ que me concedió para la revista Arco— tuve el honor de derrotarlo en las urnas estudiantiles. Lo llamo mop. Sabe usted que quiere decir mop en inglés?

“Cuénteme, ¿cómo derrotó en las urnas a MOP?

—En la Universidad de Antioquia estábamos eligiendo representante al Congreso Estudiantil de Caracas. MOP tenía armado su electorado desde la Escuela de Minas. Hice la campaña en el Liceo Antioqueño y saqué a Carlos Uribe Echeverri”.

## V

### INGENIERO MENOR DE EDAD

Al iniciarse el año escolar en febrero de 1908 se matriculó Mariano Ospina Pérez en la Escuela de Minas de Antioquia, fundada por su padre don Tulio Ospina y por su tío el general Pedro Nel en 1885, con el ánimo de dar a la minería de Antioquia el nivel científico que ellos habían aprendido en California. Los Ospinas no son los únicos fundadores. En el ingreso al actual edificio, se lee esta placa conmemorativa que recoge con justicia la verdad histórica:

“El primer Congreso Nacional de Ingeniería, al iniciar sus labores, rinde un homenaje de admiración a la memoria de los fundadores de la Escuela Nacional de Minas, ingenieros Pedro Nel Ospina, Tulio Ospina, Luis Tisnés, José María Escovar, Tomás Bernal y Crispulo Rojas.

Medellín, diciembre 7 de 1922”.

Pedro Nel Ospina fue escogido como primer rector, mas no pudo hacerse cargo de ella. Actuó el ingeniero Luis Tisnés, pero en verdad la obra resultó imposible en su iniciación por falta de recursos y hasta de alumnos. A los tres meses fue necesario interrumpir las clases. Solamente la voluntad inquebrantable de don Tulio Ospina fue capaz de organizarla en 1887. Lo que había nacido dentro del Estado

Soberano de Antioquia, obtuvo reconocimiento inmediato de la República unitaria reconstituida. Puede decirse que el gran aporte de los Ospinas a la Regeneración fue esta escuela.

Al entrar en ella Mariano, estaba don Tulio al frente de la Universidad de Antioquia. El mismo solicitó por entonces que la Escuela de Minas se tuviera como parte de la universidad. Carecía de local propio, y era tenida como una de las varias unidades docentes: la de Derecho se remontaba a la época de Bolívar; la de Medicina se había iniciado en los Estados Unidos de Colombia; la de Agricultura —en cuya fundación también los Ospinas intervinieron— había nacido después de la de Minas, a principios del siglo. Don Tulio habría de arreglar la autonomía de “su” escuela con el gobierno de su grande amigo Carlos E. Restrepo, como lo veremos en seguida.

Entre los compañeros de Ospina, vale la pena recordar a algunos que han sobresalido en la ingeniería: Juan de Dios Higueta, Luis Alfonso Correa, Gabriel Sanín Villa, Germán Orozco, Juan J. Angel. El único que sobrevive a Ospina es Higueta. Correa fue uno de los más sobresalientes servidores del ferrocarril de Antioquia, superintendente en el gobierno de Ospina, cuando afrontó, en 1947, una de las más difíciles huelgas políticas, comandada y estimulada por Jorge Eliécer Gaitán. Sanín Villa fue senador liberal por Antioquia, autor de una tesis sobre ruedas Pelton, publicada por la Escuela de Minas, por recomendación de Juan de la Cruz Posada, y de un diccionario ortográfico y de sinónimos y palabras —como los nombres propios, los apellidos y los lugares geográficos— que no suelen aparecer en obras de este carácter. Germán Orozco, como director de Caminos de Antioquia, se distinguió en varios estudios en obras públicas de interés regional. Juan J. Angel, fue político liberal muy destacado y gobernador del departamento.

Entre los profesores de la época no podemos olvidar a Jorge Rodríguez, el verdadero fundador de la estadística como disciplina científica en Antioquia, y al famoso José María Villa, constructor del puente de occidente y de otras obras análogas, que para la época eran de una verdadera novedad no solamente en Colombia. De los profesores extranjeros, que tanto contribuyeron a la elevación del nivel académico, es forzoso recordar a Pablo Brunet, profesor de maquinaria y de dibujo de máquinas, así como al doctor P. Zurcher, de metalurgia.

El ingeniero Horacio Rodríguez enseñó a Ospina dibujo de construcciones, dibujo lineal y dibujo topográfico, y el ingeniero Mariano Roldán le dictó cálculo infinitesimal. Camilo Botero Guerra dictaba mecánica analítica.

Además de Carlos E. Restrepo y de Juan de la Cruz Posada, a quienes reputaba sus profesores predilectos, a la altura de los mejores que tuvo en el exterior, admiraba Ospina sobremanera a José María Villa, su profesor de hidráulica, y en esta materia trabajó para su tesis de grado. Pero ninguno fue tan maestro suyo como su propio padre, así en ciencia como en virtud.

Don Tulio Ospina era hombre de consignas. Mucho antes de presentar en 1912, una vez obtenida la autonomía de la Escuela, la frase "Trabajo y Rectitud" adoptada oficialmente como lema de la institución, Mariano se la escuchó en el hogar y en las aulas.

Ya en 1911, como alumno de último año, los profesores le pidieron a don Tulio que encargara a su hijo Mariano de la cátedra de geometría descriptiva, pues no hallaban otra persona tan capacitada para regentarla. Así lo hizo y llegó a ser profesor de algunos de sus compañeros. Los exámenes eran con tres jurados. Y las calificaciones, cada una con su acta, se publicaban en "Anales de la Escuela de Minas de Antioquia". Esta publicidad servía de incen-

tivo para que los denodados estudiantes de entonces realizaran increíbles esfuerzos.

El 30 de agosto de 1911, el presidente Carlos E. Restrepo firmó el decreto 804 que le da a la Escuela su estatuto fundamental:

“El Presidente de la República de Colombia, visto el artículo 21 de la Ley 39 de 1903 sobre instrucción pública,

**DECRETA:**

La Escuela Nacional de Minas se regirá por los presentes estatutos: Artículo primero. La Escuela dará instrucción pública y gratuita sobre Ingeniería de Minas, Ingeniería Civil y demás ciencias relacionadas con estas. . .”.

Vale la pena destacar la gratuidad de la educación superior para entender el concepto de lo que ahora se llama la universidad popular y que fue tan hondamente sentido y practicado por hombres como ese gran universitario que se llamó Tulio Ospina. Por aquellos estatutos se establecían también carreras cortas de agrimensores y prácticos de minas. Aunque en algo se llegaba a reglamentaciones mínimas, que hoy nos parecen pecar contra la técnica legislativa, estos estatutos de la Escuela que desde entonces empezó a llamarse Nacional, preparados minuciosa y cariñosamente por su fundador y rector, tienen aún hoy día grandes valores.

En Antioquia se ha tenido generalmente el criterio de que allá se fundan las instituciones con recursos propios, pues de lo contrario no se fundarían, y después de algún tiempo se le venden o se le ceden a la Nación. No se las llevan de donde están, y el departamento o el municipio se libertan de sostenerlas para emprender otras. Así se hizo con el ferrocarril de Antioquia, cedido en 1960 a la Nación. Así con la idolatrada carretera al mar, por la cual

ahora no ve ni la Nación ni el departamento, al menos como es debido. El aeropuerto Olaya Herrera lo construyó el municipio de Medellín y lo vendió a una entidad nacional. Con las cárceles ocurre que nadie las quiere tener.

Buena o mala costumbre, en este caso personalmente el autor de estos apuntes cree que fue un desacierto, aunque haya sido realizado por don Tulio Ospina, que era como su dueño, haber desvinculado de la Universidad de Antioquia la Escuela de Minas, como lo fue también haber desmembrado del Alma Mater la que hoy es Facultad Nacional de Agronomía. Forman con arquitectura un brazo lejano de la Universidad Nacional de Colombia, pero dieron comienzo a la proliferación de universidades oficiales dentro de una misma localidad, que no ha permitido el suficiente desarrollo de la una, y más bien ha propiciado el debilitamiento de ambas.

Muchos ingenieros terminaban sus estudios pero no cumplían con la tesis y demás requisitos de grado. Al cabo de muchos años hubo una especie de indulto que dio lugar a un grado colectivo muy numeroso. Ingenieros añosos y bien establecidos volvieron a reunirse en aquella celebración sin precedentes.

Algunos ya graduados llegaron de lejos para participar en la fiesta. Es fama que un grupo contrató la mejor banda de músicos de la ciudad, se fue con ella en el primer avión que salió, y fueron a dar hasta Pasto "con su música a otra parte". Las borracheras de los ingenieros antioqueños, salvo excepciones como Ospina, tienen algo de legendario.

Los graduados de la Escuela de Minas no eran muchos antes de Ospina Pérez. En 1893 se graduaron Carlos Cock, Antonio Alvarez y Alonso Robledo.

En 1894 optó al grado Germán Jaramillo con Sotero Peñuela. La acción educativa de la Escuela había ya tras-

cendido los límites de Antioquia. En 1908 los grados son otorgados ya por la Universidad de Antioquia, y en este año reciben sus diplomas Luis F. Osorio, Pedro Antonio Rodríguez, Francisco Rodríguez Moya —tal vez el único poeta de renombra que ha sido graduado en ingeniería en Antioquia— y el celeberrimo escritor y conductor antioqueño Alejandro López. En 1909 se graduó el ingeniero Francisco Patiño y en 1910 el ingeniero Alejandro Londoño.

Obtenida la independencia de la Escuela Nacional de Minas, el secretario Roberto Luis Restrepo abrió el libro de actas de grado. La número uno es la de Raúl Restrepo Alvarez. La segunda corresponde a Roberto Arango, la tercera, del 20 de abril de 1912, es la de Mariano Ospina Pérez, y dice así:

#### D I P L O M A

##### ESCUELA NACIONAL DE MINAS

El Consejo Directivo de la Escuela Nacional de Minas de Medellín, por autoridad del gobierno de la República de Colombia, ha conferido el título de Ingeniero de Minas con todos los derechos y obligaciones que le corresponden a

##### MARIANO OSPINA PEREZ

quien ha sido examinado debidamente y presentado al Consejo como digno de tal grado con la calificación de sobresaliente.

En fe de lo cual se ha firmado el presente Diploma por los miembros del Consejo y sellado con el sello de la Escuela, hoy a 20 de abril de 1912.

El gobernador del departamento, presidente del Consejo,  
(Fdo.), *CLODOMIRO RAMIREZ*

El rector, *TULIO OSPINA*  
El consejero, *JORGE RODRIGUEZ*  
El consejero, *JUAN DE LA C. POSADA*  
El consejero, *ALEJANDRO LOPEZ, I. C.*  
El consejero, *LUIS MEJIA ALVAREZ*  
El vicerrector secretario,  
*ROBERTO LUIS RESTREPO.*

Refrendado: El ministro de Instrucción Pública,  
*CARLOS CUERVO MARQUEZ*

Registrado bajo el N° 3, Folio del Libro de Diplomas.  
*ROBERTO LUIS RESTREPO*

Bogotá, julio 30 de 1912. - Anotado al folio 155 del libro respectivo.

El presidente de tesis fue el ingeniero Juan de la Cruz Posada. Versó sobre hidráulica en la minería y concretamente sobre los aluviones del Force. "La discusión sobre el origen del oro aluvional, sostenida con el presidente de tesis, don Juan de la C. Posada, es de lo mejor que hemos visto en esa clase de actos", comentó el domingo siguiente el periódico local "La Organización". El gobernador Clodomiro Ramírez le entregó el título.

Un comentarista con el estilo centenarista tan en boga, se ocupó del "encuentro de dos sabios, uno maduro y el otro de veinte años".

Para unos cuantos profesores y parientes se sirvió una copa de champaña en casa de don Tulio. Con el retrato de Ospina Rodríguez al fondo, Alejandro López, el de la voz gangosa, de caverna, dijo unas palabras: "Joven amigo Mariano Ospina Pérez: usted ya es ingeniero. Ha aprendido algunas cosas en la Escuela de Minas. Sabe usar la dinamita y romper cosas blandas como la roca. Ahora

empieza su ejercicio profesional. Le toca enfrentarse con lo verdaderamente duro que es la voluntad de los hombres. Está bien preparado apenas para empezar”.

La reunión fue breve. Esa misma noche, en la casa de la carrera Junín con la calle de Maracaibo, donde se alza hoy el edificio de un banco, don Tulio y doña Ana Rosa conversaron largamente con su hijo. Ella le dijo que no quisiera separarse nunca, pero que había convenido con Tulio que merecía continuar sus estudios en Estados Unidos y Europa. No les parecía bien que, cuando apenas llegara a la mayoría de edad, tuviera que enfrentarse con el ejercicio de la profesión, en que muchas veces se abandona la disciplina del estudio. Don Tulio agregó que era un problema ser ingeniero tan joven, pues muchos no se atrevían a celebrar con él contratos de mayor cuantía cuando no tenía siquiera la ciudadanía. Lo lógico era viajar, aprender nuevas técnicas que hicieran prosperar la minería de Antioquia, y regresar después de tres o cuatro años, mejor preparado y en edad en que le creyeran más que ahora, y que en todo caso hablara el francés y el inglés como persona educada.

Querían que él mismo decidiera libremente el país y la universidad de sus preferencias, pues les merecía toda confianza su criterio. Estaban seguros de que la Divina Providencia no faltaría con los recursos para completar su formación, del mismo modo que hasta entonces los había deparado.

Desde principios de mayo después de conversar con la docena de conocedores de Europa y Norteamérica que habitaba en la villa, Mariano dijo a sus padres que deseaba estudiar en la Universidad de Louisiana. La técnica minera y la agrícola estaban muy avanzadas allá.

Una vez conseguido el grado de máster iría a Europa. Sus conocimientos de la lengua francesa, aunque no muy

perfectos, aprendidos con los jesuitas, le auguraban una mejor formación. Siendo la región balona como Flandes y los Países Bajos menos ricas que Francia y Alemania, tenía la esperanza de que el aprovechamiento de los recursos naturales en ellos fuera más adaptable a un país nuevo como Colombia. Don Tulio halló acertados estos razonamientos y pronto se dedicaron a los contactos con las compañías de navegación fluvial y marítima para emprender cuanto antes el viaje. Aunque los cursos regulares comenzaran un poco más tarde, convenía que se familiarizara con el inglés e hiciera un recorrido de observación y de placer por Estados Unidos antes de consagrarse plenamente al estudio.

Don Tulio acompañó a su hijo hasta Barranquilla, donde este conoció el mar. En la navegación por el Magdalena el barco pernoctaba en todos los puertos, y a veces amarrado a árboles corpulentos en humildes leñateos.

Doce días duró la navegación desde Puerto Berrío, molesta por la plaga de mosquitos, pero intensa en la contemplación de la naturaleza exuberante. Aunque la pesca no era afición ordinaria de los Ospinas, ni la ictiología su especialidad, se divirtieron con los anzuelos y lograron sacar algún corroncho y algún cápax. Provistos de papel milimetrado, se ejercitaron en cartografía con dibujos a mano alzada sobre determinadas curvas del Magdalena. En la noche Mariano salía de su camarote y se divertía oyendo cantar a los tripulantes tendidos en sus hamacas en cubierta. Algunos pasajeros en la madrugada ejercitaban el tiro al blanco disparando contra los caimanes y las tortugas. Sin que los oyeran, don Tulio y Mariano comentaban airadamente cómo esta frivolidad acabaría con la fauna. Había que darles en los ojos. Desde el barco veían sobre los árboles de la tupida selva, colonias enteras de simios, mientras volaban bandadas incontables de loros y de verdes y bulliciosos pericos. Mariano

no salía de su asombro al comprobar los conocimientos que sobre la arteria fluvial había almacenado su padre. Parecía que la recorriera continuamente como los morenos bogas que cortaban el paisaje fluvial con sus ágiles canoas. Cada escollo parecía haberlo medido personalmente. En materia de botánica y zoología venía cada momento a la parla con los latinajos de las clasificaciones científicas y con descripciones minuciosas sobre las costumbres de cada animal y propiedades de cada planta.

Con semblantes serenos, casi indiferentes, muy de Ospinas, don Tulio en el malecón y Mariano en cubierta, hicieron en Puerto Colombia un ademán de despedida con sus brazos derechos. Años más tarde comentaban cómo ambos, cual si hubiera transmisión de pensamiento, tenían sus mentes fijadas en la imagen de don Mariano Ospina Rodríguez cuando logró escapar de su prisión de Cartagena. Yéndole muy bien a Mariano, según los cálculos, pasarían tres años sin verse. Lo más probable es que fueran cuatro.

El segundo día de navegación el mar estuvo movido. Mariano interrumpió la lectura de un voluminoso tomo de historiadores del siglo XVI editado por Ribadeneyra y recomendado por su amigo Miguel Moreno Jaramillo porque estaba experimentando el mayor malestar de su vida. Bien sabía que aquello era el mareo, pero su conciencia le hablaba de asfixia, de dolor, de tedio, de desesperación. Parecía la agonía. Por el ojo de buey de su camarote de primera clase alcanzaba a divisar el mar, muy azul y de ondas muy crespas, y por primera vez experimentó Mariano el sentimiento de odio. Odiaba el agua sa'ada como amaba la dulce.

Los demás días transcurrieron sin novedad. Después de conocer a Panamá se hizo amigo de una familia venezolana, los Martínez Rojas, que embarcó ahí con destino a Barcelona, donde el padre había de desempeñar el vice-

consulado de su país. Cambiaban impresiones sobre sus patrias respectivas con respeto diplomático. Una noche creyó Mariano haberse excedido en los elogios al presidente Carlos E. Restrepo, por su ejemplar observancia de las libertades ciudadanas. Quizá los venezolanos podrían tomar a mal cualquiera comparación que se les ocurriera con la situación de su país en esta materia. Al fin y al cabo ellos habían elogiado más aún a Juan Vicente Gómez.

Al año siguiente pudo enviar a su padre un diploma pequeño, pero en preciosa caligrafía gótica, fruto de su esfuerzo ejemplar en los Estados Unidos.

Pronto siguió a Europa.

Desembarcado en El Havre se hizo llevar en automóvil al hotel Lido, que le habían recomendado como decente y apto para estudiantes. En la portería no podía creer que una habitación con baño valiera más del doble que una sin baño. Como si estuviera dimitiendo del honor de su familia, tuvo que contratarla sin baño. La vida le haría decir en Europa, que por aquella época había una sola ciudad en la que fuera costumbre general el baño diario, y, según él, era Medellín.

Llevaba Mariano en oro inglés amonedado las libras suficientes para su travesía por Europa. Después le llegarían remesas periódicas de don Tulio. Fue bien recibido en las casas de cambio, donde adquirió billetes franceses y de otras nacionalidades, en algunos de los cuales obtenía pequeñas bonificaciones. La dificultad de la lengua francesa le pareció insuperable las primeras semanas. El, que había sido el primer alumno en francés del padre Quirós y Palma, no entendía nada. Un sordomudo en tierra extraña era lo que se sentía. En la agencia de viajes le entendieron su inglés. Le aconsejaban embarcarse de nuevo, viajar por el mar del Norte o por el Mediterráneo, pero él les dijo que definitivamente no

consideraba un placer la navegación. Era un ingeniero interesado hondamente en ferrocarriles. Allí mismo le entregaron tiquetes para los ferrocarriles de Francia, Suiza, Italia y la ansiada Alemania del Káiser, ansiada por razones técnicas y no políticas. En el Journal de la localidad aunque se le escapaban por entender muchos giros, alcanzaba ya a percibir la tirantez de Francia con Alemania, y sus simpatías políticas eran muy decididas en favor de la primera. Consideraba, sin embargo, que en Alemania tendría ocasión de contemplar más atrevidas conquistas de la ciencia y la técnica. Así lo expresó en carta a sus padres en esa su primera semana europea.

Naturalmente para Mariano, profesional culto, la fascinación de Europa era superior a la que el viejo continente ejerce sobre la generalidad. En París se impuso jornadas extenuantes para aprovechar dos semanas en las visitas más conscientes a los museos y a los lugares históricos. No quiso hacer uso por el momento de varias cartas de presentación para diplomáticos y para profesores universitarios corresponsales de su padre en asuntos científicos. Temía que las atenciones sociales le privaran del tiempo necesario para visitar esos viejos amigos conocidos por los textos históricos.

La visita a Roma fue más breve, pero intensa. En la catedral de San Pedro logró una colocación que le permitió ver y oír —aunque sin entender— a San Pío X. Donde más contento estuvo, porque no lo esperaba, fue en Viena. En Praga fue invitado a una planta de productos químicos que lo dejó maravillado. En Alemania estuvo tres semanas en Berlín, una en Munich, cuatro días en Düsseldorf y tres en Colonia. Rehusó, por falta de tiempo, varias invitaciones a conocer fábricas de armamentos. Decía que volvería algún día con su tío el general, que se interesaba mucho en estos avances. En el fondo del alma no podía vencer la amargura del presentimiento cierto de

una guerra cercana. No se imaginó ciertamente que pudiera presentarse la hecatombe que se desató pronto con la primera guerra europea, pero intuyó que el enfrentamiento de Francia con Alemania era inevitable. Viendo en París los preparativos para la fabricación de aeroplanos en serie, concibió la esperanza de que su regreso a la patria no fuera ya en barco. Vana ilusión todavía, pues aquel esfuerzo colosal estaba montado para la guerra y no para el avance de la humanidad. Contemplando la catedral de Colonia, mientras tomaba café en la plaza de enfrente, se conmovía con el pensamiento de que tal vez la guerra próxima destruiría esa maravilla. A veces tenía la impresión de ser uno de los últimos viajeros de las ruinas, debidas a la locura de la humanidad por su propia destrucción. De pensamientos amargos como estos está colmada su correspondencia de entonces.

También hay informes ingenieriles destinados a su padre.

Por fin llegó en tren a Lieja. En la estación lo esperaban los esposos Brunière, una pareja de cincuentones sin hijos que alojaban en su casa, cerca de la universidad, a seis estudiantes extranjeros. Mariano tenía la sensación de que sus orejas se hubieran abierto en el viaje. En Alemania hablaba y le hablaban solamente en francés, y ahora entendía casi todo lo que los viejos Brunière le conversaban. Por fuerza era aún muy lacónico en sus respuestas, pero en breve pudo ya entablar conversaciones amplias. En dos meses más ya pensaba en francés. Por la noche no sentía esa fatiga tremenda de haber pasado todo el día traduciendo mentalmente sus propios pensamientos.

En el Instituto Montefiori tuvo la consejería del doctor Rosenthal, un ingeniero judío que algo hablaba de español, pero le dijo que todas sus relaciones serían en francés por conveniencia del pupilo. La primera entrevista duró una hora. El profesor Rosenthal le insistía en que se

interrogara muy profunda y sinceramente qué era lo que verdaderamente apetecía de cuanto podía ofrecerle la institución. En la primera media hora se habló de manejo de ferrocarriles y técnicas para excavación minera y se seleccionaron estas materias. Mariano podía tomar aún tres cursos más. Sentía vergüenza casi de manifestar sus apetencias. Era algo muy largamente reprimido. Por fin se atrevió. Quería estudiar sociología. Le gustaban las relaciones laborales. Había oído hablar de cooperativas, pero, a ciencia cierta no sabía qué eran.

—Usted quiere ser político, monsieur —le dijo con seguridad el profesor.

—Lo llevo en la sangre —fue una respuesta que, como sin pensarla, le brotó de lo más hondo, de sus largos silencios de vencimiento y de silencio.

—Eso es magnífico. La humanidad no progresa como debiera porque los ingenieros no hacemos política. Un país joven como Colombia debería ser gobernado por ingenieros. Aquí en Europa no tenemos remedio porque la universidad nos recibe como advenedizos.

El horario y las materias de los cursos de postgrado de Mariano Ospina Pérez quedaron por fin convenidos. No conducían a un título, ni estaban engarzados por ningún cartabón previo. Se le permitía la matrícula en ellos como cursos libres.

—Todos los profesores le dirán que lo que ha seleccionado es absurdo. Que usted va a dejar de ser ingeniero y Master of Science para convertirse en dilettante. No les haga caso. No entiendo nada de ese mundo de lo social, pero quisiera tener su edad para hacer lo que está haciendo usted —concluyó el profesor auxiliar Rosenthal, hombre de unos cuarenta y cinco años, de nariz muy perfilada y cabellos prematuramente canos, robusto y sonriente.

Las cosas iban bien en Lieja. En la biblioteca le seleccionaban a Ospina libros sobre la cuestión social. En el profesorado había hombres convencidos de las tesis socialistas y otros seguidores del cardenal Mercier.

Con frecuencia viajaba a Bruselas, donde su tío el general era ministro plenipotenciario de Colombia. Su prima Helena, maravillosa quinceañera, le ayudaba a comprar cosas bellas para invertir las remesas extraordinarias que con este fin le enviaba don Tulio por medio del tío diplomático. Las instrucciones decían que a su regreso había de traer desde huevos de avestruz hasta un buen toro padre de la raza escocesa Ayrshire, desconocida entonces en Colombia, pero bien recomendada en los libros de don Tulio. Las conversaciones sobre política con el tío militar eran interminables. Mucho menor que Mariano era su primo Luis Ospina Vásquez, Callado, reconcentrado, pero estudioso. De vez en cuando intervenía con desconcertantes concepciones de carácter económico, increíbles a su edad. ¿Irá a ser comunista? —se preguntaba medio en broma el general.

Además de la misión a Londres, a comprar armas para la guerra de los mil días, que ya sabemos que fue un dorado destierro, Pedro Nel Ospina sirvió otros cargos diplomáticos como este de Bruselas, y el de cónsul general en Washington, ya que nuestras relaciones diplomáticas con Estados Unidos estaban rotas desde la separación de Panamá. Como los gringos se preparaban ya jubilosamente para inaugurar el canal, consultaron con Ospina si sería bien recibida en Colombia parte de la comitiva del más alto rango que viajaría a Panamá con tal motivo. Sin consultarlo con Bogotá, el general se precipitó a opinar que no era el caso de que vinieran tan distinguidos visitantes. Ello le costó el puesto, pero le valió un poema de Aurelio Martínez Mutis, el autor de "La epopeya del Cóndor" tan celebrado entonces por el propio Rubén Darío. Mariano

Ospina Pérez lo aprendió de memoria de labios de su prima, tal vez su novia ya, doña Helena. Sin repasar los originales lo hemos tomado del dictado de la primogénita de los Ospina Pérez, doña Merceditas viuda de Navarro:

A PEDRO NEL OSPINA

Tú sí tienes pudor  
Tú has puesto el hierro rojo  
en la herida que aún la sangre brota.  
Tú eres noble.  
Tú no eres como el perro  
que acaricia la mano que lo azota.  
Si faltaste a una sosa diplomacia,  
salvaste la verdad con el decoro.  
Oye, ¿no escuchas? En el mundo entero  
Te están dando el aplauso verdadero  
los que prefieren el honor al oro.

AURELIO MARTÍNEZ MUTIS.

Vino la inauguración del canal, pero también vino la guerra del 14. Mariano Ospina Pérez hubo de regresar a América. Con especialización en azúcar y mucha esperanza de convertir a Colombia en émula de Cuba, llegó Ospina Pérez con su grado de máster.

Poco antes de morir, cuando se hablaba mucho del "gobierno de los masters" en Colombia, señalaba el doctor Ospina, burlón, su diploma en inglés, pendiente de la pared de su oficina: "No sé si se referirán a mí" —decía:

The Louisiana State University, and agricultural and mechanical college.

To all to whom these letters shall come, Greeting:  
The Board of Supervisors of the University, on the recommendation of the university faculty and by virtue of the authority in them vested have conferred on

MARIANO OSPINA B. PH. C. M. who has satisfactorily pursued the studies and passed the examinations required there for, the degree of

**MASTER OF SCIENCE**

with all the rights privilegez and honors there into appertaining.

Given at baton rouge in the ESTATE OF LOUISIANA on the second day of June in the dear of our lord one thousand nine hundred and thirteen of the republic o the hundred and thirty-seventh and of University the firty-fourth.

Gobernor of Louisiana and president  
of the board of supervisors

(Signed) *L. E. HALL.*

Presidente of the University

(Signed) *THO D. BOYD.*

Es lo cierto que por fin regresó a su tierra, sin un centavo propio aún, pero lleno de iniciativas. Don Tulio y él perfeccionaron una amistad tan ejemplar como pocas veces se consigue entre padre e hijo. Pero el viejo se reservaba la libertad de burlarse un poco del joven. Con algún proyecto costoso, cuyo resultado fue adverso, contaba don Tulio que su suerte con Mariano era como la de un hombre cuya mujer embarazada, antojadiza, le pedía: "Cógeme ese gato". Después de la faena indescriptible necesaria para apresar el animal le ordenaba: "Ahora mávalo". Muerto el felino, le exigía: "Ahora ávalo". Y una vez cocido el cadáver gatuno, le dictaba la última orden: "Y ahora tienes que comértelo". Así eran, por ejemplo, los azarosos negocios de minería en Antioquia.

Otra broma de don Tulio con las empresas aparentemente descabelladas de Mariano era llamarse a sí mismo "Carateja". Esta era una tal señora que tenía que trabajar día y noche para que su hija, la Villamil, vistiera con lujo excesivo: "Con tal de que la Villamil se luzca, aunque se embrome la Carateja" —decía. Cuando Mariano empezaba a plantearle un nuevo proyecto, tenía que sufrir la consabida frase de don Tulio: "Veamos qué se le ocurre ahora a la Villamil".

Así y todo era el hombre de su confianza. En el Almacén Industrial de Tulio Ospina & Cía., se hacía siempre lo que ordenara don Marianito, como lo llamaban quienes aún recordaban al abuelo. Con la venida del ingeniero desde Europa y los Estados Unidos, pudieron ya separarse los negocios de la compañía. Don Tulio atendía preferencialmente, con modestia y pulcritud, los asuntos de ferretería. Mariano estaba a cargo de los de ingeniería y construcciones y algo de minería. Pronto los negocios comenzaron a rodar como sobre rieles.

## VI

### SUPERINTENDENTE DEL FERROCARRIL DE ANTIOQUIA

Estaba Mariano en Bogotá, en casa de su buen tío el general, el 7 de agosto de 1918. Como tantas otras veces la visita en la sala era simultáneamente para su novia Helena y su tío Pedro Nel. Al principio se habló de las últimas incidencias de la guerra y ambos hicieron profesión de francófilos. Helena dejó escapar algunas observaciones finas sobre la irreductible capacidad bélica de los prusianos que tarde o temprano tendrían su revancha. Esa tarde había recibido el poder don Marco Fidel Suárez. Por esas cosas de la vida, inexplicablemente no había llegado invitación a la transmisión del mando para el general Ospina. Como entonces no había radio, y aquella tarde nadie tenía tiempo en Bogotá para llamar por teléfono, el general estuvo en su casa ajeno completamente a lo que ocurría en el Capitolio y en el Palacio de la Carrera. Como a las seis y media, después de comer en familia, dijo el general a Mariano:

—Una sola cosa sé de cuanto está sucediendo en Bogotá. Y es que el presidente saliente, doctor Concha, debe estar completamente solo. Te invito a que lo acompañemos un rato.

—Con mucho gusto, Pedro Nel. Te advierto que no conozco sino de nombre al doctor Concha.

—Yo lo conozco bien, pero no lo veo desde el día que me desterró en la administración de Marroquín. Hoy quiero reconciliarme con él.

Recorrieron las calles centrales de Bogotá a esa hora en que no pocos borrachos gritaban vivas a don Marco y algunos abajos a Valencia y al general Herrera. En la puerta del doctor Concha dio tres golpes pausados el dedo del corazón del general Ospina. No tardó en abrirse la puerta y aparecer en persona el que ese día empezaba a ser expresidente.

—Tú, Pedro Nel, tú en mi casa. Dichosos los ojos que te ven.

—Te presento a mi sobrino el doctor Mariano Ospina. Queremos estar esta noche contigo, José Vicente.

La velada en casa de Concha se prolongó. El expresidente y los dos Ospinas que habrían de ser presidentes, departieron varias horas. Más de una vez hizo el general ademán de retirarse, y el doctor Concha lo incitó con buenas palabras a prolongar su visita. Pese a ser tan distintos Mariano Ospina Pérez comparaba los rostros y los ademanes de los tres expresidentes con quienes había tenido oportunidad de tratar en relativa intimidad: Reyes, Restrepo y Concha. Aunque no dejó la impresión de taciturno, pues de vez en cuando intervenía en el diálogo de manera breve y diserta, dejó el recuerdo de tinoso y prudente en el señor Concha. Varias veces se vieron en adelante, pues la amistad entre Pedro Nel Ospina y José Vicente Concha floreció como si jamás se hubiera interrumpido.

La predilección del general Pedro Nel Ospina por su sobrino Mariano Ospina Pérez no se debía exclusivamente a que llevara el nombre de su padre. Desde antes de la guerra de los mil días, siendo muy niño Mariano, se extasiaba oyéndole narrar a su tío historias de países remotos,

recuerdos heroicos de familia y reminiscencias de personajes y de batallas. El general era poco jactancioso cuando se trataba de sus propias hazañas y no acostumbraba deslumbrar con su reconocido valor personal ni con sus indudables conocimientos tácticos. Tenía gran respeto por sus enemigos políticos y parecía entusiasmarse más narrando las increíbles proezas del general Rafael Uribe Uribe, con quien cultivó siempre una sincera y profunda amistad personal. En plena guerra hizo de correo entre el general Uribe y su esposa, residente en Medellín, en cartas que la historia ha conservado por su templada ternura. En una de esas memorables epístolas cuenta cómo a lo largo de la guerra pudo Uribe Uribe conservar su fidelidad conyugal, la hazaña más increíble que general alguno haya realizado.

Mariano Ospina Pérez pasó largas temporadas de su juventud en casa de su tío el general, en Bogotá, y también en Washington y en Bruselas, donde llevaron al general sus quehaceres de diplomático. En medio de tantas maravillas como albergaba la casa de los Ospina Vásquez, nada comparable al encanto de Helena, su hija.

Era bella. En la viveza de sus ojos azules residía toda la historia de su progenie. Un cabello sedoso incitaba a todas las ensoñaciones. El mentón firme señalaba la bizarría y anunciaba todas las victorias. Pero ante todo estaba su voz cadenciosa y melódica. Mariano no quería jamás interrumpirla, sino oírla caer como una cascada de armonía y seguirla hasta el fin del mundo y del tiempo. En suma, estaba enamorado de su prima. No recordaba ya casi a Maruja Olózaga, su primer amor.

Algo se habló en familia sobre el inconveniente del parentesco, pero toda objeción fue ahogada por el desbordamiento del amor. Un enamoramiento que quizá venía de muchos años sin que el uno ni la otra lo hubieran advertido. Y un noviazgo tan dulce y ejemplar como solo se

veían en aquella época. Con el contentamiento de todos, este noviazgo en nada perturbó la cordialidad de las pláticas del general con el novel político sobre los problemas del mundo, del país y del partido.

En Mariano hubo indecisión. De regreso de Europa y de los Estados Unidos no era ya un niño. Pero dejaba pasar los años y no proponía matrimonio. Se empeñó en que debía ejercer la profesión de ingeniero de minas.

En Bélgica se había enterado con detalles sobre el laboreo de las de carbón.

En California había vivido pendiente de todo progreso en las de oro. Agregado a sus estudios lo relativo a nuevas técnicas, convenció a don Tulio de que adquiriese la mina "El Aporreado".

Con su casco, su teodolito, un bello decámetro y varios libros en inglés, apareció el doctor Ospina Pérez en el socavón.

Los primeros días fueron de actividad febril. Hizo asear bien su habitación, pues la primera noche tuvo que padecer las picaduras de las chinches y el zumbido interminable de los zancudos. Ya la segunda pudo armar el toldillo. El hijo de don Tulio parecía de fierro. Nada lo fatigaba. Gustaba los manjares burdos de los peones. Chanceaba con todos. Armaba viajes a caballo y largas excursiones a pie para conocer palmo a palmo los contornos. Y en la noche dibujaba y hacía cuentas. Todo presagiaba que un ingeniero especializado haría de "El Aporreado" la mina modelo de Antioquia.

Hasta que sobrevinieron las cuartanas. Todos le decían que no hiciera caso de ellas, que a nadie se la perdonaban. Ospina Pérez palideció, perdió el apetito, sudaba a mares, era incapaz de permanecer en pie un cuarto de hora. Consumía las píldoras de quinina y tomaba ipecacuana,

como se lo habían recetado en Medellín, pero las fiebres reincidentían. Rebajó tres kilos de los sesenta que había conservado estables muchos años. Se quedaba dormido en la oficina, y por la noche no podía dormir. Por fin decidió regresar al hogar. Haciendo de tripas corazón subió al caballo y tardó tres horas largas en el camino que lo llevaba a la estación férrea de Porcecito, que tantas veces había hecho en hora y media. Una de las mayores vergüenzas de su vida fue haberse quedado dormido en el vagón. Cuando llegó a casa, doña Ana Rosa le puso el termómetro y marcó 39.9 grados. Toda la vida recordaría con pesadumbre aquel viaje comparable con el mareo en alta mar.

En la convalecencia tuvo muchas atenciones, pero estuvo preocupado, casi melancólico. Era duro retroceder. Había convencido a su padre de que invirtiera un capital en aquella mina promisoría. Pero estaba de por medio su salud, y acaso su vida. ¿Sería flojera? Admiraba la indiferencia de todos los antioqueños, sus amigos palúdicos, que tenían la malaria como algo consubstancial al trabajo. "No podía conseguirse dinero sino en los malos climas. Donde hay oro hay paludismo" era un aforismo aceptado. "Con el amarillo la fiebre amarilla" agregaban imperterritos.

En estas estaba, cuando, entre tantas visitas, vino su maestro, el doctor Juan de la Cruz Posada. Le traía el ofrecimiento de la Superintendencia del ferrocarril de Antioquia. Sabía de sus estudios de especialización en materia ferroviaria. Se trataba de la "magna empresa" de los antioqueños. Ningún empleo mejor que este para consagrar profesionalmente a un ingeniero. Era la patria que le solicitaba ese servicio. Le parecía a Ospina estar viendo al viejo Francisco Javier Cisneros rogándole a un colega joven que prestara este servicio. Los miles de muertos que sembraron aquella línea férrea para desembotellar a Antioquia, cuyas cruces decoran las veredas no

lejos de las traviesas y los rieles. En fin, Mariano no dijo que sí ni que no, sino que le permitiera meditarlo y consultarlo. Imposible resistir a una argumentación tan reforzada.

Hemos saltado en pocas líneas hasta 1919.

La consulta obligada fue con su padre. Don Tulio estuvo comprensivo. Dijo que el hombre era superior a la mina. Esta se podría vender algún día, pero la salud nunca. Aprovechó la ocasión para hablar, como quien no quiere la cosa, sobre la virtud de la perseverancia. Sin ella pueden emprenderse las mejores cosas del mundo, y todo será en vano. Al fin y al cabo don Tulio amaba el ferrocarril, y bien estaba que su hijo le sirviera, como había aconsejado a tantos discípulos suyos que lo hicieran.

Pocos días después llegó un minero a preguntar por el gerente de "El Aporreado": —Está en el ferrocarril —le dijo don Tulio— pero aquí estoy yo, el aporreado del gerente.

Juan de la Cruz Posada aparece vinculado con mucha frecuencia a la vida de Ospina Pérez. Lo hemos visto como su profesor en la Escuela de Minas y como su presidente de tesis. Uno y otro fueron superintendentes del ferrocarril de Antioquia y gerentes de fábricas de cigarrillos.

"La Habanera", dirigida por Ospina, llegó a incorporarse con otras varias en la que fue y sigue siendo la mayor del país, la Compañía Colombiana de Tabaco, en cuya organización ejemplar el factor más decisivo fue el doctor Posada. Otro tanto ocurrió con su histórica superintendencia del ferrocarril. Tenía a la vez el empuje del constructor, del estudioso y del organizador. Dirigió la empresa durante los difíciles años de la primera guerra europea en medio de grandes dificultades. Las importaciones se hicieron cada vez más difíciles, hasta tornarse imposibles, y la magna empresa —como se la denominaba

generalmente en Antioquia— dependía del exterior desde los rieles hasta el papel. A falta de elementos materiales, Posada creó en el personal hábitos de inventiva, de economía y de eficiencia que la hicieron modelo en el país.

Su sucesor aceptó por pocos días, y a los cuatro meses entregó a quien era el candidato de Posada, el ingeniero Mariano Ospina Pérez. Se posesionó este de la Superintendencia el 1º de abril de 1919 y la desempeñó hasta el 31 de mayo de 1920. En esta fecha lo sucedió el ingeniero Eugenio Gómez G., quien la tuvo por más de cuatro años. Este ilustre ingeniero era hermano del político marinillo don Román Gómez, quien tuvo así oportunidad de estudiar los problemas relacionados con los caminos de hierro y concibió la construcción del Tranvía de Oriente. Fue estudiada una ruta ferroviaria hacia el Magdalena, más lógica que la de Puerto Berrío, tanto que coincide con la llamada hoy autopista Medellín-Bogotá, en construcción. Se dice que los primeros proyectos del ferrocarril de Antioquia consideraron esta ruta, pero el gobierno conservador de Berrío y sus sucesores, obligaron a Francisco Javier Cisneros a preferir la tortuosa del Porce y el Nus, con el grande obstáculo de La Quiebra, por razones políticas o estratégicas. Por el Nare había llegado de Bogotá el ejército que derrotó y dio muerte al general José María Córdoba. Antioquia, único de los estados soberanos gobernado por los conservadores, temía siempre una invasión del gobierno federal.

La superintendencia de Ospina Pérez fue breve pero fecunda. Cuando en 1918, con la excelente administración del doctor Posada, el producto bruto de la empresa llegó a \$ 843.457.22, en 1919 fue de 1.224.760. La explicación de esta bonanza es obvia, pues la carga de importación y la de exportación aumentó grandemente, debido a la terminación de la guerra que entonces llamaban magna, ya que no había venido la mayor. Muchos costos rebajaron. Los

gastos fueron del 46% en lugar del 60% del año anterior. En los balances comparados de estos años resulta así un producto neto de cifra brillante: \$ 652.137.86 en 1919, contra \$ 337.118.32 en 1918. Las estadísticas arrojan buenas luces sobre esta venturosa administración: los pasajeros aumentaron en un 13%, la carga local en la división del Porce se incrementó en un 90%, la de importación creció en un 39%. En números redondos la mejora en tonelaje que en 1918 había sido de cinco mil, pasó a los diez mil en 1919.

Apenas posesionado, el 10 de abril fue sancionada una ordenanza de la Asamblea de Antioquia, la 11 de aquel año de 1919, en desarrollo de la cual pudo Ospina contratar los servicios de un técnico, el señor Wood, a quien hizo venir del exterior. Estudió los problemas de la energía eléctrica relacionados con el servicio de la empresa, y en octubre presentó un informe que fue de grande utilidad.

Uno de los hombres que combinaban admirablemente en Medellín su condición de empresarios y de líderes cívicos era don Ricardo Olano. A Ospina lo preocupaba sobremanera la incapacidad transportadora de la carretera La Quiebra, desde la estación Cisneros hasta la de Botero. Se estaba movilizandó la carga al ritmo de sesenta y cinco mil toneladas por año, y aunque había material rodante en el ferrocarril para tamaño volumen, las bodegas de Cisneros se atestaban, pues los camiones eran insuficientes. Más angustioso aún era el transporte de pasajeros. Viajaban con una incomodidad que no resultaba aceptable ni para reses. Ospina, mientras estudiaba un pedido al exterior de poderosos camiones, habló con don Ricardo Olano y logró convencerlo de que le cediera tres elegantes autobuses a su precio de costo, que era de mil dólares —o pesos— cada uno. El día que llegaron los autobuses en sendas plataformas del ferrocarril a la estación Botero,

fueron recibidos en triunfo. Las gentes se hacinaban en torno del señor superintendente y lo vitoreaban como a un prócer.

Aprovechando los servicios del técnico Wood pudo construir y dar al servicio tres nuevos cuerpos del Hotel Magdalena, en Puerto Berrío. Fueron dotadas las habitaciones de luz eléctrica y ventiladores, y el hotel empezó a disponer de una fábrica de hielo. La llegada del hielo a Puerto Berrío puede compararse con la que García Márquez describe para Macondo. La conservación de los alimentos, la mejora de los manjares, el suministro de bebidas heladas, marcan una época nueva en aquel puerto, reputado entonces como el primero entre los intermedios del Magdalena.

No todo fue triunfos. Un derrumbe inmenso cayó sobre la línea entre Cisneros y El Limón y tuvo interrumpido el tránsito de trenes por varios meses. Ni corto ni perezoso, Ospina dio orden de emprender de inmediato la construcción de la variante, y en ella se trabajó de día y de noche, incluyendo los domingos, hasta reanudar el servicio. Es aquel punto donde dicen los viejos ferroviarios que murió Malena, cuyo nombre se conmemora en la segunda estación de Puerto Berrío hacia Medellín.

La historia de Malena bien podría ser la novela del ferrocarril. Se ha transmitido de viva voz de generación en generación. Su mejor narrador oral fue el doctor José Manuel Mora Vásquez. En la Asamblea de Antioquia se definía al atardecer nada menos que si había de construirse o no el túnel de La Quiebra. Toda Antioquia estaba pendiente. Alejandro López, que nunca había estado nervioso, se retiró de las barras, donde asistía como invitado especial en una silla destinada a la prensa. Se habían hecho los cálculos y si se procedía a la votación resultaría un empate, que era la negativa. Habían mandado un propio a traer desde Ebéjico a un diputado suplente, don

Gregorio Restrepo, reventando cinchas. Don Gregorio no llegaba. Los enemigos del túnel pidieron la suficiente ilustración cuando un diputado estaba en uso de la palabra. Nunca antes había hablado en la asamblea. Pidió permiso para continuar su intervención, después de la cual se procedería a votar. Y empezó a contar el cuento de Malena. Después de la media noche llegó de Ebéjico don Gregorio Restrepo y completó la mayoría necesaria para la ordenanza del túnel de La Quebra.

Otras realizaciones de Ospina Pérez al frente de la superintendencia del ferrocarril fueron el pedido de dos nuevas locomotoras Baldwin, la ampliación de las bodegas de Medellín, Berrío y Santiago, que hacían de terminales, y los estudios sobre cesión al ferrocarril de las 66.666 acciones de la Sociedad Agrícola y de Inmigración. Vale la pena destacar la clarividencia de Ospina en estas materias, principalmente en cuanto convenía que el ferrocarril cultivara tierras que fueron baldías y que se hallaban prácticamente abandonadas. Con ellas podía obtener leña, traviesas, balasto, terrenos para variantes y edificios. Contrató con el ingeniero Alvaro Mejía los estudios de Sinifiná-Arma con lo que se avanzaba hacia la unión con el ferrocarril del Pacífico, vital para la zona cafetera del occidente antioqueño que así podría exportar el grano por el Pacífico. Esta vía, que logró prestar después tan importantes servicios en el occidente colombiano, está interrumpida hace años por efecto de las avenidas del Cauca. Se puede pensar que en materia ferroviaria, el país, lejos de avanzar, ha tenido gran retroceso.

En carreteras contrató los estudios de la que más tarde fue la del Carare, desde la orilla derecha del Magdalena frente a Puerto Berrío —más tarde llamado este punto Puerto Olaya— hasta “Los Mangos”, nueve kilómetros de Puerto Aquileo y seis de San Fernando en la orilla izquierda del Carare. De este camino dejó apto para

cabalgaduras unos 49 kilómetros, gracias a los contratos con dos colegas suyos muy vinculados con él en obras públicas Luis Alfonso Correa y Carlos Gómez Martínez. Más tarde sería Correa el superintendente del ferrocarril que haría frente a una difícil huelga política en la empresa durante el gobierno de Ospina Pérez. Gómez Martínez sería el vicerrector de la Escuela Nacional de Minas en la rectoría de Ospina Pérez y lo sucedería en 1923 en esa honrosa posición.

Aunque los archivos del ferrocarril fueron lastimosamente incendiados interpretando malamente la autorización de la Ordenanza 21 de 1926 de la Asamblea de Antioquia, de lo cual derivó la empresa incontables perjuicios, el historiador interesado en documentarse puede hallar el informe de Ospina Pérez a la asamblea con fecha 31 de enero de 1920 y algunos números del periódico "Ferrocarril de Antioquia" que publicaba oficialmente la empresa.

Nunca creyó Mariano Ospina Pérez que el ferrocarril llegara a apasionarlo en tan alto grado. Es que consciente e inconscientemente toda su vida de estudiante en el país y en el exterior había soñado con él. Eran los años en que su maestro Alejandro López viajaba incansablemente a las estaciones de Botero y Santiago para hacer cálculos y diseños sobre el túnel de La Quebra. Muchas veces viajaron juntos hasta allá, durmieron en el mal hotel de Cisneros y pasaron hasta altas horas discutiendo pormenores sobre la obra. En una pequeña "mesita" se paseaba por la línea el señor superintendente. Hacía el oficio de inspector, opinaba sobre la calidad de la madera de los durmientes, instruía a los jefes de estación. Otras veces viajaba en los trenes y se entraba a la cabina de los maquinistas. Conocía metro a metro la línea desde la estación Cisneros hasta la de Berrío y podía llamar por su nombre a la mayor parte de los dos mil y más traba-

jadores. Todo se le consultaba. A veces, entrada ya la noche, una inoportuna llamada telefónica era respondida por don Tulio:

—Mariano. Que lo necesita su papá Germán Uribe Hoyos.

Cumpliendo instrucciones de su jefe, el incansable ingeniero rionegrero daba parte del más pequeño accidente ocurrido en cualquier lugar de la línea férrea.

Don Carlos Vásquez Latorre fue a visitar al superintendente. Le pidió permiso para incluir su nombre en la lista conservadora para el Concejo de Medellín.

—Necesitamos que continúe la tradición de los Ospinas en la política —le dijo.

—Dirá usted que actúo como si fuera aún hijo de familia. La verdad, don Carlos, es que hasta cierto punto lo soy. Créame que siento reato de aceptarle sin permiso de mi padre. Y lo peor es que si le consulto me aconseja seguramente que no acepte. Es totalmente refractario a la política.

—Le admiro esa sumisión en esta época en que todos los hijos se rebelan contra sus padres. Dígale a don Tulio que vine yo y lo corrompí, que usted está ya comprometido.

Don Carlos Vásquez Latorre tenía tal autoridad sobre todos y cada uno de los conservadores de Antioquia que era moralmente imposible resistirla. Mariano quedó comprometido, y con ello hubo tema para amables controversias con su padre hasta el fin de los días de este.

Estuvo contento en el concejo. Se interesó por la energía eléctrica, el acueducto, el alcantarillado y los teléfonos, pero principalmente por el aseo de la ciudad. El aseo de Medellín parecía ser la obsesión del concejal Ospina. No en son de fiscal, sino como colaborador voluntario, gastó muchas horas de su tiempo visitando la oficina en-

cargada del aseo de las calles y dejó iniciativas que mejoraron grandemente el servicio.

Era hombre observador y amigo de detalles aparentemente intrascendentes. Un día visitó el almacén y pesó varias escobas. Hizo citar al proveedor y le explicó que debía cambiar la madera por una que, teniendo mayor resistencia, pesara menos. Le llevó varias para que estudiara las posibilidades de conseguirlas en el mercado. Con números le explicó que el trabajador daría por lo menos un quince por ciento más de rendimiento con menor fatiga a lo que habría que agregar el menor número de roturas de los cabos de escoba.

En sesión del concejo, aprovechando un día en que las barras eran numerosas, el concejal Ospina expuso que la limpieza de Medellín era lo que había de darle prestigio entre las ciudades colombianas. Los antioqueños eran limpios por tradición, y sabían tener sus casitas campesinas bien blanqueadas con cal y con sus zócalos de tierra roja. Al llegar a la capital, que día a día crecía en habitantes más por inmigración que por natalidad, los buenos hábitos del antioqueño debían acrecentarse en lugar de desaparecer. Medellín debía representar para sus propios moradores y para los visitantes una gran ampliación de la casita blanca cantada por Gutiérrez González. Pese a que las barras habían concurrido con la esperanza de un debate político contra el alcalde por la compra de los terrenos del Cerro Nutibara, la oratoria sencilla y sentida del novel concejal arrancó aplausos. Ese día Ospina Pérez, que se había considerado inepto para la oratoria aunque apto para conferencias de estilo académico, advirtió que no le había sido negada la elocuencia. Para su carrera política aquello fue un hallazgo formidable. Bien sabía que su voz no podía dar las tonalidades de los grandes oradores, por la traqueotomía de que había sido víctima desde la infancia, pero también quedamente podía convencer y aun

conmover las muchedumbres. Y esa noche, comentando el debate con Helena Ospina, esta le aseveró que su voz podía no ser potente, pero que era la más agradable que ella había escuchado.

Grande era su amor al ferrocarril y mucho lo que había aprendido en él relacionado con la administración, el manejo de personal, la estadística y la contabilidad. A veces pensaba que la mejor facultad que tenía Antioquia era su ferrovía. Tan buena como la Escuela de Minas. Pero desde su infancia lo llamaba la política. En medio de su fama de joven precoz, Mariano se consideraba retardado: casi a los treinta años, apenas empezaba a emanciparse. Pero es que su padre era además su maestro y su guía. Pese a todo, Mariano se formuló el propósito de deshacer el plan que don Tulio se hubiera trazado sobre su vida, y decidió entregarla a la política. Es cierto que no por ello había de descuidar sus negocios personales, en los cuales tenía socios activos y aptos para el comercio. Era representante de una firma americana de maquinaria agrícola. Empezó el negocio en forma desinteresada, creyendo aportar solamente algún progreso a la agricultura de Antioquia. Vendió tractores y enseñó a manejarlos. Pero lo que inició con ese desinterés fue volviéndose tan buen negocio que ya tenía fortuna personal suficiente como para contraer matrimonio con la bien acomodada hija del general su tío. Solo que no se decidía.

Por el momento su decisión era la política. Se ofreció a don Carlos Vásquez Latorre para salir de pueblo en pueblo y perorar en las plazas públicas cuanto fuera menester. Y salió electo diputado de Antioquia. El único incidente memorable de aquella campaña fue el disgusto de cierto párroco que lo oyó hablar de cooperativismo y le dijo que eso era comunismo. Por fortuna el ilustrado tribuno conservador llevaba consigo algunos textos de editoriales pontificias europeas que tranquilizaron al buen sacerdote, quien simulaba entender el francés.

## VII

### EL POLITICO DE LOS CAMPESINOS

Rob Roy, comentarista liberal, dedicó a Ospina una de sus columnas cuando este fue escogido para presidir el cabildo, en reemplazo del conocido financista Ramón A. Restrepo: "Sus sistemas de combatir —dice Rob Roy— son fuertes contra las ideas que no ama, y suaves contra los hombres que las representan".

La finura de sus maneras contribuyó a su exaltación a la presidencia. "Le salió a don Tulio" era el comentario de cuantos conocían de cerca al autor del texto de urbanidad y buen tono. Y como se trataba de un comerciante, toda la plaza lo conocía. Los más modestos campesinos descalzos acudían al almacén de don Tulio a solicitarle consejo para sus vacas. Era una cátedra práctica de zootecnia, ciencia de la cual no se conocía entonces ni la palabra en Colombia. En sus consejos don Tulio se interesaba grandemente por el ganado blanco orejinegro, raza nativa de Antioquia que sobresale por la fortaleza en tierras estériles, por su rusticidad a toda prueba, por su resistencia al nuche —gusano malhechor si los hay— y por su mansedumbre, que lo convierte en familiar de niños y adultos en cada casa campesina. Advertía, sin embargo, que la raza vacuna nativa es pobre en leche y carne, aunque abundante en crías. Importó al efecto buenos sementales de varias razas europeas y logró cruces be-

néficos en sus ganaderías, aunque sin método para estabilizar características genéticas que dieran lugar a una raza mejorada.

Mariano Ospina Pérez amaba los caballos. Se interesaba por el ganado vacuno, pero poco o ningún interés demostraba por perros y gatos, pájaros y aves de corral, cerdos y asnos, aunque de todo ello había en las fincas de la familia.

Entre los mayores reveses de su vida fue la muerte de su padre, rememorada con emoción contenida en uno de los discursos de su última campaña política en 1976, en Montería, en vísperas de su fallecimiento.

Panamá disfrutaba en los años veinte de extendida fama como centro de excelentes médicos. Aconsejado por los suyos de Medellín, a Panamá viajó don Tulio en busca de salud. Mariano fue con él. Días aciagos aquellos en que los correos eran lentísimos, y los lacónicos telegramas dieron cuenta de su gravedad y de su muerte. Ahora ocurre al revés. Medellín ha cobrado tal fama como centro médico que allá llegan permanentemente los enfermos de Panamá y demás países vecinos.

El sentimiento de orfandad llegó a la Escuela de Minas con vehemencia comparable al de la familia. Profesores y alumnos espontáneamente coincidieron en señalar al hijo de don Tulio Ospina como su sucesor en la rectoría. Mariano Ospina Pérez tenía méritos propios en la Facultad como profesor de trigonometría, de estadística, de administración y de economía política. "Toderó como el papá", comentaban sus burdos colegas.

El nombramiento oficial no se hizo esperar. Tan hondo era el afecto de toda la familia por el claustro que aquella herencia espiritual hubo de ser recibida sin la menor repulsa. Se trataba de conservar y agigantar el prestigio académico al que don Tulio había contribuido como la

labor central de su vida fecunda. Así se desatendieron los negocios de la sucesión. A su lado, como vicerrector, continuó un colega por quien siempre tuvo especial aprecio, el ingeniero Carlos Gómez Martínez, quien había de sucederlo en 1923.

Se menciona poco la labor de Ospina como educador, porque el político opacó otras actividades a las que dedicó sus empeños con buen resultado. Ospina fue educador, minero, constructor, comerciante, administrador, urbanizador, agricultor, ganadero, parlamentario, líder gremial, negociador internacional. Todo lo encaminó, es cierto, a la función de gobernante, para la cual se preparó metódicamente desde la adolescencia.

No pocas veces se han mencionado casos como el de la familia Ospina, la familia López, la de Laureano Gómez, la del general Rojas Pinilla y hasta los Lleras y los Holguines, como índice de que en la mentalidad colombiana subsisten conceptos monárquicos. La hipótesis no es descartable a primera vista, y un estudio sobre ella podría extenderse a otros países hispanoamericanos. Fue notable en este aspecto el debate presidencial de 1974 en el cual se disputaron la primera magistratura un hijo del expresidente Alfonso López Pumarejo, que resultó victorioso, un hijo del expresidente Laureano Gómez, y la hija del expresidente Gustavo Rojas Pinilla. En ello la familia Ospina ostenta lo que podría llamarse el campeonato: presidente don Mariano Ospina Rodríguez, presidente su hijo el general Pedro Nel Ospina y presidente su nieto el ingeniero Mariano Ospina Pérez.

En un reportaje a doña María Eugenia Rojas (revista "Arco" número 155, diciembre, 1973), dice al respecto "La Capitana" (así llamada como hija del general):

"Arco": "Estamos en el reino de los tres delfines: López Michelsen, Gómez Hurtado y María Eugenia. 'La Opinión' de Buenos Aires, ha comentado sobre la vocación

dinástica de Colombia. ¿Cree usted que los electores la admiran como un reflejo del general Rojas Pinilla?

*MARIA EUGENIA:* —Sin duda alguna, sí. Es natural que logre un reflejo de la acción y vida de mi padre. Pero en relación con la vocación dinástica de Colombia, más me parece que sea una especie de continuidad profesional, que es característica en nuestras familias. Quienes viven en la atmósfera política transmiten a sus hijos no solo pasiones sino conocimientos...”.

Divaguemos un rato sobre nuestra historia y preguntémosnos si la monarquía con sus características sobresalientes de vitalicia y hereditaria puede haber penetrado en la índole de los colombianos e hispanoamericanos un poco más de lo que aparece en los textos. Siendo tan diversas las instituciones que regían en las numerosas culturas americanas precolombinas, si algo hay que las unifique es el cacicazgo. Y el cacique es vitalicio y hereditario, aunque a veces la transmisión del poder se realice en el sobrino por la mayor seguridad consanguínea de la línea femenina. Durante los siglos de la dominación española, la mente de los americanos —indígenas, criollos, esclavos e inmigrantes— estuvo poseída por el poder y la grandeza del rey católico. La fidelidad muy generalizada de los indígenas con el rey, demuestra cómo en sus mentes fue este la sucesión lógica de sus antiguos caciques. Llegada la independencia, ninguna figura es comparable con la de Simón Bolívar, y en su doctrina política nada hay tan indudable como esa creación de la presidencia vitalicia y la herencia no consanguínea, pero sí claramente adoptiva, del vicepresidente. No habiendo tenido hijos, Bolívar —o quien fuera el presidente vitalicio, que nadie tan digno como él— escogía y removía libremente al vicepresidente, según sus méritos y su éxito. Muerto el primer monarca —o presidente vitalicio— el vicepresidente heredaba *ad-vitam* la misma dignidad y escogía libremente a quien,

de no ser removido, heredaría con las notas peculiares de vitalicio y de hereditario a su manera. De haber dejado regir esta constitución boliviana es de esperarse que en poco tiempo el vicepresidente y jefe de gobierno hubiera llegado a ser el hijo carnal. Y en la vida republicana ya hemos mencionado algunas de las reincidencias de fondo dinástico. No están todas. Don Miguel Antonio Caro, el presidente, fue el hijo de quien con Mariano Ospina Rodríguez, fundó el partido conservador colombiano. Si pensamos que en cada gran político hay un jefe de estado real o frustrado, esto confirma la hipótesis. Guillermo Valencia, el poeta, fue dos veces candidato a la presidencia, y su hijo Guillermo León Valencia fue presidente de Colombia.

El joven político Mariano Ospina Pérez, que sabía como nadie la procelosa historia de su abuelo, no había día en que no le dedicara al viejo Ospina Rodríguez esos minutos o segundos en que el pensamiento vaga y divaga. Y en la intimidad vivida por él con su tío el general Pedro Nel Ospina hubo, a no dudarlo, un largo aprendizaje antes de la presidencia, durante ella y después. Como el hijo del rey estudia para serlo, Ospina se preparó como si supiera que iba a ser presidente.

El general Santander y sus seguidores liberales y federalistas trajeron las instituciones de la democracia saxoamericana como una camisa ya fabricada a la cual tenía que adaptarse el cuerpo social de los granadinos. En parte resulta aquí la democracia una camisa de fuerza. Es cierto que en ello lo siguieron los conservadores, pues históricamente nacen como una disidencia del liberalismo neogranadino, no en doctrina sino en materia religiosa y de organización social. Pero en el fondo de nuestra idiosincrasia hispanoamericana, ¡cuántas reminiscencias se advierten de la realeza! Todos condenamos externamente el caudillismo, pero somos caudillistas. Nuestros partidos

y aun nuestros países no prosperan ni están conformes sino en las contadas ocasiones en que la historia les depara lo que llamamos un jefe nato, que no es otra cosa que la imagen, el símbolo del monarca. Tales fueron en sucesión para el conservatismo Laureano Gómez y Mariano Ospina Pérez. En vida de Laureano, nadie osó llamar jefe natural a Ospina, pues esta condición es única y vitalicia. Metidos en la camisa de fuerza de la democracia, con el periodo cuatrienal, Laureano Gómez escoge a Ospina Pérez en 1946, y para 1954 lo cambia, como Bolívar hubiera cambiado al vicepresidente, por Luis Ignacio Andrade. Esto de escoger al jefe de gobierno y al sucesor tiene mentalmente que ver con que Ospina haya señalado en su día a Pastrana y haya postulado a Alvaro Gómez. Pero estamos en el mundo de las hipótesis, y es justo que terminemos la digresión y tratemos de volver al relato. Prescindamos de la tendencia a convertirse en presidente vitalicio de los generales Reyes y Rojas.

La última vez que estuve con el doctor Ospina, el 1º de abril de 1976, catorce días antes de su muerte, me dijo con solemnidad para que lo escribiera: "Siempre goberné con mi abuelo". Un poco preocupado, enmendó la frase: "siempre goberné con mi padre y con mi abuelo presentes".

En los años veinte Ospina maduró grandemente en su pensamiento político. Sus intervenciones en el Concejo de Medellín y en la Asamblea Departamental de Antioquia, así como frecuentes conferencias y actuaciones públicas en la Escuela de Minas, lo presentan como un inconforme con las instituciones existentes, aunque muy lejos de ser un revolucionario. Lo que mejor puede señalarlo con un perfil que lo distingue desde entonces de los demás políticos, es la concepción de la función del Estado ante la agricultura. En la asamblea presentó, sustentó y sacó adelante el proyecto de creación de la Secretaría de Agri-

cultura. Ahí aparece en agraz lo que había de ser su acción política y el sueño, no del todo realizado, de su gobierno. Hoy nos parece connatural a la acción oficial la tutela y fomento de la agricultura. Advertimos sin esfuerzo la importancia que tiene en el país el Ministerio del ramo. Sabemos que las dos entidades centrales en este campo, son la Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero y la Federación Nacional de Cafeteros. Conocemos por la historia qué fue el Banco Agrícola Hipotecario. Nos vemos obligados a aceptar como antecedente necesario del INCORA lo que fue el Instituto de Colonización y Parcelaciones. Pero un momento pensemos en que Mariano Ospina Pérez hubiera muerto al principio de la segunda década del siglo, y no es exagerado decir que sin él no habría habido Ministerio de Agricultura, ni Banco Agrícola, ni Caja Agraria, ni Secretaría de Agricultura de Antioquia, ni obras del Estado en irrigación, ni investigación y extensión agrícolas organizadas. La Federación Nacional de Cafeteros nació antes que él la administrara, pero fue él quien le dio su fisonomía inconfundible. “Yo fui el hombre de los cafeteros, y Manuel Mejía fue el del café” —me dijo sin pretender menoscabar en manera alguna, antes enaltecándolo, el inmenso prestigio de don Manuel. Sin Ospina no habrían sido posibles ni el ICA, ni el INDERENA, ni lo que de bueno tiene el INCORA, ni el Instituto destinado ahora a la regulación de las aguas.

Surgió así, primero en Antioquia y luego en el país, un político de nuevo cuño, que ya no trataba simplemente de agrupar los votos en torno suyo el día de los comicios, ni de mantener a la muchedumbre bajo la hipnosis de su elocuencia, sino que hallaba trabajo permanente no electoral. Ospina es un líder gremial de los agricultores. Los viejos políticos de Antioquia, don Enrique Mejía y el doctor Emilio Robledo, vieron cómo las barras que llenaban el recinto de la asamblea departamental por obra de los

jefes de barrio, estaban integradas ahora por los campesinos auténticos, con sus sombreros de jipijapa y sus carrioles de nutria, que participaban en la fundación de la nueva Secretaría de Agricultura y Fomento, a sabiendas de que era algo que les interesaba personalmente. En lugar de los períodos ciceronianos, Ospina Pérez analizaba la importancia de las buenas semillas, de los sementales que mejoraran la cría de la vaca casera, de cómo ésta es una perfecta fábrica de abonos, de por qué había de evitarse la erosión, de cuál era la importancia de los acueductos rurales y en qué forma las mismas aguas fecundaban, bien conducidas, muchas heredades. Años más tarde, con insistencia pedagógica y con claridad de cartilla, el presidente Ospina habría de repetir estas mismas cosas sencillas, suficientes sin embargo para transformar un país.

Nada valían ante estos hechos de una democracia de participación los argumentos de quienes pensaban que un departamento no tenía por qué salir "para aumentar la burocracia" de las secretarías tradicionales de gobierno, hacienda y educación. Un poco antes el Valle del Cauca había fundado su secretaría de agricultura, la más dinámica con que ha contado el país, y hombres como Molina Garcés habían de hacer política agrícola con inmenso beneficio para el progreso nacional.

Ospina fue llamado con justicia el presidente de los campesinos. Hizo por ellos, sin duda, cuanto estuvo en su mano. Ni antes ni después de él se ha visto en Colombia un político tan identificado con el problema agrícola, tan entregado al servicio de los agricultores, tan seguro de la vocación agrícola del país. Por su parte, sin los agricultores no habría sido posible su carrera. Fueron los cafeteros, principalmente los de Caldas, quienes mantuvieron incólume su prestigio en la época en que la política conservadora no tenía otro objetivo que la oposición sistemá-

tica, a la cual era ajeno Ospina por convicción y aun por temperamento. Y los líderes de la agricultura, formados a su sombra, conservadores y liberales, lo sostuvieron en los momentos más difíciles de su administración. Detrás de las caras hostiles de los políticos que iban a derrocarlo, Ospina alcanzaba a ver los rostros sudorosos y sonrientes de sus amigos de toda la vida, los campesinos simples que lo amaron y le fueron fieles hasta la muerte, esos mismos que en las barras de la Asamblea de Antioquia lo aclamaban batiendo sus blancos sombreros aguadeños, en gesto hasta entonces no visto en ese recinto.



## VIII

### LA UNIFICACION DE LA DEUDA

Abatido por las calumnias, maltrecho por la elocuencia destructora de las euménides, el presidente Marco Fidel Suárez contempló morosamente el proyecto de resignar el poder. Hubiera estado más tranquilo entregando el mando al general Ignacio Rengifo. Para ello realizó un viaje largo y penoso hasta encontrarse con él en el Tolima. Todo se precipitó con el robo y la publicación anticipada de su defensa. El viejo internacionalista recordaba con amargura las consecuencias aciagas de no haberse aprobado un tratado con los Estados Unidos de América, por estar discutiendo en el Senado la legitimidad del título del presidente Marroquín. En todo esto estuvo jugándose su inmenso prestigio don Miguel Antonio Caro, su bienhechor, su modelo, su maestro. Tal vez sin la división conservadora de entonces no se hubiera perdido Panamá. Ahora se trataba del nuevo tratado con los Estados Unidos. su obra maestra como internacionalista. El honor nacional quedaba a salvo y el país no continuaría al margen de la historia. Bien valía la pena inmolarsé, a condición sí, de que el tratado se aprobase. "Respice polum". Y le quedaría aún su pluma, ahora dedicada a firmar prosaicos decretos y mensajes no todos escritos por él. Con ella reivindicaría su honra, orientaría al país, sacaría de su cajón de sastre los apuntes gramaticales e históricos tomados durante una larga vida, pondría en su sitio a sus de-

tractores, y quizá serviría a la unión conservadora al precio de su holocausto. En su modesta vida privada no tendría ya nómina para vender anticipadamente su escaso salario.

Pasó como un lampo el encargo de Holguín, y llegó al poder el general Pedro Nel Ospina.

Se aprobó el tratado con los Estados Unidos, y la indemnización con Panamá —del ahogado el sombrero— empezó a irrigar la economía del pobre hogar colombiano. Suárez comenzó la publicación de sus Sueños rezumando amargura. El tinte de la administración Ospina lo dio el ministro de Obras Públicas, el ingeniero Laureano Gómez, el mismo que había determinado la caída de Suárez.

Es el ambiente en que Mariano Ospina Pérez toma posesión de su curul de senador por Antioquia. Para la frívola Bogotá se trata del sobrino del señor presidente y del novio de su hija Helena. No les parece así difícil haber llegado al Senado apenas traspasada la edad legal. En Antioquia ha dejado una estela de popularidad. La prensa de la época se hace lenguas de su llaneza. La llaman sencillez y humildad. Se trata del parlamentario que nunca eleva el tono de su voz. Nadie sabe que no puede hacerlo, por la traqueotomía practicada en su infancia por su tío y padrino el doctor Rafael Pérez. Sobre su estampa física callan los varones, pero las damas se hacen lenguas. Alto, delgado, moreno, los ojos negros expanden vida y luz, una boca siempre sonriente sin carcajada, la voz suave, todo el contorno infunde simpatía. Y lo mejor es que no se percató. Nunca trata de imponerse. Escucha más que habla. Se goza en los triunfos de sus colegas de Senado. Y trabaja incansablemente en el estudio de todos los proyectos, sea que intervenga o no en los debates. En la ventanilla izquierda de la nariz tiene un hueco superior al otro. Es la

huella de otra operación realizada en la infancia con motivo de una septicemia.

Su prestigio nacional lo adquirió en las intervenciones sobre unificación de la deuda externa. Desde la independencia, y más aún a partir del desastre de Panamá, Colombia había venido endeudándose sin ton ni son, con empréstitos de diversas denominaciones y distintas tasas de interés, bien servidos los unos y mal los otros, negociados unos a menosprecio en las bolsas europeas y estadounidenses, y los otros a la par por el vencimiento inmediato y la inminencia de una buena situación de tesorería por la aprobación del tratado. El gobierno, después de consultas innumerables con nacionales y extranjeros, presentó su proyecto de unificación de la deuda, muy técnicamente elaborado.

Como de costumbre empezaron a rondar las consejas. Llegó a decirse que el presidente Pedro Nel Ospina tenía intereses económicos en esta operación.

El ministro de Hacienda, doctor Aristóbulo Archila, defendió con ardentía el proyecto. Perdió la serenidad y se dejó llevar por el brillo oratorio. Se perfiló en el Senado una clara mayoría hostil y los amigos del gobierno se alarmaron en la persuasión de que el proyecto sería archivado. Todos miraron con escepticismo la actitud que llamaron heroica de Ospina Pérez por intentar el último esfuerzo.

Cuando Ospina Pérez subió por primera vez a la tribuna del Senado, pues sus anteriores intervenciones habían sido breves, lo hizo con paso firme, pero la palidez de su rostro hizo temer a sus colegas que la emoción lo turbara. Lo advirtió él mismo y, ya parapetado en la solemne cátedra que entonces se acostumbraba, cambió la iniciación de su discurso por unas palabras sobre la "natural timidez" con que intervenía en debate tan complejo no siendo un

maestro en la materia y estando delante de quienes con elocuencia reconocida habían expuesto sus opiniones. “No lo hago —agregó— con la intención de ilustrar sino con el propósito de someter al Senado unos puntos de vista en calidad de dudas, a fin de que me sean resueltas, y orienten así mi criterio en materia de suyo tan intrincada”.

Sabido es que la modestia es una de las virtudes más difíciles de administrar, y menos en el parlamento colombiano de entonces, donde la arrogancia parecía tener su sitio natural y había conquistado los más resonantes triunfos. Ospina toda la vida cultivó el arte escaso de que le creyeran en su timidez.

“Alrededor de este problema —continuó diciendo con sencillez— se ha tejido una madeja de suposiciones y de suspicacias para llevar al ánimo del público que el presidente de la República tiene intereses vinculados a la negociación, lo que carece en absoluto de fundamento, tanto que para el gobierno sería un verdadero alivio que lo descargaran de esa preocupación, pues para su tranquilidad y para su conciencia es suficiente el esfuerzo hecho en el sentido de realizar una operación que considera salvadora para el país, preocupándose del futuro y olvidando el presente”.

Nadie en el Senado ni en la prensa se había atrevido a difamar al presidente Ospina, debido a la total carencia de indicios para sustentar la infamia de que pretendiera enriquecerse con la unificación de la deuda. Pero en los corrillos, en los cafés, en las hablillas habituales de Bogotá, era el tema socorrido. Con estas palabras llenas de serenidad pronunciadas por el sobrino del presidente y el novio de la hija lanzó el guante y descorrió el velo de la maledicencia. Quienes habían propalado la especie enmudecieron.

Todos los presidentes de Colombia, desde el general Santander, han sido víctimas de la maledicencia, y más cuando se ha tratado de la deuda externa. Cada uno ha tenido su manera de hacer frente a la calumnias o a la injuria en sus horas amargas, esas que llevan al hogar oleadas de sombra furtiva. Quizás en la historia de Colombia no se registre otra oportunidad en la que con tanto laconismo y con tan poca ira, se haya disuelto el embuste.

Ospina enmudeció más de un minuto. Miró lentamente a los senadores como seguro de que sería interpelado sobre la conducta de su muy amado tío el general, y como nadie movió un dedo para atacarlo, asumió el carácter de catedrático ducho, su cotidiano acento analítico de la facultad de Minas: "Se ha dicho —agregó— que esta negociación no interesa al país, y que este la rechaza, por inoportuna. Este concepto no es del todo exacto. Tanto es así que un respetable diario vespertino —que no se distingue precisamente por su benevolencia para juzgar los actos del gobierno— al referirse al asunto, manifestó claramente que la negociación sí es conveniente, pero que ha sido mal dirigida. Otro diario de fuera de Bogotá, 'El Colombiano', de Medellín, prestigioso periódico de aquella ciudad, también es partidario de la operación. Y últimamente se me ha informado que el comisionado de la ciudad de Barranquilla en Nueva York para gestionar un empréstito, ha comunicado que uno de los obstáculos para el buen éxito de su misión ha sido el de que la deuda colombiana no esté consolidada".

Apareció entonces el diablillo de la semántica que tantos estragos hacía entonces en el Congreso de Colombia y que aún juega sus travesuras en nuestro país filológico. El senador Restrepo interrumpe: "¿Cree su señoría que son idénticos los términos convertir, unificar y consolidar una deuda?"

Con menores intervenciones del diabólico senador Restrepo se habían desmoralizado muchos senadores y ministros. Ospina le clavó sus ojos bondadosos y rectificó la inexactitud de su último vocablo, como quien agradece un servicio. “Bien debe comprenderse que he querido decir unificar la deuda, pues sé demasiado que son cosas muy distintas convertir, unificar y consolidar”.

Sin turbarse en lo más mínimo miró con pausa a un senador liberal, seguidor de don Fidel Cano, a un antioqueño conservador y amigo del periódico de la montaña que había citado, y a varios senadores costeños, para medir el efecto, de su alusión a las necesidades de crédito externo de Barranquilla. Advirtió que había dado en el clavo y continuó la presentación de su conferencia:

“Decía que sí hay opiniones muy respetables en favor de la medida, y ello conduce a esta consideración: si la medida es conveniente, pero se cree que ha sido o será mal conducida por el gobierno, entonces lo racional, lo cuerdo sería fijar las bases en que pueda celebrarse la negociación, estableciendo el límite hasta donde puedan llegar los encargados de gestionar, y si hay desconfianza en que los negociadores cumplan su cometido con probidad y acierto, entonces elijase una comisión del Senado que se encargue de dirigir el asunto, y, si es necesario, que lo haga ad-referéndum: en esta forma quedarían eliminadas las conjeturas y las suspicacias”.

Ospina ha lisonjeado la vanidad del Senado, pero a la vez ha despojado de todo personalismo la discusión. Si la operación es en sí misma provechosa para el país, lo secundario son el presidente, el ministro de Hacienda, la Junta Administradora de Empréstitos, la comisión de Londres, la misma comisión senatorial.

Se había hecho fuerza durante el debate en que, estando los papeles colombianos por debajo de la par en la

bolsa de Londres, no era la oportunidad apta para la unificación. Ospina toma pie en la interpelación de Restrepo para explicar que el argumento sería válido si se tratara de una conversión, es decir, de una rebaja de intereses. Se había argumentado también que ningún otro país había unificado los títulos de sus empréstitos: "Habría que averiguar —refutó Ospina— si en los demás países tienen garantías de primera, segunda y tercera hipoteca, que es el caso nuestro, y si sería o no conveniente convertir esas garantías a una sola". Y aclarando la palabra convertir, para no dar lugar a que se le volviera a enredar en terminología, precisa: "No tratándose de una conversión, es decir, de una rebaja de intereses, lo que se busca son otras ventajas inherentes a la unificación, cuales son, ampliar los plazos o ampliar el crédito".

Poco a poco el experimentado catedrático va entrando en materia y hace cierto alarde de sus conocimientos de economía: "Se ha dicho también, continúa, que la diversidad de nuestros papeles hace imposible o inconveniente la operación... Eso tendría algún fundamento si esos papeles tuvieran una sola garantía, es decir, si no se tratara de una primera, una segunda y una tercera hipoteca, como es el caso nuestro. Además se olvida que estas cuestiones se rigen por una ley precisa que es la ley del equilibrio, y que todos esos bonos, de distinto tipo, distinta garantía específica y distinta cotización, buscan ese equilibrio, y por medio de compensaciones y promedios, llegan a un término o tipo común en relación con otro bono, fenómeno tanto más natural e inevitable cuanto mejores sean las condiciones del bono que se ofrece en cambio".

Boquiabiertos escuchaban casi todos los senadores esta inusitada exposición técnica en un debate que hasta esa tarde había estado regido por los personalismos y las peroratas grandilocuentes.

“Concretando, agrega, deben plantearse estas cuatro cuestiones: Primera. ¿Es necesario o inconveniente para el desarrollo futuro de nuestro crédito, la negociación? Segunda. ¿Es oportuna? Tercera. Tal como está planteada, ¿es desastrosa, como se ha afirmado? Cuarta. Si es conveniente y oportuna, y lo que no satisface es la forma como está dirigiéndose la operación, ¿qué es lo que de veras importa resolver?

Ospina planeaba sus intervenciones con regla de cálculo, y a esto no estaba acostumbrado el Senado. Nadie, salvo un momento el senador Gómez, volvió a interpelarlo. El interés de los senadores logró centrarse en el desarrollo de estas cuatro preguntas con el empeño que se usa en el desenvolvimiento de la trama novelesca. Hasta ese momento la inconveniencia, o al menos la inoportunidad del proyecto, se habían aceptado como un dogma. El novel senador no empezaba afirmando ni negando nada, sino invitando a ese entretenido ejercicio del análisis. Las hipótesis cubrían a cabalidad el campo de la discusión.

“¿Podrán garantizarse los empréstitos con la renta de aduanas o únicamente con nuestros ferrocarriles?”, interrogó el orador. En ese momento el que entró exagerando su timidez por no ser maestro en las intrincadas materias del debate, se situó en el campo de los ferrocarriles, en que todos los senadores reconocían su magisterio. Era el antiguo superintendente del ferrocarril de Antioquia, propiedad de su departamento, cuyos beneficios contrastaban con las pérdidas de las ferrovías de la Nación. “Para el desarrollo material del país necesitaremos por lo menos cien millones de pesos, y sabido es que los prestamistas, para dar dinero con la garantía de un ferrocarril, exigen que el producto neto sea igual o mayor que el duplo al servicio de los intereses”.

En las intervenciones públicas de Ospina Pérez aparece aquí por primera vez esa especie de dogma de los cien

millones. Los pesos de entonces eran dólares, pero no de los varias veces devaluados de ahora, sino de los fuertes de 1923. Más tarde lo veremos como ministro de Obras Públicas de Abadía Méndez, proclamando el mismo dogma del empréstito de cien millones. Como el presidente le dará largas al asunto y no convocará al Congreso a sesiones extraordinarias, Ospina Pérez habrá de retirarse temprano de un gobierno que ya intuía incapaz de conservar al conservatismo en el poder. Pretextará cortésmente la enfermedad de su madre para volver a Medellín y se librárá de pertenecer al gobierno sin ningún ostensible disgusto.

Pero no tenemos por qué adelantarnos y dejar de asistir a un debate que tiene pendiente a la opinión pública. El experto en ferrovías, especializado en Europa, continúa: "El ferrocarril del Pacífico que es nuestra mejor empresa ferroviaria, produce hoy, por término medio, seiscientos mil pesos luego con esa empresa solo podríamos garantizar un empréstito de cuatro o cinco millones, cuando más".

Ospina ha hecho una afirmación hábil según la cual el ferrocarril del Pacífico es nuestra mejor empresa ferroviaria. Es exacta porque está hablando como senador, pero ningún antioqueño aceptaría entonces, tal vez ni ahora, que se comparara el ferrocarril de Antioquia con otro cualquiera del país. La clave está en que aquel era entonces propiedad departamental, y para nada podían servir sus ingresos como garantía de la deuda nacional.

El senador Gómez irrumpe, con su acostumbrada vehemencia, para poner a prueba los conocimientos en materia ferroviaria de Ospina: "¿No cree su señoría —lo interroga— que ese producto relativamente bajo se debe a sus tarifas?". (Las del ferrocarril del Pacífico). Ospina advierte la velada referencia al ferrocarril de Antioquia y responde: "Esta es una cuestión muy compleja que no puede resolverse de momento: pero es indudable que si el ferrocarril del Pacífico tuviera una tarifa igual a la de

Antioquia, su producto sería muchísimo mayor. Si, pues, se prescinde de la garantía de las aduanas, llegamos a la conclusión de que la garantía de los ferrocarriles, que solo empiezan a producir cuarenta o cincuenta años después de construídos, no es suficiente, ni mucho menos, para obtener en el futuro el dinero que necesitamos para el desarrollo del país, y llegamos a la conclusión de que solo con las aduanas podremos obtenerlo, o lo que es lo mismo, que la medida, desde este punto de vista, sí es conveniente. Luego, no se trata de una empresa descabellada y desastrosa”.

La brevedad y cortesía con que Ospina se deshizo de Restrepo y de Gómez cuando quisieron apartarlo de las cuatro cuestiones propuestas, dejaron a estos y a los demás senadores sin ánimos para interrumpir la disertación, y Ospina pudo así pasar a responder la segunda de las preguntas que él mismo se había formulado. Nadie volvió a interpelarlo. Dejó la esperanza de que en medio siglo empezarían a producir los ferrocarriles. Ha pasado ya este lapso y algo más, y aún no producen.

“Se ha afirmado que la medida es inoportuna por las condiciones actuales del mercado de dinero. Antes de referirme a este punto quiero observar que la sola enunciación de emitir un bono único para unificar la deuda, daría ocasión a la más activa propaganda, favorable al país, pues de ello se encargarían los interesados en esta clase de operaciones, por medio de sus agentes en todo el mundo, fuera del tiempo que ganaríamos con ello, factor decisivo en estos negocios. ¿Que hoy el interés es muy alto? El cambio de un bono por otro no afecta ese interés, pues en ello existe la proporcionalidad de que antes se habló”.

A esta altura de la exposición Ospina se empeña en un análisis matemático sobre la manera como juegan estos factores para demostrar la proporcionalidad invariable que guardan los bonos de un tipo de interés con relación a

los de rata diversa, esto es, que el interés pagado por Colombia llegaría a ser el mismo que entonces devengaban los bonos existentes en el mercado. Puede afirmarse que la inmensa mayoría de los senadores y de los asistentes a las barras no entendieron, pero esta operación matemática predispuso los ánimos admirados para escuchar la tercera cuestión, y hacer la exposición nítida y al alcance de todos, como lo es hoy al alcance del autor y del lector de esta obra:

“¿Que es desastrosa la operación? La operación, tal como está planteada por la Junta Nacional de Empréstitos, ocasionaría una pérdida de seis millones de pesos, se ha afirmado”. Para destruir esta afirmación desmenuza el problema así: “La deuda inglesa es de 3.200.000 libras esterlinas. Los bonos del año 96 se cotizan al 70%. Los de 1911, al 100%; los de 1913, al 100%; los de 1920, al 85%; los de 1916, al 85%. Estas son las bases de una posible negociación, para la cual habría que hacer una emisión de bonos de 2.800.000 libras. Los intereses de la deuda son de 153.600 libras al año, y los que habría que servir con el nuevo bono serían de 168.240 libras; pérdida en el primer año, catorce mil y pico de libras, que disminuirían en progresión al aumento del bono de amortización, hasta llegar a cero. Es decir, que en el término de veinticinco años, por ejemplo, la pérdida solo alcanzaría a doscientas mil libras, por intereses. Conclusión, que no se trata de una operación desastrosa ni descabellada, que vaya a ocasionar una pérdida fantástica de seis millones”.

En la cuarta pregunta ya estaban gritando las premisas cómo el proyecto no podía archivarse, sino continuar su estudio. Antes de someter a votación ya se sabía el resultado. Mientras descendía de la tribuna el doctor Ospina Pérez, un alud de senadores se abalanzaba para abrazarlo.

—Salvaste el proyecto.

—No habíamos entendido.

Esta es la historia, a grandes rasgos, del debate que convirtió, de veras, a Ospina Pérez en personaje nacional. "El Espectador" comentaba: "La victoria del doctor Ospina acaso le permita al gobierno rectificar algunos de los innumerables errores que ha cometido en la materia... El discurso del doctor Ospina Pérez ha saneado la atmósfera, ha demostrado que las equivocaciones del ejecutivo solo son equivocaciones, y ha colocado por fin el problema de la deuda en un campo neutro, frío, en el que nada podrán los argumentos que no sean científicos y de conveniencia nacional".

Esa noche Mariano visitó a su novia Helena en Palacio, pero su tío el general no los dejó solos un minuto. Ya lo había llamado el ministro de Hacienda a narrarle el inmenso e inesperado triunfo, y el respeto impuesto por el senador ante los maledicentes cuando mencionó la persona del señor presidente. Tal vez Helena lo quiso más esa noche que nunca.

## IX

### EL BANCO AGRICOLA HIPOTECARIO

En 1921, cuando Mariano Ospina Pérez no había cumplido treinta años, le propuso matrimonio a su prima Helena Ospina Vásquez. Acababa de retirarse de la presidencia don Marco Fídel Suárez. Cada día con mayor vehemencia adelantaba la candidatura del padre de su novia, y tío suyo el general Pedro Nel. La señora de éste, doña Carolina Vásquez de Ospina, con muy buenas razones, le hizo ver al pretendiente que nunca sería Helena tan necesaria en el hogar como durante la presidencia de su padre. Sin que fuera claramente convenido, el aplazamiento por cuatro años resultó un hecho. Con su buen dominio del francés y del inglés, su ilustración y gracia, Helena fue decoro de la casa presidencial en la administración de Pedro Nel Ospina. Las muy formales reuniones diplomáticas contaron siempre con esta dama que hablaba a cada uno en su lengua con información sobre la historia y la actualidad de su país.

Iban pasando los años. Cumplió Mariano treinta y uno, y treinta y dos y la edad de Cristo, y los amigos le bromeaban. Sin ningún empacho lo motejaban de solterón, y lo estimulaban a contraer matrimonio cuanto antes con la incomparable hija del presidente, ignorantes de lo que entre ellos se había tratado.

Helena fue proclamada reina de los estudiantes, corona simbólica, equivalente entonces a lo que más tarde, con menos nacionalismo, ha sido Miss Colombia. A Mariano Ospina Pérez no le hizo gracia el trono este, pero se limitó a quedarse en Medellín, sitio habitual de su residencia, durante tal reinado. En "Cromos", en "Mundo al Día", y en toda la prensa de la época, aparecía la estampa aristocrática de su prometida con cuantos quisieron posar a su lado. Llegó a hablarse de un noviazgo de Helena con cierto joven estudiante ocañero. De otro, descendiente de un presidente del siglo pasado, se dijo que se había suicidado por los desaires de Helena.

El primogénito de un plenipotenciario europeo se prendió de tal manera de la hija del presidente de Colombia, que lo atendía bien pero no le correspondía sus requerimientos, que se convirtió en problema de familia. Y el diplomático, hábil negociador, aprovechó una fiesta social para encarecer ante Helena las virtudes de sangre, de ilustración y de riqueza de su hijo el pretendiente. En tan insólita gestión, con su desenvoltura admirada siempre, Helena terminó diciéndole que no podía acceder a su requerimiento porque en Medellín tenía su "bobo amarrado".

La gentil dama quería decir que tenía su compromiso matrimonial en Medellín, y por modismo llamó bobo a quien la quería. El diplomático fue todo lo indiscreto que pudo y desfiguró la historia como si se hubiera tratado de una expresión de desprecio de Helena para con su novio. Aquello fue el platillo de la maledicencia bogotana y saltó a Medellín, pero no pareció alterar al imperturbable senador antioqueño.

La correspondencia entre Mariano Ospina Pérez y Helena Ospina Vásquez fue copiosa y abarca largos años. Con la meticulosidad de aquellas personas y de esa época fue devuelta íntegra e intacta cuando se deshizo el com-

promiso. Posiblemente fue incinerada de parte y parte, pues no hay memoria de ella. Nadie tal vez, ni los más íntimos, penetró en el secreto de aquel epistolario de amor. Con él se perdieron indudablemente los documentos más íntimos de la vida de Ospina Pérez, y tal vez una obra literaria de doña Helena, que tenía hasta su muerte quilates muy finos de artista. No se sabe a ciencia cierta qué le produjo a Helena tanto disgusto. La hija del presidente Ospina escribió una carta a su novio en la cual declaraba roto el compromiso. Personalmente la llevó al correo. Un rato después sintió que su vida se había desgarrado. Regresó a la oficina y habló con el administrador. Ya era tarde. La carta, quizá por venir de tal procedencia y tener aquel destino, había sido expedida inmediatamente. El orgullo de ambos Ospinas hizo que ni la carta fuera rectificada por Helena, ni Mariano interpusiera súplica alguna. Por algún tiempo cada uno mantuvo la esperanza de que el otro diera un paso hacia la reconciliación. El mismo presidente Pedro Nel Ospina murió en 1927 sin saber cómo había ocurrido esto.

La fama de economista obtenida a raíz de su debate sobre unificación de la deuda externa le valió la amistad y consideración de míster Kemmerer, el gran consejero estadounidense a quien tanto debe Colombia, y la del mago colombiano de las finanzas, Esteban Jaramillo.

Estos dos prohombres le fueron de grande utilidad para sacar adelante uno de los proyectos mejor estudiados y más de veras anhelados en su vida pública: la fundación del Banco Agrícola Hipotecario. El gran debate fue el sábado 27 de octubre de 1923. Las relaciones con Helena eran todavía cordiales. La comisión había dado informe favorable al proyecto de creación del Banco Agrícola Hipotecario. El sueño acariciado desde sus años de estudiante en Bélgica, consultado varias veces con los socialcristianos de allá, se acercaba a ser una realidad.

El senador Díaz Granados dijo que ese proyecto bastará para que las generaciones futuras pronuncien con orgullo agradecido y patriótico el nombre del joven e ilustrado senador por Antioquia, su autor, el doctor Mariano Ospina Pérez.

Interviene el patriarca del conservatismo boyacense, Miguel Jiménez López. "La agricultura ha sido la gran madre nutricia de las colectividades y de los pueblos. Con el proyecto de Ospina Pérez ha llegado para Colombia la era de resurrección y de vida. Este proyecto es la piedra angular de aquella nueva etapa".

Con asistencia del ministro del Tesoro, Ospina Pérez sustenta su proyecto: "Lo único que ha de hacerse, es definir de manera precisa la situación del Banco Agrícola Hipotecario en relación con el Banco de la República".

Esta era la piedra de toque. Al recién creado Banco de la República se le formulaban cargos por no haber hecho milagros en la economía nacional. El senador Tirado llegó a decir que el Banco de la República era el responsable de la quiebra del Banco López, cuando todo el país, empezando por el propio don Pedro A. López, sabía que era todo lo contrario. Los exageradamente entusiastas de la fundación del Banco Agrícola Hipotecario llegaban al extremo de afirmar que los cinco millones gastados en la fundación del Banco de la República hubieran quedado mejor empleados en el Agrícola. El senador Botero Saldarriaga, que antes había tenido la iniciativa de fundar otro Banco para los agricultores, relata cómo consultó en presencia de Esteban Jaramillo con el señor Kemmerer y este le conceptuó que por el momento no creía posible la fundación de un banco que atendiera las necesidades del sector agrario.

Ospina demostró cómo no había sido posible aquella fundación antes de crearse el Banco de la República. La

inestabilidad monetaria de entonces hubiera hecho imposible la inversión en cédulas. El Banco de la República no era el fracaso que describían sus enemigos, sino que estaba cumpliendo a cabalidad su misión propia, como era la estabilización del cambio, el saneamiento del medio circulante y la ayuda a los otros bancos en época de emergencia. “Lo que pasa es que muchas personas han cometido el error de esperar y pedir al Banco de la República resultados que él no está llamado a producir” . . . “Antes de fundarse el Banco de la República no hubiera podido funcionar satisfactoriamente el Banco Agrícola Hipotecario, y de haberlo intentado se habría corrido seguramente hacia un fracaso estrepitoso y definitivo”.

Constituido en defensor de oficio del Banco de la República, ganó para su iniciativa la poderosa benevolencia de Kemmerer, ya ausente, y de Esteban Jaramillo, y aún el apoyo de Botero Saldarriaga. Y obtiene que el ministro del Tesoro lo apoye firmemente y haga leer los documentos que demuestran la falacia de que el Banco de la República haya determinado la quiebra del Banco López. Por fin Esteban Jaramillo interviene para defender la jurisdicción coactiva del Banco en sus cobros. El Banco debe atender a sus compromisos —dice— y si los deudores no pagan sus intereses y las cuotas de amortización oportunamente, el Banco se verá en apuros para cumplir sus compromisos, y puede ocasionar esto la desconfianza del público y hasta el fracaso y quiebra del Banco. “Nosotros —dijo también Esteban Jaramillo— hemos legislado siempre en estas materias para favorecer a los deudores, porque con nuestra legislación se demora mucho el cobro de una deuda, ya que todas las disposiciones que aquí se han dictado son de una lenidad absoluta y de un favoritismo sin límites”.

Los senadores Niño Torres y Albán pretenden convertirse en abogados de los deudores, pero Ospina demuestra

cómo actualmente no hay deudores porque no hay crédito agrícola, ni lo habrá mientras no exista una organización seria que pueda prestar con bajos intereses y largos plazos.

Sin llegar a conclusiones, aquel día la sesión se levantó en señal de duelo por la muerte en Pasto de don Moisés Martínez.

Esteban Jaramillo y Mariano Ospina Pérez pasaron juntos el fin de semana preparando adiciones al proyecto que tuvieran mejor aceptación. Como en aquel tiempo trabajaba los lunes el Senado, en la sesión matinal propusieron nuevos artículos. En lugar de la jurisdicción coactiva, "podrá el Banco solicitar del juez del circuito de su domicilio o del que corresponda al lugar de ubicación del inmueble, que decrete la venta en pública subasta del bien hipotecario. El juez ordenará dicha venta con audiencia del deudor y sin más actuación. La providencia del juez que ordene la venta, solo es apelable en el efecto devolutivo. En los contratos de préstamo el deudor hará constar que se somete expresamente al procedimiento indicado en este artículo".

Fue así como los senadores antioqueños, el jurista y el ingeniero, hallaron la fórmula que venció las resistencias de los opositores a la fundación del Banco Agrícola Hipotecario. El Senado aprobó por unanimidad el nuevo artículo. Los antiguos oponentes creyeron haber obtenido un triunfo de sus tesis contra la jurisdicción coactiva del Banco mismo, y Ospina pudo continuar la sustentación de su amado y trascendental proyecto.

Otro artículo nuevo es suficiente para demostrar cómo el Banco Agrícola Hipotecario es el antecedente necesario del Banco Central Hipotecario, creado en el decenio siguiente y sobre el cual Ospina tuvo una controversia con don Julio Lleras:

“Los préstamos hipotecarios se harán en cédulas o en dinero a opción del Banco, y los deudores podrán también efectuar los pagos de una u otra especie a su elección”.

En el proyecto original se creó una opción para que otros bancos tomaran acciones del Agrícola Hipotecario, pero se previó que en este caso mantuviera siempre el gobierno nacional la mayoría de la Junta.

En la tarde y en ausencia de Ospina Pérez se suscitó una discusión sobre el capital del Banco y Esteban Jaramillo habló de que las obras públicas deben ser consideradas como prioridad en relación con el crédito agrícola, por tratarse de particulares. Era duro de entender para la mentalidad individualista de entonces que pudieran dedicarse dineros del Estado para préstamos de negocios agrícolas. Pero se logró por fin la autorización al gobierno para aportar un millón y alguna expectativa de que más tarde suscribiera otro medio. Sobre cómo pagar el millón se aprobó que se tomara del quinto contado debido por los Estados Unidos por la indemnización de Panamá. Por si se fundara antes de recibir tal contado, podría tomarse de los disponibles para aporte del Banco de la República. Si aún esta fuente fallare, en últimas podría el gobierno descontar el millón del último contado previsto en el famoso tratado con los Estados Unidos.

A la sesión siguiente, Ospina Pérez “sencillemente, sin brillantes períodos oratorios, pero con entero conocimiento del asunto, como no lo tiene quizá ninguno otro de los senadores”, según la crónica parlamentaria de “El Diario”, pidió que se retrotrajera la discusión al segundo debate y que se reconsiderara con la mayor seriedad lo relativo al capital. Llegó a decir que habían “desaparecido las razones que tenía para luchar en favor de este proyecto, porque se ha querido variar el carácter del Banco, el cual no podrá funcionar con el reducido capital que se le ha asignado”.

La desfiguración del objetivo hipotecario estaba en el artículo aprobado como cuarto, según el cual el Banco podría hacer también préstamos asegurados con prenda agraria.

El más largo e hiriente de los oradores fue Tirado Macías. Se dedicó a ridiculizar a Ospina Pérez y su proyecto como una obra maestra de lirismo juvenil. Aquellas cédulas, aunque no fueran los cincuenta millones del proyecto sino los diez millones de la modificación, nadie las suscribiría jamás. Todo era una burla a los campesinos.

Esteban Jaramillo insistió en que el millón de pesos era capital suficiente, y que se debería dejar opción a los departamentos para suscribir acciones.

Por fin se dedican a hostigar a Ospina Pérez con la esperanza de que si pierde la paciencia, el proyecto naufragará. Le preguntan por qué la víspera dejó expósito el proyecto y luego vino a pedir reconsideración de lo que el Senado había aprobado en su ausencia. "Siempre tengo costumbre —respondió sin inmutarse— de retirarme del Senado a las seis de la tarde y no creí antier que el proyecto que se discutía mereciera los honores de una sesión permanente. Jamás he creído que mi presencia sea necesaria en una sesión del Senado".

En medio de argumentaciones técnicas llega a veces a cierto grado de ardentía como el de calificar de monstruosas las reformas que se le han agregado al proyecto.

El senador Moreno, maliciosamente, toma pie para referirse a una conseja, según la cual el presidente Ospina ha elogiado la obra gubernativa del general y colega suyo Rafael Reyes.

Ospina advierte la artimaña. La imagen de Reyes, tan íntimamente sentida en su infancia, se le reaparece. Por un momento cree perder el equilibrio. Reassume su calma,

recuerda un momento a su amigo de infancia Miguel Moreno Jaramillo, y dice: De todas maneras el señor presidente no puede ser el juez imparcial para la obra del general Reyes, de la cual debe entenderse que algunos bienes hizo a la República. Recuérdese que el general Reyes le hizo seguir un consejo de guerra formado por los generales Vásquez Cobo y Euclides Angulo por unos conceptos emitidos libremente en Medellín". Todas sus angustias infantiles y su serenidad conquistada en las meditaciones al pie del retrato de su abuelo se le revivieron aquella tarde. A las seis se puso de pie, comenzó a ponerse pausadamente su abrigo, tomó el paraguas, y Jaramillo Isaza, el presidente del Senado, levantó la sesión.

"El Espectador" da cuenta de la discusión en que Ospina se trenzó con nadie menos que con Esteban Jaramillo. Amigo este del proyecto original, el autor de la submodificación era el senador José Joaquín Casas. Por boca del ministro del Tesoro, el gobierno los acompañaba.

La exposición final de Ospina Pérez refutó las afirmaciones de Esteban Jaramillo sobre prioridad de las obras públicas, y de acuerdo con Botero Saldarriaga pidió una armonía entre estas y el crédito agrícola. Aceptó el hecho de que el Congreso había ya dispuesto alegremente de los veinte millones de la indemnización famosa, por lo cual el gobierno tendría que distribuirlos a prorrata entre las ordenaciones legales. Dijo que, con todo, había propuestas de financiación para la construcción de algunas líneas férreas en Santander hasta el Bajo Magdalena que podrían libertar unos seis millones, más que suficientes para fundar adecuadamente el Banco Agrícola Hipotecario. Sostuvo que la limitante para las exportaciones colombianas no estaba solamente en la escasez de vías de comunicación, sino ante todo en la falta de capitales.

Comparando a Colombia con la Argentina afirmó cómo en ese país desde años atrás venían mejorando la raza crio-

lla vacuna con la importación de sementales de razas excelentes extranjeras y el país se había convertido en una despensa del mundo. En Colombia el ganado criollo es mejor que el hallado por los inversionistas extranjeros en la Argentina. Pero allá pueden refrigerar la carne, empacarla y exportarla, cuando aquí a duras penas estamos creando por la ayuda externa, la primera "Packing-house".

Después de un cruce de intervenciones con el senador Parra, cuyo único argumento era el favoritismo a que se prestaban estas instituciones de crédito, Ospina hizo transacciones con los opositores hasta llegar a la creación del Banco Agrícola Hipotecario. Esto hace que se le considere el padre del sistema de crédito agrario. Años más tarde, siendo a la vez gerente de la Federación Nacional de Cafeteros y miembro del Congreso, propondría y sacaría avante la fundación de la Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero, concebida inicialmente como dependencia de este Banco y luego con autonomía y proyecciones tales que llegó a ser superfluo el Banco mismo.

## X

### UNA NOCHE DE INSOMNIO

1925. Un día de noviembre. El ingeniero Mariano Ospina Pérez viste su camisa larga de lino y un gorro igual al de su padre don Tulio, hecho por la misma mano de monja. El reloj de la iglesia de la catedral nueva, aún no inaugurada, ha dejado oír las doce campanadas de la media noche. Sintió cuando su hermana le dio la medicina a su mamá: la misma vieja receta del tío Rafael Pérez, muerto tantos años atrás. Lo único que la deja dormir. ¿Sería bueno tomar lo mismo? ¿Pero qué será de él si desde los treinta y cuatro años empieza a consumir valeriana y bromuros?

El bombillo está sujeto de una cuerda de seda y toca la pared sobre el escritorio. En otras casas han instalado interruptores, pero en la suya todavía no. Le corresponde a él que es ingeniero, y no ha tenido tiempo de hablar con Peter Santamaría cómo adaptar esa novedad. Si mañana le queda un rato libre lo hará. En el cuarto de su mamá será mucho más cómodo encender la luz y ver a la enferma, sin tenerse que salir su hermana de las frazadas. Tal vez le ha faltado diligencia. Como se lo recrimina su madre, siempre olvida los pormenores personales y case-ros por estar atendiendo las cosas de la política.

Apaga la luz y se mete entre las sábanas. Son de lino también. Cualquiera diría que somos lujosos, pero la ver-

dad es que duran indefinidamente. Son las mismas que me sirvieron en Bruselas, de estudiante, antes de la guerra del 14. Nada mejor que la ropa fina. Así debiera ser uno. Duraría más, serviría mejor.

Lo que no lo deja dormir es algo más profundo que la comparación de sí mismo con las sábanas. Trata de disipar sus pensamientos. Un rato cree que es el remordimiento que lo corroe, como de algo que ha hecho inmensamente malo. Repasa su conciencia y califica que ha obrado con rectitud. Piensa después que no es remordimiento sino perplejidad. Termina aceptando que todo se reduce a que está otra vez enamorado. Su hermana Sofía se burlaba de él y le decía que era un solterón irredimible, que nunca había conocido el amor.

Esta noche ha hecho una visita de cumplido a la casa de don Antonio María Hernández Suárez y su señora doña Mercedes Fernández de Hernández. La ha hecho a hurtadillas, espiondo, al traspasar el zaguán, que nadie lo estuviera figgando en la calle del Palo entre Maracaibo y Caracas. El pretexto era loable. Se trataba de corresponder la que le habían hecho con motivo de su regreso de Bogotá. Tanto el Protocolo Hispanoamericano de la Urbanidad y el Buen Tono, de Carreño, como el librito de su padre don Tulio así lo imperaban. Repasa cada una de las palabras, los movimientos, los gestos, y todo está debidamente ajustado a las normas. Y sin embargo, le queda la sensación de haber hecho algo furtivo, de haber engañado a . . .

En el fondo de su conciencia sabe que aquella visita fue hecha por la esperanza de ver a Bertha, la inquietante niña de los esposos Hernández-Fernández. Es ella la que no le permite dormir. A él, que ha dormido a pierna suelta en París en medio de las ansiedades de la guerra. A él que nunca ha perdido el sueño por los avatares de la política. Ni siquiera por las penalidades de la familia.

Cuando murió don Tulio, el mayor dolor de su vida, pudo dormir. Y ahora es esta señorita la que lo inquieta. A él que ha visto tantas y tantas mujeres en muchos países. Varias le han coqueteado abiertamente. Otras han ido hasta decirle que lo aman. El, Mariano Ospina Pérez, el imperturbable, el superior a la tentación, el que ha tenido siempre a raya su sexo, está enamorado, perdida y tardíamente enamorado, quizá por primera vez.

¿Y qué pasó por fin con el viejo y profundo amor por su prima doña Helena Ospina Vásquez, la hija de su tío el general Pedro Nel Ospina, quien continúa en la presidencia de Colombia, rodeado de prestigio y de gloria? Va llegando paso a paso a la conclusión de que ha confundido el afecto familiar con el amor. Admira mucho más a Helena, es cierto. Es la gran dama, de una inteligencia superior a la suya, que ha habitado por años en el palacio de los presidentes, hija de uno de ellos y nieta de otro, según su criterio imparcial los más notables que ha tenido el país; en el siglo pasado, el abuelo, en el presente siglo, el papá. ¿O será que el afecto de familia nos ciega tanto a Helena como a mí? ¿Pero quién, objetivamente hablando, puede parangonarse con don Mariano Ospina Rodríguez? Estará mal que lo diga, pero es imposible dejar de pensarlo. Su émulo fue el gran general Tomás Cipriano de Mosquera, hombre funesto para la patria si los ha habido. Tal vez don Rafael Núñez pueda compararse con mi abuelo. ¡Qué grande fue Núñez!: No me ciega la sangre para amarlo y venerarlo. ¿Qué hubiera sido de él sin el partido conservador que fundó mi abuelo con don José Eusebio Caro en 1849? ¿Qué hubiera sido de Núñez sin el hijo del cofundador del conservatismo, don Miguel Antonio Caro? Caros y Ospinas. ¡Qué par de familias! Don José Eusebio murió joven, de regreso de su destierro, en una playa extraña y desconocida, pero ya dentro de la patria, pobre como Bolívar, con su partido maltrecho, con sus ideas menospreciadas, como Bolívar, en Santa

Marta, como Bolívar. Desde el cielo vio a su huérfano en el poder, gobernando a los colombianos, dándoles instituciones y leyes sabias, realizando lo que él soñó. También mi abuelo don Mariano Ospina Rodríguez sufrió cárceles y destierro, penalidades y pobreza sin cuento, por sus ideas. Tampoco alcanzó a ver a su hijo el general Pedro Nel Ospina en el solio de Bolívar. ¿Y yo? ¿Cuántas veces me propuse hacer de Helena Ospina una primera dama, como su madre, como nuestra abuela? En el fondo, ¿no era yo un enamorado de la gloria de los Ospinas sin tiempo ni espacio para el verdadero amor? ¿Qué me pasa con Bertha Hernández, que en un principio creí ser un capricho, y ahora veo claramente, y padezco, y gozo, que es la mujer de quien no seré ya capaz de separarme nunca hasta la muerte?

La una de la mañana y siguen las cavilaciones. Esto no le había ocurrido ni a los trece años, cuando empezó a sentirse atraído por la primera novia, ni a los diecisiete cuando creía en conciencia que sin tardanza tenía que casarse con Helena, aunque ni antes ni después le había tocado sino la mano derecha en los saludos y despedidas, con todas las reglas del protocolo.

¿Y qué pasaba, pues, con ese problema? El, Mariano Ospina Pérez, que se creía capaz de solucionar los del país, ¿estaba siendo vencido por un asunto de faldas? Para él que tanto había estudiado para solucionar problemas en Europa y en los Estados Unidos y en la Escuela de Minas y en el colegio de San Ignacio, nunca, por complejos que fueran, le había llevado tanto tiempo ninguno como este de Helena Ospina y Bertha Hernández. El, que había sido tantas veces elogiado por sus soluciones como parlamentario, se estaba ahogando en un dedal.

Vuelve a levantarse. Enciende la luz. Fuma. Sabe que no debe dejarse dominar de este vicio tonto. Recuerda al

general Rafael Uribe Uribe. Decía que el cigarro era un producto vegetal con fuego a un lado y un bobo al otro.

Se sienta ante la escribanía de comino con tres entrepaños que fue de su abuelo. Ha recordado al general Uribe y quiere leer el opúsculo prohibido, la única obra colombiana que figura en el Index Librorum Prohibitorum. Lo entresaca de entre dos libros. Es pequeño, pero lo ha hecho empastar en cuero. Como está sancionado pidió permiso al arzobispo Herrera Restrepo para leerlo y conservarlo con el único fin de refutarlo. "El liberalismo colombiano no es pecado". Sí. Uribe era diabólico en sus sofismas, pero angelical en sus costumbres. Muchos conservadores nos quisiéramos ser como él. Era amigo de mi suegro, digo mejor, de mi tío el general Pedro Nel. Desde el campamento opuesto, en lo más sangriento de la guerra de los mil días, se valía de mi tío para hacer llegar a su señora las más amorosas cartas familiares. Le hablaba de los niños, que hoy son los capitanes Uribe Gaviria. Sí. Ojalá él, Mariano, tan godó, no fumara. Si Uribe Uribe lo viera, lo reprendería con razón. Tenía que economizar pulmones. ¡Cuántos millares de discursos se le esperarían! Y él con esa voz débil desde la infancia, cuando su tío el doctor Rafael Pérez lo degolló. Esa es otra historia. Pero Bertha. Helena. En los libros dice muy poco sobre lo que debe hacer un caballero cuando ha roto un compromiso matrimonial y está otra vez enamorado. Otra cosa es estar en ello.



## XI

### ASI FUE EL NOVIAZGO

Hemos pedido a doña Bertha Hernández viuda de Ospina, que nos relate algo de su noviazgo y de sus años juveniles, hasta llegar a ser la primera dama.

Doña Bertha tuvo a bien preparar para esta obra las páginas de este capítulo, que tienen el encanto de ser escritas por la persona que presencié más de cerca la vida de Ospina Pérez, y sin duda, la que más influyó en ella.

“A los diez años de edad me internaron en el colegio de las Hermanas de la Presentación, en Medellín. No salía a mi casa los domingos ni en las vacaciones de diciembre y julio. ¿Por qué? Mi padre era enfermo de cansancio mental y mi madre después de haber tenido once hijos, creo que no se sentía capaz de cuidarme. Todos mis hermanos, menos una, eran mayores y atender a seis hombres, tres niñas y su marido enfermo, y a mí que no era ninguna ‘mosca muerta’, le quedaba muy difícil.

“Mi colegio era el Pensionado Francés, una división del gran colegio de las hermanas. La madre superiora era una francesa de quien se comentaba que pertenecía a la nobleza de aquel país, y así parecía por su distinguido porte y don de mando.

“Yo aprendía el francés con facilidad al oírlo hablar, pues el estudio que hacía de esta materia era poco, porque

siempre me estaba confiando en el oído y la memoria. A los dieciséis años salí del colegio, pues ya era suficientemente grande para no dejarme imponer ese encierro. En la casa me pusieron una profesora magnífica llamada Adelfa Arango; era la directora de la Normal de Señoritas y me daba varias clases.

"Era muy escasa la vida social que había tenido. Mis amigos más cercanos eran Zoraida Jaramillo —hoy de Plata— y su hermano Luis, por tener las casas de campo muy cerca a la nuestra y ser sus padres muy amigos de los míos.

"Nuestra juventud era mojigata y sana, comparada con las de las gentes de esa edad hoy en día, pero era muy agradable: caminábamos mucho, montábamos a caballo, nos bañábamos en cuanta quebrada o río encontrábamos y hacíamos unos deliciosos cocinados de sancocho antioqueño. Leíamos poco y serio.

"Mis hermanas eran mayores y por esto poco contaban conmigo para sus reuniones y paseos.

"Frente a la casa de campo de mis padres donde se pasaban los tres meses de vacaciones en Navidad, había otras casas de veraneo de familias amigas de mis padres y hermanos.

"En un diciembre, después de mi salida del colegio hubo un baile, no de gala, sino sencillo, en la casa de don Pedro Olarte y su señora, y por primera vez me dejaron ir con mis hermanos varones y con mi hermana María, pues Lucila ya se había casado. Allí vi por primera vez a Mariano Ospina Pérez. Era bastante mayor que yo y ya un hombre importante, senador de la República, cosa que yo no sabía. En mi internado francés y en mi ambiente juvenil, poco o nada sabía de política y de sus hombres. A duras penas sabía que había un presidente de la República, un gobernador de Antioquia y el alcalde de Medellín.

"Así fue que al conocerlo me enamoré de él por su figura morena, delgada y agradable. No tenía ni idea de que él había tenido otras novias, como es natural en más de los treinta años que tenía, y que estaba comprometido en matrimonio con una prima hermana suya, Elena Ospina Vásquez.

"Sin embargo, nada dije de esto a nadie y seguí mi vida de niña, naturalmente. No leía novelas ni veía cines malos como lo hacen las juventudes de hoy en día, que ya todo lo saben. Primero, porque a papá no le gustaban y como estaba siempre en la casa, vigilaba mucho lo que leíamos; los cines eran muy sanos y la mayor parte del tiempo lo pasábamos paseando.

"Tuve pocos amigos y poco era el afecto que les tenía. Me gustaban como amigos, pero nada más. Era muy desconfiada y los analizaba mucho.

"Así pasaron unos dos años. Antonio, el tercero de mis hermanos mayores, se había casado con Alicia Jaramillo, una mujer muy bonita, querida y amable con todo el mundo. Eran mis protectores y con ellos pasaba temporadas.

"Como Rafael Ospina, hermano de Mariano, estaba de novio con mi hermana María y salía con mi otro hermano Gustavo, se fue formando un grupo que siempre asistía a las fiestas y a los paseos.

"En julio de 1925 Antonio y Alicia estaban pasando unos días en Florencia, la casa de campo de mis padres y me habían llevado con ellos. Una noche invitaron a comer a Mariano y a otros amigos y después de la comida salimos a caminar por la finca y después nos sentamos en una piedra grande y plana que había frente a la casa. La noche era muy clara porque había luna; cada uno conversaba y de pronto resultamos Mariano y yo cogidos de

la mano. Me sentí tan emocionada que poco me acuerdo de qué hablamos.

"Sé que le pregunté si tenía novia y me dijo que no. Me preguntó si tenía novio y qué hacía en la casa.

"El tenía viaje a Bogotá a los pocos días para concurrir al Senado, pero nada me comentó de su novia ni de su futuro matrimonio, y después supe que ya estaban argollados solemnemente, como se usaba en esa época.

"Entonces el viaje se hacía en tren y este pasaba frente a la finca 'Flores'. La estación del ferrocarril quedaba a unas pocas cuadras de nuestra casa. Era la 'estación Acevedo'.

"Como Mariano y yo habíamos acordado vernos a su paso para Bogotá, esa mañana, como hacia las siete, con mi ropita sencilla de algodón y los pies descalzos, pues en los veraneos nos quitábamos los zapatos, corrí a la estación para verlo pasar. Atisé por todas las ventanas de los vagones sin descubrirlo, pues él estaba esperándome en la puerta del último carro de primera y ya sólo tuvimos tiempo de vernos y darnos la mano.

"Me quedé triste, y al regresar a la casa me senté al lado de Alicia, mi cuñada, en un asiento colgante como una hamaca de tubos galvanizados y lona de colores.

"Yo no había tenido amores serios con ninguno y esto le sorprendía a Antonio y a Alicia. Le dije a ésta ¿Sabe a quién quiero yo?

—'No, ¿a quién?'

—Voy a mostrarle.

"Me paré, fui a traer un retratito que tenía guardado de Mariano y se lo enseñé. Ella se puso las manos en la cabeza y me comentó:

—'¿Pero cómo se le ocurre esto?'

"Pasaron unos meses y llegó noviembre. Medellín conmemoraba los 250 años de su fundación, y se preparaban grandes fiestas. Con amigos ya más numerosos, hicimos una reunión en el parque de Berrío y resolvimos escogerle un nombre al grupo. Fue acordado 'El Sindicato'. Era el año de 1925 o comienzos de 1926. Entonces empezaban a formarse en Medellín los sindicatos de obreros y por eso nos llamó la atención ese nombre.

"El grupo estaba compuesto de familiares y amigos: Mariano, Rafael, Tulio, Margarita y Ester Ospina Pérez; Roberto y Luis Posada Pérez, primos de los anteriores; mis hermanos Antonio, su esposa Alicia, Gustavo y María; Rafael Londoño, su novia, Ligia Rodríguez, José Ramírez Johns y su esposa Carola, y Emilia Gutiérrez, su hermana; Daniel Peláez, Carlótica Sañudo, Roberto Botero Soto (de la costa atlántica), Federico Rodríguez (de Puerto Rico) y otros que no recuerdo. Yo era la menor del Sindicato.

"Estábamos felices con las fiestas y la llegada de Mariano de Bogotá. Yo me puse ese día mi mejor vestido con un sombrero en forma de capota muy lindo que me habían traído de París y me quedaba muy bien. Salimos a encontrarlo a la misma estación Acevedo. Paró el tren; subimos a él para regresar a Medellín, y ¿qué veo? En la puerta de entrada del vagón de primera clase se encontraba él, de pie, con otra dama, su novia.

"Era yo tan niña y tan inocente de las cosas de la vida, que después de medio saludar, me senté en una banca del tren con Rafael Londoño y Daniel Peláez, pero se me salieron las lágrimas. Ellos se dedicaron a consolarme. No se figuraban lo que pasaba dentro de mí, pero me querían y sufrían viéndome afligida.

"Al comenzar las fiestas llegaron a Medellín varios jóvenes de la alta sociedad como Juan Medina, de Boyacá, Guillermo Eliseo Suárez, de Santander, José María Buen-

día, Alberto e Isabelita Ramírez, de Bogotá. Todos de buenas familias, ricos y con deseos de divertirse. Parecía que yo le gustaba a Juan Medina, y como nada me había dicho Mariano, quien con su novia Elena concurría a las fiestas con el grupo, yo paseaba y bailaba con Juan y con otros amigos.

"En una de esas fiestas en el Club Campestre de Medellín, se me acercó Mariano y me dijo, por primera vez que me quería y que si yo sería capaz de casarme con él, que no era rico y que tenía que estar viajando en su duro trabajo a unas minas de oro en Porce, lejos de la ciudad.

"Como yo también lo quería ya mucho, le contesté que eso no me importaba y que si me casaba con él, pero que primero tenía que hablar con mamá a solas para que ella supiera que esto era en serio. Ya he dicho que mi padre estaba enfermo.

"Pasaron unos días y meses agradables cuando estábamos juntos, dolorosos también por la incertidumbre de lo que pudiera resultar, pues él tenía que terminar el noviazgo con su prima Elena y sobreponerse a toda opinión de la familia Ospina y a las murmuraciones de la sociedad.

"Para los amigos y la familia esta noticia fue como una bomba. Cada cual se creía con el derecho de opinar. Una señora de la alta sociedad de Medellín, amiga de mi madre, doña Amelia Mejía de Botero, comentó: 'Lástima, porque se va a acabar la dinastía de los Ospina'. No sabía que Mariano era un hombre tan importante que llegaría a ser presidente de la República, no por su apellido, sino ante todo, por sus características personales: magnífico por todo concepto, honesto, amplio conocedor de los problemas del país.

"En esta atmósfera social muy desagradable entre las dos familias de novios, el único apoyo verdadero que yo tenía eran mi hermano Antonio y su esposa Alicia, y del

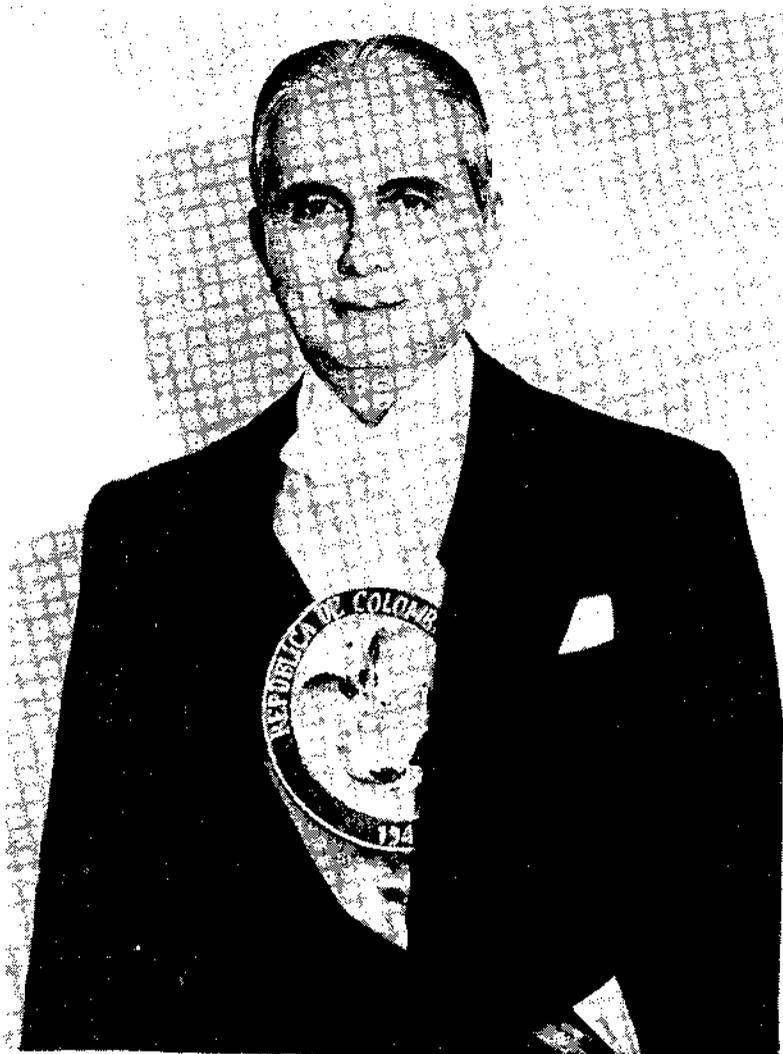
**CONGRESO CAFETERO**  
 JUNIO 21 - 1927



En 1927 el II Congreso Cafetero, presidido por el expresidente Carlos E. Restrepo, fundó en Medellín la Federación Nacional de Cafeteros. Mariano Ospina Pérez y su hermano Rafael figuran entre los fundadores.



El 7 de agosto de 1946 se posesiona como presidente Mariano Ospina Pérez. Aparece con la primera dama, doña Bertha Hernández de Ospina. (Foto Schimmer).



El presidente Ospina Pérez. (Foto Schimmer).



Mariano Ospina Pérez acompañado del gerente de la Federación Nacional de Cafeteros, Arturo Gómez Jaramillo, y del expresidente Misael Pastrana Borrero. (Foto Sady).

lado de Mariano, su cuñado Guillermo Greiffenstein y su hermana menor, Esther, quien por lo menos me llevaba y traía razones.

"Así, llegó la hora en que dijo que iba a hablar con mamá para informarle sobre el proyecto de nuestro matrimonio. Pero dio la mala suerte que el día fijado se le presentó a él un inconveniente y no pudo ir a casa. Me llamó por teléfono para que estuviera tranquila, que al día siguiente iría. Llamé a mi amiga Maruja Posada y con ella fuimos al cine, pues era grande mi angustia, aunque me sentía segura de él.

"El noviazgo fue corto y nos casamos el 18 de julio de 1926, en la iglesia de los Hermanos Cristianos, que era la que estaba de moda en ese tiempo. Lo que más me llamó la atención de su arreglo fueron las grandes banderas colombianas colocadas a cada lado del altar.

"Después de nuestro matrimonio llegamos a Bogotá al Hotel Ritz que estaba situado en la esquina de la calle 17 con carrera 7ª; allí vivimos poco tiempo mientras Mariano fue nombrado ministro de Obras Públicas, por el nuevo presidente de la República, doctor Miguel Abadía Méndez.

"Después, durante ocho o nueve meses, nos instalamos en una casa grande de dos pisos situada en la calle 13 cerca a la estación de la Sabana y que hoy se llama Avenida Colón. Esta casa tenía en su parte baja almacenes de depósito; pertenecía a una familia rica de la ciudad que probablemente se encontraba viajando y por esto la arrendaba. A mí me hizo mucha impresión el clima y el cambio total de la vida de casada; me correspondía asistir frecuentemente a las recepciones de gobierno, diplomáticas y sociales. Me sentía muy sola. Por eso vinieron de Medellín, unos meses después, mis hermanas y las de Mariano para acompañarme. Poco a poco me fui acostumbrando a esta

nueva vida y fui conociendo buenas amigas como Emilita Aguirre de Liévano y las señoritas Lucila e Isabel Cortés Grégori.

'Regresamos a Medellín, donde nacieron nuestros primeros hijos.

"Cuando en 1930 nombraron a Mariano gerente de la Federación Nacional de Cafeteros, volvimos a vivir en Bogotá en una casa de Mary Mallarino de Moreno, calle 17 entre las carreras 6ª y 7ª, con los tres niños mayores, Mariano, Rodrigo y Fernando y con el personal de servicio.

"Este fue el primer diciembre que pasé fuera de Antioquia en una casita de balcón que todavía existe en Fusagasugá. Estuvimos tres meses allí felices, pues el clima es muy parecido al de Medellín, sus gentes amables y acogedoras; todo lo necesario para la casa se conseguía, de calidad excelente y a precios muy bajos. Estuvimos acompañados por Lalita Guzmán, de una familia del Cauca muy distinguida. Ella y su familia han seguido siendo nuestras amigas hasta hoy. Mariano iba a vernos los sábados y regresaba los lunes a Bogotá.

"En la casa gemela de la nuestra en la calle 17 vivía la señora Rosita de Clopatofzky que tenía un pequeño colegio para niños pequeños y allí envié a Mariano y a Rodrigo por unos años.

"Cuando nos pidieron esa casa, nos pasamos a otra en la calle 14 que pertenecía a don Manuel Antonio Cuéllar; después nos trasladamos a una grande de un solo piso en la carrera 7ª, de propiedad de don Benjamín Moreno, y por último, a la primera casa propia que tuvimos, en la calle 45, urbanización Palermo, donde nació nuestro cuarto hijo Gonzalo.

"Nuestra vida fue como la de cualquier matrimonio que se casa por amor y que tiene muy fundados los principios cristianos y de hogar heredados de padres y abuelos.

"Ya habían pasado seis años viviendo en Bogotá y al cuidado de mis hijos, de sus colegios y las labores de la casa, y mi marido me llenaba por completo la vida. La casa era grande y en el terreno sobrante puse un jardín de rosas cuyas matas buscábamos los sábados y domingos Mariano, los niños y yo, y vendía la docena de rosas a \$ 0.50. Esta, la casa, la pudimos construir porque sus terrenos estaban en las afueras de la ciudad y los estaba urbanizando la firma de Mariano y Lucio Zuleta, siendo dueño de esos terrenos el doctor Arturo de Brigard, quien los vendía a precio módico. Para ese entonces había muerto mi padre y con su herencia la construimos. Ya vivía feliz en Bogotá, ciudad a la que he querido y agradecido mucho.

"Años después compré un pequeño terreno en Fusagasugá e hice un jardín para orquídeas, al que puse el nombre de 'La Clarita'. Este nombre para mí era muy querido, pues al venirnos a vivir a Bogotá, sin un palmo de tierra propia, íbamos con mucha frecuencia a la hacienda Venecia de propiedad de la señora Clarita Sierra de Reyes, la última hija de don Pepe Sierra, el hombre más rico de Antioquia y abuelo de mi amiga y compañera de siempre Zoraida, ya para entonces casada y residente en Bogotá.

"Clarita tenía en su hacienda toda clase de frutas de la región y una huerta maravillosa, caballos, carneros y otros animales; una magnífica ganadería que surtía a su casa de leche, crema y quesos. Así que para Mariano, mis hijos y yo ir a su casa era una felicidad, pues gozábamos de la más generosa hospitalidad y del más entrañable afecto.

"Pasaron los años y en el 46 cuando lanzaron la candidatura de Mariano para presidente de la República, ya habíamos vendido la casa grande de Palermo y en el jardín de rosas hicimos dos casas más pequeñas: una para vivir nosotros y otra para alquilar, pues los tres hijos grandes estaban internos en los colegios y quedábamos únicamente con Gonzalo en casa.

"Cuando Mariano fue elegido presidente de la República el 5 de mayo de 1946, nos pasamos donde Zoraida de Plata que tenía una casa grande y buena para ese trajín político y social. El día de la posesión nos invitó a almorzar en su casa Isabelita Ramírez Posada que vivía en la calle 11, frente a la catedral, y de allí salimos para el solemne acto del Capitolio Nacional.

"De común acuerdo resolvimos mandar a los tres hijos mayores a estudiar a los Estados Unidos para que no fueran a perturbar en nada en la presidencia y por eso sólo dejamos a Gonzalo, que estaba pequeño, estudiando en el colegio de los padres jesuitas.

"En palacio me dediqué a ayudar a Mariano en todo cuanto se relacionaba con la organización interna de la casa y a trabajar por el pueblo. No había escuelita pobre que no visitara para darme cuenta de sus necesidades y donde no les llevara alguna ayuda a los niños. En palacio tenía un cuarto en el piso de abajo repleto de juguetes, ropitas y útiles de colegio. Esto lo compraba con el dinero de personas generosas y de algunas fábricas y amigos que daban para ese fin. Tenía unos viernes culturales bien organizados y magníficos, pues turnaba las escuelitas, las llevaba a palacio y en el gran comedor les daba una taza de chocolate con golosinas, buenas para los paladares infantiles.

"En el último año de la presidencia de Mariano nació Clarita, la última de nuestros hijos. Me fui a Nueva York para no estar en palacio en su nacimiento. Nació en el hospital de Lenox Hill en Park Avenue. Sus cuatro hermanos y Alicia de Dávila estaban allá conmigo, pero es natural que sintiéramos el vacío de Mariano.

"Logramos por fin los derechos de ciudadanía las mujeres colombianas, y desde 1962 fui elegida dos veces representante a la Cámara, una como primera suplente y

otra como principal, encabezando listas. Luego he sido senadora principal en los últimos tres periodos legislativos hasta el año entrante de 1978<sup>1</sup>.

"En esta época comencé a darme cuenta de la política y de sus gentes. Entré de lleno a la política y fui decisoria para la elección de algunos presidentes de la República y la postulación de un candidato de mi partido.

"Entretanto resolví también participar en el periodismo, y así, hace años publico una breve columna 'El Tábano', cuya picada se ha hinchado más de una vez aun en quienes tienen la piel muy dura".

---

<sup>1</sup> El 26 de febrero de 1978 doña Bertha Hernández de Ospina fue electa nuevamente senadora por Cundinamarca, y figuró primera en la lista llamada ospino-pastranista.



## XII

### UN MINISTRO FRUSTRADO

Es cierto que la familia Ospina se sintió lastimada cuando fue de público conocimiento la ruptura del compromiso entre los nietos de don Mariano Ospina Rodríguez. Dejaron circular las habillitas sin mezclarse en ellas. Había quienes inculparan a Mariano Ospina Pérez como un solterón irreductible que había entretenido a su prima los mejores años de su juventud para concluir en un rompimiento inmotivado. Helena hizo saber a doña Ana Rosa y a sus hijas que para ella seguirían siendo las de siempre, como si se tratara de su suegra y sus cuñadas. Hasta la muerte de doña Helena Ospina de Ospina, acaecida poco después de la de Mariano Ospina Pérez, nunca menguó el afecto de la familia hacia ella. Mariano sostuvo siempre una elegante distancia. Helena se casó con otro primo, dueño de reconocidas virtudes, don Bernardo Ospina, y formaron una familia ejemplar. Alejados de la política, fueron más felices que en ella, sin duda.

El noviazgo con doña Bertha Hernández fue breve. A Mariano no le convenía que se impusiera la versión de que era un solterón y un engañador. Fue bien recibido en la familia Hernández. Las preocupaciones absorbentes de su suegro, don Antonio María y de doña Mercedes, eran bien distintas de la política. El era un pionero de la industria textil antioqueña. Antes de la fundación de Col-

tejer tenía ya montada su pequeña empresa de telares manuales. Sus productos los vendía en el almacén de los Echavarrías, tíos maternos de su señora. Poco a poco don Alejandro, hombre ya casi cincuentón, se fue entusiasmando con la industria textil, y por fin, acompañado de este, su sobrino político, y de Ramón Echavarría, su sobrino carnal, fundó en el barrio de La Toma, la empresa que habría de ser la mayor de su género en Colombia. Ahora estaba don Alejandro empeñado en la fundación del Hospital de San Vicente de Paúl, al que dotaría en su testamento con una herencia igual a la de uno de sus hijos. Es, pues, Antonio María Hernández uno de los fundadores ignorados de los textiles antioqueños. Uno de esos que deberían figurar en los textos de historia patria.

Las bodas tuvieron lugar en la capilla del colegio de San José, una especie de réplica de la iglesia parroquial consagrada al mismo santo, capilla aquella estudiantil hoy desaparecida para dar paso a las modernas construcciones. Las gentes maledicentes comentaban que Mariano podía ser padre de Bertha y que le doblaba la edad, pues ella tenía dieciocho. No tanto, pero poco le faltaba.

Pocos días después, con retratos en papel satinado, 'Cromos' presentó un saludo al doctor Ospina y a doña Berta —la escribían así y no Bertha— recalcando su carácter de sobrino del señor presidente y su reciente matrimonio en Medellín, tal vez con la intención de molestar a alguien en el hogar presidencial. Estaban ellos por encima de estas pequeñeces. Simplemente Mariano Ospina Pérez venía con su joven señora a ocupar su curul en el Senado.

Ajena la mujer colombiana a toda actuación política, ni siquiera era de buen recibo que tomaran el tema en conversaciones privadas. Como cualquiera señora distinguida de entonces, doña Bertha Hernández de Ospina se dedicó a procrear y a educar a sus hijos en un hogar admirable. A poco compró una finca entre La Estrella e

Itagüí con una humilde cabaña. La llamó 'El Ranchito' y en ella se consagró al cultivo de las orquídeas.

Mariano tuvo aún como parlamentario unos pocos días de actitudes resonantes. Los ferrocarriles eran la gran preocupación de entonces. Se hablaba mucho del patrimonio ferroviario del Estado. Y Ospina Pérez estaba reputado como el primer experto nacional en el ramo. Fue así como presentó el proyecto de creación del Consejo Nacional de los Ferrocarriles Nacionales y lo sostuvo como senador y más tarde como ministro.

Eran los últimos días de la administración del general Ospina. Muchos de quienes lo acompañaron y disfrutaron de honras en su gobierno se mostraban ya indiferentes y aun hostiles. Antonio José Uribe se levantó en el Senado y dijo uno de los discursos más breves y memorables de la historia colombiana: "Senadores. El banquete ha terminado. Muera el anfitrión".

Ospina Pérez había adherido a la candidatura única de su partido, la del sabio latinista don Miguel Abadía Méndez. No faltaban mentes previsoras que le auguraban una administración tan melancólica como la de ese otro sabio humanista don Marco Fidel Suárez. Pero Colombia ha honrado a sus hombres de letras y parecía hastiada de la técnica y el pragmatismo de Pedro Nel Ospina. La única aspiración que se abrió campo en 1926 fue la de este virtuoso y adusto profesor.

Distinguía él a Mariano Ospina Pérez con su amistad, y se hizo eco de la opinión pública que lo señalaba como el hombre ideal para ministro de Hacienda. Formalmente lo llamó desde la campaña electoral y le pidió que se preparara para tan difícil cartera. Una vez asegurada la candidatura le confirmó el ofrecimiento, con lo que creía Abadía congraciarse con los amigos de Pedro Nel Ospina. Pero sus enemigos fueron acercándose cada vez más al presidente electo. El más influyente era don Marco Fidel

Suárez, que seguía sus 'Sueños' en "El Nuevo Tiempo". Abadía consideraba a don Marco el colombiano mejor preparado para el Ministerio de Relaciones Exteriores, cartera que había servido en la administración de don Miguel Antonio Caro, y así se lo propuso. Desde ese día el expresidente Suárez se convirtió en su primer consejero. No hubo miembro del futuro gabinete que no examinaran juntos el expresidente y el futuro presidente. Sobre Mariano Ospina Pérez le habló maravillas. Pero le sugirió insistentemente que la cartera escogida no era aquella en que podría prestar los mejores servicios. Su carácter de ingeniero y sus actuaciones como presidente del gremio de sus colegas y líder indudable de su profesión, lo hacían especialmente idóneo para la cartera de Obras Públicas. Con esto el sobrino del presidente Ospina sería el sucesor digno de sus ministros más luminosos, Aquilino Villegas y Laureano Gómez. El viejo Suárez salió de la casa de su amigo Abadía aquella noche con una maliciosa sonrisa de satisfacción. Con sus viejos amigos se fue por esas calles de Dios, envuelto en su gabán, a oírlos platicar para prepararse así un nuevo 'Sueño'.

Tan pronto como el expresidente hubo salido de su casa, Abadía tomó el portaplumas, le puso pluma nueva, abrió su portafolios y empezó a pergeñar en papel esquila. Después de romper un borrador, por fin la carta quedó de esta guisa:

"Bogotá, abril 26 de 1926

Señor D. Mariano Ospina Pérez,  
Medellín.

Mi querido y buen amigo:

Después de saludarlo con el profundo afecto que sus excelsas cualidades personales han sabido despertar en mí, y después de desearle todo género de venturas, paso a manifestarle que desde el momento en que usted tomó

parte tan eficaz y tan valiosa en ayudarme a trepar al potro presidencial, entendí, y así creo habérselo dicho en alguna ocasión, que de parte de usted quedaba contraído el compromiso moral de ayudarme en la buena montada.

En tal virtud tengo resuelto llamar a usted al Ministerio de Obras Públicas, quizás el más importante en las actuales circunstancias del país y el más apropiado para el carácter y la preparación de usted, en donde continuará ilustrando un nombre bien conocido ya en los anales patrios, prestará invaluable servicios a la patria colombiana, al terruño chico y a este cariñoso amigo que de veras lo quiere y estima y que por ese favor le guardará eterna gratitud.

Miguel Abadía Méndez”.

Abadía leyó y releyó su carta. La letra estaba firme y hermosa. No faltaba una tilde. Era a la vez sencilla y expresiva, como corresponde a un académico. Por fin, aprovechando el espacio de la tercera página de la misiva, la completó con su letra grande de estilo inglés, pero evolucionado:

“P. S. Aguardo con ansia la respuesta afirmativa a esta comunicación, que es estrictamente confidencial por razones que a usted no se le ocultan.

Vale”.

Este documento llegó a manos de su destinatario a principios de mayo. No le hizo mucha gracia el repentino e inesperado cambio. Llevaba meses de lectura metódica de economistas y hacendistas, financieros y tributaristas, y se había impuesto tareas extenuantes para estudiar a fondo los últimos presupuestos y su ejecución y convertirse así más y más en un experto tesorero. Esto daba al traste con todos sus preparativos y proyectos. En tres

meses tendría que estudiar muy a fondo la situación de las Obras Públicas, de las cuales tenía, es cierto, buenos conocimientos, pero los que corresponden a un senador y no a un ministro. Tomó tan al pie de la letra la solicitud de confianza que no la comunicó siquiera con su novia y luego su señora. A su anciana madre le pidió doblar sus oraciones por una gran necesidad.

Decidió no hacer el menor reclamo y aceptar, pero advirtiéndole de entrada que sería breve su paso por el Ministerio.

El 22 de junio el presidente electo le escribe nuevamente, esta vez ya en máquina:

“Bogotá, junio 22 de 1926

Señor D. Mariano Ospina Pérez,  
Medellín.

Distinguido y fino amigo:

Quiero molestar a usted como amigo que se interesa verdaderamente por el bienestar y prosperidad de Antioquia y como conocedor íntimo de sus necesidades y sus hombres, para que si no halla inconveniente, se digne exponerme en la mayor intimidad, sus puntos de vista respecto de la gobernación de ese departamento. Al valerme de usted en este particular lo hago por la confianza que me ha inspirado su honrosa y leal amistad, y en virtud del valor que tendrán para mí sus conceptos que considero como de persona absolutamente honorable y patriota.

Le ruego perdonarme esta molestia que se permite ocasionarle su muy atento amigo y afectísimo compatriota,

Miguel Abadía Méndez”.

A nadie dijo tampoco el delicado encargo que tenía entre manos, pero habló largo y tendido con don Carlos Vásquez Latorre, y contestó una carta lacónica en la que, sin candidatizar abiertamente al general Pedro J. Berrío, hablaba maravillas de su capacidad y honestidad, así como del gran aprecio que de él tenían sus compatriotas, aun los pertenecientes al partido adverso. Naturalmente, con tan excelente postulador y tan eximio recomendado, advino la nueva gobernación del general Pedro José Berrío. Es otra imagen de esa monarquía hereditaria de que hemos hablado, con la hipótesis de que está incrustada en lo más hondo de nuestra psicología colectiva. Era hijo del doctor y general Pedro J. Berrío, que gobernó a Antioquia diez años en el período más difícil de su historia y es el prócer regional por excelencia. A él y con su nombre y su estatua está dedicada la plaza mayor de Medellín. Su gesta está unida a la consolidación del partido conservador colombiano que gobernó en el estado de Antioquia en medio de los Estados Unidos de Colombia, liberales todos los demás y dotados de poder para hacer la guerra. Este su hijo, el general, huérfano de padre desde la infancia, como José Eusebio Caro, y como él pobre, no cultivó su privilegiada inteligencia en la medida en que lo hizo el bogotano. Su medio ambiente fue el enclaustrado de Santa Rosa de Osos mientras llegó la hora del campamento guerrero, donde cosechó sus laureles y alcanzó su grado de general. Era el hombre del sentido común, y encarnaba las virtudes de laboriosidad, hombría de bien, objetividad en el análisis de las situaciones políticas, sencillez, desinterés y don de mando. Sabía rodearse de personas ilustradas. Era valeroso y sereno, religioso y moderado en sus costumbres. Varias veces se pensó en él para presidente de Colombia. Un busto en mármol lo recuerda al frente del Palacio de la Gobernación en Medellín. Eduardo Berrío, su hijo, jurista notable, gobernó también a Antioquia, justamente bajo el gobierno

de Ospina Pérez, primero como gobernador encargado en 1946 y luego en propiedad en 1949 y 1950. Fue asimismo ministro de Agricultura. Otro hijo suyo, el doctor Pedro Justo Berrío González, presidió el Directorio Conservador de Antioquia. Uno más, el ingeniero Santiago Berrío González, que nunca se mezcló en política, fue asesinado quizá sin otra razón que la de ser miembro de esa familia.

Llegó, pues, el 7 de agosto de 1926, y en él, con la fatalidad de los calendarios políticos, la posesión de Abadía. Su discurso de posesión fue como correspondía a un gran jurista, demócrata y cristiano. Afirmó que impulsaría el progreso obtenido en veinticuatro años de paz, por el trabajo de los colombianos, pero advirtió de paso que procedería con orden y método sin comprometer al país en aventuras temerarias que menoscabaran su crédito y perjudicaran su independencia y organización.

Desde que oyó Ospina estas palabras tinosas tuvo el temor de que su viejo proyecto de un empréstito de cien millones de dólares, que consideraba absolutamente necesario para el momento de desarrollo que se estaba viviendo, no pasaba de ser una ilusión. Por algo se le había escatimado la Cartera de Hacienda. Para ella había sido escogido el doctor José A. Gómez Recuero, que era como decir la misma mentalidad ultraconservadora de don Marco Fidel Suárez.

Los demás miembros del gabinete de don Miguel eran todos muy notables, pero en conjunto parecía que personificaran un excesivo culto a la ancianidad con menosprecio de los valores jóvenes representados únicamente por Ospina Pérez, y seleccionados con un leve matiz adverso a la administración saliente del general Pedro Nel Ospina. En esa forma la situación de Ospina Pérez era doblemente insular, por joven y por sobrino del saliente Ospina. El ministro de Gobierno, don Jorge Vélez, en medio de su refinada cortesía, lo miraba como a un niño.

Y en Relaciones Exteriores, aunque no aceptara, el mismísimo expresidente Suárez, colmado de esa ira profunda, con apariencia de resignación, contra todo cuanto tuviera algo que ver con el general Ospina. Y en medio de todo, el anhelo y la tarea de luchar por la unión del partido conservador. La situación no podía ser más difícil ni más contradictoria. Mariano Ospina Pérez tenía que apelar una vez más a su vieja disciplina de silencio, adquirida desde la infancia, en que hay pocos políticos avezados.

Para don Marco Fidel Suárez aquel siete de agosto fue más feliz que el de ocho años antes, el día de su posesión. Como escritor público inerme había logrado vengarse de sus enemigos. El presidente de la República era aquel a quien él había señalado, par suyo, seguidor de la línea de los sabios filólogos-estadistas, honesto hasta el último sacrificio, católico y clerical a machamartillo, de costumbres ejemplares, insospechable en doctrina, patriota, inflexible y recto. Es cierto que las malas artes de la política podrían derrotarlo, pero no torcerlo.

Don Jorge Vélez, el ministro de Gobierno, era un encanto de señor bogotano. Había sido ministro de Relaciones Exteriores del general Pedro Nel Ospina, pero desde entonces se había entendido que era la cuota suarista para salvar el tratado con los Estados Unidos, condición expresa para la dimisión de éste, que se cumplió a cabalidad. Había sido prefecto y gobernador de Bogotá desde los días de Marroquín y de Reyes. Caído Reyes, fue miembro en 1909 de la Asamblea Nacional que eligió a Carlos E. Restrepo. Con el republicanismo fue senador en 1911. Pasado Carlosé, Concha lo llamó a los ministerios del Tesoro y de Obras Públicas.

El general Ignacio Rengifo Borrero, además de militar, era doctor en derecho por la Universidad Nacional y había sido magistrado del Tribunal del Cauca. Sobresalió en el

Valle entre los gobernadores de Suárez y fue el hombre de su máxima confianza. Desde el principio el país lo señaló como el hombre fuerte del régimen. Habría de corresponderle la responsabilidad en la dura prueba de las bananeras, dando órdenes al general Cortés Vargas, cuando quizá salvaron al país de una revolución comunista, por mucho que aquellos episodios sean aún confusos para la historia y desfigurados por la oratoria y la novela.

El abogado José A. Gómez Recuero había sido gobernador de Bolívar y presidente del Senado de la República. Miembro de una acrisolada familia cartagenera, había ejercido la profesión con talento y honestidad. No era el más calificado en verdad, como experto financiero, pero el dedo del señor Suárez había conseguido suplantar a Ospina Pérez, gracias al cariño y admiración de colega que Abadía Méndez profesaba al costeño.

El doctor José Jesús García era un parlamentario ilustrado, y se esperaba de él que emprendiera una reforma "instruccionista" que constituía uno de los anhelos más sentidos de aquella época.

El general Salvador Franco era hombre de muchos viajes. Ya en 1910 había sido visitador fiscal de Colombia en Europa. En la administración de José Vicente Concha fue ministro del Tesoro y de la Guerra. Sobresalió principalmente como gobernador de Cundinamarca.

El doctor Silvino Rodríguez, ministro de Correos y Telégrafos, había sido miembro del Congreso en varias ocasiones, y en la administración de Ospina había gobernado a Boyacá con lucimiento. Imparcial en la división conservadora era bien visto por Suárez y considerado tibio por los amigos de Ospina.

Como secretario general de la Presidencia, el doctor Miguel Abadía Méndez llevó al doctor Gabriel Abadía Méndez. Parece una costumbre muy colombiana esta de

llevar parientes cercanos a las secretarías presidenciales, lo cual no empece para que todos y siempre hablen pestes del nepotismo. Se dice que para los puestos de máxima confianza nada hay como los parientes.

Otros presidentes, Guillermo León Valencia y Alfonso López Michelsen, han llamado a sus hijos a la Secretaría Privada, posición más modesta.

Con ejemplar respeto a la trayectoria de sus vidas honestas, la prensa liberal calificó de inmediato al gabinete como de poca esperanza para el progreso del país. Jugando hábilmente a la división conservadora "El Tiempo" se precipitó a señalar a Ospina Pérez como el único que podía responder a concepciones contemporáneas en materia de Obras Públicas. "Es la figura más simpática del gabinete".

De inmediato llegaron los periodistas a interrogarlo: "Con respecto a mi plan para las Obras Públicas Nacionales, lo presentaré a la consideración de las cámaras legislativas dentro de algunos días. Mi idea es darle impulso al plan iniciado por los ministros anteriores".

Hasta ahí se manifestaba continuista. Pero tocaba de una vez los que se presentaban como principales escollos de su gestión: la escasez de recursos y las aspiraciones regionales. "La danza de los millones", como se llamó la inflación producida por la indemnización de Panamá en el gobierno de Ospina, había terminado. La única solución era el crédito, y el nuevo gobierno se manifestaba tímido y receloso en esta materia. Las distintas secciones del país manifestaban también sus temores. En el gabinete había dos antioqueños, dos boyacenses, un costeño, un caucano, un santandereano y un cundinamarqués. De los antiguos estados soberanos, la única región sin representación era el antiguo Tolima, y los tolimenses, y huilenses protestaban. De otra parte, los intereses del oriente colombiano manifestaban sus temores. El minis-

tro de Obras era antioqueño. Otro de la región, Aquilino Villegas, había hecho ya el diagnóstico de que el país sufría de hemiplejía. Candorosamente se tenía la esperanza de que los ferrocarriles pudieran hacer a Tunja más próspera que Cali, a la Villa de Leiva más que Armenia del Quindío, a Socorro más que Manizales, a Cúcuta más que Medellín. Y del otro lado los antioqueños habían emprendido con sus propios recursos la obra magna de su carretera al mar que ahora, medio siglo después, apenas es una vía carretable, "La trocha", como la llaman todavía los vecinos de Dabeiba y Pavarandocito.

Pedro Juan Navarro, el astuto político costeño, hablando del gabinete saliente y del entrante, dijo: "Fue sin duda menos malo el del general Ospina. Tenemos en el que sale una figura de gran relieve, el doctor Laureano Gómez. En el que entra hay otra: el doctor Ospina Pérez. Ambos en el Ministerio de Obras Públicas". Se echa de ver que la opinión había captado toda la malicia de Suárez al proponer a Ospina para esta Cartera. La diferencia principal estribaba en que Gómez había dispuesto de grandes recursos, de que carecía Ospina Pérez.

Ospina habló de planeación, de organización, de prioridades, de equilibrio entre el oriente y el occidente y llamó la atención en el sentido de que las carreteras no eran menos importantes que los ferrocarriles, y necesitaban en obras públicas un plan coordinado con aquellos. Esto fue novedad. En el mundo, y menos en Colombia, no se había advertido suficientemente el predominio que los automotores obtendrían sobre los trenes. Aunque se debe más a las épocas que a la doctrina política, en Colombia popularmente se confunden los gobiernos conservadores con las ferrovías y los liberales con las carreteras. Históricamente hay que reconocer que el plan de obras públicas del ministro Ospina Pérez fue el que dio la tónica en materia de carreteras. Cautelosamente responde a sus

coterráneos que la carretera al mar es una obra de máxima importancia, pero les recuerda que es departamental.

De estas innovaciones apenas esbozadas en un reportaje para "El Tiempo" tomaron algunos de sus copartidarios pie para enfrentar a Ospina con el gobierno anterior. Discretamente, según ellos, estaba diciendo que antes no había plan alguno, que todo era despilfarro, influencias e improvisación. "El Nuevo Tiempo" había sustentado una larga y enérgica campaña contra el ministro Laureano Gómez. Echaron mano para hacer aparecer a Ospina Pérez —pese a sus humildes declaraciones de continuismo— como si fuera un crítico de las obras públicas de su tío el general. El truco tenía mayor perversidad aun cuando era de todos conocida la ruptura del compromiso matrimonial con Helena Ospina. Estas mañas no hicieron salir de su discreción a Ospina Pérez, pero indudablemente contribuyeron a aburrirlo.

La pequeña Bogotá de entonces se alimentaba de murmuraciones y chascarrillos en los cafés centrales y en el bar del Hotel Granada, donde Ospina habitó mientras pudo soportar la embriaguez de los parlamentarios y los cronistas. Pronto hizo venir a su señora y habitaron un elegante segundo piso en el centro de la ciudad. Uniendo en dosis equilibradas la adulación con la insidia, Jorge Alvarez Lleras sobresalió en esta clase de comentarios. "Es a este ingeniero, eficiente y activo, perfectamente ilustrado de cuanto necesita el país e informado en las normas nuevas y de la nueva política, a quien corresponde hacer implícitamente el proceso de la administración Ospina, pues si se ha de reformar es porque hay cosas reformables, si se ha de organizar es porque no hay orden ni método, si se ha de hacer plan es porque falta hasta ahora algo metódico y científico que nos guíe en el caos por donde nos han llevado los entusiasmos de la mal entendida eficiencia...".

Todo esto era un reto para el dinámico ministro de Abadía. En los tres meses anteriores se había consagrado a estudiar conscientemente las necesidades y posibilidades. Ya como senador había advertido la urgencia de una autoridad unitaria, pero colegiada, que coordinara la administración de las varias vías dispersas, cada una con peligrosa tendencia a la autonomía. Aún no había salido la ley fundadora del Consejo de los Ferrocarriles Nacionales, y así su empeño inicial fue el de adelantar estos debates, pero con la concepción de una política vial unificadora de navegación, ferrocarriles y carreteras.

Como no había sido posible conseguir la unificación de la deuda, en que tanto se había empeñado como senador, se constituyó dentro del gabinete en colaborador del ministro de Hacienda para una nueva formulación que le permitiera al país empeñarse en un empréstito de gran alcance. Su pensamiento quedó consignado en un artículo "Las lecciones de la historia", publicado por "El Colombiano", de Medellín:

"El Mago del Crédito, como se ha llamado al barón Louis, comprendió que no era posible sacar en forma de impuesto a un país empobrecido y desorganizado todo lo necesario para atender a los compromisos contraídos, y resolvió hacer uso moderado del crédito, pagando un interés muy alto, como las circunstancias exigían, en una emisión a corto plazo, pero imponiendo a la vez el orden y la economía en el presupuesto, y la más rigurosa puntualidad en el cumplimiento de todos los compromisos del Estado. La labor del gran financista fue muy criticada en un principio, como sucede con toda nueva iniciativa que imponga sacrificios, pero los resultados vinieron a darle la razón, pues en poco tiempo el crédito francés reaccionó enormemente, se pudieron recoger los bonos emitidos a interés alto y obtener nuevos emprés-

titos en condiciones muy favorables para destinarlos al desarrollo del país”.

Mientras esto decía y escribía, diseñó Ospina Pérez un plan consecuente. Estaba seguro de que poniendo orden era factible, previa la conversión de la deuda existente, conseguir un empréstito de estas dimensiones. Con él se podría realizar el plan de Obras Públicas. Que todos los departamentos tuvieran sus ansiadas salidas ferroviarias al Magdalena. Que se canalizara el río en forma de garantizar su navegación todo el año. Y que todas las provincias tuvieran carretera hasta las ferrovías.

El pensamiento de Ospina en materia de carreteras era hostil a las improvisaciones de leyes especiales. Dos carreteras troncales debían ser construídas y sostenidas por la Nación: la central del Norte y la de Popayán a Pasto. Todas las demás habían de ser emprendidas por los departamentos, dentro del plan general de una red nacional, pero la Nación las respaldaría con aportes sucesivos frente a la realidad de las construcciones. Según él, “es el principio de una distribución científica y equitativa de gastos e inversiones entre la nación y los departamentos”. Estos emprenderían las obras más anheladas, pero la Nación no las dejaría sin concluir, ni los departamentos podrían iniciar una nueva antes de dar al servicio la anterior. Otra de las iniciativas loables de Mariano Ospina Pérez en el Ministerio fue la creación de una junta asesora del ministro. Desde entonces advirtió que las decisiones de este funcionario están demasiado sujetas a la arbitrariedad. En 1928 se creó el Consejo Nacional de Vías, por su iniciativa.

Naturalmente puede llenarse un libro atendiendo al copiador del Ministerio y siguiendo los anales de las cámaras.

Pero mejor es sentar el hecho de que el Ministerio de Ospina fue hasta cierto punto un fracaso, no propia-

mente por su culpa, que estaba lleno de iniciativas saludables, sino porque el gobierno de Abadía nació enfermo de timidez. Las iniciativas del ministro joven, que ya no lo era tanto, pues contaba con treinta y cinco años, eran escuchadas con la máxima cortesía, discutidas con muchas consideraciones, todo el ambiente lleno de miramientos, pero en el fondo eran también sistemáticamente procrastinadas. Pasaron los meses, llegó el año 27 y nada se había avanzado. Estériles y rutinarios debates en las cámaras.

Ospina expuso su proyecto de autorización al Ejecutivo para el empréstito de cien millones de pesos o dólares, que era lo mismo, ante el Consejo de Ministros. La sesión fue animada, contra la costumbre de dedicar largos ratos a intercambiar noticias sobre el estado de salud de todos los amigos comunes. Al final de la sesión fue congratulado con vehemencia y afecto por cada uno de los colegas y en forma paternal por el señor presidente Abadía. Aprovechó este calor para solicitar a su excelencia, una cita en la que él pudiera explicar más en pormenor sus iniciativas sobre la destinación del empréstito. Convendría que estuviera presente, si el presidente lo tenía a bien, el señor ministro de Hacienda.

Aquella semana no fue posible, pero a la siguiente lo recibieron Abadía y Gómez Recuero. Ospina les llevó escrito un anteproyecto de ley sobre las tales autorizaciones. Lo leyeron y relejeron. Elogiaron que un ingeniero hubiera adquirido tanta versación que pudiera preparar una pieza así de perfecta en materias tan complejas, que bien pudiera suscribirla un jurista. Se intercambiaban la voz para los elogios. El ministro de Obras les pidió muy comedidamente que revisaran ese documento que no pasaba de ser un borrador y que ya que tanta benevolencia había encontrado en el jefe de Estado, y como el Consejo de Ministros parecía coincidir en la urgencia de estas disposiciones, se

dignara su excelencia estudiar la posibilidad de convocar al Congreso a sesiones extraordinarias para que se empleara en su estudio. Nuevas felicitaciones, despedida de abrazo y súplica de que con mayor frecuencia acudiera al despacho para ilustrarlo más y más en materias de tanta entidad sobre las cuales poseía el señor ministro tan excepcional dominio. Ospina agradeció conmovido y dijo al presidente que estaba disponible de día y de noche, y que en el momento en que su excelencia tuviera a bien recibirlo bastaba que le hiciera saber, que acudiría en el acto.

Pasaron más de veinte días sin Consejo de Ministros, sin una llamada telefónica, sin una razón, salvo la muy frecuente en que el señor presidente preguntaba, por medio de un oficial, si había tenido buenas noticias sobre la salud de su familia en Medellín.

Ospina había puesto en blanco y negro muchos números y letras sobre empréstito y sobre los costos de ferrocarriles, canalización y carreteras, esperando hablar con el señor presidente y preparando el debate. Por fin palpó que evidentemente no habría sesiones extraordinarias. Se preguntó, honestamente, en una noche de insomnio, si su figura política —su imagen como ahora decimos— había mejorado o se había desgastado con su ministerio. Por allá en lo más profundo de su alma se interrogó si se sentía más cerca o más lejos de ser presidente que el día de su posesión. La respuesta fue una rotunda negativa. Con pertenecer al gobierno del doctor Abadía se estaba simple y llanamente desacreditando. En la misa del domingo lo vio todo con claridad esplendorosa. El lunes madrugó a solicitar comedidamente, por escrito, una audiencia. Le fue concedida para el viernes. Escribió su carta de renuncia con esa fecha. El viernes le fue cancelada la audiencia por leve indisposición de su excelencia. El martes le llevó personalmente la carta. Abadía le rogó que le

permitiera devolvérsela. Llegó a decirle que sin él se sentiría huérfano.

La única razón invocada por Ospina Pérez era la mala salud de su madre. Por mucho que le rogó dulcemente Abadía que le dijese si algo le había disgustado en su persona o en su gobierno, Ospina insistió hasta la fatiga que no tenía sino motivos de gratitud y de admiración.

La renuncia se hizo pública. La respuesta presidencial fue de una ternura inigualable. La prensa liberal y conservadora deploró la enfermedad de su señora madre. "El Tiempo" se atrevió a decir que el único ministro que sostenía el prestigio del gabinete se retiraba. Los empleados le ofrecieron una despedida elegante con discursos patrióticos. Y Ospina tomó el tren para Girardot, observó en Facatativá el milagro de haber unificado Laureano Gómez el ancho de la línea sin interrumpir el tráfico, y se volvió a Medellín, donde don Carlos Vásquez Latorre lo reprendió por no haberle consultado, pero en cambio doña Ana Rosa se alegró de volver a tenerlo cerca.

Al día siguiente pasó por el almacén, trató con su hermano Tulio algunos detalles que faltaban sobre la permuta de los bienes heredados de don Tulio y por varios días disfrutó al máximo la compañía de su señora que esperaba al primogénito, portador de nuevo del histórico nombre de Mariano.

Mariano Ospina Pérez conservó cierta nostalgia por el Ministerio de Hacienda que le fue ofrecido y no cumplido. Dos años más tarde un grande amigo suyo, Francisco de Paula Pérez, fue nombrado por Abadía Ministro de Hacienda. Pacho Pérez, como siempre se le llamó en Antioquia, había hecho sus armas en la Secretaría de Hacienda del departamento, al lado del general Berrío. Es fama que el gobernador acostumbraba en las recepciones decir por

lo bajo a su secretario: "Pacho Pérez, improvisate el discurso que traés preparado".

El 4 de febrero de 1929 Mariano Ospina Pérez ofreció el homenaje de un banquete al nuevo ministro de Hacienda. Habló del "ciudadano ilustre que preside la República", pero no omitió el elogio de su tío el general Ospina, ante cuyo cadáver había hablado en el atrio de La Candelaria por orden y en representación del mismo presidente Abadía. Amigo desde entonces Ospina de escribir entre líneas, pero con bastante claridad, dijo a Pacho Pérez: "Nuestra patria, gracias principalmente a las reformas de carácter financiero y monetario iniciadas hace seis años, ha entrado ya en pleno desarrollo económico. El uso del crédito externo con destino a la ejecución de obras públicas, ha hecho que (...) adquiriera trascendencia extraordinaria".

Para conocer el concepto de honestidad en el doctor Ospina vale la pena transcribir otras palabras de ese mismo discurso:

"...Vuestra presencia al frente del Ministerio de Hacienda y Crédito Público es una garantía de orden, de economía, de eficaz administración de las rentas nacionales, de prudencia en el uso del crédito externo, de científica concentración de los recursos en las vías de comunicación más importantes y de probidad en el manejo de los caudales públicos, y no de simple probidad material, aquella de que solo carecen los espíritus pervertidos y vulgares, sino de probidad espiritual, que es la que hace olvidar por completo la propia persona ante el bien colectivo y el servicio público, y que es una virtud con la cual se nace y se muere, pues se hereda y se transmite con la sangre y con el nombre". No cabe duda de que Ospina, al escribir y decir esto, pensaba en Pacho Pérez, pero además en sí mismo y en su hijo.



## XIII

### LA MUERTE DEL GENERAL

El 21 de junio de 1927, se celebró en Medellín el Segundo Congreso Cafetero, cuya principal conclusión fue nada menos que la fundación de la Federación Nacional de Cafeteros. Mariano Ospina Pérez fue delegado por Antioquia. La tradición cafetera de los Ospinas había de hacer que esta familia estuviera representada allí más que ninguna otra. No solamente Mariano era delegado, sino también su hermano Rafael. En el primer comité nacional de cafeteros, organizador de la Federación, figurará Mariano Ospina Vásquez.

Hasta su muerte tuvo en su oficina la gran fotografía de los fundadores de la Federación, tomada con la cámara giratoria de don Jorge Obando, el marido de una de sus parientes.

El exministro, que habría de ser presidente de Colombia, aparece sentado a la izquierda del expresidente Carlos E. Restrepo, su inolvidable maestro y amigo. Están ahí también Epifanio Montoya, Manuel A. Valencia, Ricardo Olano, Nicanor Restrepo, Pedro Bernal, Ricardo Greiffenstein, Gabriel Jaramillo, Gregorio Agudelo, Heliodoro Angel, Carmelo Núñez, Carlos E. López, Juan Medina, José Luis López, Jorge Villamil, Gustavo Echavarría, Rafael Ospina Pérez, Carlos Mallarino, Reynaldo Botero, Daniel Uribe Botero, Joaquín Santamaría, Pedro Estrada, San-

tiago Rozo, Enrique Mejía O., Julio C. Gaitán, Luis Heiniger y Alejandro Múnera.

Es una fecha histórica para Colombia esta de la fundación de la Federación Nacional de Cafeteros. De entonces acá, ninguna herramienta económica puede compararse a la que en este gremio ha tenido el país, así en la prosperidad como en la adversidad.

No pretendemos menoscabar méritos de los demás cofundadores, pero no cabe duda de que Mariano Ospina Pérez, tanto en el aspecto cafetero como en el gremial, brilla con luz sobresaliente entre ellos. A la Federación le habría de dedicar con tesón los mejores años de su juventud, y al gremio cafetero le habrá de ser deudor de lo mejor de su gloria. Siempre reconocerá esa suerte de simbiosis entre él y el café de que habla al iniciar en este libro sus memorias. Como los Ospinas figuraban entre los grandes cafeteros desde el nacimiento de la industria, no podrían estar ausentes en el histórico Congreso Cafetero de Medellín, que inicia la serie no interrumpida de esta máxima autoridad del gremio. Como queda dicho, Rafael Ospina Pérez fue también delegado por Antioquia y participó activamente en la fundación de la Federación Nacional de Cafeteros, en este Segundo Congreso presidido por el doctor Carlos E. Restrepo, expresidente de la República.

De regreso de su fugaz ministerio, Ospina se impuso la tarea de administrar y organizar sus negocios personales. En su hermano y colega don Tulio encontró la más decidida ayuda. Visitó los viejos cafetales de la hacienda San Cayetano, que figuraba en su hijuela de don Tulio, y los permutó con su hermano del mismo nombre, por mayores derechos en la oficina de ingeniería y en el Almacén Industrial. Se veía, desde entonces claro que la política no le permitiría estar visitando fincas con la asiduidad requerida, y, pese a su amor al campo, le viene una vocación predominantemente urbana.

En su oficina profesional se va perfeccionando como urbanista y en el decenio siguiente llegará a ser el urbanizador más sobresaliente de Bogotá.

A mediados de 1927 el presidente Abadía realizó su visita a Medellín. El recibimiento distó mucho de ser multitudinario y victorioso como los que la villa había tributado en años anteriores a los presidentes Suárez y Ospina. Al fin y al cabo los consideraba hijos de la Montaña, por más que Pedro Nel Ospina hubiera nacido en Bogotá durante la presidencia de su padre don Mariano Ospina Rodríguez. Las atenciones a Abadía fueron las protocolarias. Su modestia había exigido que no se hiciera en su honor el baile de gala que se había programado inicialmente. Mariano Ospina Pérez se excusó de pertenecer al comité de recepción por inconvenientes graves de carácter familiar, pero estuvo presente en la audiencia concedida a varios señores notables de uno y otro partido.

El primero de julio el presidente tomó con su comitiva el llamado tren presidencial, un vagón de primera clase bien pintado y aseado, guiado por la más reluciente de las locomotoras de carbón. En la estación Botero lo esperaban dos limosinas negras, llevadas por el tren anterior, y emprendieron la ascensión a la cumbre de La Quebra, no sin antes inspeccionar las obras del túnel en construcción. Hacia mediodía descendieron a la estación Limón, situada al pie de la otra boca del túnel de La Quebra. El jefe de estación, con su traje dominguero, salió al encuentro del presidente y le entregó dos mensajes, cerrados. El gobernador le comunicaba la muerte del expresidente Pedro Nel Ospina, y el superintendente le ofrecía devolver el tren presidencial si su voluntad era asistir a las exequias. Abadía deliberó un momento con sus acompañantes, y todos fueron de opinión que en la capital lo esperaban con urgencia por asuntos graves de Estado. De su puño y letra escribió entonces un telegrama a quien había sido su

ministro de Obras Públicas en los primeros meses de su gobierno, y en seguida dio al maquinista la orden de emprender la marcha.

“Limón, julio 1º de 1927

Doctor Mariano Ospina Pérez  
Medellín.

Acabo de imponerme, en este mismo momento, en esta estación, del lamentable fallecimiento del general Ospina, suceso por el cual presento a usted, y por conducto suyo a toda la familia, mi más sentido pésame. En la inutilidad del regreso, dada la hora fijada para el sepelio, me atrevo a rogarle, como fiel compañero en las labores gubernativas, se sirva representarme en las exequias y expresar en el acto del sepelio la pena que experimento con la desaparición de un preclaro hijo de Colombia y Antioquia, que supo escalar las más altas cumbres en los honores y dignidades, y sobresalir en múltiples campos de la actividad humana; no debe ser obstáculo para usted su parentesco con el ilustre difunto porque antes que el parentesco está la verdad y, sobre todo, porque habla usted en nombre mío, es decir, soy yo quien habla por boca de usted. Estrecho abrazo.

Abadía Méndez”.

Este mensaje fue transmitido por vía telefónica y por vía telegráfica. Gracias a la actividad de los empleados del ferrocarril pudo el jefe de estación transmitirlo a la propia casa del doctor Ospina Pérez, y aunque no fue posible hallarlo, tomaron nota de él palabra por palabra, y en breve rato estaba ya escribiendo el discurso ordenado por Abadía. Fue entonces cuando recibió un nuevo telegrama en el que le encargaba colocar en nombre de la presidencia una ofrenda floral ante el féretro.

De ello se encargó diligentemente, y en forma no vista, doña Bertha Hernández de Ospina. Los sanjuanés, orquídea hasta entonces escasa, alcanzaron para una gran corona que, con la bandera de Colombia, cubrió el negro ataúd. Desde entonces están de moda en Medellín, y su cultivo crece año tras año.

A las cuatro se cantó el entierro en la catedral metropolitana de La Candelaria. El propio arzobispo Manuel José Cayzedo estuvo revestido de pontifical. Al salir, el doctor Ospina advirtió que la gobernación había ordenado erigir una tribuna en el atrio para que él tomara la palabra. Al pie se situaron el arzobispo y el gobernador, general Pedro J. Berrío. Como el discurso es breve y recoge las calidades de escritor y las emociones que embargaban a Ospina Pérez en el momento de la sepultura de un hombre a quien había admirado y amado, el lector gozará con su transcripción.

"El distinguido ciudadano que ocupa en la actualidad el solio de Bolívar, me ha comisionado para expresar en esta hora solemne su profunda pena con motivo de la desaparición del señor general Ospina.

"Si no se tratara del cumplimiento de un deber indeclinable, yo no hubiera aceptado esta comisión del señor presidente de la República, porque en las actuales circunstancias, dados mis vínculos de sangre con el expresidente muerto, y la emoción dolorosa que me embarga, de mi alma sólo brota espontáneamente la más grande de las manifestaciones de dolor, y también la más sincera: el silencio.

"Carecería de objeto ante quienes me escuchan, y sería para mí tarea poco menos que imposible, el que yo intentara dar expresión a mis propias y personales impresiones. Pero al hablar como vocero del excelentísimo señor presidente de la República, trataré de traducir brevemente

ante vosotros y con la mayor fidelidad posible, lo que yo sé son sus más íntimos y sinceros sentimientos.

"Hay espíritus de una austera sencillez republicana, a los cuales no seducen el estruendo glorioso de las batallas, que no se inmutan ante los brotes luminosos de una elocuencia avasalladora, y que, si bien admiran, no rinden el culto del alma a los hombres que sólo sobresalen por una vasta ilustración o por un talento poderoso. Pero aquellos hombres, que saben que los triunfos son a veces la resultante feliz de una casual combinación de circunstancias; que la elocuencia tribunicia es producto de una imaginación brillante, o de un gran poder de autosugestión y de una gran facilidad de palabra; que la ilustración puede adquirirse siempre a fuerza de laboriosidad y de desvelos; saben también que hay una virtud por excelencia, virtud de virtudes. La única que sirve para diferenciar la verdadera aristocracia humana, y que es patrimonio exclusivo de las almas superiores; y ante esa virtud rinden toda su admiración y todo su entusiasmo: hablo de la magnanimidad, que quiere decir 'grandeza de alma'.

"Si alguien preguntara en este momento cuál de las virtudes o cualidades del expresidente Ospina es la más digna de admiración, cuál es la que más lo engrandece ante el pueblo colombiano y lo hace más digno del culto de la posteridad, yo diría sin vacilar: la gran generosidad de su espíritu.

"Durante gran parte de los cuatro años de su administración, cúpome la suerte de ver de cerca las actuaciones del general Ospina, y en muchas ocasiones supe también cómo el doctor Abadía Méndez, su leal colaborador y su sincero amigo, expresaba su afectuosa admiración por el temple de alma del entonces primer magistrado de la República.

"Todos los colombianos saben cómo practicó el general Ospina esa virtud cristiana, la más noble, la más grande quizás, pero también la más difícil: perdonar a nuestros enemigos. No había diferencia para él al tender sus brazos llenos de sinceridad y de franqueza, al dirigir sus frases impregnadas de calurosa simpatía, entre sus amigos y sus enemigos de la víspera. En esa alma no hacían la menor huella las ofensas. Y hay algo más: el general Ospina no sólo sabía perdonar, sino que también sabía olvidar, y esto, bien lo sabemos todos, sí que es cosa difícil.

"Su valor y su entereza en las más recias vicisitudes y en las más diversas circunstancias, fueron excepcionales. Cuántas veces, durante su período presidencial, al acercarnos a él, desalentados y cobardes ante el rugir embravecido de las pasiones y la avalancha ciega de la difamación y la calumnia, al mostrarnos llenos de timidez y desconcierto ante las formidables tempestades políticas de que era teatro en esa época el Parlamento colombiano, encontrábamos siempre, los amigos y sostenedores del expresidente Ospina, nuevo brío, nuevo valor, nuevo entusiasmo, ante su serenidad a toda prueba y su confianza ilimitada en el esfuerzo honrado y en el deber cumplido.

"La obligación no consiste en el triunfo sino en la lucha; el único esfuerzo perdido es aquél que no se hace, eran sus frases predilectas, y fueron el lema de su vida, desde que adolescente apenas se batía valerosamente en el campo de batalla de Los Chancos, o se ganaba el sustento frugal casi insuficiente trabajando en las horas nocturnas para poder estudiar durante el día, hasta que vino a ocupar el solio presidencial en época preñada de dificultades y luchas, como tenía que serlo ya que lo fue también de reformas saludables, de iniciativas poderosas y de orientaciones definitivas, y después, más tarde, en las últimas horas de su vida, mientras Dios quiso dejarle impulso

débil a su brazo, ritmo tranquilo a su gran corazón y luz a su clara inteligencia.

"La sencillez del general Ospina corría parejas con su recia y entera voluntad. El tuvo siempre el mismo tratamiento, franco y afectuoso para los grandes y para los pequeños. Y muchas veces, en público y en privado, manifestó su orgullo por pertenecer al gremio de los trabajadores colombianos, ya que los hombres del hacha y del almocafre habían sido sus compañeros de faena en los mejores años de su vida, cuando descuajaba selvas vírgenes e inhospitalarias o luchaba contra los elementos, en busca del codiciado metal, en las playas mortíferas de nuestros ríos.

"El general Ospina fue desde niño cristiano fervoroso y católico convencido, y mostró en todas las circunstancias de su vida una fe inquebrantable en la Divina Providencia.

"Y si recorriéramos por un instante el velo de su vida privada, veríamos al más cariñoso, al más abnegado, al más solícito, al más expresivo de los esposos y de los padres, y al más sincero, al más leal, al mejor de los amigos.

"Vendrán otros panegiristas a hablaros de las múltiples y variadas actividades de una vida tan intensa como fue la suya. Ellos os dirán de su gallarda actitud ante la Cancillería de Washington, que le mereció el aplauso de las naciones independientes, y que fue, sin duda alguna, causa principalísima de la aprobación de nuestro Tratado con la república del Norte. Ellos os relatarán sus luchas civiles y militares en defensa del orden legal y de las libertades públicas, y os describirán la obra de su administración, que dio al país una admirable organización financiera, aprestó nuestro crédito en los mercados extranjeros y puso a vibrar, de extremo a extremo de la República, la energía adormecida del pueblo colombiano, al

impulso del trabajo redentor, en la realización vigorosa de un vasto y comprensivo plan de obras públicas.

"Yo creo haber cumplido lealmente, a la medida de mis escasas fuerzas, la misión que me fue encomendada por el señor presidente de la República, de expresar sus sentimientos ante la desaparición del general Ospina, habiendo destacado a vuestros ojos, ante todo y por sobre todo, la grandeza de alma de este colombiano y la nobleza de su corazón.

"Y así como aquel lord inglés que sólo quería para su hijo este epitafio: 'Gentleman', yo pediría que sobre la tumba del general Ospina se destacara, bajo el gran símbolo cristiano, y como resumen y concreción máxima de los más altos valores morales de la humanidad, esta inscripción:

*'Hombre magnánimo'.*

Pocos días después un periodista anónimo de "La Defensa" estrenó una frase que poco a poco fue volviéndose estereotipada: "Mariano Ospina Pérez es el más ilustre de los sobrevivientes de la familia Ospina". Varios amigos se la citaron y no le hizo gracia. Dijo que no podía juzgarse a una familia por aquellos miembros que participaran en la vida pública. Conocía él a los Ospinas y sabía que entre sus primos y aun entre parientes más cercanos había quienes tuvieran mayores méritos científicos, artísticos y humanos. A alguien le dijo que le parecía un irrespeto, de mal gusto además, con hombres como Pedro Nel Ospina Vásquez, hijo, y aún con Luis Ospina Vásquez. Toda comparación es odiosa, dijo, pero no cabe duda de que hay gente que se ha cultivado metódicamente, aunque no le agrade la vida pública. Medio en broma expresó en familia que la más ilustre de los hijos de don Tulio, para su gusto, era Sofía. Por esos días doña Sofía Ospina de Navarro se ha-

bía atrevido a romper la barrera de la publicidad erizada contra la mujer antioqueña, y había dado a la luz pública varios de los cuentos y crónicas que le dieron celebridad. Ello sirvió principalmente como ejemplo, pues desde entonces varias damas antioqueñas se atrevieron a aparecer en los diarios y a dictar conferencias. Para medir el mérito de su audacia debe observarse que en estos años veintes todas las universidades de Colombia eran exclusivamente para varones. Ni siquiera existía un colegio femenino que otorgara el título de bachiller, considerado entonces, ante todo, como un requisito para que los hombres pudieran ingresar a los claustros de educación superior. Pero en Medellín se iba formando ya una promoción femenina intrépida que pocos años más tarde, aliadas con el sacerdote y doctor Manuel José Sierra, le impusieron al ministro Araújo la aceptación de la mujer en la facultad de Odontología, creada por él como rector de la Universidad de Antioquia, y así poco a poco en todas las demás facultades.

## XIV

### NO FUE GOBERNADOR

Maestro en el silencio, Ospina Pérez era más consciente que nadie del desprestigio del gobierno conservador. La prensa bogotana se refería al presidente con hostigante crueldad. Hablaba de él como de un monarca enfermo que hubiera decidido recluirse en su castillo de invierno—su modesta casa de campo— ajeno por completo a cuanto acaecía en su reino.

Ospina en general se abstuvo de adherir y de censurar los actos del gobierno. Muy activo en la campaña para asamblea y para Cámara, resultó electo para ambas corporaciones. Se conservan numerosos relatos de prensa y varios artículos suyos de esta época, pero se advierte el propósito de no tocar el tema del gobierno nacional. En cambio elogia muy a menudo al gobernador, general Berrío. Una sola vez se advierte que desea dejar una constancia histórica, y es cuando llegan las noticias del siniestro golpe de la zona bananera. Llamando al gobernante uno de los más ilustres hombres públicos de la historia colombiana, dejó su desaprobación enfática contra la violencia, y afirmó que si ella continuaba nada podría construirse. Con gran independencia, formulaba frecuentes críticas a los organismos oficiales. Era considerado por todos como padre y fundador del Banco Agrícola Hipotecario. Este resolvió abrir el crédito para construcciones

urbanas. En vez de aprovechar esta coyuntura que le hubiera sido indudablemente favorable para sus negocios profesionales, se unió al expresidente Carlos E. Restrepo, su viejo maestro, para oponerse con otros patricios antioqueños a la medida. Logró atajarla, pero un año más tarde volvió el banco con su iniciativa. "Podría ser conveniente más tarde —declaró para la prensa— como lo ha sido en otros países, pero de momento no es prudente ni oportuna, pues en vista de la limitación de los recursos del banco esto vendría a quitar a los agricultores parte del dinero necesario para sus empresas, y a retardar, por lo tanto, la solución primordial del país, el desarrollo de la agricultura". Día a día se consolidaba así su prestigio como director agrario, algo no ensayado antes en política, y así se habla siempre en la prensa de aquellos años del joven repúblico, el estadista, el prominente hombre de Estado, preludio inminente de lo que poco a poco se iba perfilando: su nombre para la presidencia como el candidato de los campesinos.

Con motivo de la preparación del código de hidrocarburos formuló como ingeniero algunas críticas al proyecto. El gobierno nacional envió una circular a varios prohombres antioqueños en la cual humildemente les consultaba qué debía hacerse en la materia. Ospina reunió a los consultados, deliberaron ampliamente y se dirigieron al ministro de industrias. Es cierto que podían anotar fallas al proyecto, pero no por ello podían hacer unos simples ciudadanos un proyecto mejor que el preparado por quien disponía de bibliotecas, archivos, especialistas y tiempo para dedicarse a ello. En esto lo acompañó Gonzalo Restrepo Jaramillo, quien ya venía sobresaliendo en política y en literatura.

La inmovilidad era lo que angustiaba a los conservadores en todo lo del gobierno y cuanto con él tocaba. Con los cafeteros fue más explícito. Después de rechazar la go-

beración de Antioquia, de que hablaremos en seguida, dirigió este mensaje que fue recibido en las oficinas de la Federación, en Bogotá, como si se tratara de un ultimátum:

"Medellín, octubre 31 de 1929.

Federación Nacional de Cafeteros,  
Bogotá.

"Ha llegado el momento de saber si Federación Nacional de Cafeteros sirve para algo efectivo o si estamos empeñados en una labor meramente teórica y estéril. Industria cafetera colombiana atraviesa estos momentos situación decisiva para su existencia y para economía nacional. Enorme depresión y superproducción cafés brasileños no arrastrarían en su crisis a los cafés suaves, si estuviéramos preparados, no para un acaparamiento de nuestro producto, que ya se ha visto es contraproducente, sino para una simple regularización de nuestra exportación a través de todo el año. Yo vengo empeñado hace muchos años en la creación de almacenes generales café y llegué hasta obtener ley respectiva, pero no ha habido un gobierno o una entidad que se resuelva a ponerla en práctica. Considero que una acción vigorosa, resuelta y audaz de parte Federación Nacional Cafeteros, encaminada a obtener recursos garantizados impuesto café y proceder inmediatamente establecimiento algunos almacenes para el grano, sería salvadora en actuales circunstancias. Organizados almacenes, financiación producto vendría inmediatamente de parte bancos establecidos país o de otras fuentes. Pero necesitamos una voluntad y una acción efectiva y rápidas como las de la administración Ospina cuando creó en tres días Banco República. En manos de ustedes está salvación industria cafetera y defensa economía nacional. Amigo y servidor, Mariano Ospina Pérez".

Comentaron las malas lenguas de Bogotá, que casi nunca dicen una verdad, que alguno de los áulicos le había leído al doctor Abadía, en tono de queja, el telegrama anterior, al que la prensa dio mucho despliegue, y que el presidente, con una sonrisa mefistofélica que solo empleaba de vez en cuando, dijo: "Quisiera ver a mi querido ministro, al que hace poco nombré gobernador, para decirle que bien podría ser menos buen sobrino para ser mejor amigo". Porque el hecho es que tres meses antes, el 15 de junio, el general Berrío no resistió más y renunció irrevocablemente. Abadía recordó muy bien que era Mariano Ospina Pérez quien había propuesto a Berrío como gobernador. Fue a palacio y estuvo al pie del telegrafista varias horas luchando por localizar a su antiguo ministro de Obras. Lo único que sacó en limpio fue que Ospina andaba por Alejandría, Antioquia, en una gira que era mitad cafetera, dando vuelta a los sembrados de su familia, y mitad política, haciendo concentraciones en las veredas y dictando conferencias en las casas conservadoras.

—Por cierto —dijo el presidente— no tenía noticia hasta ahora de que hubiera en Antioquia una Alejandría. Milagro que no la llamen Alejandria como dicen Antioquia en lugar de Antioquia.

Pero así y todo dictó el decreto, sin previa consulta, y escribió un telegrama urgente, llegado a Alejandría a las ocho y cuarenta de la noche: "R. P. Respuesta pagada. Bogotá, 15 de junio de 1929. Extra. Doctor Mariano Ospina Pérez. Alejandria.

Por decreto de fecha de hoy, comunícole a usted que el Ejecutivo, en vista del carácter de irrevocable renuncia presentada por el general Berrío, lo ha nombrado gobernador de ese departamento.

Servidor, amigo,

Miguel Abadía Méndez".

El presidente había dictado directamente al telegrafista de palacio.

—¿Puedo agregar una posdata? —le dijo.

—Está ya transmitido, excelencia, pero puede dictar otro telegrama.

De inmediato empleó de nuevo el sistema de dictar al aparato de Morse, así:

“R. P. Bogotá, 15 de junio de 1929.

Doctor Mariano Ospina Pérez,  
Alejandría.

Invoco en estos momentos su patriotismo y amistad en vista renuncia irrevocable del gobernador Berrío hásele nombrado a usted gobernador de Antioquia. Ruégole aceptar. Amigo afectísimo, Miguel Abadía Méndez”.

En estas llegó a palacio y penetró en la pequeña oficina telegráfica situada detrás del despacho presidencial, el ministro de Gobierno, doctor Gabriel Rodríguez Diago. Informó que el número correspondiente al decreto, que apenas se estaba escribiendo, era el 1.044 y así lo comunicó el ministro agregando: “El gobierno confía en que usted aceptará ese cargo, por lo cual le anticipa sus agradecimientos”.

El buen telegrafista de Alejandría borronó varios papeles hasta conseguir una caligrafía impecable, hizo ensillar la yegua del señor cura, que la ofreció generosamente, y envió un propio hasta la hacienda cafetera, donde encontraron dormido al nuevo gobernador. Era ya casi media noche cuando este salió con sus tres telegramas en el bolsillo rumbo a Medellín, jinete en un brioso caballo bayo de esos que llaman apataconados, porque dejan ver sobre sus lomos unas sombras como de porciones fritas de plátano.

Una vez en Medellín halló que tanto "El Colombiano" como "La Defensa" habían recibido la noticia de su nombramiento y la comentaban con alborozo. Pero había habido problema de orden público. Los obreros de la construcción del tranvía de Oriente se habían alzado y habían apedreado el despacho del gobernador Berrío. La gente decía que el célebre caudillo marinillo don Ramón Gómez los azuzaba. En el fondo el gobernador estaba de acuerdo con ellos. Llevaban más de tres meses sin recibir un centavo de sus escasos salarios.

El departamento le debía casi medio millón a la simpática empresa ferroviaria, que iba a Guarne y a Marinilla y estaba tendiendo la línea para llegar a Rionegro y luego a San Antonio de Pereira y a La Ceja. No había un centavo. La Nación le debía mucho más a Antioquia, y no tenía un peso. Había llegado por la vía de Nueva York la más desastrosa crisis económica que ha padecido el régimen capitalista. (Del mundo no capitalista pocas noticias se recibían, pero luego se ha sabido que por allá fue peor).

La actividad de aquellos días fue inmensa. El mundo político de Antioquia se movilizó para pedir a Ospina su aceptación. Viejos colegas de parlamento enviaron expresivos mensajes de todo el país. Aquello sirvió para medir la gran popularidad alcanzada por Ospina.

Las consultas tardaron tres días. Don Carlos Vásquez Latorre dijo desde el primero que lo dejaran consultar con la almohada. Considerando que ya había sacado partido para Ospina Pérez con los elogios de la prensa y el regocijo de conservadores y liberales, le dio el consejo de no aceptar. Le dijo que se le necesitaba para la próxima campaña presidencial. Le agregó que atarse al gobierno de Abadía en sus postrimerías y en la situación política y económica que se estaba viviendo era algo que no se le podía exigir ni al mejor amigo.

Ospina respondió entonces los telegramas con la declinación cortés de la gobernación de Antioquia.

Abadía sorteó con éxito la crisis. Camilo C. Restrepo fue nombrado gobernador, sin importarle que fuera el segundo o suplefaltas, y en verdad supo regir los destinos de Antioquia con tino y energía ejemplares. No faltó quien criticara a Ospina su decisión. Le recordaban que su tío Pedro Nel Ospina había sido gobernador de Antioquia, y esta posición le había allanado el camino a la presidencia. No puede negarse que Ospina en el fondo experimentó cierto desengaño por no haber podido aceptar esta posición, considerada por Antioquia —entonces y un poco aún— como superior a un ministerio. Hubiera querido poner en marcha la nueva Secretaría de Agricultura creada por su iniciativa. Veía con claridad cuáles serían sus programas y desconfiaba de que otros fueran capaces de realizarlos con eficiencia.

Pero el tiempo apremiaba. Aquí y allá se alzaban voces autorizadas que lo señalaban como presidenciable. Frecuentemente unían su nombre con el del exgobernador Berrío. Alguna vez los liberales publicaron que Ospina estaba matriculado en las fuerzas de oposición al gobierno de Abadía. Nuevamente empleó el lenguaje de los elogios para ese ilustre ciudadano y descalificó aquellas afirmaciones.

En las sesiones extraordinarias de 1929, prácticamente por unanimidad —salvo su propio voto— fue elegido presidente de la Asamblea de Antioquia. Entonces sí que se tornó más cauto en cada palabra. La conciencia colectiva y la suya propia lo señalaban como el auténtico vocero del pueblo antioqueño. Se aumentaba en torno suyo el número de amigos y de desconocidos que le hablaban de su candidatura presidencial.



## XV

### LA PRIMERA CANDIDATURA

Para el exministro Mariano Ospina Pérez quedó marcado el año de 1929 entre los de mayores emociones de su vida. Al iniciarse la asamblea para la cual se lo habían disputado varios circuitos electorales y había preferido el cafetero de Fredonia, su acogida para la presidencia fue unánime. Presentado su proyecto favorito de creación de la Secretaría de Agricultura y Fomento, logró la aprobación y un respaldo entusiasta del campesinado. Le fue ofrecida la gobernación de Antioquia, aunque no pudo aceptarla, pero tuvo en cambio una espontánea adhesión de su partido y aun de numerosos liberales. Sin mover un dedo, muchos lo señalaron como el candidato ideal del conservatismo para la presidencia.

Se dio cuenta de que no era aún su hora, pero resultó calificado entre los más destacados líderes de la candidatura del maestro Guillermo Valencia en el país. Dos mensajes suyos, uno dirigido a la Federación Nacional de Cafeteros y otro al presidente de la Cámara, en que reprendía a las instituciones correspondientes por estar empeñadas en vanidades en lugar de acometer la solución de los grandes problemas del país, tuvieron inmenso eco en la opinión pública. En medio de ese ambiente político de grandes expectativas, que lo consagraba definitivamente como personaje de primera magnitud en el panorama nacional,

y mientras la crisis golpeaba inclemente sus negocios profesionales y comerciales, sufrió una de las penas más aciagas de su vida, quizá la peor.

El mismo no sabía decir si lo golpeó más profundamente presenciar la muerte de su padre don Tulio Ospina, víctima de un cáncer en el páncreas, lejos del hogar, o la dulce separación definitiva de doña Ana Rosa Pérez de Ospina, su madre, ocurrida en medio del afecto de sus hijos y de una sociedad que la veneraba. Los grandes amores y dolores no pueden compararse porque son más grandes que cualquier instrumento de medida.

Discretamente, sin el menor alarde, doña Ana Rosa fue la plasmadora del corazón del doctor Ospina y de sus hermanos. Esto no vale menos que la ciencia transmitida por don Tulio. El les enseñó el mundo: la universidad, la mina, el cafetal, la biblioteca como una aula doméstica. Doña Ana Rosa les transmitió la fe, la piedad, el amor al pobre, cierta sencillez característica que a todos atraía, y un abandono completo en los brazos de la Providencia. Mientras don Tulio hizo aparentemente todo lo posible por desalentar a Mariano en sus primeras andanzas políticas, doña Ana Rosa estimuló toda la vida las empresas y ambiciones del mayor de sus hijos varones y lo dejó en circunstancias que la llenaban de satisfacción.

Inicialmente hubo acuerdo en 1929 en que la junta de parlamentarios conservadores era la entidad competente para designar el candidato del partido. Así lo decía la tradición, a falta de textos expresos de los estatutos.

El arzobispo Ismael Perdomo, recién llegado en reemplazo del experimentado Herrera Restrepo, por fallecimiento, dejó saber en privado que el candidato de sus simpatías era Mariano Ospina Pérez, por razones de carácter religioso. Otros aspirantes con alguna opción eran Antonio José Uribe, José Joaquín Casas, el general Ignacio

Rengifo y el doctor Emilio Ferrero. Varias veces se tuvo la esperanza de que Valencia y Vásquez Cobo, no pudiendo conseguir una mayoría efectiva en la junta de parlamentarios conservadores, renunciaran en aras de la unidad, y entrara alguno de los restantes como tercero en discordia, y el más oprobado fue Ospina. Presidía el Senado de la República, y por ello también la junta de parlamentarios, el doctor Emilio Robledo, médico ilustrado, sereno y enérgico, nacido en Salamina, cuando esta pertenecía aún a Antioquia. Estaba el doctor Robledo frisando entonces con sus cincuenta y cinco años, era senador por Antioquia con buena influencia sobre los parlamentarios caldenses, ya que había sido gobernador y prohombre de aquel departamento. Tenía gran prestigio de probidad, de prudencia y de acierto en la conducción de las reuniones. Lo cierto es que, quizás ante todo, por su condición de escritor, estaba comprometido con el nombre de Guillermo Valencia. Más tarde habrían de enrostrarle los antioqueños el haber frustrado con otros colegas de cámaras, la posibilidad de un candidato de la montaña.

En julio de 1929 toda la prensa del país comentaba como un hecho, las objeciones del arzobispo primado a la candidatura de Valencia. Probablemente la versión más fiel de lo ocurrido en intimidad la da "La Prensa", de Barranquilla, el 27 de julio, sábado: "El arzobispo Perdomo dice que Valencia no le inspira confianza, porque su ortodoxia es muy variable", rezan los enormes titulares. Se trata de un reportaje de don Carlos Martínez Aparicio, quien había regresado la víspera de Bogotá, y en esta ciudad había sido delegado al Congreso Agrícola. Martínez Aparicio era uno de los directores del diario en que fueron publicadas sus declaraciones, y así merecían la máxima credibilidad. Fueron transmitidas telegráficamente y alborotaron el cotarro en el caldeado ambiente parlamentario.

Lo pertinente del reportaje de "La Prensa", dice así:

—“Aquí se publicó la noticia de que usted había tenido una conferencia sobre estos asuntos, con el señor arzobispo primado...” —insinuamos.

—“Es verdad. Explicaré cómo. El representante Julio César Olaya, me había dicho que la candidatura del doctor Guillermo Valencia encontraba resistencias en la curia. Poco después, cuando el doctor Pupo Villa y yo acompañados de algunos amigos fuimos a saludar al doctor Luis Ignacio Andrade, este senador nos repitió la versión. Una tarde, después de un almuerzo con el distinguido escritor y excelente amigo, doctor Luis Eduardo Nieto Caballero, me hizo el honor de ofrecerme, y al cual concurrieron algunos otros periodistas, me trasladé al palacio arzobispal, en compañía del doctor Ismael Enrique Arciniegas, que había asistido al almuerzo. El ilustrísimo señor Perdomo nos recibió con esa amabilidad y esa cortesía que son propias de su carácter y lo han hecho acreedor, lo mismo que las raras cualidades que posee este preclaro varón, al aprecio y al cariño de todos los colombianos. Después de los saludos de reglamento, en que monseñor Perdomo hizo uso de su cultura y gentileza, hablamos sobre candidaturas”.

—“El asunto de las candidaturas —dijo el prelado—, puede concretarse a tres nombres: el señor Valencia, el general Vásquez Cobo y el doctor Casas. A mí no me corresponde, —continuó el arzobispo—, juzgar los méritos que cada uno tenga dentro del partido, sino su religiosidad y las consecuencias que para la Iglesia tenga su gobierno. Lo otro son cosas de ustedes. Y respecto del aspecto religioso, debo confesar que el señor Valencia no nos inspira confianza, porque su ortodoxia es muy variable. Bien sabe el señor Valencia y no debe haberlo olvidado, que cuando la coalición, siendo yo arzobispo (sic)

de Ibagué, me opuse abierta y francamente a su candidatura y esa oposición subsiste”.

“Tales fueron las palabras del prelado. Yo le pregunté: ‘¿Y respecto de los otros?’. —‘Los otros dos, el general Vásquez, y el doctor Casas, ofrecen iguales garantías a la Iglesia por su fidelidad a la religión y por sus condiciones, y ambos serán bien acogidos por nosotros. Uno de ellos, sin embargo, es más fervoroso’. —‘¿El doctor Casas?’, pregunté. Me respondió que sí. Yo dije entonces: ‘¿Y si ninguno de los dos candidatos reúne en el Congreso el número necesario de votos, que no deben ser menos de setenta, no le parece a su señoría ilustrísima, que sería conveniente buscar un candidato de transacción?’. El arzobispo respondió: —‘La Iglesia no encontraría inconveniente en acoger el candidato que acuerde la mayoría del Congreso, y me parece muy bien que se busque un candidato de transacción’. —‘¿Cuál sería ese?’, pregunté. —‘Será a ustedes a quienes corresponde buscarlo’, respondió.

“Yo insinué entonces el nombre del doctor Concha y monseñor Perdomo me contestó: —‘El doctor Concha tiene algunos inconvenientes: está un poco enfermo...’. Le interrumpí: —‘pero el doctor Eduardo Santos, que acaba de regresar de Europa, me ha dicho que está muy bien y que disfruta de una salud envidiable’. Dijo el arzobispo: —‘Entonces es que vienen noticias contradictorias’. Y agregó: ‘Además, el nombre del doctor Concha sería un reto lanzado a Norteamérica y considero que en los actuales momentos no le conviene a Colombia procurarse enemistades con los Estados Unidos’. —‘¿Y Berrió?’, pregunté. —‘De ese no hablemos’. Tal fue en resumen, la conferencia que sostuvimos con el señor arzobispo, acerca de este asunto de las candidaturas”.

Como para que no quedara duda sobre la autenticidad de las palabras del jerarca, el periódico “La Prensa”, re-

salta a continuación: "Nosotros hemos procurado reconstruir fielmente el diálogo sostenido entre el señor arzobispo y el señor Martínez Aparicio. Hemos procurado conservar las palabras textuales pronunciadas por el prelado y por eso las hemos colocado entre comillas".

Al presidente del Senado le pareció extraña esta situación, pues ya había tenido conversaciones sobre la materia con el primado, y así, en la misma fecha en que apareció el reportaje de Martínez Aparicio escribió e hizo llegar al metropolitano, esta carta:

"La ciudad, julio 27 de 1929. Ilustrísimo y reverendísimo señor arzobispo primado. E. L. C. Ilustrísimo señor: Como presidente de la mayoría conservadora del Congreso me permito comunicar a V. S. I. que una mayoría respetable lanzará dentro de poco la candidatura del señor Guillermo Valencia para la presidencia de la República. No dudo que, habida consideración de la manera franca y espontánea como V. S. I. me manifestó que nada tenía que objetar al doctor Valencia como conservador y católico, V. S. I. recibirá con beneplácito esta determinación, y en consecuencia le impartirá su aprobación. Soy de V. S. I. muy atento s.s.q.l.b.m., Emilio Robledo".

El autor de esta crónica ya ha observado en otra obrecilla suya, la biografía del doctor Emilio Robledo<sup>1</sup>, cuáles serían las cuitas del primado y de su curia metropolitana para dar adecuada respuesta a la tajante y bien calculada epístola del presidente del Congreso Nacional. El ingenuo arzobispo había hecho comentarios que creía intrascendentes y que no estaban destinados a la publicidad. Pero los políticos los estaban aprovechando, cada uno más hábilmente que el otro, en favor de su tendencia. No podía

---

<sup>1</sup> Sanín Echeverri, Jaime. Emilio Robledo. Págs. 155 a 168. Ed. Pax. Bogotá, 1976.

negar su conversación con Martínez Aparicio. Tampoco la otra con Emilio Robledo. Pero ni la una era una censura a Valencia, ni la otra era una aprobación, como se le exigía ahora, a su candidatura. En la perplejidad de Perdomo estaba ya en germen la división del año treinta que tantos males trajo al conservatismo. Pero de momento hizo gala de imparcialidad y prudencia con la respuesta llegada el día siguiente a manos del profesor Robledo. Se hacía política en Bogotá día y noche, aun los sábados y domingos. Hela aquí:

“La Ciudad, julio 28 de 1929. Señor doctor Emilio Robledo, presidente del Senado, E. L. C. Honorable señor presidente: En respuesta a su carta de ayer tengo el honor de manifestar a usted que los candidatos que actualmente figuran como viables para la presidencia de la República, a saber: Casas José Joaquín, Ospina Pérez Mariano, Rengifo B. Ignacio, Uribe Antonio José, Valencia Guillermo y Vásquez Cobo Alfredo, son en mi concepto católicos y por tanto, la autoridad eclesiástica acatará la designación del candidato que los honorables señores senadores y representantes hicieren para regir los destinos de la Nación. Soy de usted atento s. s., Ismael, Arzobispo de Bogotá. Primado de Colombia”.

Los congresistas adictos a Ospina Pérez eran ventiocho. Pero sumando los que votaban por José Joaquín Casas, Emilio Ferrero y Alfredo Vásquez Cobo, alcanzaban una mayoría incontrastable. En los primeros días de agosto se celebraron varias reuniones en las cuales parecía que el general Vásquez Cobo iba a ceder su candidatura para agregar sus votos a los partidarios de Ospina. Vásquez Cobo exigía la renuncia de Valencia para presentar la suya. Ospina, que nunca se había ofrecido como candidato, aunque naturalmente estaba pendiente de lo que ocurría, escuchó la única crítica que se le opuso: no había cumplido los cuarenta años. El mismo habló con uno por

uno de sus partidarios y los convenció de que reforzaran la candidatura de Valencia, cuya mayoría —anunciada por el doctor Robledo— se había esfumado. Creyó que en esa forma, siendo indudable el número mayor, renunciaría el general Vásquez Cobo. Aún así no se plegó a hacerlo. Mediante este gesto, el conservatismo de Antioquia quedó unido en torno al poeta payanés.

El 3 de agosto de 1929, encabezados por Sotero Peñuela, “las mayorías conservadoras del Congreso” decidieron crear un curioso arbitraje: su candidato sería el que señalara el arzobispo primado en consejo privado. Fue así como le dirigieron esta peregrina carta, en la que no aparece ya la candidatura de Ospina Pérez:

“Los suscritos miembros de la mayoría conservadora del Congreso deferimos al sabio consejo privado del ilustrísimo y reverendísimo señor arzobispo primado la indicación del nombre del candidato que sostendremos en nuestro carácter de conservadores doctrinarios con el propósito de mayor compactación del partido y la seguridad de los principios católicos en el gobierno del país. Tales nombres son los siguientes, en orden alfabético: Casas José Joaquín, Ferrero Emilio, Rengifo Ignacio, Uribe Antonio José, Vásquez Cobo Alfredo. Bogotá, agosto 3 de 1929.

Sotero Peñuela, Carlos Jaramillo Isaza, Alejandro Múnera, Manuel Marín Rodríguez, Eduardo Lema, Valerio A. Hoyos, José V. Ríos, Pompilio Gutiérrez, Julio E. Cancino, Agustín Morales Olaya, Rafael Trujillo Gómez, Ignacio A. Guerrero, Luis E. Gómez Ortiz, Emilio Pradilla, Pedro Elías Mendoza, Pedro Martín Quiñones, Fernando Pinzón Tolosa, Gabriel L. González, Ramón Becerra Arenas, Rafael M. Gutiérrez, Miguel de J. Pérez, Alberto Casas Castañeda, Alejandro Osorio G., Bernardo González Bernal, Rafael Valencia, Julio C. García, Diego Monsalve, Julio César Olaya, Rafael Barberi, José María Becerra Cabal, Jesús García R., José Mazabel, Próspero Márquez,

Alejandro Villoria, Jorge Gómez Silva, Manuel José Casas, Luis Ignacio Andrade, José Antonio León Rey, Rafael A. Montes, Ismael Enrique Arciniegas, Elías Sabogal S., Arturo Hernández, Manuel F. Pabón, Diofante de la Peña, Isaías Gamboa, Arquímedes de Angulo”.

Más tarde adhirieron a este compromiso: Julio Moncayo, Rafael Villota, F. F. Angulo, Carlos Conto, Luis D. Guerrero, Luis Alfonso Delgado, Simón Arboleda, Hernando de Velasco y José Camacho Carreño. Estos lo hicieron por escrito, pero consta también que de viva voz se agregaron al curioso arbitramento Pompilio Guzmán y Luis Carlos Irigorri. El doctor Irigorri comunicó al arzobispo Perdomo que se agregaba a las mayorías en el supuesto de que Guillermo Valencia había renunciado su candidatura. Como caucano, no estando Valencia en juego, adhería al vallecaucano, nacido caucano, Vásquez Cobo. Los demás eran oriundos de otras regiones del país.

Podemos suponer cuáles serían las angustias del arzobispo Perdomo en este agosto. Contaba y recontaba las firmas. En el documento original eran 46. Con las nueve adhesiones por escrito llegaban a 55. Los parlamentarios conservadores eran 109, o sea que se había partido por el eje, como ocurre en la naturaleza con los cuerpos abandonados a libre rodamiento. La mayoría que lo respaldaba para un fallo de inmensa trascendencia histórica estaba en manifestaciones verbales, en número de dos, de las cuales la del doctor Irigorri estaba atada a una condición que resultó fallida. No era cierto que Valencia hubiera renunciado.

Las conversaciones obviamente iban también del palacio presidencial al palacio arzobispal. Aunque Abadía había prometido ser imparcial, como correspondía a su carácter de primer magistrado, necesitaba estar informado. Convino con el arzobispo que sería enterado oportunamente sobre su decisión.

Resolvió indagar cuál era la voluntad nacional. Como método supuso que el más seguro, imparcial y desinteresado sería el de consultar con todos sus colegas del episcopado colombiano. Así lo hizo con gran honradez y obtuvo pronta respuesta. Según ella, Antioquia estaba por el doctor Guillermo Valencia. Caldas y Cauca estaban divididos entre Valencia y Vásquez Cobo. Todo el resto del país —es decir los obispos— estaba por Vásquez Cobo.

No paró ahí el estudio del primado. Indagó, quién sabe cómo —tal vez preguntando al ministro de Guerra— cuáles eran las simpatías del ejército, y le dijeron que el 98% era amigo de Vásquez Cobo. Se hizo su modo de saber qué opinaba la policía, y le dijeron que era vasquista, no sabe si en su mayoría o en gran parte. Y lo que más le sorprendió fue que “los obreros y aun parciales comunistas han hecho saber que apoyarán a Vásquez Cobo, y solo a él estos últimos”. Todo esto lo informa el arzobispo al presidente.

El doctor Ferrero y el general Rengifo renunciaron sus candidaturas. La de Casas, admirado por todos como poeta, no fue tomada en cuenta por ninguno de los obispos y demás personalidades consultadas. Valencia no figuraba en la lista, confeccionada expresamente para cerrarle el paso a baculazos. Aunque era público y notorio que Vásquez Cobo no era el candidato de las simpatías del candoroso primado, termina su carta al presidente Abadía Méndez, de fecha 20 de agosto, con esta sentencia:

“Como yo no quiero ni puedo ir contra esta fuerza de la opinión ni imponer mi voluntad contra el querer general de la Nación, mi consejo queda limitado a Vásquez Cobo, o mejor dicho, se limita a exponer la voluntad de la Nación, que aparece claramente expresada en la documentación que tengo, y que yo acojo y prohijo en bien de la Nación”.

Al día siguiente, el 21 de agosto, comunica a Sotero Peñuela y a los demás "doctrinarios" que "he llegado al convencimiento de que la candidatura del general Alfredo Vásquez Cobo tiene a su favor el ochenta por ciento de la opinión sana del país...".

El 20 de agosto el doctor Emilio Robledo había convocado a las mayorías conservadoras para el día siguiente a una reunión en la casa del exministro Jesús María Marulanda. No hubo muertos ni heridos, pero la sesión fue tempestuosa y larga. Las presuntas mayorías vasquistas desaparecieron. Valencia contaba ahora con 55 votos sobre 109, algo como medio hombre más que la mitad. En tal forma el "consejo privado" del primado no tenía valor moral ninguno. Y el orgullo de Valencia, de Ospina Pérez, de Robledo, de Marulanda, de tantos otros, no podía sucumbir a una trampa tendida por medio de una mitra ingenua. Dejando muy claro que eran católicos y deseosos de dar a la Iglesia las garantías debidas, proclamaron la candidatura de Valencia, y este la aceptó.

Al llegar de su Popayán nativa, el rampante candidato escogió a Ospina Pérez para que lo acompañara desde Apulo en su entrada triunfal a la capital.

El cuitado arzobispo siguió dando pasos de ciego, tal vez más por iniciativa del Nuncio que propia. Unas veces dijo que la Iglesia no se mezclaba, otras que votara cada uno según su conciencia, luego insistió en que votaran por Vásquez Cobo y por fin, ya tardíamente, que lo hicieran por Valencia.

Ospina Pérez, como sus conmlitones de Antioquia, estuvieron al frente de la campaña valencista y fueron de pueblo en pueblo repitiendo peroratas en las plazas públicas. Sufrió indescriptibles dolores de garganta, y perdió con su partido las elecciones de 1930.

Los viejos dirigentes del conservatismo antioqueño resolvieron dejar el comando en manos más jóvenes. Se retiraron del directorio hombres como don Carlos Vásquez Latorre, don Enrique Mejía y don Estanislao Gómez Barrientos, pero entraron los mandos jóvenes: Ospina Pérez, como el primero, pero otros no menos notables: Gonzalo Restrepo Jaramillo, Luis Navarro Ospina, Fernando Gómez Martínez y Pablo Echavarría.

En el desmoralizado conservatismo de la derrota del treinta, Antioquia empezó a dar la tónica. Carlos Uribe Echeverri, líder parlamentario liberal, estimulaba al conservatismo a la actitud republicana de la entrega pacífica del poder, y Ospina Pérez le garantizaba en mensaje telegráfico que el parlamento mismo, aunque de mayoría conservadora, no intentaría hostigar el gobierno de Olaya, sino colaborar con él para la salvación de Colombia en la horrenda crisis económica de entonces.

Así Ospina contribuyó al ambiente de la alternación pacífica de los partidos en el poder de que dio ejemplo singular Colombia en 1930, sin duda el antecedente para 1946, cuando Ospina recibió de Lleras Camargo el mando, y para la sucesión metódica de los partidos en los dieciséis años del Frente Nacional. No cabe duda de que Ospina desde mucho antes, tenía entre su doctrina política la colaboración de los partidos, y de que nunca fue partidario de la oposición sistemática ni de la violencia como medio de alcanzar o conservar el poder. Es cierto que los hechos de veinte años después hacen que muchos piensen lo contrario.

## XVI

### GERENTE DE LA FEDERACION NACIONAL DE CAFETEROS

Por medio de sus comités municipales y del departamental, se vio claro que Mariano Ospina Pérez era el delegado popular de los cafeteros a su cuarto congreso, que había de sesionar en diciembre de 1930 en Bogotá. Esto constituyó un respaldo muy diciente al mensaje de crítica que había dirigido a la Federación y que había obtenido amplia resonancia nacional. Más que un cargo a quienes la dirigían, es de advertir que se trataba de una entidad incipiente, fundada tres años antes, enfrentada a las peores circunstancias económicas que el mundo ha vivido, y que afectaban al café más que a ningún otro género del comercio internacional. A estos primeros administradores de la Federación hay que reconocerles que habían logrado la legislación básica, habían contratado con el gobierno la administración del impuesto a la exportación de cada saco del grano, que es lo que ha hecho grande al gremio, y tenían ya un principio de organización tan respetable que hizo posible las sesiones de un congreso cafetero ejemplar entre tantas adversidades, todo en medio de una exportación creciente de café, aunque a precio vil.

Desde los tanteos previos se advirtió claramente que Ospina Pérez iba a ser la voz cantante del congreso, y en la sesión inaugural fue elegido presidente.

Aunque fue muy bien recibido su discurso, en voz baja comenzaron las murmuraciones en los pasillos. Había gente bien documentada. Desenterraron recortes de prensa de 1925 con los cuales se demostraba que Ospina era enemigo del impuesto al café, base insustituible para la existencia de la Federación Nacional de Cafeteros. Era un largo y enérgico telegrama dirigido a los senadores por Antioquia Esteban Jaramillo, conservador, y Roberto Botero Saldarriaga, liberal: "El gravamen del café —decía— con el perdón de ustedes, no vacilo en calificarlo de injusto, de anticientífico y de inconveniente". Jaramillo le respondió a su colega ausente, el senador Ospina Pérez, insistiendo en su defensa del proyectado gravamen: "Lamento sinceramente esta excepción, que confirma la regla general de acuerdo mío con usted en cuestiones económicas y financieras".

Los defensores de Ospina manifestaban que las circunstancias de 1925 eran completamente distintas a las de finales de 1930. Su celo por la defensa de los agricultores lo había llevado a oponerse a ese impuesto, que por entonces estaba destinado a engrosar el fisco, mientras ahora tenía por único objetivo fortalecer la industria cafetera. Un párrafo de este telegrama de marzo 27 de 1925 sirvió para apoyar la candidatura de Ospina para la gerencia de la Federación, que ya estaba en el ambiente: "Tengo el honor de contarme entre el gremio de los productores de café, lo cual, lejos de inhabilitarme para hablar de este asunto, me da más derecho a ello. Jamás he comprado un solo saco de café, producido por otros agricultores, para exportarlo, y mis opiniones, por lo tanto, no pueden declararse interesadas desde el punto de vista de los exportadores".

—Ese es el hombre que necesitamos. Conoce la industria cafetera como nadie, y tiene independencia suficiente para trancar a los exportadores.

La candidatura de Ospina Pérez para la gerencia de la Federación no fue tan espontánea. El presidente Enrique Olaya Herrera no era indiferente a una posición así de clave, llamada a orientar la única esperanza de Colombia en el laberinto económico de entonces. Había hecho consultas con sus amigos cafeteros y estaba convencido de que Ospina Pérez era el gerente deseable. En los corrillos no se hacía secreto alguno de que era bien visto por el jefe del Estado. Finalmente la elección resultó unánime y respaldada por un entusiasmo poco menos que delirante.

Las actuaciones de Olaya frente al conservatismo han sido y serán aún discutidas. Se le enrostrará que siempre fue don Román Gómez quien tuvo más frecuente acceso a palacio. Era grande la influencia del político marinillo y entusiasta su adhesión. Mal podría Olaya menospreciarla. Vista después bajo la emoción causada por los célebres discursos de Laureano Gómez aparece como si Olaya se hubiera empeñado en dividir al conservatismo. Pero históricamente consta que el propio Ospina Pérez, como miembro del directorio muy prestigioso de Antioquia, tendió puentes hacia la unión mediante mensajes cordiales a don Román. Es indudable también que Olaya honró a los conservadores que compitieron con él en la conquista del poder. Vásquez Cobo fue nombrado general en jefe de nuestra guerra con el Perú, y Valencia recibió la oportunidad de ser el plenipotenciario de Olaya para la paz, compartiendo honores con el intrépido Alfonso López que viajó a Lima por su cuenta y riesgo a negociarla.

Ospina gozó de tanto valimiento en el gobierno de Olaya que llegó a decir: "Yo goberné dos veces, con Olaya y durante mi período". Entre las personas que consiguieron una íntima relación de estos prohombres, se cuenta a Carlos E. Restrepo, el viejo expresidente republicano que recibió a Olaya en Puerto Berrío con un abrazo, donde se

erige hoy la estatua del mandatario liberal. Con los años se había acendrado la amistad entre este y Ospina.

No olvidaba Restrepo que en sus años mozos Ospina se había decidido por fin a participar en un movimiento "Antioquia Joven" y a ser de los directores del periódico del mismo nombre para oponerse a Reyes y apoyar el movimiento que comandaba él y que finalmente lo llevó a la presidencia.

Olaya consultaba con Ospina no solamente en asuntos cafeteros, sino en todo lo relacionado con las grandes orientaciones económicas del país. En la guerra con el Perú fue Ospina quien primero le habló del empréstito interno. Los hombres del gabinete eran pesimistas sobre la colocación de los bonos de la defensa nacional, pero el gerente de la Federación dio el ejemplo primero comprándolos con abundancia para la Federación y aun para sí propio, en aquellos años de un país empobrecido. Frecuentemente le recordaba Ospina a Olaya su teoría de que Colombia ganaría al Perú sencillamente porque el Perú no tenía café. Los cafeteros de Colombia sacrificarían por la patria hasta el último grano de sus cosechas, aparte de marchar al frente cuando fuere preciso y dar su vida. Al lado de las entusiastas declaraciones en público y en privado, Ospina realizó serios estudios sobre la economía peruana con los cuales demostraba que ellos no tenían posibilidades de crédito externo ni interno comparables a los de Colombia.

Pero no por los asuntos políticos descuidó Ospina un momento los cafeteros. En uno de los mejores reportajes concedidos por él, de que fue autor Julio Abril, publicado en "El Siglo", de Bogotá, resume así su obra en la Federación; y ello nos da la oportunidad de que este capítulo sea en buena parte autobiográfico:

"No me corresponde a mí juzgar mi labor al frente de la Federación Nacional de Cafeteros, y únicamente puedo

decirle al respecto que es esta la labor en la cual yo he puesto más empeño, en un momento dado, y a la que consagré, con máxima intensidad, todas mis capacidades y energía durante cuatro años de mi vida. Las múltiples y expresivas muestras de adhesión y simpatía que recibí de todos los cafeteros del país, sin distinción de colores políticos, no solo durante mi presencia en la gerencia de la Federación, sino después de mi retiro de ella, han sido para mí una plena compensación de mis esfuerzos.

"Siempre he repetido que esa labor de organización y extensión, que puso en gran parte las bases de casi todas las actividades presentes, y quizá también de algunas de las futuras, de la mayor organización gremial del país, fue principalmente la obra de mis colaboradores, tanto en el Comité Nacional como en los departamentales, como al frente de las distintas secciones administrativas.

"De manera especial puedo destacar dentro de esas actividades, el levantamiento del primer censo cafetero nacional, la creación de la estadística de investigación, enseñanza cafetera, el desarrollo de la sección de demostración, la fundación de distintas granjas cafeteras en distintos departamentos del país, el establecimiento de los Almacenes Generales de Depósito, las medidas sobre control de marcas de origen y fijación de los tipos *standard* de café colombiano, la iniciación de la intervención en los mercados internos, por medio de compras de la Federación a los productores, la vasta campaña encaminada a la financiación de los cafeteros por medio de los almacenes ya mencionados, la fundación de la Caja de Crédito Agrario y la colaboración decisiva en la solución de las deudas bancarias durante la crisis de 1932, la labor de propaganda, comercio y divulgación en los Estados Unidos y en los principales países consumidores de Europa, etc., todo ello a base de un presupuesto minúsculo que apenas si alcanzaba a un poco más de \$ 300.000 anuales,

mediante un gravamen ínfimo de \$ 0.10 por cada saco de café exportado”.

En estas pocas líneas resume admirablemente el doctor Ospina su fecundo paso por la Federación.

Con su mentalidad de ingeniero se empeñó ante todo en el censo. Profesor de estadística, ya que en esta asignatura había suplido a su profesor Jorge Rodríguez en la Escuela Nacional de Minas, diseñó personalmente los formularios, entrenó a los encuestadores y supervisó las respuestas compiladas haciendo uso del muestreo. Los recursos de hoy, avanzada como está la cibernética, permiten realizar mejores investigaciones y tenerlas al día, pero este primer censo cafetero sigue siendo la base de las pesquisas actuales y tiene el indudable mérito de la creatividad.

Ospina encontró que cada exportador de café ponía las marcas que se le ocurrían, no pensando en absoluto en que ellas respondieran a una calidad permanente sino al interés de su propia firma. Este sistema anarquizaba el mercado del café colombiano en Nueva York, pues lo hacía inidentificable. La variación de las calidades en cada suministro, según fueran las compras en el interior, no permitía dar prestigio específico a nuestro grano. La rebatiña entre exportadores demeritaba toda acción de conjunto. Las reclamaciones eran continuas de parte de los importadores, principalmente estadounidenses.

Como gerente de la Federación dirigió una carta comedida y razonada a todas y cada una de las firmas exportadoras. No obtuvo una sola respuesta.

Esta indolencia, lejos de desanimarlo, fue para él un reto. Ya que no colaboraban, la Federación asumía sola el estudio. Hizo dictar un decreto. Ahí sí vinieron las quejas de los exportadores. Lo hizo corregir con otro decreto.

Fue la época en que el Brasil, primer productor mundial, incineró o arrojó al mar treinta millones de sacos de café, como lo informó Ospina al Congreso Cafetero. Entre tanto la acertada política cafetera de Ospina hizo que Colombia vendiera íntegramente el grano, ya que en un principio ni tenía bodegas suficientes para su almacenamiento. El gran empeño inicial fue el de regular las exportaciones de manera que no fueran excesivas nunca, pero hubiera siempre una moderada oferta a lo largo del año. Con su objetividad peculiar describe así el dirigente cafetero los síntomas de la crisis: "Ante el desequilibrio de todos los factores económicos y aun políticos y sociales en muchos casos, los consumos se han restringido, las tarifas aduaneras han sido elevadas, se ha producido el desquiciamiento de los sistemas monetarios y el pánico se ha adueñado del campo del crédito, muchos millones de personas han carecido de trabajo y por lo tanto, de medios para su subsistencia, y, en una palabra, todos los ramos de la industria, del comercio y de la agricultura han sufrido hondas y gravísimas perturbaciones".

Desde el principio hasta el fin de su gerencia, Ospina se impuso e impuso a sus colaboradores dos consignas que le venían de muy dentro de su alma: planeación y austeridad. Otra característica de que habló siempre fue la apoliticidad. Los cafeteros eran conservadores y liberales, quizás apolíticos o algunos de otras tendencias, y un gremio no podía comprometerse en simpatías partidistas, so pena de perder su fuerza.

Luchó también con todas sus fuerzas para que los agricultores ocuparan un sitio en las decisiones del Estado. Para la mentalidad política de la época era difícil entender este mensaje, ya que los gremios hasta entonces eran prácticamente inexistentes, pero la Federación fue llamada a participar en los consejos de economía, en los ferrocarriles, en la Caja Agraria.

“Contra lo que se ha acostumbrado en nuestro país —dice Ospina al resumir su labor frente al Sexto Congreso Cafetero— (...) en la obra de la Federación se ha trabajado teniendo en cuenta el porvenir, y sobre la base de que para construir un edificio hay que hacer primero los planos, echar luego los cimientos e ir levantando sucesivamente cada piso de la construcción”... “Cada paso que se ha dado —había dicho antes— ha obedecido a un estudio previo”. En otro aparte de su informe se refiere a la austeridad: “Estas circunstancias han hecho que en todas las actividades de la Federación hayan imperado la economía, la buena administración, el orden y la mejor utilización posible de los recursos. Considero que este criterio debe mantenerse en el futuro (...) no ir a caer en el despilfarro, en los gastos suntuarios o en la excesiva prodigalidad”.

Celoso del carácter privado de la Federación, era consciente, como el que más, de la necesidad de una íntima colaboración con el gobierno: “Por parte del gobierno, la Federación ha tenido un apoyo eficaz, y el contrato entre ambas entidades ha sido respetado y cumplido por las dos partes. Con una clara comprensión de que actividades de la índole de las que tiene a su cargo la Federación no pueden cumplirse dentro de un círculo estrecho de la tutela inmediata y de la iniciativa limitada y pasiva, el gobierno ha dejado a la gerencia de la Federación la conveniente autonomía, manteniendo el contacto directo con la labor realizada, de acuerdo con el contrato respectivo”.

Dada la dramática depresión económica, los tostadores colombianos de café dieron en mezclar el grano con productos más baratos, como la panela quemada, y expendirlo como si se tratara de café puro. En un principio el legislador prohibió vender como café lo que no contuviera al menos el 90%. Ospina, tan pronto como se hizo cargo de la gerencia de la Federación, preparó un proyecto, y lo

llevó hasta convertirse en ley, por el cual se exige que el 100 % sea café para poder ofrecerlo con este nombre.

Tenía la impresión de que el consumo interno del café era muy bajo, pero no existía estudio alguno al respecto. Pese a la inmensa dificultad de tal investigación en un país que es a la vez productor y consumidor, diseñó el estudio y puso manos a la obra. La conclusión confirmó su sospecha. Aquí donde el café era barato y producido en el territorio, el consumo era inferior per caput al de los Estados Unidos y el norte de Europa, donde tenían que importarlo y pagarlo con recargos de aduana, intermediarios y fletes. Se propuso que en dos o tres años lograría doblar el consumo interno, lo que le daba mercado a las pasillas que no quería dejar exportar para mantener siempre la imagen del grano colombiano perfecto, una de las bases de su lucha por organizar a los exportadores.

Fue entonces cuando advirtió el gran poder de la publicidad. La Federación venía contentándose con lanzar sus mensajes a través de sus propias publicaciones, la Revista Cafetera, el Manual del Cafetero y su calendario anual. Ospina se consagró a publicar folletos, a hacer afiches, a fijar carteles en todas las esquinas y a estimular a la prensa. Cada comité departamental de cafeteros recibía rollos de estos objetos y el incentivo para la divulgación. Los expertos ambulantes fueron instruidos para que extendieran dentro del país el consumo mediante una tesonera labor divulgativa.

En esta campaña, como siempre, surgieron las teorías opuestas. Los nutricionistas advirtieron que el café carecía de valor alimenticio, y no faltó quien llamara la atención en el sentido de que se pretendía enviciar al pueblo con la cafeína, veneno indudable, en vez de crearle sanos hábitos como el consumo de la leche. Ospina tenía talento de publicista. Convirtió en su caballo de batalla la sustitución de las bebidas alcohólicas por el café.

Pidió a las autoridades y a los comités cafeteros estimular al máximo la fundación de locales para la venta del tinto. De entonces viene el "café" como nombre genérico para muchos establecimientos públicos. Son muy distintos del Café Pombo, célebre en la literatura, y de los clásicos cafés parisinos, pero aunque se trate de cantinas, desde entonces en ninguna de ellas ha dejado de ofrecerse también el café "tinto" y su mezcla con leche, que en unas partes se llama "perico", en otras "pintado", en las demás "capuchino", y en las casas, según la mezcla, café en leche o café con leche. Sus cálculos estadísticos, quizá menos científicos que otros, indicaban la declinación del alcoholismo por sustitución con el café en plazas tan importantes como Medellín, Manizales, Pereira, Bucaramanga...

Para los curiosos y aquellos que no crean en libros sin estadísticas, según los cartogramas publicados en 1932 por el doctor Ospina, en Antioquia y Caldas se consumían ocho libras por habitante al año, mientras en Suecia el consumo per capita y año era de catorce libras muy largas; en Dinamarca, de más de doce; en Noruega y Holanda, de más de once; en Bélgica, de más de diez libras de café por habitante y año. En Colombia había consumos tan reducidos como el de Boyacá, de dos libras, el de Nariño de tres y el de los departamentos costeros de cuatro. Como los promedios no se promedian, ni Ospina ni el autor de esta crónica van a decir, cuál era el consumo per capita de los colombianos, aunque él bien hubiera podido ponderarlo.

Las normas sobre la pureza del café cristalizaron en la ley 126 de 1931.

Ya hemos citado con otras palabras cómo Ospina, sin menospreciar el otro famoso gerente de la Federación, don Manuel Mejía, decía que este era el señor Café —Mr. Cofee— mientras él era el señor cafetero.

La gran preocupación de Ospina fue el trabajador cafetero. Para las campañas antipalúdica y antianémica en los municipios cafeteros destinó sumas de consideración, y estimuló a los comités a que no hicieran menos con sus fondos propios. Al inaugurar un busto en gratitud a Rockefeller por sus aportes contra las endemias tropicales, dijo estas palabras, que más tarde citó él mismo, de acuerdo a su inveterada costumbre:

“Es preciso decir al país en todos los tonos y en todos los momentos, que por encima del problema del café, y del petróleo, y del oro, y del comercio, y de las industrias, y de los ferrocarriles, y de los bancos, y del sistema monetario, y de todos los demás problemas económicos, está la defensa del hombre, de la mujer y del niño colombianos. Cuántas veces —agrega— al llegar a una plantación de café y mirar la hermosa y abundante cosecha, orgullo y esperanza de su dueño, hemos pensado, ante el aspecto enclenque y miserable de las mujeres y muchachos que recolectan el enrojecido grano, cuánto mejor sería que lo que en lozanía y vigor exhiben las plantaciones, estuviera más bien rebosando en los centenares de seres humanos que miran todo aquello con ojos enfermizos e incomprensivos, y que son meros factores automáticos de una faena que debiera tener para ellos un sentido más hondo de bienestar, de acción y de vida”.

Expresiones de un humanismo cristiano, sinceras y sentidas como esta, son muy frecuentes en los escritos y discursos de Ospina. Hacen pensar en Uribe Uribe, según el cual, cada grano rojo de nuestro cotiledóneo es una gota de sangre extraída al pueblo colombiano. Físicamente esto es exacto aún, y lo era más entonces, si se piensa en la labor del anofeles, que colmaba de malaria todas nuestras empresas cafeteras.

En circular a los comités cafeteros lanzó la campaña, respaldada por sus artículos en la prensa y por sus

frecuentes intervenciones públicas en el sentido de que “los trabajadores de las empresas cafeteras puedan percibir un jornal que les permita atender al sustento de ellos y de sus familias, inculcándoles al propio tiempo el criterio del ahorro para atender a las necesidades del futuro”. No nos parece mucho hoy, ciertamente, este desiderátum, pero Ospina ganó siempre la fama de sensible a las necesidades del trabajador. En una de sus conferencias citó varias estrofas de Anarkos. Profundizó en el pensamiento social de León XIII y lo citaba a menudo. Sobre él dictó una conferencia memorable. En la misma circular habla de servicios médicos y medicinas gratuitas, contrató con un especialista un manual de normas higiénicas que divulgó fuertemente, insistió en la educación de los niños hijos de cafeteros como camino de su redención social y económica, y dio instrucciones terminantes para suavizar las jornadas extenuantes del campo, evitar los accidentes de trabajo, dotar de protecciones para el hombre la maquinaria peligrosa e ir en todo caso más allá de la ley. Desde los ya lejanos días de sus estudios en Lieja se había perfilado el reformador social que llegaría al poder y realizaría desde ahí algo de sus ideales.

En estas circunstancias empezaron las relaciones con un joven, Carlos Lleras Restrepo, que habían de continuar en forma muy variada durante el resto de la vida. Lleras Restrepo era secretario de gobierno de Cundinamarca. En la región de Sumapaz, con repercusiones en el Tolima, se presentó un conflicto entre propietarios de tierra y cultivadores de café. Lleras Restrepo no se contentó con la intervención policíaca de rutina, sino que se puso de acuerdo con el doctor Víctor Aragón para preparar un reglamento modelo para dichas haciendas, que evitara en lo posible la repetición de tales conflictos. Tanto Ospina como el Comité de Cafeteros de Cundinamarca colaboraron en este empeño hasta obtener una recomendación

favorable del comité nacional de cafeteros. "Considera —dijo el comité— de la mayor importancia y conveniencia... para resolver los conflictos". Desde entonces Carlos Lleras Restrepo ha demostrado vocación como líder de los trabajadores agrarios, y quizá pueda ser calificado como el primero dentro del liberalismo. Su estilo es distinto del de Ospina, como pueden diferir, por ejemplo, la Caja Agraria y el INCORA. Como ni Lleras ni Ospina podían legislar todavía, el reglamento estaba destinado a su adopción voluntaria por patronos y trabajadores cafeteros, pero no cabe duda de que constituyó un avance, y más si se tiene en cuenta que el camino para propagarlo no era otro que el de la persuasión. Los derechos de los arrendatarios fueron considerados con claridad:

"Tienen derecho —por ejemplo, valga la transcripción— a mantener en sus estancias los animales domésticos que deseen, pero serán responsables de los daños que con ellos causen a sus vecinos". Los expertos de la Federación serían los evaluadores natos de las mejoras que el dueño habría de reconocer en estos cultivos permanentes, sin cuyo pago el arrendatario no podría ser despedido. Entra en detalles como la definición de la "cuartilla" al tenor de lo dispuesto por el decreto 956 de 1931, reglamentario de la Ley 33 de 1905: "La cuartilla es un cajón que tiene por base un cuadrado interior de treinta centímetros por lado y encerrado por 4 rectángulos, cada uno de los cuales tiene 52 centímetros de altura en su parte interior". Lástima que no hayan recogido todo el sistema métrico usual de entonces, con sus almudes y sus puchas.

Algunas disposiciones del contrato tipo, resultaban dando cierto grado de solemnidad a contratos como el de siembra de café, que había de ser en papel sellado y con autenticación de las firmas por el alcalde, y por añadidura se preveía una cláusula penal destinada no al damnificado sino al hospital del lugar.

En un mercado internacional en que era evidente la superproducción de café, Ospina Pérez fomentó la siembra de nuevos árboles, no con despliegue publicitario, pero con inmensa eficiencia. En La Esperanza se regalaban semillas, y en los departamentos se fueron multiplicando las granjas cafeteras, no dotadas ciertamente para la investigación científica, pero aptas para multiplicar semillas mejoradas y para extender el cultivo. Aquella situación era bien conocida por las autoridades y por los cafeteros del Brasil, y no podía menos que parecerles extraña. Mientras ellos quemaban y arrojaban al mar inmensos cargamentos, Colombia iba ocupando cada vez más un lugar de mayor paso en el mercado internacional del grano. En 1905 Colombia suministraba el 2.99% del consumo mundial, en 1915 llegaba al 5.19%, en 1925 alcanzaba el 8.99%, y en el año clásico de la crisis mundial, 1930, al recibir Ospina la gerencia de la Federación, ya nuestro grano representaba el 12.10% del mercado internacional del café. En aquellos años, los más angustiosos de la historia económica, Ospina logró incrementar aun este porcentaje hasta el 14.57% que corresponde a 1933, último año completo de su gestión. Así el doctor Ospina Pérez, pues ello tenía nombre propio, llegó a ser temido y aún odiado en el Brasil.

Las delegaciones del Brasil y Cuba solicitaron que el café y el azúcar fueran incluidos entre los géneros cuya producción debería ser regulada internacionalmente, de lo cual se ocuparía una conferencia económica mundial que había de reunirse en Londres, en la cual el mundo había depositado las mayores esperanzas para conjurar la pésima situación. Al conocerse estos hechos estaba reunida la conferencia cafetera en Bogotá, con delegados de todos los comités departamentales. Ospina consiguió que el Ministerio de Relaciones Exteriores la consultara sobre el particular, y preparó también él la respuesta. Si dejaba algo en manos de la cancillería o de los cafeteros nada

resultaría bien. Escogió para que lo acompañaran en la comisión a los hombres de su mayor confianza, pero todo con proposiciones de alguien distinto del gerente. Resultaron, pues, para tratar este asunto con el Ministerio, Ospina Pérez, Camilo Sáenz, Pedro Uribe Mejía y Enrique Soto U. Ospina redactó el proyecto de respuesta, lo firmaron los cuatro, lo aprobó por unanimidad la conferencia cafetera, y naturalmente resultó de oposición abierta a la limitación de la natalidad cafetera. Colombia había vendido todo sin almacenar un grano de una cosecha a otra. Lo mismo ocurría con los demás productores de café suave. El Brasil en los últimos años había sembrado muchos centenares de millones de árboles, y así quería paralizar el crecimiento de sus competidores para quedarse él con el incremento de los mejores días por venir.

Pero había entre los planes, fuera de este control de la natalidad, el exterminio de las plantas en todos los países cafeteros en proporción a la población de árboles. Y otra opción era la limitación de las exportaciones en proporción al número de cafetos. Ninguna fórmula le convenía al país. "Colombia no debe aceptar por motivo alguno el que la regulación de la producción de café se confíe a un comité internacional, ni debe comprometerse de antemano a aceptar que esta producción se regule por un acuerdo internacional". En resumen, como se dijo en voz baja, se trataba de un asunto de soberanía nacional. El Brasil nos estaba invadiendo nuestra capacidad de autogobernarnos, como el Perú había invadido nuestro territorio.

Pero Ospina había hecho de la moderación una norma de vida desde su juventud, y así completó el equilibrio de su política internacional cafetera con algo positivo. Lo escribió y lo hizo adoptar por la conferencia para responder cartas del presidente Olaya que él mismo había preparado: "...considera posible y conveniente una acción conjunta con el Brasil y demás países productores

López antes de su apresurado viaje. La carta, pues, fue dirigida a Montevideo. La acompañó de un buen número de documentos en respaldo de su tesis, entre los cuales la

de café en el sentido de trabajar por la reducción de las tarifas aduaneras, las mayores facilidades de importación, la defensa contra los sustitutos, la conquista de nuevos mercados, y en general... la creación de la Oficina Internacional del Café”.

Mientras tanto Alejandro López, I. C., el maestro inolvidable de Ospina en la Escuela de Minas, cablegrafiaba desde Londres y daba cuenta de la insistencia capitaneada por el Brasil en la necesidad de la limitación del cultivo y de la exportación de café.

Todo esto ocurría en noviembre de 1933. Alfonso López, candidato único a la presidencia, era virtualmente presidente electo. Tenía una tradición cafetera en su familia con aciertos y reveses. El mismo había sido un hábil negociante en el grano. Se especulaba ya mucho sobre el retiro de Ospina de la Federación, y no faltaban políticos deseosos de que esta gerencia fuera para un liberal. Cuando todo el gremio cafetero respaldaba la política de Ospina contraria a la brasilera, López se declaró partidario de que no se sembrara más café, y sin esperar respuesta se fue a Montevideo. ¿En qué quedaba la lucha de Ospina en Colombia y en su viaje aéreo al Brasil para detener esta tendencia? ¿Qué sería de Colombia si se dejaba convencer de su gigantesco competidor para adoptar esta política suicida?

Ospina resolvió jugarse el todo por el todo. Dio orden de excusarse de todos los compromisos y de no atender llamadas telefónicas, que no fueran del doctor Olaya, y se encerró a redactar una carta al señor López. Puede ser el documento más importante que ha salido de la Federación en toda su historia. Pero es largo, y lo justo sería que los cafeteros hicieran una nueva edición de los documentos de la gerencia de Ospina, que aquí no pueden pasar de un capítulo desarticulado. Ospina, viejo colega del Senado, apenas había podido hablar unos minutos con

López antes de su apresurado viaje. La carta, pues, fue dirigida a Montevideo. La acompañó de un buen número de documentos en respaldo de su tesis, entre los cuales la opinión de Miguel López Pumarejo, como miembro de la misión comercial de Colombia en los Estados Unidos. Luego le hace catorce consideraciones, que son otros tantos capítulos magistrales sobre la industria cafetera, y concluyó con lo positivo: cómo funcionaría la Oficina Internacional del Café y cómo serían unas relaciones cordiales con el Brasil. Le dice que vaya no solamente a Río sino a São Paulo "en donde usted puede adquirir la impresión neta de lo que es el problema cafetero del Brasil". Claramente le afirma, pues, lo que ignora.

Esas treinta páginas, con mapas, gráficos y estadísticas, siguen siendo fundamentales como ningunas otras, para quienes deseen empaparse de lo que ha sido y es el café en Colombia. Pronto tendrán medio siglo y no han perdido su vigencia. La historia posterior ha demostrado la clarividencia profética de Ospina en esta materia, aunque una parte de ella permanece inédita.

López de todo tenía menos de cándido. Desde Londres vino el respaldo a Ospina Pérez en esta controversia, dado por nadie menos que Alejandro López, I. C. Esto era como el Papa en materia cafetera. Un presidente ad- portas podría, tal vez, habérselas con el conservador Ospina, pero no con él y con Alejandro López, I. C.

Total que López siguió el consejo de viajar a São Paulo. El 18 de enero de 1934, en el banquete que le fue ofrecido por el Instituto Cafetero de São Paulo, dijo un discurso bien meditado, no mencionó ni para bien ni para mal el control de la natalidad cafetera, ni el exterminio de los cafetos adultos, ni la limitación de las exportaciones, sino que tomó parte positiva del estudio de Ospina y habló elocuentemente del futuro hipotético de la Oficina Internacional del Café y de la colaboración colombo-

brasileña. "Pero si hay otras medidas cuyo estudio se torne conveniente, manifiesto que el gobierno de Colombia se halla igualmente bien dispuesto a examinarlas con el objeto de dar forma práctica a la colaboración de los dos países en defensa de la industria de que depende en gran parte el bienestar de ambos pueblos". Como quien dice, dijo mucho pero no dijo nada.

López regresó al país. Pidió a Ospina que permaneciera al frente de la Federación. Este se negó y renunció enfática y definitivamente en el VI Congreso Cafetero, reunido en Pasto. Se retiró y López le ofreció el Ministerio de Agricultura. Dijo que lo consultaría con su partido, y fue entonces cuando Laureano Gómez definió la política de que no hubiera colaboración conservadora. López insistió que le colaborara en un puesto técnico, la gerencia del Banco Agrícola Hipotecario, y Ospina le contó que definitivamente deseaba restaurar los negocios profesionales que fueron de "Tulio Ospina & Cía" y que ahora se llamarían "Ospina & Cía". Ni López ni Ospina intuían que en la historia de Colombia sería Ospina quien sucedería a López en el período presidencial, así fuera con el puente de Alberto Lleras Camargo.

Hubo aún algunos encontrones de prensa, una moderada relación de carácter social y por fin, en la ancianidad de López, creado ya el Frente Nacional, una reconciliación definitiva y un viaje en la misma misión del gobierno colombiano al exterior.

## XVII

### FUNDADOR DE LA CAJA AGRARIA

Desde sus años de estudiante, pero principalmente durante su estada en Bélgica, en vísperas de la primera guerra mundial, Mariano Ospina Pérez llegó a la conclusión de que el primer problema de la agricultura en Colombia era el crédito. La tierra superabundaba. El hombre colombiano se iba multiplicando satisfactoriamente, y era inteligente y bien dispuesto para el agro. Faltaba el capital. Eran demasiado pobres nuestros campesinos. Los intermediarios los explotaban inicualemente. "Cuando el productor no tiene recursos para atender a la recolección de su cosecha y al cuidado de su plantación, se ve obligado a vender su café anticipadamente, es decir, para entregarlo en el curso de varios meses". "Esta operación solo logra realizarla en condiciones desastrosas, vendiendo su café muchas veces a la mitad del precio que rige en ese momento en el mercado. De otro lado, el productor al ir a entregar el café vendido en estas condiciones, y sintiéndose ya enormemente engañado en el precio, y hallándose, a la vez por ese mismo hecho en una situación extraordinariamente precaria, hace todo lo posible por entregar el café a la mayor brevedad, preocupándose muy poco por darle un buen beneficio y por secarlo convenientemente, y antes, por el contrario, está interesado en que el café contenga la mayor cantidad

de humedad posible, pues esto aumenta su peso y le da un número mayor de arrobas.

"Por su parte el comprador, que ya ha hecho una ganancia usuraria en la compra del producto y que a la vez está deseoso de recibir este dentro del más corto tiempo, para no perder su deuda, es bastante tolerante en materia de beneficio y sequedad, y se presta a recibir el café en las condiciones arriba dichas, a lo que se agrega la mala práctica de mezclar en un solo montón cafés de distintos grados de sequedad, que muchas veces sufren una fermentación o avinagramiento inconveniente, y que en todo caso, dan un café de muy mala calidad.

"Todo este estado de cosas se traduce, por una parte, en un mayor desprestigio del café colombiano, con grave perjuicio para los productores y para el país, y por otra, en una perturbación y baja inmediata del precio en los mercados extranjeros, pues los compradores que compran en las circunstancias que estamos analizando, quedan en condiciones de hacer ofertas para entrega futura en los mercados extranjeros, a precios muy inferiores a los que rigen en aquellos, produciendo de esta manera los movimientos de depresión que tanto conocen y que tantas pérdidas causan a los productores de café".<sup>1</sup>

Su proyecto favorito, tan pronto como llegó al parlamento, fue la fundación del Banco Agrícola Hipotecario, pero ya hemos visto cómo su desánimo al comprobar que sus mejores favorecedores y amigos, como Esteban Jaramillo, no lo respaldaron en la cuantía de la inversión, aunque le colaboraran hasta hacer realidad aquel sueño.

Hemos narrado también cómo, aliado con Carlos E Restrepo, libró por varios años la campaña adversa a que

---

<sup>1</sup> OSPINA PEREZ, MARIANO. Informe del Gerente de la Federación de Cafeteros al VI Congreso Nacional de Cafeteros. Pasto, 1934. Págs. 215 y ss.

el Banco Agrícola Hipotecario concediera préstamos sobre bienes raíces urbanos, pues aquello alejaría de los campesinos auténticos la necesaria financiación. Todo ello demostró la necesidad de establecer una empresa oficial paralela, destinada a lo urbano, y cuando hubo nacido el Banco Central Hipotecario, Ospina trabajó incansablemente para que favoreciera también a los agricultores, para que concediera efectivamente con los demás bancos hipotecarios, una moratoria más allá del vencimiento de sus acreencias, y sobre todo para que rebajaran para los agricultores el tipo de interés.

Solucionado hasta cierto punto el crédito a largo plazo, la gran necesidad del agricultor era la financiación de cada cosecha. En el IV Congreso Cafetero, que fue el que lo eligió su presidente y luego gerente de la Federación, lanzó la iniciativa, que fue aprobada como artículo 5º del Acuerdo número 3:

“El Comité Nacional y la gerencia de la Federación, gestionarán por todos los medios a su alcance, la creación de un establecimiento de crédito agrario, destinado a hacer préstamos a los agricultores, y en especial a los pequeños productores de café, en la forma de prenda agraria y en las condiciones más favorables posibles.

”Si se obtuviere la creación de este establecimiento en forma seria y que inspire plena confianza, tanto respecto de su seguridad como de la eficacia de sus funciones, se autoriza al Comité Nacional para suscribir en dicho establecimiento acciones hasta por valor de \$ 400.000, pagaderos en contados anuales de \$ 50.000, cada uno, y a condición de que el capital inicial efectivo del banco no sea menor de dos millones de pesos, y de que en la junta directiva de dicho establecimiento haya un representante de la Federación”.

Ospina hizo aprobar que el gerente de la Federación lucharía por todos los medios a su alcance para este logro.

las costumbres crediticias del país en la medida en que lo hizo Ospina, y existe documentación más que suficiente para corroborar tal aserto. Previó el peligro de los ricos que, por excesiva influencia, acapararan grandes crédi-

El primero de los medios era su calidad de representante a la Cámara. En un principio tuvo cierta perplejidad sobre si el gerente de la Federación debía o no actuar como representante. Estaba empeñado hasta el máximo en extirpar de la Federación hasta la sombra de la política partidista. Pero era un disparate prescindir para los agricultores de quien se había señalado como su líder. Resolvió que iría a la Cámara, pero solamente actuaría en favor de la agricultura, marginado completamente de todo debate y aun de toda conversación privada, relacionada con la política.

Preparó el proyecto, escribió su exposición de motivos, lo sustentó con la altura técnica acostumbrada por él en su vieja práctica académica, y luchó incansablemente hasta convertirlo en la Ley 52 de 1931. Internamente en la Federación, para volverlo operante, se empeñó en otra que para entonces era novedad en el país, pero que en la mentalidad de Ospina era una vieja obsesión: la fundación de cooperativas y de entidades intermedlarias que hicieran llegar el crédito hasta el más pobre de los agricultores. La realidad de los préstamos iniciales de la Caja Agraria popularizó de tal manera el crédito, que Ospina comprueba la existencia de obligaciones hasta de diez pesos.

El proyecto inicial de Ospina fue el establecimiento de una caja de crédito agrario. Las adehalas del crédito minero y del industrial le fueron agregadas luego, y él las toleró, pero varias veces dijo que eran más nominales que reales. En su vinculación, prolongada por muchos años, se encargó de que así fuera. Una destinación grande a la industria o la minería hubiera desviado el objeto principal.

Si se piensa en conjunto en la fundación del Banco Agrícola Hipotecario, de la Caja Agraria y de los Almacenes Generales de Depósito de la Federación, basta para entender que no hay un colombiano que haya transformado

las costumbres crediticias del país en la medida en que lo hizo Ospina, y existe documentación más que suficiente para corroborar tal aserto. Previó el peligro de los ricos que, por excesiva influencia, acapararan grandes créditos. Desde el principio al menos la mitad de los recursos —no de los documentos— debería destinarse a los pequeños propietarios. Se ingenió cédulas hipotecarias extranjeras a cambio de exportaciones de café, aptas para cancelar obligaciones en los bancos hipotecarios nacionales.

“Aun cuando la situación del fisco ofrecía serias dificultades para que las disposiciones de la ley se llevaran a la práctica por parte del gobierno, aportando la cuota de capital que a este correspondía, el gerente de la Federación trabajó con todo empeño y tenacidad, moviendo todos los resortes a su alcance, hasta que se logró la creación de la institución, que empezó a funcionar primero anexa al Banco Agrícola Hipotecario, y luego como entidad autónoma, con el nombre de Caja de Crédito Agrario e Industrial, que por ley del año pasado —1933— se amplió al de Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero”. Desde los primeros balances de la Caja se ven sus beneficios: en el primer semestre de 1932 los préstamos llegan a \$ 1.270.230.00; en el segundo semestre de 1932, alcanza a \$ 1.467.501.97. En 1933, primer semestre, llega a prestar \$ 1.264.938, y se consolida la institución en el segundo semestre, cuando sobrepasa con mucho la barrera de los dos millones previstos inicialmente como capital, prestando \$ 2.384.941.85. Vio crecer Ospina la Caja hasta 1976. En 1977 los préstamos de la entidad superan los doce mil millones. La Caja Agraria llega a ser en breve una institución fundamental para el campesino colombiano. Lleva sus beneficios hasta el último rincón de la República. Su cartera estaba lo mismo en Cúcuta que en Pasto o Sincelejo en 1933. El café era el principal objeto de los préstamos, con 41.19% en 1934, seguido del ganado con un

33.04%, pero ya otorgaba préstamos para banano, trigo, caña y arroz.

Salido de la gerencia de la Federación, queda tan vinculado a ella que preside el Comité Nacional de Cafeteros. Lo remplacea Camilo Sáenz, el más compenetrado de su política, como que lo había sustituido en la gerencia en junio de 1931, cuando Ospina tuvo que viajar precipitadamente al Brasil para defender en São Paulo su inequívoca política de que Colombia no aceptaría intervención internacional en sus siembras, ni en la extirpación de sus plantas, ni en la cuota de sus exportaciones.

Abre sus oficinas de Ospinas & Cía. y se dedica con el mismo tesón a estudiar los problemas urbanísticos de Bogotá y a contribuir a su armonioso crecimiento. A nadie le niega que la compañía que dirige tiene fines ante todo comerciales, pero siempre insiste con sus clientes en la responsabilidad social de las urbanizaciones. Y a su oficina afluyen todos los días las consultas de gentes interesadas en las empresas de crédito que han nacido bajo su iniciativa o en las que poco a poco van superando la crisis y se atreven en nuevas ideas.

El mayor servicio desinteresado de estos años está relacionado con su profesorado universitario. La Sociedad Colombiana de Ingenieros lo llama a su presidencia. Se restaura la Universidad Javeriana, abolida desde que el rey Carlos III de España desterró a los jesuitas de sus dominios, y lo llama a la cátedra de economía industrial y administración. En la Facultad Nacional de Derecho dicta Economía Política y Estadística. En el Colegio Mayor del Rosario se le invita frecuentemente a dictar conferencias. Sus discípulos recuerdan aquellas clases magistrales, hoy despreciadas por muchos como metodología, pero en las cuales el profesor no se limitaba a transmitir la doctrina parapetado en su tarima, sino que mantenía la atención del grupo por medio de continuos ejercicios

en el pizarrón, muy adaptados a su auditorio, con buen ingrediente matemático cuando los oyentes eran capaces de seguirlo, y con relatos vívidos de sus experiencias cuando se trataba de estudiantes de derecho.

Fruto de estos años fueron las conferencias que circulan en copia por las universidades con el nombre de "Economía Industrial y Administración", librificadas en 1935 y publicadas en Editorial Minerva, S. A., de Bogotá, con el nombre "Economía y Administración". Es una obra de 237 páginas, precedidas de una introducción de trece más, con números romanos. No todo en ellas es completamente original, como es usanza entre profesores atareados. Según propio relato, algún capítulo fue tomado de la tesis de su colega, colaborador y grande amigo el doctor José María Bernal, sino que en el ajetreo de la copia se pasó por alto la cita, lo que bien podría haberlo hecho convicto de plagio.

Una de sus tesis centrales es la organización de estado mayor para la administración de las ferrovías y de las obras públicas, doctrina en que tanto había insistido como parlamentario y como ministro del ramo. Discute con acierto los sistemas de organización divisorial y departamental. Crea conciencia sobre la importancia de la estadística. Insiste principalmente en el aprovechamiento de la cooperación amplia y sincera del personal. A propósito de ello, tiene observaciones tinosas sobre descentralización y delegación, sin descuidar la supervisión.

Entre sus grandes doctrinas sobresale la preocupación por la eficiencia. "En Colombia —dice— no estamos trabajando ni siquiera con el treinta por ciento del rendimiento que pudiéramos dar. Y esta ineficiencia se extiende desde los más altos puestos de la administración pública y de las empresas particulares, hasta el trabajo de los

empleados de distinta categoría y de los más humildes peones y obreros. (...) ¿Nos hemos detenido acaso a pensar en la cantidad de millones que desperdiciamos cada año, cada día y aun cada hora, por la ineficiencia de nuestro trabajo nacional? ¿Hemos, al mismo tiempo, imaginado que el asunto de los salarios bajos y de los sueldos insuficientes, y en consecuencia del bajo standard de vida de nuestras gentes, tiene mucho que ver con la falta de eficiencia en el trabajo de empleados u obreros y con la incapacidad administrativa de gerentes, directores y empresarios?

"Estos asuntos se rozan íntimamente con el problema sanitario y con la enseñanza primaria. Las tres cuestiones: campaña de sanificación, orientación práctica de la enseñanza primaria y manejo científico del trabajo, marchan paralelamente y tienen una trascendencia definitiva en el porvenir de nuestro pueblo y de nuestro país".

Siguiendo la doctrina de Fayol, Ospina presenta un cuadro sobre las capacidades necesarias en las distintas categorías de los agentes.

Copiamos los extremos, que son las diferencias entre un obrero y un jefe de Estado: las capacidades administrativas del obrero son un cinco por ciento y las del jefe de Estado son un 60%; las técnicas son un 85% en el obrero y un 8% en el presidente de la República; las comerciales son inexistentes en el trabajador raso y de un 8% en el primer magistrado, las financieras no las requiere el obrero, y alcanzan al 8% en el jefe de la administración pública, las de seguridad han de ser de un 5% en la base y de un 8% en la cúspide, y finalmente las de contabilidad se requieren en un 5% en el simple laborador y de un 8% en quien rige los destinos de un país. Por más teóricas que fueran estas exposiciones indican a

las claras que Ospina Pérez se preparaba ante todo como administrador, dejando el fuerte de la técnica a los ministros (10%), a los gobernadores (15%), a los directores de establecimientos (15%), a los jefes de servicios técnicos (30%), para los jefes de departamento (30%), para los jefes de taller (45%), y para los contra maestres (60%)

La mayor obligación técnica la exige y reconoce en el obrero manual que como ya hemos dicho ha de tener un 85% de esta capacidad.

Cortés de  
FERNANDO OSPINA HERNÁNDEZ



## XVIII

### LA SEGUNDA CANDIDATURA

Durante el gobierno de Olaya el conservatismo perdió sus mayorías en el Congreso y con ellas la última ilusión de ser mayoría. Aunque sin duda intervino en algo el fraude, que también era habitual en los períodos conservadores, y no estuvo ausente la violencia, principalmente en los Santanderes y en Boyacá, lo cierto es que las mayorías colombianas eran gobiernistas. El gobierno era el único empleador de importancia, y los empleados públicos votaban, como todavía lo hacen, por la continuidad en sus empleos. Quienes perseveraban en ser conservadores eran sistemáticamente retirados del servicio público, y todos los que se iban por propia voluntad eran naturalmente sustituidos por liberales. La desmoralización de las masas conservadoras había llegado a la cima cuando regresó de Alemania Laureano Gómez y, sin otra arma que su verbo de fuego, se dio a la tarea de hacer germinar una mística. No sería propio decir que restauraba una mística anterior, pues en el poder ya se había desgastado año tras año a lo largo del siglo.

La abstención fue una de las técnicas empleadas. Laureano Gómez era un táctico de medidas heroicas y no de las obvias. En lugar de dejarse contar en un debate para la presidencia de la República en que el conservatismo estaba fatalmente perdido, mejor era hablar hasta la sa-

ciudad en "El País" y luego en "El Siglo" del fraude y la violencia. Como presidente del Congreso dio posesión con un elevado discurso a su antiguo amigo y compañero de oposición a Suárez, Alfonso López, para negarle al mismo tiempo toda colaboración política de su partido. A renglón seguido ordenó al conservatismo no acercarse a las urnas para las corporaciones públicas, y dejó así, íntegra la responsabilidad política a los liberales.

Muchos conservadores se hicieron la ilusión de que las mentes liberales eran incapaces de gobernar solas al país. Hubo en realidad inenarrables trastornos. Pero López respondió con denuedo e intrepidez. Hombres jóvenes como un juez de Chaparral o un periodista retirado de los estudios de derecho fueron haciéndose hombres públicos famosos, y son Darío Echandía y Alberto Lleras Camargo.

Mientras los conservadores celebraban con alborozadas manifestaciones públicas los cincuenta años de la constitución de 1886, los liberales en su congreso homogéneo se alistaban a reformarla desde sus bases. Aquí y allá caían algunos jóvenes conservadores en sus enfrentamientos con la policía y eran exaltados como mártires. Tal ocurría en Medellín, por ejemplo, bajo el verbo inflamado de Serrano Blanco: hijo del jefe conservador Pedro Celestino Arango, fue abatido por las balas.

La fundación de la falange española, la muerte de Primo de Rivera y por fin la guerra civil en la Península, dotaron al conservatismo de un idioma de lucha lleno de emotividad y de novedad. Una parte del conservatismo, la juvenil, tuvo una innegable proclividad al fascismo. Se llamaba el Haz Godo. Los más adultos adoptaron un símbolo que fue la Cruz de Malta. Los jefes caldenses, cuya oratoria encendida hacía que ya se hablara de los grecocaldenses, pensaron en fundar un partido de derechas y le dieron el nombre calcado de la facción española, de Nacionalismo. Augusto Ramírez Moreno y los demás leopardos ilumina-

ban al país con su pirotecnia retórica. La luminotecnia conservadora en materia de bellos discursos excedía, sin duda, la capacidad liberal. Pero en el fondo todos ellos eran parlamentarios cesantes. La abstención fatiga a los políticos.

Empezado noviembre de 1937 Silvio Villegas, como director de "La Patria", de Manizales, comienza el apremio como editorialista y por medio de la radio para que el conservatismo lance candidato propio.

De inmediato le hacen eco en "El Colombiano", de Medellín, dirigido por Fernando Gómez Martínez. El gerente y copropietario es Julio C. Hernández, cuñado de Ospina.

El nombre del candidato es un secreto a voces. El propio Silvio Villegas suelta el nombre de Ospina Pérez, y los escritores y oradores del partido se despeñan en catarata desde su represa largamente contenida.

Después de Silvio Villegas, en una serie de conferencias por Radio Manizales, corresponde el turno a Gilberto Alzate Avendaño. Ya lo llaman "joven capitán derechista" a quien más tarde el país conocerá con el grado de mariscal. "Vivir no es yacer" exclama. Veamos un par de párrafos de la conferencia de Alzate. En el primero enjuicia a Laureano Gómez por la abstención electoral: "Al examinar la abstención en sus causas y efectos, hay que convenir en que si el abandono de las urnas no tenía encubiertos móviles subversivos, era un paso insensato, algo semejante al harakiri de los japoneses, que se suicidan en señal de protesta. Parece desconcertante que a la abstención no hayan seguido siquiera ciertos modos de represalia civil, como la huelga de impuestos. El balance del experimento no puede ser más catastrófico. Se le ha dado vía libre a la revolución de izquierdas para que invada el estatuto jurídico del país y se instale en la historia sin ningún contrapeso. El conservatismo va quedando en las afueras de la vida nacional".

Además de plurales alusiones al fascismo y a la guerra española, Alzate se detiene en la estampa del candidato: "Frente al caos, las fuerzas nacionales alzan como guión el nombre de Mariano Ospina Pérez, un varón de alta preza, cuyo dominio de los negocios públicos no encuentra rival entre los colombianos vivos. Pudiera decirse de este descendiente de un linaje presidencial que su árbol genealógico se confunde con el de la República. Es la suya una familia de eupátridas no en el sentido de la oligarquía, sino de vida esforzada y noble. Sus mayores siempre intervinieron en los destinos colombianos. Basta citar a Pedro Nel Ospina, cuya dimensión humana se halla fuera de moldes, porque la naturaleza no produce titanes en serie.

"El general Ospina es el héroe en su original significado, por haber roto los ritmos habituales y colmado el contorno histórico de sí mismo".

El candidato liberal original, con opción incomparable, era Enrique Olaya Herrera. Murió como embajador en el Vaticano. Las gentes hablaron hasta del veneno de los Borgia en discursos llenos de dolor, como ante la tumba de Uribe se afirmó que lo había asesinado Concha, o como más tarde se diría tantas veces que Ospina había hecho asesinar a Gaitán. Pero quedó en firme una tarjeta del expresidente dirigida a Eduardo Santos: "Como te lo he dicho y deseo reiterártelo, mi candidato eres tú". Hábil en publicidad como no había otro en Colombia, el director y propietario de "El Tiempo" multiplicó por centenares de miles la tarjeta de marras, y contra ella nada valieron los esfuerzos de Carlos Uribe Echeverri, primero en el parque Bolívar, de Medellín, al conocerse el fallecimiento del embajador, y más tarde en el Teatro Consota, de Pereira. Santos fue el candidato del liberalismo. Sobre este rival dice Alzate:

“Si el doctor Eduardo Santos conoce los problemas colombianos de oídas, en cambio Mariano Ospina Pérez ha estado sumergido en ellos, sufriendolos y resolviéndolos. Las industrias vitales, como el oro y el café, le deben su salvación y su auge. En su carácter de ministro de obras públicas, en el antiguo régimen, planteó la cuestión del desarrollo vial del país como un técnico y no como un dilettante. Para evitar la sangría fiscal en carreteras y ferrocarriles improductivos y paralelos, construídos con alto costo y sin ningún plan de estrategia económica, quiso establecer una organización de estado mayor, una asesoría de especialistas, unos consejos nacionales de vías y ferrovías. Dichos cuadros habrían podido resolver los complejos asuntos pendientes y restringir el despilfarro. Los egoísmos comarcanos, sin visión de conjunto, derrotaron los respectivos proyectos de ley. Entonces Ospina Pérez abandonó el despacho ejecutivo para no ser cómplice de una gestión inepta”.

Eliseo Arango, Manuel Mosquera Garcés y Ernesto Martínez Capello, formaron una organización con Silvio Villegas y Fernando Gómez Martínez para orientar la publicidad en Bogotá y se dispusieron a fundar en la capital un periódico ospinista.

Las adhesiones llueven de los municipios. El alto comando de la Acción Nacionalista Popular, que se considera el único centro de las derechas en el país, proclama la candidatura, repitiendo la consigna española atribuída aquí, por importación, a Silvio Villegas: “No hay enemigos a la derecha”.

Según “El Colombiano”, el 20 de noviembre de 1937, la candidatura es mirada con simpatía por amplios núcleos del liberalismo. “Repetimos —concluye el editorialista— que son propicias las circunstancias para una acción política eficaz. Todo milita a favor nuestro. Pero, como en los

grandes momentos de la historia, los minutos son preciosos, y dejarlos transcurrir equivale a perderlos. El partido conservador espera la voz de los jefes. Su sentido de la disciplina, que hace parte de su ser, le impone sofrenar sus anhelos hasta tanto que aquellos lo manden. Pero eso mismo hace pesar sobre los jefes, para que la historia se lo demande, una tremenda responsabilidad”.

Santos tenía interés en que hubiera un candidato conservador. Consideraba segura su victoria, y más lucida con un contendor. “El Tiempo” recibió así con inusitada benevolencia al candidato de la oposición.

Enrique Santos Montejó, el célebre “Calibán”, hermano del candidato liberal, se hacía lenguas hablando de la preparación y honestidad de Ospina. Laureano Gómez llegó a decir que “El Tiempo” tenía dos candidaturas: “Si triunfa el primero, ganancia neta, porque se trata del propietario de ‘El Tiempo’; si triunfa el segundo, ganancia neta, porque el periódico se hará pagar el apoyo. Como eso quiso el doctor Laureano Gómez en otras ocasiones, según afirman los directoristas, pero el amigo lo engañó, fácil le queda pensar y hacer decir que los demás quieren lo mismo”. El comentarista de “El Tiempo” termina insultando a Laureano Gómez por la similitud de apellidos con Juan Vicente Gómez: “Y por eso —concluye— porque estamos seguros de infligirle una derrota estruendosa, el doctor Laureano Gómez es el segundo de nuestros candidatos”. De la parte conservadora llovían asimismo los denuestos contra Laureano Gómez. “Ingeniero destructor” le llamaban, en contraposición al ingeniero constructor, Ospina Pérez.

Este, en tanto, mantuvo la más absoluta discreción. Se habló naturalmente de convocar la convención.

A la hora de la verdad, se midieron los prestigios. Laureano desautorizó toda la armazón fascista del Haz Godo

de los jóvenes y la Cruz de Malta de los mayores. Insistió en la abstención electoral. El movimiento nacionalista dejó de aspirar a ser un partido aparte. Los leopardos, uno tras otro, fueron restableciéndose a la que llamaban "disciplina para perros" y Ospina demostró una vez más la taumaturgia de su silencio y la perseverancia en su esperanza.



## XIX

### UNA CIUDAD UNIVERSITARIA A CREDITO

De aquellas épocas heroicas quedaron hechos positivos. Uno fue la fundación, en Medellín, de la Universidad Católica —hoy Pontificia-Bolivariana—. En sus orígenes humanos tiene alguna conexión con la actitud heroica de los conservadores. Los estudiantes conservadores de derecho en Medellín madrugaban a entrenar militarmente en campos vecinos bajo el comando del profesor Alfredo Cock Arango, de quien aseguraban que había traído de Alemania un chaleco antibalas, réplica contemporánea de la cota de malla. Tenía este la idea de fundar una universidad. Coincidió su proyecto con otro más serio, orientado por el padre Germán Montoya, con la secretaría del joven abogado Alfonso Restrepo Moreno. Cock cedió su ilusión para que la otra progresara. Pero un buen día se encontró acusado de conspirador en el Senado. El cargo saltó a la directiva de la Universidad de Antioquia, que pretendió exigir al profesor de Derecho Romano y de Internacional Privado, un extravagante juramento de fidelidad al régimen.

Ello suscitó el retiro de Cock, la solidaridad de sus colegas conservadores de la facultad y la de medicina, y la separación, con cancelación de matrícula, de sus discípulos conservadores. Iban estos de aquí allá por las redacciones de los periódicos cuando lo encontraron en la calle

y lo hicieron perorar. Lo llevaron a que dictara su primera clase de la nueva universidad. Se fueron donde el hombre rico de entonces, don Alejandro Angel, y obtuvieron el préstamo de unos locales disponibles situados en el peor barrio de prostitución de entonces, Guayaquil. Allí nació la universidad heroicamente.

Arrancaron los muchachos un decreto fundacional del arzobispo Salazar y Herrera, y el nombramiento de un rector experimentado, magnífico si los ha habido, el sacerdote Manuel José Sierra. Al año siguiente Sierra obtuvo en préstamo el local del antiguo seminario de Medellín, desalojando, mal de su agrado, la nueva Escuela Normal de Señoritas, fundada también por la curia, a la que hizo trasladar a la antigua institución "La Gota de Leche". Con una aguerrida junta económica se dispuso a construir local propio. Llegó a conseguir la cesión de una vieja casa de ejercicios. En 1937 fundaron una comisión financiera en Bogotá: Esteban Jaramillo, Jesús María Marulanda, Francisco de Paula Pérez, Mariano Ospina Pérez y Carlos Gómez Martínez. La flor y nata de lo que más tarde sería llamado desdeñosamente los bogoteños.

Los comisionados de Bogotá empezaron sus reuniones con gran actividad. Su nómina, hoy que todos han desaparecido, menos Carlos Gómez Martínez, puede apreciarse que no podía ser más excelsa. En un folleto publicado por la Bolivariana con motivo de los cuarenta años de su fundación, en 1976, llamado "La Fundación", podemos seguir paso a paso la evolución de cómo nació para una universidad privada sin recursos, una ciudad universitaria simultáneamente con la de la Universidad Nacional, que contaba con todos los recursos del Estado y el entusiasmo prioritario del presidente López Pumarejo.

Habían decidido hacer las construcciones fuera de la ciudad de Medellín. "Se aprecia que el proyecto era más bien pequeño quizás el de hacer uno o dos edificios (. . .)

La opinión cambió (...) en cuanto ese terreno debería tener una gran extensión que permitiera construir una ciudad universitaria y al mismo tiempo hacer una urbanización que sirviera como sistema de financiación de la misma universidad. La idea partió del Comité de Bogotá. Monseñor Sierra escribió desde Bogotá el 10 de junio de 1937 al señor (arzobispo) Salazar, y le dice: "El objeto de esta es pedirle que obtenga de la Junta Económica la detención de todo contrato de compra de terrenos o designación del mismo. La razón de esta es que el proyecto de bonos territoriales se funda en que el terreno en que haya de ser edificada la universidad debe abarcar no solo cien mil varas, sino doscientas o trescientas mil o más para utilizar una parte en el edificio y la otra en la venta de bonos. Esto lo explicaré mejor después. Opinan los mismos señores que no debe asustarnos el hecho de que la universidad vaya a quedar en un sitio un poco distante de la ciudad".

Ahí está Ospina Pérez de cuerpo entero. Era el urbanizador y propone la urbanización. Los bonos territoriales tienen también su sello, aunque más tarde perfeccionarán la idea hombres como Esteban Jaramillo y Gonzalo Restrepo Jaramillo. No cabe duda, pues, de que la idea de la ciudad universitaria de la Bolivariana tiene como su principal autor a Ospina Pérez. "En la reunión extraordinaria del 23 —de junio de 1937— el doctor Sierra informó sobre sus actuaciones en Bogotá, expresó el concepto del doctor Mariano Ospina Pérez, autor de los bonos territoriales, y expresó su deseo de que antes de comprar se trajese de Bogotá al técnico urbanista Brunner para que diese su concepto". Brunner efectivamente fue a Medellín, y le fueron confiados los estudios iniciales de la Bolivariana, para ser realizados por arquitectos nacionales. El resto de 1937, todo el año de 1938 y hasta el 2 de marzo de 1939 aparece Brunner, el candidato dado por el doctor Ospina y contratado luego por intermedio del exministro Jesús

María Marulanda, vinculado a la obra de urbanización y de construcción de la ciudad universitaria en todos sus detalles: suyos son los estudios aun el de la arborización de la avenida, que aún está pendiente de realización, y buena falta hace.

El 12 de octubre de 1937 el doctor Ospina Pérez recorrió palmo a palmo el terreno comprado para urbanizar, una extensa finca que fue de don Pablo Arango, en la fracción de Belén. Su idea inicial de los bonos territoriales había sido adicionada, y ahora se trataba de bonos culturales emitidos y respaldados por una anónima, la Sociedad Bolivariana. Ospina aportó una idea ya familiar para él en una urbanización bogotana, de emitir los bonos de tres clases, A. B. y C., como lo había practicado con éxito en sus actividades privadas, al urbanizar lo que antes se llamó el parque Calderón Tejada.

Tal vez la vinculación decidida a la Bolivariana le dejó más satisfacciones que su incoada candidatura presidencial de esa misma época.

## XX

### CON EL PRESIDENTE SANTOS Y SU MINISTRO LLERAS RESTREPO

El lunes 18 de octubre de 1938 se instaló el IX Congreso Nacional de Cafeteros, a las cinco de la tarde, en el salón de la biblioteca del Banco de la República en Bogotá. Algunos deploraron que volviera a reunirse en la capital, donde había sesionado en 1930, antes de terminar de dar la vuelta a todas las capitales departamentales. La razón parece haber sido que el doctor Eduardo Santos, tan recién posesionado de la presidencia de la República, no se había mostrado seguro de poder desplazarse de la capital, pero había accedido a instalar las reuniones si tenían lugar en ella. Ahí se encontraron Eduardo Santos, como presidente y Mariano Ospina Pérez como presidente del Congreso. Primer vicepresidente fue don Pedro Uribe, y segundo, don Alberto Camilo Suárez.

Había gran expectativa en el gremio cafetero. Las controversias muy sonadas de Ospina Pérez con el anterior presidente de la República, Alfonso López, habían tenido respaldo gremial indudable. Una prueba era su elección como presidente de este congreso. Era ello también una notificación al nuevo gobernante de Colombia. Con gran habilidad, Eduardo Santos, quien naturalmente fue el primero en hablar, se ganó la simpatía de muchos cafeteros mediante el reconocimiento de que los fondos pro-

cada uno de los factores esbozados por su excelencia serán estudiados detenidamente por este congreso. . . . No basta con que tengamos precios relativamente favorables en el exterior. Es preciso que nos ocupemos detenidamente en

cedentes del impuesto de giros eran de ellos y que se respetaría el contrato con la Federación. He aquí sus palabras al respecto:

“Tiene esa industria su mejor elemento de progreso en la Federación Nacional de Cafeteros, que muy merecida y sólidamente ha ido alcanzando la brillante posición que hoy tiene. Me parece que en vigorizarla está el camino para la eficaz y creciente defensa de la industria en todo sentido.

” . . . Dispone de recursos que legítimamente le corresponden y en ese sentido comparto íntegramente el concepto, —que no es un mero concepto sino un compromiso notarial emanado de una disposición legal— de que el producto íntegro del impuesto de giros debe entregarse a la Federación para que esta lo aplique a los fines que le son propios”.

A continuación Santos esbozó una política cafetera que coincidía exactamente con los tradicionales planteamientos de Ospina. Las gentes presumieron que este le había preparado, por solicitud presidencial, un memorando que el presidente vertió a su personal y excelente estilo.

La respuesta de Ospina Pérez fue entusiasta y no escatimó la discreta alusión a la independencia de los cafeteros frente al sector oficial, pero tampoco fue displicente en cuanto el apoyo que habían de prestar a la nueva administración.

“Las palabras con que su excelencia, en admirable síntesis, ha esbozado el programa de lo que deben ser las labores de este congreso, estoy seguro que serán tenidas en cuenta por todos y cada uno de los delegados. Es evidente que el hecho de que en el momento presente está la industria en una situación relativamente favorable, no quiere decir en manera alguna que descuidemos el prepararnos para cualquier contingencia en el porvenir. Todos y

cada uno de los factores esbozados por su excelencia serán estudiados detenidamente por este congreso. . . . No basta con que tengamos precios relativamente favorables en el exterior. Es preciso que nos ocupemos detenidamente en el costo de producción para que podamos en cualquier circunstancia hacer frente victoriosamente a nuestros competidores”.

Ospina había pensado no asistir a este congreso cafetero. Se tenía temor. Un hombre que había tenido respaldo político del gremio hasta rogarle que aceptara la candidatura presidencial, podía en un momento dejar traslucir alguno de sus sentimientos contrarios a la política cafetera de López y en alguna manera a la Federación. Sin embargo, se dejó convencer cuando fueron los cafeteros de Cundinamarca, más que los de su departamento, quienes insistieron en que fuera su delegado.

Ospina consideraba importante que se eliminara el impuesto de giros y se volviera al de exportación, esta vez en la cuantía de veinticinco centavos por saco, que daría suficientes recursos a la Federación y lo actualizaría por la devaluación de la moneda colombiana. En ello lo acompañaban su compatriota liberal, que tan buenos servicios le había prestado como embajador en el Brasil, Carlos Uribe Echeverri, y todos los notables delegados de Caldas, entre ellos los inmancables Francisco José Ocampo y Pedro Uribe Mejía.

Ya en plena intervención resolvió renunciar un poco a su modestia. Relató cómo Olaya Herrera le había pedido aceptar una cartera en el gabinete, y él prefirió seguir en la gerencia de la Federación. Habló de las campañas propuestas ahora por Santos, y que tanto habían brillado mientras estuvo al frente de la Federación: la sanidad ambiental, el salario justo para los cafeteros, el mejor precio interior y exterior del grano mediante propaganda en el país y en el exterior. Se detuvo en los Almacenes

Generales de Depósito. No eran una novedad. Los había fundado él y los había llevado hasta el número de veintinueve en la época de la mayor penuria en cuatro años. En los cuatro años siguientes apenas habían fundado cuatro más.

La prensa tituló como si se tratara de una censura a la Federación, por más que la presentación dada por Ospina era dizque una defensa de ella.

No hemos dicho que Ospina se había retirado del Comité Nacional de Cafeteros "pensando que su presencia en esa institución es un estorbo a los planes proditorios que se empeña en realizar el presidente López", según comentario de la prensa de entonces. Efectivamente, se planteó la lucha entre la Federación, que defendía el impuesto de giros, y las delegaciones de Caldas, Antioquia y Cundinamarca, capitaneadas por Ospina. El asunto llegó a mayores. Hubo de intervenir el joven ministro de Hacienda Carlos Lleras Restrepo. Se llegó a una transacción: el impuesto de giros regiría solamente hasta el 31 de julio de 1939. "En este campo —declaró Ospina para la prensa— uno y otro grupo cedieron de sus puntos de vista a fin de llegar a un acuerdo que pusiera fin al debate".

Pero lo fundamental era la promesa de que el gobierno, dotado de atribuciones extraordinarias, no prolongara por más tiempo el impuesto aquel, que los cafeteros miraban como su peor enemigo. Al respecto declaró Ospina: "En cuanto a la segunda parte de la cuestión, es decir, a la desaparición del impuesto de giros en forma definitiva, tanto como recurso fiscal o como entrada a la Federación, a partir de julio próximo, el triunfo sí fue completo e indiscutible en favor de quienes combatíamos denodada y tenazmente este impuesto, inequitativo y anticientífico, triunfo que proclamó paladina y elocuentemente el ministro de Hacienda, doctor Lleras Restrepo, quien estuvo de acuerdo en esta tesis con las delegaciones de Caldas,

Cundinamarca y Antioquia, haciendo notar que él había opinado desde hace algunos años en contra de este gravamen, como impuesto estable y permanente. Esto es para mí la parte más fundamental de la cuestión y sobre ella versó principalmente el intenso debate de la última semana, llevado a cabo en el Congreso Cafetero. Ante la increíble vitalidad de este monstruo fiscal y la lucha que desde hace cinco años venimos librando contra él los cafeteros del país, será interesante algún día reseñar la historia de su exterminación en un folleto que pudiera titularse "De cómo matamos el impuesto de giros", y que seguramente sería tan sensacional como el célebre libro del Príncipe Yusupoff "De cómo maté a Rasputín".

Al clausurar el congreso, destacó Ospina que la Federación quedaba dotada de un presupuesto de dos millones y medio de pesos, ocho veces mayor que el que tenía en tiempo de su gerencia: "Yo dije en una de las sesiones que cuando se hiciera la historia de los Congresos Cafeteros se denominaría al IV Congreso reunido en Bogotá a fines de 1930 'el congreso sabio' ya que él puso las bases de todo lo que se está haciendo hoy. Y me atrevo a calificar el noveno congreso cafetero que acaba de clausurarse, con el nombre de 'El congreso restaurador', porque él ha vuelto a revivir y a implantar las actividades y los propósitos de la primera época de la Federación".

Tenía así el doctor Ospina su manera de hablar de sí mismo y de su obra como quien no quisiera la cosa.



## XXI

### EL PRESIDENTE

Los diputados de Antioquia, como era lo previsto en las normas constitucionales, lo hicieron senador, y los conservadores de Bogotá lo hicieron concejal. Veinticinco años llevaba Ospina Pérez en las corporaciones públicas cuando Julio Abril, periodista a la sazón de "El Siglo", le preguntó cuál había sido su primer discurso parlamentario. "Todavía no lo he pronunciado", declaró. Sabía que su voz tenía pocas vibraciones.

Su imaginación estaba atada por las ideas. Daba gran importancia a la precisión en los conceptos, lo que le restaba todo vuelo oratorio. Se había empeñado toda la vida, en lo público y en lo privado, en no murmurar contra el prójimo, lo que lo inhibía para formular cargos contra ningún funcionario público, pues carecía de pruebas plenas.

Era, pues, el otro lado de la medalla de Laureano Gómez. Ninguna voz ha sorteado la gama toda de las modulaciones como la suya. Nunca el capitolio colombiano ha temblado desde sus cimientos como bajo el peso de sus oraciones incomparables. Nadie ha convocado tales emociones de amor o de repulsa como este verbo incandescente, robusto a la vez por la fuerza de su argumentación y por el peso de sus pasiones.

Por razón de Ospina en el parlamento, nunca fue trasladado un gendarme. Laureano Gómez hizo renunciar presidentes, demolió gabinetes, trastornó mitras, hizo retirar de la vida pública a quienes se creían poderosos, derribó cortes de justicia, enmudeció a los tribunos del parlamento, avergonzó a quienes aparecían como immaculados, ridiculizó a los pedantes con fortuna. Darío Echeandía afirmaba que el jefe de la oposición era quien de veras gobernaba al país.

Ospina, en cambio, trasladó al parlamento su cátedra universitaria de sabiduría y de modestia. Nadie lo odiaba, es cierto. Todos lo admiraban, pero por él nadie expresaba apasionadas manifestaciones de adhesión, pues parecía que ellas hirieran su idiosincrasia. No faltaba quien lo tildara en momentos vehementes de flemático, y aun de liberalizante e inductinario, sí no de medroso y frío. Así era evidente que el conservatismo disponía de dos grandes hombres contrastados, cada uno dotado de todas las virtudes que al otro aparentemente pudieran faltarle: excesivo quizás Ospina en la prudencia, sobrado quizá Laureano en el arrojo. Aparentemente impasible el uno, espectacularmente irascible el otro. Silente Ospina, temerario Laureano. Considerado hasta el extremo de la cortesía Mariano, implacable hasta el límite de la osadía Gómez. El más atrevido creador parlamentario y el más moderado conferenciante.

Laureano había creado en el conservatismo la decisión del poder. Ospina Pérez el sentido de la moderación. Pero ambos cada vez más tendían a la unión por bien del partido. Muchas veces por esta época tuvo que morderse los labios Laureano para no desatarse en injurias contra Ospina. Otras tantas tuvo Ospina que ejercer su inveterado hábito de silencio, adquirido desde la infancia, para obedecer disciplinadamente, reservándose muy hondo su sentido crítico.

Laureano logró por fin convencer el liberalismo. Su inclemente campaña contra el segundo gobierno de López Pumarejo, quien lo había derrotado en su coalición con Arango Vélez, privó del respaldo parlamentario al presidente. Lo dejó sin piso, según frase del maestro Echandía que desde entonces quedó incorporada a nuestro idioma político.

No bien se había anunciado la renuncia de López cuando el pensamiento conservador volvió a poner sus ojos en Ospina. El 19 de marzo de 1944 Carlos Vesga Duarte editorializó en "El Colombiano", de Medellín: "Mariano Ospina Pérez es este varón" —dice—. Y agrega: "Desde todos los rincones colombianos su nombre sube hasta las altas zonas dirigentes del conservatismo para señalarlo como destinado a servir de símbolo a una gran campaña nacional que restaure los fueros de la decencia administrativa abolida; que dentro del sentido del orden restablezca el equilibrio del trabajo colombiano sin extorsión para los industriales ni mera palabrería demagógica para los obreros; que en el terreno internacional sepa aprovechar las pocas oportunidades que nos quedan como suscitadas por la guerra y no aprovechadas en forma ninguna por el régimen actual para el desenvolvimiento de nuestras industrias y el engrandecimiento de nuestro ejército, que devuelva a la justicia colombiana su augusta imparcialidad y respetabilidad de otros días, y que, en fin, dé el vuelco de fondo indispensable, sagaz y duradero a toda esta situación indefinida y caótica a que el Estado colombiano ha sido llevado en los últimos años". ¿Y por qué no Laureano Gómez? Su pensamiento filosófico era más profundo. Su estilo más acabado. Su imagen más atrayente. Su labia más convincente. Hubiera despertado a votar al más dormido de sus copartidarios. Sí. Pero también era el único capaz de unir a los liberales. La candidatura de Laureano Gómez hubiera exhibido tal dramatismo que Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, o al

menos uno, hubieran huído despavoridos. En torno al periodista de La Capuchina se había creado un mito. Cada salida suya era temida por el liberalismo como la de los espectros que aparecen en determinado punto de las veredas. Nadie se empeñaba en refutarlo sino en odiarlo. Nadie quería combatirlo sino huirle. Nadie pensaba en desprestigiarlo sino en temerle. Hubiera hecho el milagro de unificar al liberalismo, pues en lo único que coincidía todo ese gran partido era en su antilaureanismo.

La historia de Vásquez Cobo y Valencia se repitió en Turbay y Gaitán con la misma rutina con que en la naturaleza y en el laboratorio se duplican los fenómenos físicos. Lejos de aceptar a la historia como maestra de la vida, la soberbia humana la reduce a la fatalidad de la historia natural. En la pluralidad de candidatos cada uno da por cierta su victoria. Cada cual está seguro de encarnar la legitimidad. Cada uno es el salvador de su patria y de su partido, mientras el adversario encarna el caos y el deshonor. Antes de perderlos, Jove los enceguece. Si se pensaba en función de partido, Laureano Gómez era el candidato incuestionable. Si se meditaba en función de triunfo, el posible era Ospina. Laureano Gómez tuvo el acierto de verlo con mayor claridad que nadie. Contra toda la fuerza de adhesión de su partido, Laureano tuvo la humildad de señalar a Ospina.

Fue conmovedor para todos los colombianos ver humilde, no humillado, a Laureano Gómez.

En toda la historia de Colombia ha habido pocos actos de abnegación comparables. Bolívar al llegar del sur rodeado de poder dejó encargado de él al jefe de sus adversarios en un esfuerzo supremo por salvar a Colombia. Los generales curtidos en la guerra lloraron en su presencia.

Las gentes conservadoras y liberales no daban crédito a sus propios ojos al ver en la primera plana de "El Siglo",

el 25 de marzo de 1946, la noticia de la proclamación de Ospina Pérez. Todo se cumplió la noche anterior, como lo dispuso el jefe único. Naturalmente la convención unánime proclamó la candidatura de Laureano Gómez. Una comisión fue hasta su casa a que pasara al Teatro Colón a recibir su investidura. El jefe nato la declinó con pocas palabras y rubricó la candidatura de Ospina Pérez. Todo tenía la solemnidad de un rito. Informó la comisión su resultado previsto. La convención, el directorio, el partido acataron la orden del jefe. Ospina fue proclamado por unanimidad. Lo ungieron Esteban Jaramillo y Guillermo León Valencia. El candidato leyó su discurso de aceptación:

“Me compromete y abrumba esta exaltación inmerecida —dijo Ospina— hecha por la espontánea voluntad de una asamblea que representa no solo a un partido, sino a un ferviente anhelo de la Nación, sostenida por el prestigio y la autoridad de Laureano Gómez, varón consular, que ha librado las más insignes batallas por la libertad, por la justicia y por el decoro de la República y que con gesto de desinterés sin medida ha añadido un nuevo pedestal a su grandeza...”.

Cumplía así Ospina Pérez no con un deber de cortesía, sino con una expresión de gratitud nacida de lo más profundo de su alma. Elogiar o mencionar siquiera a Laureano Gómez era peligroso para su causa, pero un hombre cuya nobleza era indudable no hubiera podido dejar de hacerlo, así se derrumbaran todas las esperanzas. En adelante la gratitud de Ospina y el mismo entusiasmo de Laureano habían de ser sobrios. Días después, entre los discretos actos de la campaña electoral, don Ricardo Holguín, heredero de otra de las maravillosas dinastías colombianas, ofreció un almuerzo en honor de Gómez y Ospina. Todos hablaron y Laureano dijo: “No podemos ser derrotados porque pocas veces se ha acertado en una

forma más precisa y porque nosotros en este momento no tenemos más que un elevado y generoso espíritu patriótico, no estamos pensando sino en Colombia y hemos ido a la lucha con la mente serena, sin odios, sin intransigencias, movidos exclusivamente por nuestro amor a la patria”.

¡Qué contenciones hay en este contenido!

Era la inmolación de toda una vida, la más arriesgada, en bien de la patria. No ciertamente por amor a un amigo, ni por sentirse menos que el escogido.

La campaña fue espléndida, como planeada, dirigida y ejecutada por dos exactos ingenieros. Nadie volvió a hablar del partido conservador sino de la Unión Nacional. No hubo candidato conservador sino candidato nacional.

Al aceptar su candidatura en el Teatro Colón, después de la frase laudatoria a su bienhechor y el autor de su candidatura, Ospina diseñó su perfil, toda la vida ansiado y esperado, de presidente de los trabajadores. Y ello en el sentido conservador de que tan trabajadores son los empresarios como los asalariados.

Este Laureano Gómez, desconocido hasta entonces por la mayor parte de sus conciudadanos, sacrificado por el bien común hasta el colmo de la humildad, es quizás el más auténtico de cuantos pueden verse desde sus ángulos innumerables, es el mismo que aparecerá inequívoco en Benidorm, no ya con el émulo de sus copartidarios, sino con los más encarnizados de sus enemigos.

Surge el nombre de Alberto Lleras Camargo, quien ejercía la presidencia de Colombia desde el 7 de agosto de 1945. En la proclamación hecha por Esteban Jaramillo en esta memorable convención del Colón dijo: “El poder público que solo es justo cuando se consagra

al bien general, dedicado luego al servicio de un partido fue la sombra funesta que quitó a Colombia el lustre maravilloso de libertad y de orden que supieron darle sus fundadores. Pero un día, en lo más enconado de la contienda, las vicisitudes de la historia tomaron a un aguerrido y tenaz adalid, y sacándolo de lo más tenebroso de la reyerta lo encumbraron donde las enseñanzas del Libertador están más vivas y nunca debieron ser olvidadas. Su juventud y su inteligencia clarísima, su alma limpia de codicia, le permitieron percibir el hábito de inmortales propósitos que Bolívar creara y que supieron obedecer los mejores gobernantes de la República. Cortando sectarias ataduras, supo comparar la magnificencia de la República ideal, madre de todos, con el turbión del espíritu exclusivista y tiránico. Escogió lo primero. Restauró la olvidada tradición de Bolívar. Modificó el ambiente. Por eso mis primeras palabras —y hablando no como hombre de partido, sino como colombiano dispuesto a exaltar el mérito y la virtud donde se hallan— son para rendir un tributo de admiración y de agradecimiento al presidente Lleras Camargo que limpió el campo y nos restauró la patria”.

El país estaba acostumbrado desde muchos años atrás a los más detonantes epítetos y a los más disonantes agravios. Para el pueblo era eso la política. Abierta esta ventana de la Unión Nacional, una onda refrescante de amor entre los colombianos empezó a colmar la literatura política del conservatismo. Ni una palabra ligeramente descompuesta para el adversario. Ellos mismos, los liberales, se encargaban de agotar el vocabulario de la befa. Turbay tenía que hacer frente al incontrolado y tempestuoso Gaitán y no le quedaba tiempo ni espacio para el benigno Ospina. Gaitán se empeñaba en denostar al país político, a las oligarquías, y nada podría argüir contra tesis indudablemente bondadosas.

Uno de los aciertos de Ospina en su comunicación con las masas era descender frecuentemente al tono coloquial hasta hacer sentir al oyente que le estaba musitando una confidencia. Muy pocos políticos obtienen este logro. Luego de la ya transcrita y comentada loa a Laureano, dijo al aceptar su postulación:

“Haciendo un análisis retrospectivo de mi vida a fin de indagar las causas posibles de esta designación, sólo he podido encontrar, fuera de la benevolencia de los miembros de la Convención y de los copartidarios abnegados que acogen mi nombre, el acento profundamente patriótico con que he procurado plantear los problemas públicos, mi afán porque las soluciones que el país necesita sean realizadas con un criterio colombiano muy por encima de las circunstancias de partido”. Un poco antes había dicho: “Con la más profunda sinceridad os digo que nunca pedí ni solicité ni busqué este máximo honor”. No lo pidió ni lo solicitó ni lo buscó. Pero lo esperó, lo preparó y lo halló. Es como si el honor lo hubiera buscado a él. Porque lo merecía. En una vida de cincuenta y cinco años nada había hecho que pudiera llamarse menos digno de un jefe de Estado. Todas sus actividades habían sido encaminadas a llegar aquí.

Habló de su padre. Cómo habría podido olvidarlo. Y hablar de él era hacerlo del trabajo: “Mi candidatura, por lo tanto, tiene ante todo esta significación: apoyo y protección a los trabajadores colombianos”. . . . “ya que a sus filas pertenezco, de sus filas salgo en este momento, y a sus filas espero retornar”.

Ospina hablando de trabajo es un filósofo: “Ve en el trabajo y en quienes lo ejecutan una actividad esencial para el sostenimiento y dignificación de la vida y para el progreso de los pueblos y tiene un profundo sentido moral e intelectual que quizá no haya sido escudriñado todavía

en toda su extensión". A renglón seguido, sin respeto humano, pregona su adhesión a las orientaciones de la Iglesia, como fiel católico que fue siempre: "Afianzo estas razones en las enseñanzas sapientísimas de los romanos pontífices, que, como siempre, orientan a la humanidad en las horas confusas y le señalan las rutas de salvación y de esperanza".

Ospina hizo planteamientos serios sobre el trabajo. Desde ahí impuso el sello a su campaña relámpago, que había de ser de pensamiento, ya que un desbordamiento pasional cualquiera hubiera sido suicida. Como de costumbre hizo autobiografía. Habló de su paso por la Federación. Dijo que "con muy escasos recursos se hizo, en aquel entonces, el primer censo cafetero y en realidad tal vez, el único de carácter agrícola existente entre nosotros. En ese estudio se encontraron datos importantísimos, tales como la gran democratización de la propiedad cafetera colombiana; las cifras mostraron que de las 149.348 propiedades cafeteras que había en aquel entonces, cerca de treinta mil, es decir, más del 80% eran fincas menores de cinco mil árboles, en otros términos, constituían lo que se llama la pequeña propiedad". ¡Siempre el catedrático con sus estadísticas!

Pero cuando se trataba de política era rotundo: "Los gobiernos de partido están proscritos. El sectarismo no puede seguir enseñoreando el gobierno de la Nación, so pena de disolvernó en el caos y la anarquía. Todos los hombres de buena voluntad serán los naturales colaboradores del gobierno de unión nacional que voy a presidir si la victoria nos acompaña"... "Creo que le presto un servicio al país —dijo más adelante— tratando de que esta aspiración a la unidad nacional se acreciente cada día más hasta convertirse en una inquebrantable institución. El poder no es un premio, sino un sacrificio para quienes como yo,

entienden que no se puede aceptar sino con un ánimo de servicio”.

Durante la campaña y más aún, a raíz del 9 de abril de 1948, Ospina llegó a hacerse un orador bastante bueno. Hasta su proclamación dudaba mucho, y con razón, de su elocuencia. Momento grandioso de un país que escogió a un mal orador rodeado de los mejores que ha dado en su historia: un Laureano Gómez y un Jorge Eliécer Gaitán, un Gabriel Turbay y un lector y locutor incomparable, Alberto Lleras Camargo. Tan honda tenía su conciencia de inferioridad oratoria que había de disculparse así en el momento más grandioso y en la oportunidad mejor de su vida: “Rompiendo una costumbre tradicional en que los discursos de esta índole han sido siempre una especie de vastos frescos literarios en que se hace sentir la abundancia de la retórica, yo he tratado de hacer algo sencillo, claro y concreto. Quizá mi formación intelectual apta para las ecuaciones, me impulsa a ello: en materia de programas prefiero el lenguaje que podría llamar matemático, simple y exacto, a los sonoros y relucientes adornos de las cláusulas”. Al fin de la conferencia de estadística y estadígrafo procuró sin embargo, como otras muchas veces lo hizo, dejarse llevar un poco de la lírica en tono de proclama: “Yo invito a todos los hombres de trabajo —concluyó— a que me acompañen en esta cruzada; a los del mar y la montaña, a los de las ciudades y los campos, a los que ejercitan la inteligencia o movilizan los músculos, a los empresarios y a los empleados, en una palabra, a los colombianos en quienes no ha muerto la esperanza de redimir a la patria. A esta Patria nuestra que tiene sus raíces en la historia y que llevamos encendida en la sangre e iluminada por el espíritu”.

Iniciada este 24 de marzo, la campaña electoral de Ospina Pérez duró poco más de un mes, pues las leyes disponen

cerraría con anticipación, y la elección tuvo lugar el 5 de mayo, no pudiendo salir de la capital por tal motivo.

Todos los escritores conservadores se movilizaron a la prensa y la radio y lograron crear una imagen sólida del candidato de los trabajadores, gran administrador, el más respetuoso de sus enemigos, el más demócrata de los colombianos, el más honesto, el más ilustrado, el más manso, el más inteligente. Ayudó mucho que el país lo conocía y lo admiraba con tales calidades, pero un equipo de oradores como aquel de que disponía entonces el conservatismo sabe convertir la ciencia en conciencia y la noción en emoción.

No solamente los conservadores se ejercitaban en el arte del panegírico sino que los liberales hicieron alarde de generosidad no usada antes en el país. Leamos algo de "El Cronista Espejo", al hablar de las oraciones de Ospina:

"Me han hecho repensar en la teoría de López de Mesa, de que nuestras campañas políticas son una universidad ambulante. Nadie le ha enseñado más y mejor al pueblo las cosas útiles que Mariano Ospina Pérez. Le han hecho chistes por lo de la pala y el asiento de las telefonistas. Pero yo le aseguro que estas y los agricultores y los obreros aprendieron más oyéndolo que oyendo hablar de las oligarquías y de otras monsergas. No han sido discursos políticos los del candidato conservador, sino conferencias universitarias, un análisis sereno y acertado del país, un propósito de redención sin demagogia. ¡Y qué alto su tono, qué noble su concepto, qué patriótico todo lo que se le adivina en la entraña! Esa campaña de gran señor conviene mucho al pueblo. Aunque estuviera diciendo las cosas más contrarias al interés del pueblo, lo que no es el caso, porque el caso es el contrario, principalmente porque enseña maneras, actitudes, decencia. Yo, con de-

cencia expuestas, escucho sin indignarme las tesis que usted quiera: monárquicas, totalitarias, anarquistas. En tono insolente no acepto ni el credo”.

Carlos Vesga Duarte, naturalmente, cobró lo suyo, recordando en el mismo periódico antioqueño cómo se había anticipado dos años a la proclamación de Ospina. Alguien empezó a agredir, como quien dijo que era el candidato dinástico. No fueron los conservadores quienes salieron en su defensa, sino Calibán, el padre y señor de los periodistas liberales:

“No puede ser política grande ni política liberal —escribió Calibán— ni mucho menos nacional, esta que se inicia con alfilerazos o agresiones burdas a un ciudadano que, como el doctor Mariano Ospina Pérez, merece el respeto de todas las gentes de bien. ‘El Tiempo’ condena enfáticamente toda manifestación contraria a las consideraciones a que es acreedor el candidato conservador. No solo porque las juzga reñidas con la equidad y la decencia, sino que por esta senda torcida de los ataques personales se llega directamente a la pelea encendida, al ataque torpe, a la calumnia, a la injuria y a la exacerbación de las pasiones políticas, cuyo estallido causará los mayores trastornos. Si estamos convencidos de que la armonía entre los colombianos es indispensable para el progreso y bienestar de la patria, debemos poner todo nuestro conato en evitar cuanto pueda dañar el espíritu de conciliación de que tan ufanos nos mostrábamos”.

Gentes hasta ese día alejadas de la política, como los poetas, consideraron su deber poner basa en esta campaña. Aurelio Martínez Mutis, que por entonces era considerado como el cantor de su pueblo santandereano, no escribió poemas en homenaje a Ospina Pérez, como vimos que lo había hecho con Pedro Nel Ospina, pero desenterró en su artículo “La Estatura Nacional”, publicado inicial-

mente en Ocaña y reproducido en muchos órganos del conservatismo, una anécdota muy vieja y hermosa:

“Un cronista de las postrimerías de la República Romana nos cuenta que Julio César, el gran artista y gran soldado, tenía entre manos un negocio importantísimo y era la escogencia de un precónsul en tierras del Ponto, límites con una nación o semi-tribu de bárbaros, con los cuales debía Roma cultivar relaciones de conveniencia. No encontraban el candidato. Y el vencedor de las Galias, el héroe de mil combates, el insuperable estilista de los Comentarios de la guerra famosa, expresó la fórmula precisa: ‘buscad —dijo— un hombre de buena instrucción que no haya tenido ninguna reyerta con su mujer ni con su familia: he aquí el gobernador que se necesita’. Yo invito —concluye el poeta bumangués— a todos mis connacionales, de todas las opiniones políticas, a votar por este prócer de la inteligencia, de la raza, de la simpatía y de la virtud, este es el hombre que necesitamos”.

Desengañados de los gobiernos de partido, hastiados también de oír inventivas entre sus copartidarios, no pocos sino muchos liberales, a juzgar por las publicaciones de la prensa entonces, unas veces se retractaron de sus viejas ideas, otras dijeron que votarían por Ospina y seguirían tan liberales como siempre. Eran tan abundantes estas llamadas “protestas” que no sabe uno si las estimulaba la publicidad en personas que en otra forma nunca estarían en letras de imprenta, o si era que la inminencia del triunfo de Ospina los inclinaba, como siempre, a ser gobiernistas. A la hora de la verdad no debieron representar más que algunos mil votos, pero mil constancias de esta índole llenan los periódicos de la capital y de los departamentos. Oigamos a otro poeta, aún vivo a Dios gracias, de quien hoy resulta difícil creer que el 27 de abril, tres días después de la proclamación, estuviera ya

dictando su conferencia política. Es nadie menos que **Rafael Maya**:

“Tal es el candidato que la Unión Nacional ofrece al pueblo de Colombia. Viene sin odios porque no se ha educado en el ambiente envenenado de los cenáculos políticos, sino frente a la tierra, que es madre de amor y al mismo tiempo que maestra de las jerarquías, verdadero ejemplo de equidad democrática, viene animado del más puro patriotismo, porque cuando quiere repasar la historia de Colombia, no se hace más que volver los ojos sobre sí, y encuentra estampada en su conciencia la imagen de los próceres, viene provisto de palabras sinceras y prácticas, nobles y decorosas porque su dignidad de hombre de trabajo le ha impedido escarbar en los botaderos del idioma; viene a nombre de la técnica para acabar con el empirismo que nos mata, a nombre de la política agrícola para restituirnos a las inagotables fuentes de la producción nacional, a nombre de las herramientas del campo y del taller, para que echemos en olvido los instrumentos de la venganza y del escarnio, se acerca a transformar el desequilibrio nacional en una fecunda armonía de esfuerzos, de estímulos y de ambiciones: a reparar las injusticias de que han sido víctimas grandes y pequeños por querer trastornar el orden natural de las cosas, y porque no se sabe qué es más afectivo, si bajar sin culpa o ascender sin mérito. Viene, en fin, a bautizarnos en las fuentes de la nacionalidad, y a que este tipo del colombiano, dotado de tan estupendas virtudes que no han encontrado todavía su plenitud de expresión, y animado de tan generosos impulsos que necesitan causas nobles en que emplearse dignamente, se dignifique y se alce orgulloso, para que cumpla la misión orientadora y directiva que corresponde entre las naciones de su mismo origen e idioma. Nuestras potenciales preeminencias de raza y de cultura nos señalan un puesto de honor en esta época en que claudican las vie-

jas culturas. Empecemos, pues, por ser colombianos. Allí está el doctor Ospina Pérez que nos obliga a que pongamos el oído en tierra, no para adivinar, como los cosacos en guerra, el eco lejano de las caballerías enemigas, sino para que sintamos palpitar de más cerca, el corazón de la patria”.

El 20 de abril, por la Voz de Colombia y una imponente cadena de emisoras, dejó oír una conferencia que algunos llaman su programa y contiene lo que se pudo haber quedado en el tintero el día de su proclamación, en bien de la brevedad. Como es de usanza en esta clase de documentos, habla de todo lo divino y lo humano, pero lo hace con propiedad, altura y clarividencia.

El plebiscito nacional por su tono de unión patriótica. Que Colombia vale más que todos los rencores. Que la clase media desempeña un papel de equilibrio que merece grandes soluciones. Habitaciones. Medidas contra el alto costo de la vida (el huevo había subido a nueve centavos). Le soba la maleta lo mejor posible a los militares y a la policía. Habla de la realidad económica, del libre cambio, de las tarifas proteccionistas, de la independencia productiva, el aprovechamiento óptimo de las materias primas, la industrialización, el nivel de vida de los trabajadores, el nacionalismo, las posibilidades hidráulicas con toda la geografía de las cascadas, de la pavimentación de vías, de la navegación aérea y fluvial, de la marítima, de la minería, de la escuela rural, de la educación popular, de la libertad de enseñanza, de la cultura media visible, de la educación femenina, de las escuelas técnicas, de la enseñanza agrícola, de la investigación científica, de la aplicación de la matemática al trabajo, del poder judicial, de la industria familiar, de la explotación del salario a domicilio, de cuanto Dios en su bondad nos dio, para terminar con “la empresa común del servicio patrio, bajo el símbolo indi-

visible del pendón nacional". Pobres los presidentes de Colombia, obligados con esta costumbre del programa a copiar todos sus apuntes, desde la escuela primaria. Si el lector se fatiga con el enunciado de los temas, siguiendo los intertítulos, ¿qué pasaría si transcribiéramos este documento? y sin embargo, quien desee conocer a Ospina de veras, aprenderá más con su lectura que con tres libros de su biografía.

No pocos liberales de campanillas, como el economista Luis Vélez Marulanda, adhirieron al nombre de Ospina: "En realidad —dijo por la radio— la candidatura del doctor Mariano Ospina Pérez es una candidatura nacional, que los hombres de trabajo acogen con decisión y entusiasmo para llevarla al triunfo seguro y definitivo".

Repasemos ahora la prosa de siete colores del leopardo Augusto Ramírez Moreno: "Yo he visto en el Atlántico embravecido, bajo la lumbre extraterrestre de la tarde, alto e inmóvil entre el rebaño colosal de las ondas espumantes y oscuras, un peñasco enorme que perfora la tormenta con su impávida frente de basalto, al tiempo que alimenta sus raíces de fuego con el tuétano mismo de la Esfera. A su imagen, la candidatura de Unión Nacional se alza en el caos político de la República, robustamente quieta, olímpicamente alzada, mientras sentimos que bajo nosotros reviven pretéritas raíces de confianza, de fraternidad, de bienestar y de amor, que se extienden por el subsuelo de la nacionalidad vivificándola, al tiempo que arriba, en el cielo ciego, cribada y agujereada por nuestras plegarias y nuestras esperanzas, la tempestad se trueca en melódica ocarina, a cuyo soplo, los huesos de los abuelos arden entre el barro, como fósforos, y la pupila de nuestros hijos se despliega con la fuerza de una ala sobre el ancho camino del porvenir, rumoroso de gloria y de dolor".

Miguel Jiménez López, más aterrizado, demostró en una conferencia magistral cómo Ospina había hecho la mejor obra de colombiano alguno en favor del campesino. Tomando como punto de referencia las recomendaciones del Comité de Higiene de la Liga de las Naciones, demostró que Ospina, como legislador, había llevado proteínas a los alimentos y así mejor nutrición a los hogares obreros.

“Es el caudillo de las clases agrarias, industriales y mineras” —dijo Silvio Villegas en su conferencia de turno— y concluyó: “Colombianos: No hemos propuesto la candidatura de Mariano Ospina Pérez, como ha venido asegurándose, con el fin de realizar un movimiento táctico para reconquistar el poder. Nosotros medimos todas nuestras empresas en el cuadrante de los ideales patrios, y consultamos oráculos más elevados que la mezquina tramoya partidista. Es injusto seguir quemando generaciones inocentes en los altares del odio. La patria de nuestros amores y de nuestros sacrificios, la que aprendimos a amar en las páginas tempestuosas de la epopeya emancipadora, el himno místico que despertó nuestra primera esperanza, es la única bandera en que nos hemos envuelto, y si en sus pliegues se ve la púrpura es porque en nuestras manos no habrá de desgarrarse el pabellón sagrado de Colombia. La obra que vamos a cumplir guarda la dignidad y la grandeza de la hazaña libertadora. Estamos viviendo minutos con remos de águila. Juremos sobre las cunas y sobre los sepulcros, libertar al país de las oligarquías antinacionales que pretenden oprimirnos, cumplir fielmente la palabra empeñada de hacer un gobierno para todos los colombianos y realizar una vida de alta nobleza nacional que le permita a este gran pueblo coronar la misión excelsa que le confiaron Dios y Bolívar”.

La cátedra universitaria de Ospina tiene el mérito de ponerse al alcance del más humilde campesino. Veamos

un ejemplo de florilegio, que ampliará varias veces en su gobierno y en su vida política: "Hay otro aspecto que quiero destacar en relación con la industria ganadera y es el de que en mi concepto está llamada a desempeñar, no sólo en la alimentación del campesino y su familia, sino en la producción del abono necesario para los cultivos de vertiente. Basta saber que el valor comercial de los elementos fertilizantes que produce y devuelve una vaca en el año se aproxima al valor de ella. Hasta ahora entre nosotros ese abono se ha perdido en un 80%, pero mediante el sistema de estabulación puede aprovecharse casi en su totalidad con resultados sorprendentes, como he podido observarlo por propia y directa experiencia".

Este era Ospina. De su percepción directa como ordenador alzaba sus meditaciones hasta el nivel nacional y mundial. La boñiga era abono para todas las vertientes de la patria, café para la exportación, luego la Caja Agraria debía prestar para la vaca lechera del campesino. Un país agrario, en que mediante el crédito todos pudieran hacerse propietarios, cultivando intensivamente en pequeñas parcelas, esa era la Colombia con que él soñaba, más feliz que la Bélgica que recorrió palmo a palmo en sus andanzas de estudiante de la preguerra del 14.

Callados como el candidato, como con un esparadrapo en la boca según la consigna de Ramírez Moreno, el domingo 5 de mayo, día de San Pío V, todos los conservadores de Colombia madrugaron a votar, pensando en Mariano Ospina Pérez, como lo harían treinta años después, a cuatro días de muerto, un domingo de resurrección.

El veto a los discursos fue interrumpido esa misma noche por la voz, nunca más armoniosa, del presidente Lleras Camargo. No interesaban los guarismos exactos. El hecho era el triunfo de Ospina Pérez.

La reminiscencia de su consanguíneo Sarmiento, oficial del gobierno que quiso pasarse a la revolución pero dejó en manos de su dueño el parque que estaba a su custodia para ir a morir en el otro frente como soldado raso, es una de las páginas más encumbradas de la literatura colombiana. Quedó claro que entregaría pacíficamente el poder y se entregaría a buscarlo de nuevo, como lo hizo por sus pasos, hasta otra victoria contra todo cálculo.

Al lado de Bertha y de sus hijos Mariano, Rodrigo y Fernando, cargando al pequeño Gonzalo, escuchó con un puñado de amigos íntimos las palabras del presidente, con un gesto alegre pero sin sonrisa, en el cual se advertía de vez en cuando un leve movimiento de los labios, como de quien reza silenciosamente.

La Divina Providencia —dijo— lo ha dispuesto. Que se haga su voluntad.

No vamos a relatar los homenajes al presidente electo ni a reproducir las páginas innumerables en su loor, que ya es bastante lo transcrito.

A los pocos días las señoras de Bogotá ofrecieron un té en homenaje a la primera dama en el Hotel Regina, plazuela de Santander. Estaba ella lista para salir cuando la más íntima de sus amigas le dijo que el sombrero no era apropiado. Revisaron el escaparate y ninguno satisfizo a la confidente. Bertha nunca había salido al exterior, y su vida de sociedad era poco menos que inexistente, entregada a la crianza de sus hijos. La amiga se quitó su sombrero y se lo impuso a la dama del electo. Le advirtió que tuviera cuidado con no irlo a decir a nadie. Todo resultó bien, pero al tener Bertha que responder al discurso de la oferente olvidó lo que cuidadosamente había preparado. Era la primera vez que hablaba en público en su vida. Dijo: "Me siento con la próxima dignidad de pri-

mera dama, como cuando a una le han prestado el sombrero. Lo luce un tiempo, pero tiene que devolverlo. Así espero regresar en paz a ser, como ustedes, una de tantas señoras como viven en Bogotá". No resultó su profecía, pues el 9 de abril había de nacerle la vocación tardía a la vida pública en que persevera treinta y más años después.

Varios amigos le aconsejaron al presidente electo que no se dejara manosear mucho. Su política estaba nítida. Daría al liberalismo la mitad del gobierno con rigor matemático. Desde el Ministerio de Gobierno hasta la secretaría de la última aldea estarían cruzados el jefe y el primer subalterno. Nadie que cumpliera con su deber perdería su empleo. Y se iba a hacer paz y agricultura, como era la herencia oral del abuelo.

En junio organizó un viaje de estudio. Miami, Washington, Nueva York. Se entrevistó con el presidente Truman largamente. Le habló de los precios del café. Era necesario quitarles el tope. Se necesitaba hacer ambiente para ello en el Congreso.

Son interminables los días, más de noventa, entre la elección y la posesión. Pero Ospina los aprovechó en forma planificada para contactos políticos, consultas en torno al futuro gabinete, creación de opinión pública en bien de las ideas de fraternidad entre todos los colombianos.

Por fin llegó el 7 de agosto. La comisión del Congreso estaba en la puerta de su casa para acompañarlo al capitolio. Los hizo entrar a la sala y dialogó, impávido, unos minutos y con alguna anécdota. Estaba ya de frac y con la banda presidencial que manos amorosas habían bordado con el escudo de Colombia. Ya salía, calzado el guante izquierdo y en esa mano el derecho, cuando tuvo la sensación de que algo había olvidado. Pidió que lo

excusaran un momento, recorrió la antesala y la alcoba en que había estado minutos antes. No recordaba qué le hacía falta. Por fin miró el retrato del abuelo Mariano Ospina Rodríguez, y a su lado la imagen de la Virgen de los desamparados, musitó algo como una jaculatoria, o como si dijera al viejo: "Allá voy, señor", y salió muy derecho, con Bertha y los cuatro hijos, a tomar el vehículo que lo llevaría a prestar el juramento como presidente de Colombia hasta 1950, pasara lo que pasara.

